JASMINE FOX



EL VÍNCULO ARDIENTE DEL OMEGA

SERIE TOQUE DE LA BESTIA

El vínculo ardiente del Omega

Un romance de harén inverso del Omegaverso:

Por qué elegir Omega

Jasmine Fox

Derechos de autor 2025 por Jasmine Fox
Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción de ninguna parte de este libro en ninguna forma sin el permiso escrito del editor o autor, excepto como lo permita la ley de derechos de autor de EE. UU.

Contents

Prólogo

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y Ocho
Epílogo

Prólogo

Danae

—Mierda... —

Esas son las únicas palabras que logro articular, la única frase completa y medianamente coherente que puedo pronunciar con lo que el miembro de Silas me está haciendo.

Mis rodillas están apoyadas sobre sus enormes hombros mientras él me penetra con una intensidad tan desenfrenada que me hace preguntarme si podré soportar más. Sus ojos están clavados en los míos. Su mirada es intensa, hambrienta, casi furiosa.

—Así es, tómalo, tómalo todo —dice, con la respiración entrecortada mientras se mueve hacia arriba y hacia abajo, embistiéndome con fuerza.

Sé que no estoy sonriendo en este momento. No puedo, pero en algún lugar de mi mente, siento una especie de satisfacción al saber que lo he llevado a este punto. La expresión concentrada en su rostro me provoca una oleada de emoción.

Y no es solo eso, no es solo él.

La mano de Adriel acaricia mi piel, apartando mi cabello de mi cara.

—Estás tan increíblemente sexy —.

Y lo dice en serio, su miembro lo confirma. Late justo delante de mis ojos, rígido y lleno de venas. Levanto la vista hacia su rostro y es como si estuviera sumergido en un océano de deseo. Esa mirada casi me hace perder el control. Es tan intensa como la de Silas, pero diferente.

Los dos hermanos son tan distintos y, al mismo tiempo, tan parecidos, con esos ojos azules idénticos que me miran fijamente,

pero mientras los ojos de Silas parecen querer devorarme por completo, la mirada de Adriel arde con un fuego distinto. Me observa con una expresión tan necesitada, tan anhelante, que casi me duele verlo.
Abro la boca, y sin pensarlo, él desliza su miembro dentro de ella. Está tan profundo que lo siento en la parte posterior de mi garganta, y el gemido gutural que escapa de sus labios me llena de algo parecido al orgullo, una especie de satisfacción al saber que tengo a este hombre deslumbrante absorto en el placer.
Joseph no se queda atrás. Se acerca, acariciando su propio miembro erecto. Brilla, al igual que sus ojos.
Lo tomo con mi mano, y a pesar de las embestidas profundas y fuertes que Silas me está entregando, todavía puedo sentir cada rastro del calor del miembro duro de Joseph en mi mano temblorosa.
Quiero acariciarlo suavemente, pero sinceramente no puedo hacer nada con delicadeza en este momento. No con la forma en que estos hombres me hacen sentir, no con la manera en que Silas me folla como si lo hubiera enfurecido y esta fuera la única forma en que pudiera darme una lección, o con la forma en que Adriel me penetra la garganta como si su vida dependiera de ello... Mis caricias igualan toda la intensidad que ellos están derramando sobre mí.
—Eres tan increíblemente perfecta cuando estás así —gruñe Joseph.
—Es una perra tan buena para mí —dice Silas.
—Para nosotros —dice Adriel, sin aliento. —Es una perra tan buena para nosotros —.
Y lo soy. Estos hombres son míos, y yo soy de ellos, completamente y totalmente. Se están llevando cada parte de mí, cada centímetro,

mientras mis sentidos se disparan, llevándome a un éxtasis casi inimaginable.
¿Quién lo hubiera pensado? Yo, Danae Walker, la Omega recesiva a la que todos los Alfas de mi ciudad consideraban que hacían un favor con solo hablarme. La chica indeseable, la que carecía de valor, ahora tiene a estos tres hombres grandes, fuertes y absolutamente deslumbrantes envueltos alrededor de mi dedo. Ni en mis sueños más salvajes hubiera podido imaginar esto, y de una manera extraña, eso hace que esto sea aún mejor.

Capítulo Uno

Danae

Hace semanas...

El menú frente a mí es bastante simple... encuadernado en cuero negro, letras doradas que deletrean "Marquis Bistro" y una lista ordenada de platos.

Deslizo mi dedo por los entrantes, fingiendo reflexionar sobre qué plato elegir. En realidad, ya lo he decidido. Una lubina a la parrilla con salsa de mantequilla y limón. Ligero, elegante y fácil de cortar.

Frente a mí, mi cita, Zack, hojea el mismo menú, pero tiene el ceño fruncido como si estuviera escrito en otro idioma.

—¿Qué es esta basura? —murmura un poco demasiado alto. Levanto la mirada, sorprendida por el repentino rompimiento del susurro tranquilo del restaurante.

Sus labios se curvan en algo parecido a la irritación y cierra el menú de un golpe. —Nada bueno aquí. Típico de lugares como este, tonterías sobrevaloradas.

Forzo una sonrisa educada. El hecho de que él fue quien eligió este lugar hace que sus palabras sean particularmente irónicas, pero no puedo decir que esté sorprendida.

He visto hombres como Zack antes... arrogantes, que compensan en exceso. También he escuchado ese tono, la corriente subyacente de alguien que siente que me está haciendo un favor por estar aquí. Ya conocía el tipo antes de que la cita comenzara. Es el tipo de hombre que confunde la grosería y el derecho con la confianza. Es familiar... demasiado familiar.

El mesero llega, un joven educado con una sincronización impecable.
—¿Están listos para ordenar?
Le sonrío. —Sí, por favor. Tendré la lubina a la parrilla con salsa de mantequilla y limón y un vaso de agua con gas.
El mesero asiente, anotándolo, pero Zack lo despide con un gesto de desprecio. —Solo tráeme el bistec. Al punto. Y una botella de tu mejor vino tinto. —Enfatiza la palabra "mejor" como si estuviera lanzando un desafío, sin levantar la vista de su teléfono.
La fachada educada del mesero se resquebraja por una fracción de segundo antes de asentir y marcharse. Murmuro un tenue "gracias" a su espalda que se aleja, y Zack me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.
—¿Por qué haces eso? —pregunta, con su voz cargada de desdén.
—¿Hacer qué?
—Dar las gracias así a la gente. Solo son meseros. Es su trabajo. —Se recuesta en su silla, con una mano apoyada casualmente en el respaldo.
Trago con esfuerzo la necesidad de responder con brusquedad, y en su lugar digo: —Es solo cortesía.
Él pone los ojos en blanco, murmurando algo por lo bajo, y me obligo a mirar hacia abajo, al mantel.
Zack proviene de una familia muy por debajo de la mía en términos de estatus y riqueza. Lo sabía desde el principio. Pero yo soy una Omega recesiva, lo que significa que mis feromonas no son tan fuertes.
Verás, las feromonas se dividen por nivel de poder. Aquellos con un nivel superior a 70 se consideran dominantes, y personas como mi

mejor amiga Leila y su hermana han alcanzado niveles de 90 y más. Son las personas más poderosas del mundo.
La gente normal suele estar por debajo de 70 pero por encima de 50 en el nivel de feromonas. Cualquier cosa por debajo de 50 es recesivo. Yo soy un 48 en esta escala. No soy la peor recesiva, ya que todavía soy más fuerte que algunas recesivas, pero para alguien de mi estatus, eso no es suficiente.
En este mundo, el verdadero poder se determina por la fuerza de tus feromonas. Cuando familias poderosas como la mía empiezan a tener hijos recesivos, suele ser el comienzo de su declive. Afortunadamente, ese no es nuestro caso, ya que tengo 5 hermanos que están todos en el rango de los 80 en la escala de feromonas. Yo soy la única defectuosa.
Para ser franca, ser recesiva me hace menos deseable, ya que podría ensuciar la genética familiar al dar a luz más recesivos. Por eso, hombres como Zack siempre sienten que están haciendo un favor simplemente por estar en mi presencia.
La botella de vino llega rápidamente... claramente, el personal sabe que es mejor no arriesgarse a molestar más. Zack se sirve una copa generosa antes de que yo pueda decir algo y se la toma de un trago.
—Basura barata —declara, sacudiendo la cabeza—. No puedo creer que cobren tanto por algo que sabe a vino de caja.
Doy un sorbo a mi agua, dejando que sus palabras me resbalen. Me mantengo serena porque tengo que hacerlo. Mi compostura es mi armadura. Ya es suficientemente malo ser una Omega recesiva. Soy muy consciente de lo indeseable que eso me hace. Suma eso a mi altura, y podría ser el repelente perfecto para cualquier pareja. No voy a empeorar las cosas.

La cena transcurre con dolorosa lentitud. Zack se bebe toda la botella, criticando cada bocado de su bistec. —Demasiado cocido —se burla, aunque el centro rosado es evidente. Yo disfruto en silencio mi lubina, asintiendo con educación cada vez que se lanza a otra diatriba sobre cómo el mundo no aprecia a "hombres como él".
Cuando llega la cuenta, Zack ni siquiera la mira. —No voy a pagar por esa comida mediocre —anuncia, tirando su servilleta sobre la mesa.
No puedo evitar parpadear, y luego miro al camarero, cuya expresión oscila entre el shock y la resignación. —Está bien —digo rápidamente, alcanzando mi bolso—. Yo me encargaré de ello.
Zack me fulmina con la mirada mientras entrego mi tarjeta al camarero. —¿Qué estás haciendo? —gruñe—. ¿Siempre te sales de la línea así?
—La comida no estuvo mal —digo con calma, manteniendo mi voz suave—. Y el camarero no hizo nada malo.
Él resopla, reclinándose en su silla como si acabara de insultar su honor.
He visto esa expresión antes... la que tienen hombres como Zack cuando sienten que su ego ha sido herido. Y, sinceramente, no estoy para eso esta noche.
Saco mi teléfono, mis dedos vuelan sobre la pantalla mientras envío un mensaje rápido a mi hermano.
—Esto ha sido divertido —digo, presionando enviar antes de volver a mirar a Zack—. Pero creo que es hora de retirarnos por esta noche.
Cuando me levanto para irme, mis tacones de seis pulgadas repiquetean contra el suelo pulido, y puedo verlo. Esa mirada. El

destello de incomodidad en sus ojos cuando se da cuenta de que soy más alta que él.
Sabía que esto pasaría. Siempre pasa. Hombres como Zack se ponen nerviosos cuando me ven así, imponente sobre ellos. Incluso llegué temprano esta noche porque quería estar sentada antes de que él llegara para que no se diera cuenta. No que importara, ya que llegó tarde de todos modos.
—¿Qué demonios? Eres defectuosa —suelta, su rostro enrojeciendo —. ¿Qué clase de Omega es tan alta?
Me congelo por medio segundo, luego enderezo mi postura. —Mencioné mi altura en nuestros mensajes —digo, manteniendo mi tono neutral—. Dijiste que te gustaban las mujeres con tacones, y traté de explicarte, pero lo ignoraste y me dijiste que viniera con tacones de seis pulgadas.
Él mide 1.80 metros. Con mis tacones, yo mido 1.88. Debería haber sabido que no lo tomaría bien.
—¡Las Omegas normales no se convierten en gigantes con tacones! —escupé, lo suficientemente alto para que las mesas cercanas lo oigan—. Eres una abominación. Una montaña.
Aprieto la mandíbula, pero no muerdo el anzuelo. —Has bebido demasiado —digo, manteniendo la voz firme—. Te terminaste la botella tú solo.
Se levanta de golpe, agarrando mi muñeca con una brusquedad que me hace tambalear. —No te atrevas a hablarme así —gruñe, arrastrándome hacia la salida.
La habitación se difumina ligeramente antes de que recupere el equilibrio, enderezando mi postura. La gente está mirando… Puedo

sentir sus ojos clavados en mi espalda. El calor sube a mis mejillas, pero me niego a dejarlo mostrar. La compostura lo es todo.
Afuera, Zack se gira hacia mí, aún sosteniendo mi muñeca. —Deberías estar agradecida de que haya venido esta noche —escupe —. Tienes suerte de que incluso soporte la idea de casarme contigo.
Siento que mi ceja se arquea ante sus palabras. Vaya, eso es increíble. ¿Habla en serio? Habla como si estuviéramos en una relación, como si yo quisiera volver a verlo. No respondo, sin embargo. No vale la pena.
—No puedo creer que tenga que educarte incluso en cosas básicas como esta. No solo eres una omega recesiva, sino que también eres algún tipo de mutación. Además de todo, ¡no sabes respetar a tu hombre! —Arrastra las palabras mientras mueve el dedo frente a mi cara—. Estoy enojado ahora, así que ni pienses en enviarme mensajes hasta que yo te escriba. Usa el tiempo para reflexionar sobre lo que has hecho mal. Ese será tu castigo.
Antes de que pueda seguir, otra voz corta la noche. Profunda, firme e inconfundiblemente protectora.
—Parece que estás un poco equivocado —dice—. Tú eres el que nunca le volverá a escribir.
Zack se congela, su mano suelta mi muñeca mientras se gira. Mi hermano Jerome está allí, alto e imponente. Es el más cercano a mí en edad de mis 5 hermanos, así que estamos muy unidos. Le había enviado un mensaje para que viniera a buscarme cuando comencé a sentir que Zack podría armar un escándalo. Su mirada está clavada en Zack con una irritación tranquila que irradia advertencia.
Zack parece que va a orinarse. Balbucea algo incoherente, luego sale corriendo hacia la noche sin decir una palabra más,

probablemente en busca de su auto. Ojalá los valets no lo dejen conducir.
Jerome da un paso hacia adelante, su expresión se suaviza al mirarme. —Vamos —dice en voz baja, guiándome hacia su auto.
Una vez dentro, dejo escapar un aliento que no sabía que estaba conteniendo. Mis hombros se relajan por primera vez en toda la noche.
—Bloquéalo —dice mi hermano mientras arranca el motor.
—Ya lo estoy haciendo —respondo, sacando mi teléfono.
Al presionar el botón de bloquear, toda la irritación que he estado reteniendo finalmente sale a la superficie. Ahora que solo estamos mi hermano y yo, la dejo salir.
—Qué maldito rata —murmuro, las palabras son afiladas mientras miro fijamente mi teléfono—. Podría haberle arrancado la cabeza de un golpe.
A mi lado, mi hermano estalla en risas, sus manos firmes en el volante mientras niega con la cabeza. —Eres tú quien insiste en ser tan amable y compuesta todo el tiempo. Si me preguntas, deberías haberle dado una bofetada. —Su voz es burlona, pero hay un dejo de verdad en ella.
Logro una pequeña sonrisa, pero no llega a mis ojos. En cambio, me giro hacia la ventana, las luces de la ciudad se desdibujan mientras pasamos. La compostura es todo lo que tengo, en realidad.
Zack podría haber sido un imbécil, pero no puedo engañarme. Sé lo que soy. Una omega recesiva, construida como un árbol en comparación con todas las demás chicas delicadas. Una mancha en el apellido de la familia Walker cuando tengo 5 hermanos alfa

poderosos. Si al menos soy educada, entonces no pueden agregar "mal comportada" a la lista de mis defectos.
—¿Dónde encontraste esa basura? —pregunta mi hermano.
—Estuvo en una de mis clases de la universidad —digo en voz baja.
—No salgas más con tipos como ese. Ni siquiera está cerca de tu nivel.
Asiento con la mirada fija en las luces que pasan afuera. Sé que Zack no está al nivel de mi familia, pero me he quedado sin opciones. Nadie en nuestro círculo me quiere. He tenido demasiadas citas fallidas con personas igual de ricas para saberlo.
—Mamá y papá lo están manejando ahora. Están trabajando en encontrarle una pareja —agrega Jerome.
—¿Encontrarme una pareja?
Intento sonar casual, pero no puedo evitar la preocupación que me carcome. Estas constantes decepciones son agotadoras; cada intento fallido se siente como una herida fresca, pero siempre es peor cuando no funciona con alguien que mis padres tenían en mente.
Aún así, no puedo evitar preguntarme con qué tipo de hombre podrán emparejarme mamá y papá.

Capítulo Dos

Silas

La propiedad luce impecable, como siempre. Demasiado perfecta, si soy sincero. Céspedes cuidados, setos impecables y fuentes. Es una exhibición de riqueza, control y legado.

El legado de mis padres. El legado de mi familia se refleja en nuestra extensa propiedad enclavada en la región montañosa de Howls Peak. Todo está impecable, un espejo perfecto del nombre Jorg, que ha permanecido sin mancha desde los tiempos de reyes y nobles, cuando éramos un ducado.

Golpeteo los dedos sobre el escritorio, mirando por la ventana.

El reloj llama mi atención, sus manecillas acercándose inexorablemente a la hora temida. Casi es hora de eso. Eso de lo que mis padres me han estado molestando durante meses.

Dejé claro que no tenía interés en ningún Omega, y ellos insistieron en que era solo porque no había encontrado al indicado. Se tomaron la libertad de preparar una lista que me mostrarán hoy para que "elija" entre ellos. Aunque nunca ha parecido una verdadera elección.

Ya puedo escuchar sus voces. Mi padre con su mismo discurso rancio sobre responsabilidad, tradición y familia. Y mi madre, con un tono entre suplicante y regañón, diciendo —Necesitas casarte con un buen Omega. Ya tienes 34 años. La mayoría de los Alfas de tu edad ya tienen hijos—.

Es la misma historia cansina y molesta de siempre. A todo Alfas, especialmente a uno de mi estatus, siempre nos han enseñado una verdad simple: Debemos tener un Omega como pareja. Nuestros

cuerpos, dicen, están diseñados el uno para el otro—piezas de un rompecabezas que encajan a la perfección, de manera instintiva y, supuestamente, hermosa. Solo un Omega puede recibir el nudo de un Alfas, sus cuerpos adaptándose a él de una manera que ningún Beta podría. Y, a cambio, solo el nudo de un Alfas puede calmar realmente el ardor voraz que consume a un Omega, ofreciéndole la satisfacción única que su biología ansía. Es una relación enraizada en el diseño de la naturaleza, aseguran. Incuestionable. Inmutable.
Pero más allá de lo físico, hay otra capa en todo esto—una impregnada de tradición y poder. Alfas como yo no solo nacemos con privilegios; también estamos cargados de responsabilidades. Cada decisión que tomamos, cada vínculo que forjamos, debe ser calculado para asegurar la continuidad de la fuerza dentro de nuestros linajes. Aparearse con un Beta, como algunos podrían hacer tontamente, arriesga diluir ese poder. Los Betas suelen engendrar más Betas, y cuantos más Betas tiene una familia, más débil se vuelve su linaje, y si el linaje se debilita, la influencia de la familia—su posición—podría tambalearse.
Para una familia como la mía, construida sobre generaciones de linaje alfa ininterrumpido, la idea de caer del poder es impensable. Y así, la regla no escrita es clara: un Alfas de mi calibre debe elegir un Omega.
Es lógico, práctico—incluso noble, si uno quiere verlo así. Y, sin embargo, mientras estos pensamientos dan vueltas en mi mente, un sabor amargo se enrosca en mi lengua. La mera noción de ello me irrita hasta el punto de la pura ira. Un bufido escapa de mis labios, agudo e involuntario, cortando el silencio que me rodea.
No me gustan los Omegas.

No, eso no es del todo cierto.
Los odio.
Todo de ellos me molesta. Su suavidad, su sumisión, la forma en que parecen marchitarse y doblegarse ante la mera presencia de las feromonas de un Alfas—es patético. Al instante se vuelven tan necesitados, tan voraces, demasiado dispuestos a perderse con el más mínimo indicio de cualquier ráfaga decente de feromonas. La forma en que miran con esos ojos grandes y suplicantes, sus cuerpos temblando con un deseo incontrolable—¿cómo se supone que respete eso? ¿Cómo podría verlos como algo más que simples animales babosos controlados por la naturaleza y la biología?
Y, sin embargo, todos insisten en que este es mi destino. No importa lo que piense, lo que quiera. Mi vida ya ha sido decidida por mí, tallada en piedra antes de que yo tuviera algo que decir.
El pensamiento envía una nueva ola de irritación a través de mí, y exhalo bruscamente como si el acto pudiera liberarme de la frustración que ahora se ha asentado como un peso en mi pecho. Pero no importa cuánto intente alejarlo, persiste—roedora en los bordes de mi mente, inquebrantable e irritante.
Mi mente se inunda de recuerdos de diferentes Omegas que han intentado arrojarse sobre mí. Hago una mueca al pensarlo, incapaz de contener mi disgusto. No es halagador; es patético. Pero a mis padres no les importan mis preferencias. Lo único que les importa es asegurar el legado familiar. Y, al parecer, asegurarlo significa cargarme con alguna Omega insulsa.
El golpe en la puerta llega justo como sabía que lo haría, seguido de la puerta abriéndose antes de que pueda responder. Joseph entra

tan casual como siempre. Nunca espera una invitación. No necesita hacerlo. Es la única persona que puede salirse con la suya.
—Bueno, mírate —dice, sonriendo como si disfrutara esto más de lo que debería—. Gran día, ¿eh? El momento trascendental en que el gran Silas finalmente elige a su Omega.
Lo fulmino con la mirada, pero eso solo lo hace reír.
—Sabes cómo me siento respecto a las Omegas —digo con tono plano, reclinándome en mi silla.
Joseph se encoge de hombros, sin inmutarse. —Sí, lo sé. Pero siempre parecen gustarles tú.
—Porque no tienen mente —espeto—. Son solo zombis, atraídos por cualquier cosa con fuertes feromonas. No les importa nada más que arrojarse sobre cualquier cosa con piernas y feromonas decentes. Es patético. Sin sustancia. Sin personalidad. Solo cáscaras vacías adulando un olor.
No discute, solo se apoya en el escritorio con una sonrisa burlona. —Bueno, por suerte para ti, los zombis sin mente están a punto de llegar. Tus padres traerán los archivos pronto, ¿no?
Suspiró, dejando caer mi cabeza contra el respaldo de la silla. —Sí, lo recuerdo. No me lo recuerdes.
Joseph se endereza y se alisa la camisa, fingiendo un aire de formalidad. —Entonces te dejaré con eso. Buena suerte, jefe.
Se está divirtiendo un poco con esto, y siento una pequeña chispa de envidia. Lo que daría por no tener que estar en esta situación.
Solo gruño en respuesta, observando cómo sale. La puerta apenas tiene tiempo de cerrarse antes de que se abra de nuevo, y esta vez son mis padres.

Están radiantes. Claro que lo están. Este es su momento, después de todo, la culminación de meses de insistencia y viajes de culpa.
—Silas —comienza mi madre, con su voz tan dulce como siempre—. ¡Hoy es el día! Estamos muy orgullosos de ti.
Cruzo los brazos, enfrentando su mirada con una expresión que deja claro que no comparto su entusiasmo. —¿De verdad tengo que hacer esto?
Su semblante se altera, pero solo un poco. Une las manos como si estuviera rezando. —Puedes elegir a quien quieras —suplica—. Cualquier Omega de una buena familia y buena reputación. Es tu elección.
Cualquiera, siempre que sea una Omega, ¡carajo!
No me molesto en discutir. En su lugar, señalo los archivos que sostiene en sus manos. —Terminemos con esto.
Prácticamente brilla de felicidad mientras coloca la pila en mi escritorio, inclinándose ansiosamente mientras empiezo a hojearlos. Mi padre está detrás de ella, con los brazos cruzados, su silenciosa aprobación radiando en oleadas.
El primer archivo es decepcionante. Una foto pulida de una mujer con una sonrisa ensayada me mira. Su biografía suena como un tedioso currículum de una familia prestigiosa, comportamiento ejemplar y credenciales impecables. Está claro que mis padres la eligieron como su "favorita".
—No me gusta esta —digo, descartando el archivo sin mirarlo dos veces.
Mi madre solloza, apresurándose a recogerlo. —¡Pero es perfecta! Mírala. Es una joven tan hermosa, y su familia es...
—No estoy interesado —la interrumpo, ya pasando al siguiente.

El proceso se repite con cada archivo. Cada Omega parece más artificial que la anterior, sus fotos prácticamente gritando, ¡Elígeme! Seré la compañera perfecta. Es nauseabundo. Puedo sentir la emoción de mi madre desvaneciéndose en una frustración silenciosa mientras descarto uno tras otro.

Puedo darme cuenta de que esto fue organizado de tal manera que aquellos que prefieren están en la parte superior de la lista, porque saben que no quiero hacer esto y piensan que es probable que elija cualquiera que vea.

Por desgracia para ellos, ese no es el caso. Planeo ser lo más mezquino posible y elegir a alguien que cumpla con los criterios al mínimo. Lo único que dijeron fue que eligiera a una omega. Puedo escoger a la que menos aprueben, siempre y cuando sea una omega.

Si es posible, una omega recesiva sería lo mejor. Las omegas recesivas son más adecuadas para el linaje que casarse con una beta, pero alguien de mi estatus y poder también debería emparejarse con alguien de estatus y poder similares. Mis padres son muy meticulosos, y no parece que ninguna de estas omegas esté lo suficientemente fuera de su favor como para mi gusto.

Justo cuando empiezo a cansarme, finalmente la veo.

Danae Walker.

Su foto no es como las demás. No hay sonrisas seductoras, ni poses excesivamente cuidadas. Mira directamente a la cámara, su expresión es neutra, casi aburrida. Parece más una foto de pasaporte que algo destinado a conquistar a un posible Alfa.

Y, por alguna razón, me siento atraído hacia ella, como si una fuerza invisible me jalara.

Por primera vez en toda la tarde, siento que algo se agita en mí—¿curiosidad? ¿Quizás incluso esperanza? Paso las páginas de su perfil, notando las marcadas diferencias entre ella y las demás. ¿Una omega recesiva? Oh, he dado en el clavo con esta. Es todo lo contrario de lo que mis padres quieren, y eso solo hace que me guste más esta elección.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en mi rostro al cerrar el archivo. —La elijo a ella —anuncio, levantándolo.

El silencio que sigue es tan satisfactorio.

La sonrisa de mi madre se desvanece, aunque se recupera rápidamente. —Oh, bueno, ella... es interesante —dice con cuidado —. Pero, ¿estás seguro? Todavía hay tantas omegas hermosas y poderosas para—

—Dijeron que podía elegir a quien yo quisiera —le recuerdo, con un tono lo suficientemente cortante como para terminar la discusión—. Es de una buena familia, ¿no? No es que el negocio vaya a sufrir. Eso es lo único que importa.

Sus labios se aprietan en una línea fina, y puedo ver la resignación en sus ojos. Mi padre simplemente suspira, claramente consciente de que estoy haciendo esto para fastidiarlos.

Bien. Dejemos que lo rumien. Si me van a obligar a casarme, haré que sea lo más incómodo posible para ellos.

Sin decir una palabra más, salen de la habitación, llevándose consigo los archivos rechazados. Me reclino en la silla, lanzando el archivo de Danae sobre el escritorio con una sonrisa de satisfacción.

Si tengo que hacer esto, al menos me aseguraré de que sea en mis términos. Y esta omega, Danae... no puedo negar que hay algo en ella, su expresión en ese archivo que me atrae. Pero al final del día,

no es más que otra maldita omega. Solo necesito quitarme a mis padres de encima y mantenerla a distancia.

Capítulo Tres

Adriel

El motor del Aston Martin ruge, esa sinfonía de poder demasiado familiar que envía vibraciones a través del volante y hacia mi mano. Este bebé es una fuerza de la naturaleza, no hay duda al respecto, una obra maestra de fuerza y elegancia.

Me detengo en un semáforo en rojo. La carretera adelante está completamente abierta, con solo un puñado de coches dispersos aquí y allá. Uno de ellos se detiene a mi lado: una camioneta con dos adolescentes en el asiento delantero.

Miro hacia un lado, y está claro que son entusiastas del automóvil. La chica en el asiento del pasajero saca su teléfono, apuntándolo hacia mi coche, ya sea tomando una foto o grabando un video. Las miradas en sus caras me dicen exactamente cómo se sienten... ojos brillantes, bocas ligeramente abiertas. Los chicos están claramente impresionados.

Como deberían estarlo. Este obsidiana negro DBS tiene una forma de llamar la atención. Casi tanto como yo.

Démosles un poco más que mirar.

Pulso el interruptor de la ventanilla, bajando el vidrio teñido de negro. Inclino la cabeza lo suficiente para que mis ojos asciendan por encima del borde de mis gafas de sol. Les muestro una cálida sonrisa.

—"Es una belleza, ¿no?" —pregunto, asintiendo hacia el coche.

La boca de la chica se abre de par en par, su jadeo audible incluso sobre los motores en marcha. "Oh, Dios mío. Es Adriel Jorg."

El tipo detrás del volante gira la cabeza, sus ojos amplios de incredulidad. "Oh, Dios mío. Es él. Es él de verdad."
Sí. Es él.
Antes de que pueda sumergirme en el momento más tiempo, la luz del tráfico se vuelve verde. Les dedico una última sonrisa. En este punto, solo estoy enseñando mi sonrisa. "Conduzcan con seguridad, chicos", digo, y luego presiono el acelerador.
El DBS avanza a toda velocidad, el sonido resonando por la calle mientras los dejo atrás. Momentos como este? Me hacen amar mi vida.
Ser actor tiene sus ventajas, especialmente cuando eres tan bueno en ello como yo, si me doy el gusto de decirlo. Y hoy es otro de esos días en que puedo mostrar mis habilidades frente a una cámara. Una sesión de fotos de una revista de fitness me espera, y estoy listo para recordarle a todos que no soy solo una cara en la gran pantalla. Soy una maldita fuerza de la naturaleza, justo como este coche.
Al llegar al edificio, veo la horda de paparazzi antes de apagar el motor. Son como una manada de lobos, aunque nada cerca de tan intimidantes y feroces como el tipo de lobos a los que estoy acostumbrado. Salgo del coche, y se me acercan. Los obturadores clican furiosamente, y las voces se superponen, todas ellas gritando preguntas.
"¡Adriel! ¡Adriel! ¿Cuál es tu próximo gran proyecto?"
"¿Son ciertos los rumores sobre la película romántica?"
"Adriel, ¿quién es tu última actriz principal?"
Les muestro mi mejor sonrisa ensayada, fresca y esfuerzo, saludando mientras cierro la puerta del coche. "Solo tendrán que

esperar y ver", digo, pasando junto a ellos. No hay necesidad de demorarse. A todos les encanta un poco de misterio, después de todo.
Una vez que entro, el ambiente cambia completamente. El caos de los paparazzi da paso a una multitud de personas que se ocupan de mí. Los asistentes se apresuran a asegurarse de que todo sea perfecto. La iluminación, el set, los refrigerios. Alguien me entrega una botella de agua; otro me ofrece una silla. Todos están ansiosos por mantenerme cómodo, y para ser honesto, eso pone una sonrisa en mi rostro.
El director, un hombre hiperactivo de mediana edad con energía ilimitada, se acerca mientras me siento y tomo un sorbo de agua. Su sonrisa es tan ancha que prácticamente irradia de su rostro.
—"¡Adriel! ¡Genial! ¡Empezaremos tan pronto como terminen el maquillaje!", anuncia, prácticamente vibrando de emoción.
Asiento con casualidad, poniendo la botella sobre la mesa. "No puedo esperar para sumergirme en ello".
Señala a una joven que está de pie a unos pies de distancia, sus ojos marrones grandes y luminosos, traicionando una mezcla de nerviosismo y asombro.
—"Eh, señor Jorg", comienza titubeante, su voz suave pero sincera. "Tenemos unos doce trajes para la sesión de hoy, y, eh, todos han sido hechos a medida para tus medidas exactas".
Le doy un rápido vistazo, notando sus mejillas sonrojadas y la forma en que aferra su bloc de notas como si fuera una línea de vida.
"Estoy seguro de que serán perfectos", digo suavemente, dejando que una sonrisa se forme en mis labios. "Casi tan perfectos como tus ojos".

El cumplido aterriza exactamente como se pretendía. Su rostro se ilumina, una sonrisa quebrando a través de ella como tartamudea, "Oh, Dios mío", antes de bajar la cabeza en un intento fútil de esconder su rubor.
Se escabulle justo cuando llega el equipo de maquillaje. Se apiñan a mi alrededor, trabajando con eficiencia practicada, cepillando y palpando hasta que mi rostro esté listo para la cámara. Mi cabello se peina en una cola de caballo pulcra, y se aseguran de que mi barba de varios días tenga el equilibrio perfecto entre rugosa y pulida.
Me meto en el primer traje, una pieza confeccionada impecablemente que me abraza en todos los lugares correctos.
Tomo un momento, y me paro frente al espejo.
La visión que me devuelve es, admitidamente, impresionante, incluso para mí.
La larga cola de caballo rubia enmarca mi rostro a la perfección, mis ojos azules resplandeciendo con una intensidad vibrante. La barba de varios días agrega solo el toque correcto de filo.
Está bien. Hagamos magia.
Luces. Cámara. Acción. La sesión comienza con la rutina habitual. El director grita un par de comandos, la cámara destella, y me muevo a través de los movimientos como el profesional que soy, cambiando de traje en intervalos. Una sonrisa aquí, una mirada reflexiva allá, y cada disparo es oro.
—"¡Perfecto, Adriel! ¡Absolutamente perfecto!", exulta el director. Estás malditamente en lo correcto.
Cuando el director anuncia que es hora de las tomas sin camisa, puedo escuchar a todos en el estudio contener la respiración.

Me tomo mi tiempo, desabrochando mi camisa mientras la habitación se vuelve silenciosa. Podrías tocar un redoble de tambor aquí.
Es adorablemente divertido cómo predecibles son. Mientras la camisa se desliza, puedo escuchar el jadeo colectivo. Mi pecho está desnudo, los músculos definidos y las sutiles cicatrices a la vista, y no me pierdo la forma en que las mujeres en la habitación me miran como si fuera algún tipo de dios.
Y por el amor de Dios, sus ojos, están llenos hasta el borde, pesados de anhelo, admiración, lujuria. Trato de contener una risita, dejando que la comisura de mi boca se tuerza en una pequeña sonrisa consciente.
Uno pensaría que ya estaría acostumbrado a esto. Es prácticamente una rutina, tejida en la trama de mi vida diaria, pero de alguna manera, todavía me hace palpitar cada vez.
Ser actor y lucir tan bien es una cosa, pero también soy un Alfa. Y con feromonas tan fuertes como las mías, es imposible escapar de las miradas y la atención. Como si fuera algo en lo que quieren hincar los dientes.
Honestamente, no me importa. De hecho, me encanta.
—"Mantén esa pose, Adriel", llama el director. "Perfecto. Justo perfecto".
—Sí, lo sé.
El descanso llega pronto después, y me bajo del set para coger un poco de agua. Puedo sentir sus ojos sobre mí incluso ahora, sus susurros apenas audibles pero inconfundiblemente sobre mí.
—"Es todavía mejor en persona", murmura una mujer.
—"Me encanta lo peludo que es su brazo", agrega otra, riendo.

Miro hacia ella, sintiendo que mi ceja se arquea ante su comentario. Está bien, jugaré a lo largo. "Oh, pueden ser incluso más peludos", digo, mi tono ligero, juguetón.
Ella se sonroja furiosamente, su risa se derrama como una confesión nerviosa, y sonrío hacia ella, apenas capaz de contener mi diversión. No tienes idea. Ninguno de ellos lo hace.
Siempre es fascinante cómo los humanos me ven sin saber la verdad. Piensan que soy solo un hombre, uno ridículamente guapo, tal vez, pero humano al fin y al cabo. Si supieran que soy un hombre lobo, su asombro podría retorcerse con miedo.
Pero eso es lo divertido, ¿verdad? Mezclarse, caminar entre ellos, vivir con ellos, especialmente ya que me he acostumbrado a ellos. No lo cambiaría por nada.
Pero siento que esa pensamiento desagradable se me acerca de nuevo. La parte de mí que recuerda que mis padres nunca aprobarían esta vida.
Esa misma parte desea que pudieran verme ahora, ver hasta dónde he llegado. No sería un alarde decir que soy una superestrella aquí. He hecho tantas películas geniales hasta ahora, y hay mucho más por venir.
Pero ellos simplemente no toman nada de esto en serio. Incluso vivir entre humanos era algo por lo que me darían la lata. "Deberías quedarte cerca de lobos como tú", La voz de mi madre suena en mis oídos. Es como si estuviera de pie justo a mi lado.
Es lo que es, supongo. No me importaba lo que pensaban cuando empecé, no voy a empezar ahora.
El director aplaude sus manos, anunciando la última ronda de disparos. Bebo mi agua y me dirijo de regreso al set, preparándome

para terminar esto. Pero justo cuando me coloco en posición, mi teléfono vibra en mi bolsillo.
—"Esperen un segundo, chicos", digo, sacándolo. "Tengo que tomar esto".
Asienten ansiosos.
El nombre en la pantalla me hace sonreír. Joseph. Esto debe ser bueno.
—"Joseph", respondo, alejándome para privacidad. "¿Qué pasa?"
Su voz se escucha, casual. "Hola, Adriel. Te llamo con anticipación para informarte que tienes que venir a casa para la ceremonia de ascenso de tu hermano. Silas ha sido elegido para elegir una pareja. Pronto ascenderá con su prometida Omega".
Me detengo a medio paso, levantando una ceja. "¿Disculpa, dijiste Omega?"
—"Sí", confirma Joseph.
No puedo creerlo. Es tan gracioso. Me río, sacudiendo la cabeza. "Una Omega", repito. "¿Realmente lo hicieron?"
—"Sí. Eligió a ella de una lista que tus padres le dieron", dice Joseph.
Eso llama mi atención. Él la eligió. Conozco bien a mi hermano. Silas es el chico bueno y se inclina ante la voluntad de mamá y papá la mayoría del tiempo. La única cosa de la que siempre ha sido firme es de las omegas. Si eligió a esta omega, definitivamente hay algo interesante.
—"¿Quién es ella?" pregunto, sintiendo que la curiosidad crece en mi pecho. "Debe haber algo en ella si Silas estuvo de acuerdo con esto".

Joseph suspira. "Supongo que lo descubrirás cuando llegues. Te menciono esto dos semanas antes, así que no puedes decir que no te dije a tiempo".

La llamada termina, y me quedo allí durante un momento, mirando la pantalla. ¿Una Omega? Silas odia a las Omegas. La idea de que esté emparejado con una es increíble, pero el hecho de que realmente eligió una es... interesante.

Siento una chispa de curiosidad, algo raro estos días. ¿Quién es esta Omega, y por qué Silas la eligió?

Definitivamente tengo que ver esto. Cortaré mi horario. Tengo que conocer a esta chica antes de la ceremonia.

Guardo mi teléfono en mi bolsillo, y me dirijo de regreso al set, con energía fresca recorriendo mi cuerpo. La curiosidad permanece en la parte posterior de mi mente, pero por ahora, el reflector llama.

—"Está bien", digo, chocando mis manos juntas. "Vamos a terminar esto, ¿de acuerdo?"

Las cámaras destellan, la tripulación grita, y caigo de nuevo en el ritmo de la grabación. Pero incluso mientras poso y sonrío, mis pensamientos están en otra parte, girando alrededor del misterio de la Omega que logró captar la atención de mi hermano.

Capítulo Cuatro

Joseph

Me reclino en mi silla, y una pequeña risa se escapa de mis labios mientras revivo la reacción de Adriel en mi mente. Podría haber cortado su sorpresa con un cuchillo de pan. Era tan evidente, incluso por teléfono.

—¿Una Omega? ¿De verdad lo convencieron para que lo hiciera? No todos los días se escucha a Adriel tan desconcertado. Hago girar un bolígrafo entre mis dedos, el recuerdo de nuestra conversación aún me divierte. Adriel puede ser una superestrella con el mundo a sus pies, pero cuando se trata de asuntos como este, se divierte tanto con el drama familiar como yo.

Miro alrededor de mi oficina, y una sensación familiar de agradecimiento me invade en este momento de calma. Tengo todas las razones para sentirme así, porque sé que es raro ser tanto empleado como confidente de alguien como Silas, pero siempre me he sentido afortunado de navegar ese delicado equilibrio.

No se trata solo del trabajo y el privilegio de trabajar para una familia tan prestigiosa. Estoy genuinamente agradecido por la amistad que hemos construido a lo largo de los años. A pesar de su actitud fría y autoritaria, Silas siempre ha sido alguien en quien podía confiar, incluso cuando éramos niños.

Fue como si fuera ayer, lo recuerdo con tanta facilidad, la primera vez que realmente lo conocí, hace tantos años. Yo era solo un niño enclenque en una escuela que prosperaba en dinámicas de poder. Ser un Alfa recesivo y huérfano no era exactamente útil en una escuela como esa. Los otros niños me atormentaban sin descanso,

me ponían apodos, me hacían hacer sus mandados y me golpeaban en la nuca solo porque podían.

*

El aula zumba con el ruido, el caos habitual de los adolescentes dejados a su suerte. Mantengo la cabeza baja, garabateando en mi cuaderno, esperando desaparecer en el fondo. Nunca funciona.

—Oye, enclenque —una voz corta el bullicio, aguda y burlona.

Me quedo inmóvil. Mi estómago se retuerce al escuchar el familiar arrastre de zapatos acercándose a mi escritorio.

—¿Todavía finges estar ocupado? —se burla Marcus, el líder de mis acosadores. Su mano golpea el escritorio, haciendo temblar mis libros.

Los demás ríen, rodeándome como buitres alrededor de un cadáver. Siento un empujón por detrás, y mi bolígrafo sale disparado de mi mano.

—Responde, enano —otra voz se burla, y antes de que pueda reaccionar, alguien me golpea la nuca. No lo suficiente como para lastimar, pero sí para humillarme. Mi cara arde mientras las risas aumentan.

—¿Por qué no haces otro mandado para nosotros, eh? —dice Marcus, sonriendo—. Eres bueno siendo inútil.

Aprieto los puños debajo del escritorio, mis ojos arden. Las palabras se atascan en mi garganta, mi cuerpo paralizado en la misma vieja rutina de impotencia.

—Patético —murmura Marcus, acercándose—. Di algo, Joseph. O es que solo...

—Ya es suficiente.

La voz corta las risas como una espada. Es tranquila, fría y autoritaria.
El aula se queda en silencio.
Todas las cabezas se giran hacia la puerta, y ahí está, Silas. Entra en el aula, su presencia absorbe inmediatamente el aire. Es más alto que cualquier otro, más ancho, su mirada lo suficientemente afilada como para cortar acero.
Marcus se endereza, pero su seguridad flaquea. —Oh, hola, Silas. Solo estábamos...
—Ya dije que basta —repite Silas, su voz tan calmada como antes pero con un tono que hace que Marcus se estremezca.
Camina hacia adelante, sus pasos tranquilos. Cuando se detiene junto a mi escritorio, mira a Marcus como si no fuera más que un insecto bajo su zapato.
—Nadie —dice Silas, su voz baja pero claramente letal— tiene permitido molestar a Joseph nunca más.
Marcus balbucea, su bravuconería desmoronándose. —Solo estábamos bromeando.
—¿Parece que me importa? —interrumpe Silas, su tono glacial.
Marcus aparta la mirada, sus mejillas ardiendo, y sin decir una palabra más, él y los demás se dispersan. El aula está ahora en un silencio sepulcral. El único sonido es mi respiración temblorosa mientras me atrevo a levantar la vista.
Silas no me mira de inmediato. En su lugar, recoge el bolígrafo del suelo y lo coloca de nuevo sobre mi escritorio.
—No les debes nada —dice simplemente, su voz más suave ahora pero igual de firme.

Asiento, tragando con dificultad. Mi garganta se siente apretada, pero no por miedo esta vez. Es algo más… algo cálido, como la esperanza.
Silas no espera un agradecimiento. Se da la vuelta y se marcha, abandonando el aula tan silenciosamente como entró.
A partir de ese día, nadie volvió a tocarme. Empecé a seguir a Silas por todos lados, llevando sus libros, pegándome a él como una sombra. Al principio, era solo por protección, pero con el tiempo, nuestra relación se convirtió en algo más profundo. Nos hicimos amigos, no del tipo que necesita palabras para validarlo, sino del tipo que entiende la lealtad sin cuestionarla.
Ese recuerdo me provoca una gran sonrisa, y pensar que ese mismo chico que me salvó de los bravucones hace tantos años probablemente esté a punto de casarse. Siento una calidez al pensarlo, pero mi mente inevitablemente vuelve a la elección de pareja de Silas.
Un Omega recesivo. Bueno, no puedo decir que me sorprenda. Conociendo a Silas, esta es solo su forma de resistir la presión de sus padres, un acto sutil pero deliberado de rebelión. Aún así, no puedo evitar preguntarme por este Omega.
El acoso que enfrenté de niño fue cruel e imperdonable, pero incluso yo admitiré que es algo habitual en estas partes. Nuestra ciudad es brutal, un lugar donde la fuerza es moneda de cambio y la debilidad es una sentencia de muerte. La gente aquí no tiene tiempo para compadecer a quien no puede seguir el ritmo.
Mi cabeza se sacude casi automáticamente, un pensamiento insistente quedándose en mi mente: ¿puede un Omega recesivo siquiera sobrevivir aquí? Ya es bastante malo ser recesivo, pero

además ser de otra parte del mundo y no estar acostumbrado a nuestras tendencias más duras aquí.
Antes de que pueda seguir divagando, mi teléfono vibra sobre el escritorio. Es Silas.
—Hola, Joseph —dice su voz, cortante y formal—. Pasa por mi oficina. Rápido.
Ese tono. Eso suele significar que hay algo serio.
—Estaré allí enseguida —digo, colgando y agarrando mis cosas.
Al entrar en su oficina, inmediatamente percibo la tensión de mi amigo. Silas está sentado detrás de su escritorio, su expresión inescrutable, pero hay un filo en su postura, una agudeza en sus movimientos. Desliza una carpeta sobre el escritorio hacia mí sin preámbulos.
—Revisa eso y mira si me he olvidado de algo —dice.
Tomo la carpeta, mis ojos captando el título de inmediato: Términos de Unión.
Curiosa, lo abro y comienzo a leer. Cuanto más leo, más pesado se siente mi pecho. El documento es frío, clínico y dolorosamente desapegado. Es un conjunto de estipulaciones destinadas a la futura Omega, describiendo la naturaleza de su acuerdo. Desde la primera línea queda claro que esto no es un matrimonio. Es un contrato.
—No compartir dormitorios —leo en voz baja, mis ojos recorriendo el texto—. No muestras públicas de afecto. Paso las páginas, encontrando más restricciones, cada una más fría que la anterior.
Levanto la vista hacia Silas, quien me observa con una mirada expectante. —¿De verdad crees que esto es necesario? —pregunto, intentando mantener un tono neutral.

Él se encoge de hombros y se reclina en su silla. —Es mejor establecer expectativas desde el principio. Ella necesita entender qué es esto y qué no es.
Cierro el archivo, sintiendo una punzada de compasión por esta mujer que ni siquiera ha llegado aún. —Entiendo que no quieras hacer esto, Silas. Entiendo que te están forzando. Pero, ¿no crees que esto es un poco... excesivo? Ella no ha hecho nada para merecer esto.
Los ojos de Silas se estrechan ligeramente, y resopla. —Es una Omega, Joseph. Todas son iguales. Se dejan llevar por las feromonas y piensan que eso es suficiente. Solo estoy siendo honesto con ella.
Mantengo su mirada, debatiendo si responderle. Conozco lo suficiente a Silas para entender cuán profundo es su desprecio por las Omegas, y sé que es mejor no discutir cuando está de este humor. Pero aun así, no puedo quitarme la sensación de que esto no es justo.
—Solo digo —comento con cuidado— que tal vez deberías darle una oportunidad. Podrías llevarte una sorpresa.
Silas no responde, su expresión se endurece mientras vuelve su atención a su escritorio. Para él, la conversación ha terminado.
Asiento, sabiendo que no tiene sentido insistir. Pero al salir de su oficina, me hago una promesa en silencio. Si esta Omega realmente va a entrar en esta situación, haré todo lo posible para que se sienta bienvenida. Silas puede estar decidido a mantener su distancia, pero eso no significa que ella tenga que enfrentar esto sola.
Será una situación difícil para ella. Eso está claro. Pero si hay algo que he aprendido de Silas a lo largo de los años, es que la fuerza

viene de muchas formas. Tal vez, solo tal vez, esta Omega nos sorprenda a todos.

Capítulo Cinco

Danae

El zumbido de los motores se suaviza cuando la voz del capitán se filtra a través de los altavoces de la cabina. "Señorita Walker, ahora estamos comenzando nuestro acercamiento a Howls Peak. Por favor, asegúrese de que sus cinturones de seguridad estén abrochados".
Respiro profundamente, tranquilizándome. Esto es. Desearía tener compañía aquí ahora, una cara familiar, pero solo estoy haciendo este viaje a bordo del avión privado de mi familia.
Aprieto mis manos, tensando mis dedos alrededor del tallo de mi copa de champán, el vidrio frío que me ancla contra la marea de pensamientos ansiosos que he estado librando durante el vuelo. Trato de enfocarme en las burbujas que suben a la superficie, pero no hay caso. Mi mente no se calma.
Hace solo unos días, Jerome me estaba hablando sobre mis padres que tenían una posible pareja planeada para mí. Y ahora, aquí estoy en nuestro avión privado, dejando atrás mi ciudad, mi familia y mi mejor amiga Leila, dirigiéndome a conocer a alguien que solo conozco por reputación.
"Señorita Walker?" La voz suave de la azafata interrumpe mis pensamientos. Miro hacia arriba para encontrarla sonriendo educadamente, con las manos extendidas para tomar mi copa vacía. "Estaremos aterrizando pronto. Por favor, preparen para la llegada".
Le devuelvo la sonrisa y le paso la copa. "Gracias".
Mientras me abrocho el cinturón de seguridad, una punzada de tristeza se hincha en mi pecho. Realmente estoy a punto de aterrizar en este lugar extraño. Esta es la primera vez que realmente he

dejado mi hogar. Mis padres insistieron en que viniera antes que ellos a Howls Peak para conocer a Silas Jorg, el único alfa que, según ellos, me eligió.
Pero la idea de estar en una ciudad donde no conozco a nadie... es abrumadora.
Saco mi teléfono y marco inmediatamente a Leila. Ella responde casi al instante, su rostro iluminándose en la pantalla. "Danae, ¿cómo estás aguantando? Parece que acabas de perder un cachorro".
Me río a pesar de mí misma. "Te extraño ya. Y no sé qué esperar en Howls Peak. ¿Y si no encajo? ¿Y si..."
"Detente", me corta, su voz firme, pero esa calidez y amabilidad típica es inconfundible. "Vas a estar bien. Ryan", llama, volviendo el teléfono para mostrar a uno de sus esposos, que está sentado en su sofá. "Dile a Danae que está sobre pensando".
Ryan se ríe, dejando a un lado lo que parece ser un archivo de trabajo. Sí, eso es exactamente cómo Leila dijo que es, siempre trabajando. "Danae, vas a estar bien. He estado en Howls Peak un par de veces por negocios. Es diferente, sí. La gente es un poco tosca, pero son buena gente. Ah, y debería agregar, son grandes, más grandes que la mayoría de la gente aquí. Pero eso solo significa que encajarás perfectamente con tu altura".
Me río suavemente. "Vaya, gracias por la tranquilidad", digo con un toque de sarcasmo juguetón.
"No, en serio", insiste, sonriendo. "Vas a estar bien. Y este tipo, Silas Jorg, he oído muchas cosas buenas sobre él y su familia, creo que será un gran compañero para ti. Es el tercer alfa más fuerte del mundo en tu generación. Justo después de Ares y Henry".

Leila se une, su voz cálida. "Quienquiera que sea, será muy afortunado de tenerte. Eres increíble, Danae. No te atreves a olvidarlo".
Lo que me hace preguntarme por qué fui elegida.
Sin embargo, sus palabras traen un destello de consuelo. "Gracias, chicos. Los llamaré una vez que me instale".
Justo entonces, el capitán anuncia, "Preparen para el aterrizaje".
"Tengo que ir", digo, terminando la llamada y cambiando mi teléfono al modo avión.
Mientras me dispongo a guardar mi teléfono, un mensaje de mi madre llama mi atención. Buena suerte, cariño. Harás un gran trabajo.
Oh, Mamá. Mi corazón se derrite con las palabras antes de guardar el teléfono en mi bolso. Estaba tan emocionada con este viaje. Su rostro brillaba mientras hablaba sobre Silas Jorg y la familia Jorg. Realmente espero que esto salga bien, no solo para mí sino también para ella.
Mentiría si dijera que no estoy un poco confundida, aunque. Al igual que Ryan dijo, Silas es el tercer alfa más fuerte del mundo y el alfa más fuerte en Howls Peak. Su familia es famosa. Podría tener cualquier omega que desee, y me eligió a mí? Un omega recesivo de otra ciudad? No sé si sentirme extremadamente afortunada o sospechosa. Es casi demasiado bueno para ser verdad.
Mi corazón late como loco cuando el avión toca tierra. La pista es elegante y privada, flanqueada por pinos altos y acunada por montañas escarpadas. La ciudad en sí está escondida más allá del bosque, pero la mera presencia del paisaje es imponente.

En el momento en que el avión se detiene, me pongo de pie, alisando mi vestido y tomando mi abrigo. Cuando se abre la puerta de la cabina, una ráfaga de aire fresco de montaña me saluda. Bajo los escalones, preparándome para la vista de Silas Jorg.
Pero no es él quien me saluda.
"Señorita Walker", una voz profunda y suave llama.
Miro hacia arriba para encontrar a un hombre alto esperando al pie de la escalera. Está calvo, su cabeza brillando bajo el sol de la tarde, pero su falta de cabello solo enfatiza la crudeza de sus rasgos fuertes mandíbula, pómulos altos y ojos grises penetrantes. Su traje negro le queda perfecto, ajustándose a un marco muscular que parece casi demasiado perfecto para ser real.
Parpadeo ante la vista de este hombre, lo que me saca de quicio por un momento. No es Silas. Lo sé porque he visto fotos de él. Silas tiene cabello rojizo y ojos más fríos.
El hombre extiende una mano. "Soy Joseph Cane, el asistente de Silas Jorg. Estoy aquí para llevarte a la finca".
¡Traga!
Trago saliva para deshacer el nudo repentino en mi garganta mientras extiendo mi mano para estrechar la suya extendida.
Deja de pensar en lo grandes que son sus manos! Dios, pero sus dedos son tan delgados y firmes.
"Danae Walker, es un placer conocerte, señor Joseph", digo con mi voz más compuesta.
Me da una pequeña sonrisa tranquilizadora. "Bienvenida a Howls Peak".
Lo sigo hasta un coche negro elegante que espera en la pista. Mientras conducimos, el paisaje se transforma desde la naturaleza

salvaje hasta una ciudad en expansión situada entre las montañas. La arquitectura es imponente líneas rectas, edificios altos y un aire de fuerza en cada estructura.
"¿Es esta tu primera vez en otra ciudad?" Joseph pregunta, mirándome a través del espejo retrovisor.
—Sí—, admito, jugueteando con la correa de mi bolso. —Si soy honesta, estoy un poco nerviosa—.
Él se ríe suavemente, el sonido cálido y reconfortante. —Es normal. La ciudad puede ser intensa. La gente aquí es directa. Dura, incluso. Pero es solo cómo son. No te lo tomes personalmente—.
Sonrío débilmente. —Bueno, tú pareces estar bien. Si todos son como tú, creo que me gustará aquí—.
Él se ríe, sus ojos grises brillando. —Me duele decírtelo, pero no todos son como yo—.
Sonrío tristemente. —Bueno, si pueden aceptar a alguien como yo, creo que son lo suficientemente caritativos—, murmuro.
Joseph arquea una ceja ante mis palabras autodegradantes, mirándome en el espejo retrovisor, pero yo solo miro hacia otro lado, observando la ventana en lugar de eso.
El coche gira hacia un camino privado, y mi respiración se corta cuando la finca Jorg entra en mi vista. Es inmensa, con varias mansiones salpicando el paisaje impecable. Jardines se extienden en todas direcciones, perfectamente cuidados, y fuentes brillan a la luz del sol.
—Guau—, susurro. —Es hermoso. Y todo parece tan organizado—.
Joseph asiente. —El legado de la familia Jorg se basa en la perfección, la excelencia y la organización—.

La palabra perfección hace que mi estómago se retuerza. La perfección no es exactamente mi punto fuerte. Esa ansiedad demasiado familiar comienza a reaparecer en mí, y cambio de tema para calmarme. —¿Cuánto tiempo has trabajado para ellos?—
—¿Trabajar para ellos? Tan pronto como terminé la universidad, pero he estado con ellos desde que era un niño—, dice, su voz suavizándose. —Era un huérfano, y cuando era niño, me acosaban mucho. Todo cambió cuando Silas se puso de mi lado un día, y desde entonces he estado con él y la familia—.
—Eso es muy amable de su parte. Él suena como un hombre realmente amable—, digo sinceramente.
Joseph asiente, pero hay un ligero giro en su expresión, un poco menos cálido, ahora solo inescrutable.
Hay algo en este hombre, una especie de amabilidad que me pone a gusto. Tiene esta capacidad natural para calmar las preocupaciones que giran dentro de mí. Todos los pensamientos ansiosos que me estaba ahogando simplemente parecen desvanecerse cuanto más hablo con él.
Y, okay, no ayuda que sea ridículamente guapo. Como, injustamente así. Pero no puedo dejar que me detenga en eso. Él es mi amigo y empleado destinado, por el amor de Dios.
Aun así, espero que podamos ser amigos. Él parece ser un tipo realmente sólido.
El coche se detiene frente a una de las mansiones. Al salir, los sirvientes inmediatamente corren a agarrar mi equipaje. Joseph me lleva a la entrada principal.
Subimos las escaleras, cada paso nos lleva más profundamente a un mundo de pura lujo. El espacio parece algo salido de un palacio de

un monarca, diseños ornamentales en las paredes, acentos de oro que capturan la luz, y cortinas pesadas que gritan riqueza y poder. En la parte superior, nos detenemos frente a una puerta de tamaño descomunal. Joseph se adelanta y la abre. Mis ojos se ajustan a la iluminación tenue en el interior, parpadeando rápidamente mientras tomo en la figura ante mí. Alto y autoritario, se para en el centro de la habitación como si él mismo poseyera no solo el espacio sino el aire que lo rodea.

Silas.

Mi corazón salta un latido mientras lo tomo en cuenta. Él es enorme, mucho más alto de lo que imaginé. Sus hombros son anchos, su pecho poderoso y definido incluso bajo su camisa blanca impecable. Su cabello pelirrojo está perfectamente peinado, y sus ojos azules helados se fijan en mí, congelándome en su lugar.

Durante un momento, no puedo pensar. Solo puedo mirar, abrumada por su presencia. ¿Este hombre será mi pareja?

Pero luego él habla, y sus palabras me golpean como una bofetada.

—Bien—, dice, su voz fría y afilada. —Finalmente estás aquí. Bueno, al menos no eres una enana—.

—¿Perdón?—

Capítulo Seis

Silas

El rugido del motor del coche de Joseph llega a mis oídos antes de que lo vea. Los extensos jardines y los jardines manicurados de la finca no hacen nada para suavizar el sonido mientras se acerca por la entrada.

Atisbo el vehículo negro y elegante desde la ventana de mi oficina, y eso desencadena una chispa de irritación en mi pecho que es lo suficientemente fuerte como para ser evidente en el pesado suspiro que dejo escapar.

Maldita sea. Aquí vamos. Me paso la mano por el pelo.

"Ella está aquí", murmuro para mí mismo, y hasta yo puedo escuchar la resignación en mi voz.

No hay ni un solo rastro de emoción dentro de mí en este momento, solo una impaciencia que me hace apretar la mandíbula. Todo este arreglo es solo una molestia. Un mal necesario para quitarme a mis padres de encima.

El concepto de una pareja, un compañero de vida, siempre me ha parecido una historia de hadas anticuada. No necesito a nadie, y menos a alguna omega enviada aquí bajo el pretexto de un "emparejamiento ideal".

Me alejo de mi escritorio y cojo el vaso de cristal que está cerca. Un generoso trago de whisky se derrama en el vaso. Lo bebo de un trago, y siento el ardor mientras se asienta en mi pecho.

"Vamos a terminar con esto", murmuro, dejando el vaso con un golpe seco.

Oigo el ligero crujido de la puerta un momento antes de que se abra por completo. Joseph entra, tomo una bocanada de aire, y ella está solo a unos pasos detrás de él.
Ella entra, y siento como si todo el aire que acabo de inhalar se evaporara por completo.
¿Qué diablos? Es hermosa?
En el expediente, solo tenía una foto de perfil. Pero ahora, puedo verla toda. Y vaya.
Por un momento, el aire parece demasiado espeso, como si estuviera presionando contra mi pecho. Ella es alta para ser una forastera, probablemente casi 1,78 metros. No es inusual aquí, pero es ciertamente más alta que cualquier omega que haya conocido de fuera de Howls Peak.
Su cabello rojo es un contraste llamativo con su piel pálida y sus ojos verdes, maldita sea, esos ojos. Brillan como esmeraldas, intensos y brillantes, casi sobrenaturales.
Pero más que nada, lo que es más desconcertante es la forma en que me siento. No sé qué esperaba sentir al verla, pero definitivamente no pensé que sería esto.
Nos quedamos allí en silencio, y no puedo descifrar la expresión de su rostro. Es en blanco, casi tan en blanco como su mirada en la foto de su expediente. La mayoría de los omegas tendrían esa sonrisa fingida en este momento, pero no ella. Esto es diferente, y ese hecho, por alguna maldita razón, es a la vez molesto e increíblemente atractivo.
¿Qué diablos le pasa a mí? Es solo otra omega.
El momento se alarga incómodamente, y finalmente decido romperlo. "Bien. Finalmente estás aquí. Al menos no eres un enano".

Digo, asegurándome de que mi voz sea lo más fría posible. Necesito dejar las cosas claras.
Su rostro cambia inmediatamente, una ceja fruncida en su rostro. "¿Disculpa?", pregunta, su voz clara y cortante, cortando el aire espeso como una cuchilla.
Por el breve instante, un extraño destello de culpa se enciende dentro de mí. Algo sobre la forma en que habla, la forma en que sus ojos se estrechan con esa chispa fiera, me hace casi querer ser más amable?
¿Qué diablos me está pasando?!
Trago el bolo que siento en la garganta y el asqueroso deseo de ser agradable junto con él, desterrando el pensamiento.
"Dije", repito, "Es bueno que no seas un enano. Por lo general, las chicas de otras partes del mundo son miniaturas".
Sus cejas se disparan. "Esa es una línea de apertura del infierno".
Siento que la comisura de mi boca se contrae, pero la sofoco antes de que se convierta en una sonrisa. "Bueno, es la que te tocó. Necesito hacer que los detalles de nuestro arreglo sean perfectamente claros", digo, pivotando hacia los negocios. Mi voz es afilada, sin lugar a malentendidos. "No tengo interés en casarme. Solo estoy tomando una pareja para quitarme a mis padres de encima. Si hay ilusiones en tu cabeza de romance, te sugiero que te deshagas de ellas de inmediato".
Dejo que las palabras cuelguen en el aire, pesadas y finales.
"Esto será un matrimonio arreglado en todo el sentido de la palabra. No esperes nada más".
El silencio que sigue es más fuerte que mis palabras. ¿Por qué no está diciendo nada? Estoy seguro de que sabe quién soy. Debería

estar dulce y amable en este momento, intentando cambiar mi mente o estúpidamente de acuerdo con lo que digo. Simplemente se queda allí, mirándome con esa misma expresión que es a la vez irritante y tan condenadamente sexy.
Su silencio se siente como un desafío, y maldita sea, odio cómo me hace querer seguir mirándola.
Me vuelvo hacia mi escritorio, intentando recuperar el control. "Incluso he arreglado una lista de cosas en papel", digo, alcanzando el documento. "Así que sabes lo que esperar y lo que no. No tendremos tiempo para cuentos de hadas-"
Todavía estoy hablando cuando su voz corta la habitación, congelándome en movimiento.
"Suena insufrible".
¿Qué?
Me enderezo lentamente, volviéndome para enfrentarla. Incluso Joseph parece sorprendido, sus cejas subiendo en su frente mientras mira entre nosotros.
Su expresión es calmada, pero hay acero en su voz. "He estado aquí durante apenas cinco minutos, y ya has sido grosero conmigo. ¿Qué crees que te da el derecho de hablarme de esa manera? ¿Porque estoy aquí para ser tu pareja? Si no fuera por mis padres y el hecho de que no quiero defraudar sus esperanzas de que esto funcione, me iría directamente de esta finca y no miraría atrás".
Abro la boca para responder, pero ella sigue adelante, sus palabras deliberadas y directas. "He oído que tú y tu familia valoran la perfección, la excelencia y el orden. Parece que solo se aplica a tus alrededores, ya que tu comportamiento inculto es indigno de todo eso".

No puedo creer lo que estoy oyendo. Nadie, ni siquiera una omega, ni nadie, ha hablado conmigo de esta manera antes. ¿Por qué siento burbujear la emoción en mi pecho?
Es tan emocionante que siento el más leve rastro de una sonrisa en mis labios, pero la reprimo antes de que ella se dé cuenta.
—Esa es una crítica muy sutil, señorita Walker. ¿Pretende insultarme en mi propia casa? —gruño.
Danae aplaude con sus manos. —Ah, perdóneme. Me olvidé de que, como estoy bajo su techo, debo tolerar sus excesos. Acabo de llegar y estoy cansada, así que debe entender que mi genio está un poco corto. Si no le importa, por favor, finja que sabe algo de hospitalidad y muéstreme dónde voy a descansar antes de que vuelva a empezar su anterior diatriba.
Con eso, se marcha.
La miro marcharse, con el corazón latiéndome en el pecho. Mi mandíbula se tensa, y me fuerzo a apartar la mirada, volviendo a mi escritorio.
—Es descortés —murmuro, más para mí mismo que para nadie más.
Joseph carraspea, y vuelvo a mirarlo. Arquea una ceja. —¿Esperaba que se quedara allí y lo tolerara? Después de la forma en que le habló?
Lo miro con rencor, pero no respondo.
En cambio, mi mente vuelve a otras omegas que he conocido, mujeres que prácticamente se me echaban encima, sin importar lo frío o desdeñoso que fuera.
Nada volvió a ser igual después de mi primera cópula. Los recuerdos vuelven a mí sin yo quererlo, cómo era tan ingenuo y confundido.

"Señor Silas," su voz es diferente. Es casi frenética, en un tono sensual que nunca había oído dirigido a mí antes. Solo tengo quince años, pero su cuerpo ya es enana al lado del mío. Aún así, se mueve con una confianza que bordea la invasiva.
Sus ojos están ansiosos y sus manos cálidas son húmedas mientras me toma el brazo. La saliva en su labio me hace estremecer.
"Por favor, para." Es la única vez que he suplicado, mis ojos abiertos en miedo e incertidumbre. No sabía qué quería en ese momento, pero sabía que no lo quería. Mi cabeza estaba mareada, y mis feromonas solo crecían en intensidad, haciéndola cada vez más salvaje.
—¡Para!
Cierro los ojos para ahuyentar el recuerdo. Después de ese terrible incidente, mis padres me mandaban al anexo siempre que tenía mis cópulas hasta que fui lo suficientemente mayor y lo suficientemente controlado, no fuera a convertir toda la finca en un pozo de animales que actúan por instinto debido a mis feromonas.
Fue mi cruda toma de conciencia sobre la razón por la que las chicas se me insinuaban en clase y por la que las omegas me seguían en los bailes.
—Es solo otra omega —le digo a Joseph, con más fuerza de la necesaria—. Actuará como siempre lo han hecho cuando experimente mis feromonas.
Joseph no responde, su rostro anodinamente neutral.
Le hago un gesto hacia la puerta. —Vaya detrás de ella. Muéstrele dónde estará quedándose.
Joseph asiente con la cabeza, marchándose sin decir una palabra.

Cuando la puerta se cierra, me reclino en mi silla, exhalando un suspiro que no sabía que estaba reteniendo. Mi mente no para de reproducir la forma en que me miró, la forma en que se mantuvo firme.
No me gusta cómo me afecta tanto y odio el hecho de no poder dejar de pensar en ella.
Pero, al final del día, solo es otra omega.

Capítulo Siete

Adriel

Doblo hacia la larga y sinuosa entrada de la Hacienda Jorg, el zumbido del motor de mi coche llena el aire mientras las puertas se abren ante mí.

La finca se alza ante mí, intemporal y majestuosa, tal como la recuerdo. Este lugar, con sus amplios terrenos y su arquitectura imponente, conserva una parte de mí, aunque prefiera mi vida en la ciudad humana.

Han pasado casi seis meses desde que regresé a casa, pero nada ha cambiado.

Al aparcar el coche y salir, soy inmediatamente recibido por Charles, el viejo jardinero que ha estado con la familia más tiempo del que he vivido. Su rostro arrugado se ilumina al verme, y su voz trae consigo la calidez familiar que he echado de menos.

—"Maestro Adriel," dice, con un tono de genuino deleite. "Ha pasado demasiado tiempo."

—"Charles," respondo, estrechando su mano con firmeza. "Es bueno estar en casa. ¿Cómo estás?"

—"Mejor ahora que estás aquí," dice con una risa. "La finca siempre se siente un poco más brillante cuando visitas."

Sonrío. "La adulación te lleva muy lejos, viejo. ¿Cómo está todo aquí?"

Charles ríe, primero por mis primeras palabras, y luego cruza los brazos detrás de la espalda. "Tus padres están bien. Están en su mansión, como siempre. Y tu hermano, parece que pronto tendremos una boda que preparar."

Todavía no puedo creerlo. "¿Es cierto entonces? ¿Ha elegido Silas finalmente una pareja? Una Omega?"
Charles asiente, con una sonrisa de conocimiento en su rostro. "En efecto. Su prometida llegó hace poco. Probablemente esté en su oficina en este momento."
—"Interesante," digo, sintiendo que mi boca se curva en una sonrisa. "Creo que voy a hacerle una visita y conocerla. Después de todo, no es todos los días que mi hermano da un paso tan monumental."
Charles se inclina ligeramente. "Estoy seguro de que su presencia le será muy agradable, maestro Adriel."
Me río y camino hacia el edificio principal, los sonidos y olores familiares de casa envolviéndome. Mientras subo las escaleras, alcanzo a ver a varias criadas afanándose, sus rostros iluminándose al verme. Una de ellas se sonroja furiosamente, su mano volando hacia su boca mientras les destaco una sonrisa.
—"Señoritas," digo suavemente, inclinando una cabeza imaginaria. Sus risas se alejan tras mí, y no puedo evitar sonreír. Algunas cosas nunca cambian.
Al acercarme a la oficina de Silas, mis pasos se ralentizan. El gran vestíbulo parece casi inmóvil, el silencio solo interrumpido por el suave golpe de mis botas contra los suelos pulidos. Y luego, la puerta de la oficina de Silas se abre con fuerza.
Lo que sigue me detiene en seco.
Una mujer sale apresuradamente, sus movimientos rápidos y deliberados, su rostro con una expresión de ira contenida. Pero no es su enojo lo que me hace detenerme. Es ella.
Es impresionante.

Alta y elegante, con su pelo rojo vibrante cayendo sobre sus hombros como una cascada de fuego. Sus ojos verdes destellan a medida que se mueve, con una profundidad e intensidad que me atrae antes de que pueda siquiera procesarlo. Su figura es impresionante, su presencia magnética. Incluso en su enojo, hay una elegancia en ella que me quita el aliento.
Maldición.
¿Es esta la mujer que Silas ha elegido? Esta criatura de fuego que parece que podría quemar toda la finca con una simple mirada?
Mientras se marcha, no puedo evitar soltar una risa suave. Conociendo a mi hermano, probablemente ha dicho algo perfectamente irritante que la ha empujado al límite. Eso es lo que es, más él no es exactamente aficionado a las Omegas.
Pasan unos momentos, y Joseph sale de la oficina, su expresión una mezcla de preocupación y resignación. Se acerca a ella y intercambian palabras que no puedo escuchar desde esta distancia. Joseph gesticula como si intentara calmarla, y observo cómo comienza a llevarla lejos.
Sonrío, enderezando mi chaqueta. Es hora de intervenir y usar un poco de ese viejo encanto de Adriel.
Camino hacia ellos, mis pasos confiados como siempre. Mis pisadas atrapan la atención de Joseph primero, y mira hacia arriba, su rostro iluminándose.
—"¡Maestro Adriel!" exclama, su voz llevando una nota de sorpresa. "¡Eres temprano!"
Sonrío. "No me perdería la oportunidad de conocer a mi futura cuñada."

Desplazo mi mirada hacia ella, conectando con esos hipnóticos ojos verdes. Me mira, la precaución evidente en su expresión, y siento un escalofrío recorrer mi espalda. Alcanzo su mano, levántola a mis labios y presiono un suave beso en sus nudillos.
—"Adriel Jorg. Soy el hermano menor de Silas," digo suavemente, manteniendo mi voz cálida como siempre. "Es un placer conocerte."
Sus mejillas se ruborizan de un delicado rosa, y capturo el fugaz titubeo de su respiración. Su voz, suave y melodiosa, se detiene mientras responde, "Danae Walker."
El sonido envía un escalofrío a través de mí, como si el universo lo hubiera envuelto en una chispa destinada solo a mí.
Joseph se aclara la garganta, trayéndome de vuelta al momento. "Estaba a punto de mostrar a la señorita Walker a su habitación. Debe estar cansada."
No, no, no. Todavía no.
Coloco una mano sobre el hombro de Joseph, sonriendo juguetonamente. "Mírala, Joseph. ¿Parece una mujer que se cansa con facilidad?"
Danae abre la boca, casi en un jadeo ante mi broma. Notó que sus labios se curvan en una sonrisa bashful, y esa es toda la invitación que necesito para seguir adelante.
—"Vamos, déjame mostrarte la finca. Es una tradición, después de todo," ofrezco.
Su vacilación solo dura un momento antes de que tome su mano de nuevo, llevándola lejos. Joseph nos observa partir, su expresión dividida entre la diversión y la desaprobación, pero no le doy importancia.

Al salir al exterior, el aire fresco nos recibe, los jardines extendiéndose ante nosotros en todo su esplendor vibrante.
—"Es una finca bastante grande", digo, mirándola. "Aunque me encantaría tomarme mi tiempo para mostrarte cada pulgada de ella, temo que Joseph estuviera en parte correcto cuando mencionó lo cansada que debes estar. ¿Hay algún lugar que te gustaría ver primero hoy?"
Ella titubea, luego dice, "Los jardines. Me gustaría echar un vistazo más de cerca. Es hermoso."
—"Bien, Charles estaría más que complacido de oír eso. Se toma muy en serio su trabajo de jardinero." Sonrío. "Vamos, te lo mostraré".
Caminamos por los jardines, el aroma a flores llenando el aire. Los colores parecen cobrar vida a nuestro alrededor.
Pero el verdadero milagro es lo perfectamente que parece encajar aquí, como si perteneciera entre las rosas y la hiedra.
La miro de reojo. Está distraída mientras mira alrededor, y puedo ver el más mínimo atisbo de una arruga en su rostro. Parece que todavía está molesta por lo que ocurrió antes.
Miro hacia otro lado y me choco con ella ligeramente mientras caminamos. Ella se recupera y me mira.
Sonrío. —Acabas de llegar y parece que ya estás teniendo dudas.
Ella se sorprende ante mis palabras.
"Oh, ni mucho menos. ¿Cómo podría?" dice con una educación práctica. "Tu hermano se tomó el trabajo de elegirme, una omega recesiva, cuando podría haber escogido a la mejor. Estoy muy agradecida."

Fruncio el ceño ante sus palabras. —¿Te dijo Silas eso a ti? Mi hermano puede ser duro, pero ¿hacerlo hasta ese punto?
Ella me mira de nuevo, su sorpresa evidente. —Disculpa, ¿no? Pero eso es bastante claro.
Me detengo. —Si mi hermano no lo ha dicho, entonces no lo piensa. No deberías hablar de ti de esa manera. No me gusta escucharlo, digo con mi voz más compasiva.
Danae se detiene también, sus ojos muy abiertos. Espero un rubor o alguna otra evidencia de que está encantada, pero solo parece confundida y más precavida. Baja la mirada, sus labios doblando hacia abajo en un ligero gesto de desaprobación.
—Entendido, dice. —Estoy dispuesta a tener más cuidado con mis palabras.
¿Qué demonios?
Ella es un hueso duro de roer. Mientras es cierto que no me gusta escucharla hablar en voz baja de sí misma, dramatice mi respuesta a propósito, llevando el encanto al límite. Normalmente, una mujer como ella debería haber visto mi bondad y atención manifiestas como coqueteo. Y, en efecto, fue coqueteo.
Es como si estuviera coqueteando con una pared de ladrillos. Esa fue una respuesta tan deslucida. ¿Es que no piensa que intentaría coquetear con ella, o es que simplemente es tan desconfiada?
"Sabes", digo, alcanzando una rosa y arrancándola del tallo. "Me recuerdas a esto."
Ella inclina la cabeza, curiosa. —¿A una rosa?
Sostengo la flor, estudiándola antes de mirarla. —Fuerte, con espinas para protegerte a ti misma. Pero también hermosa. Delicada en los aspectos que importan.

Sus cejas se elevan, y mira de la rosa a mis ojos. —Eso es tan cliché, murmura como si no lo creyera.
Me llevo los labios a la boca para no reírme sorprendido. ¡Oh, por el amor de Dios, esto es mejor de lo que pensé! ¡Ella es tan interesante!
"Eres muy diferente a tu hermano", comenta.
Sonrío. —¿Es eso algo bueno?
Ella inclina la cabeza de nuevo. —No lo sé. Eres más amable, pero pareces más peligroso de alguna manera.
Ella es honesta.
"Tienes razón", digo, riendo.
"Joseph parecía sorprendido de verte. ¿No vives aquí?" pregunta ella.
En base a nombres de pila con Joseph, veo.
"Si bien esto siempre será mi hogar, tienes razón. No vivo aquí. Soy actor. Vivo en una ciudad humana", admito.
"Oh." Ella se detiene después de decir eso.
Sonrío con nostalgia mientras espero a que aparezca. Esa mirada en sus ojos que diga que piensa que soy un derrochador. No aparece.
Parpadeo sorprendido mientras ella sigue mirándome con la misma expresión que antes.
"Definitivamente eres diferente a tu hermano. ¿Un actor, eh? Lo puedo ver. Eres ridículamente atractivo", murmura.
Sus ojos se abren de par en par a medida que se da cuenta de que dijo eso en voz alta. Por primera vez, la veo vacilar, sus mejillas teñidas de rosa en la vergüenza mientras agita las manos y balbucea: "Quiero decir que con respeto, por supuesto".
No me mira directamente.

Me acerco, mi mano se mueve casi por sí sola, levantando su barbilla con suavidad para que esos hermosos ojos verdes puedan sostenerme de nuevo. Y, en efecto, lo hacen. Me mantienen cautivo, y por un momento, el mundo parece desaparecer.
"Hay algo en ti", murmuro, mi voz baja. "Algo que no puedo explicar".
Ella no se aparta. Su respiración se entrecorta mientras me mira a los ojos, pareciendo sentir la misma atracción que siento. El espacio entre nosotros se reduce hasta que puedo sentir su respiración mezclándose con la mía.
Y luego, justo en ese momento tan tentador.
¡Por el amor de Dios!
Un jardinero pasa por allí, sus pasos crujiendo en la grava. No nos ha visto, pero el hechizo se ha roto. Danae se aparta, sus mejillas en llamas, mientras yo me fuerzo a sonreír, cubriendo la frustración que me recorre.
Seguimos caminando, pero ahora hay una carga en el aire. Una presa que casi no se contiene. No estoy ni siquiera intentando luchar contra esta atracción magnética que me impulsa hacia ella, y algo me hace pensar que no soy el único que la siente.
Cuando nos acercamos al borde de los jardines, me detengo, girando para mirarla. Tomo su mano de nuevo, presionando un beso significativo contra su palma.
"Este es solo el comienzo", digo suavemente. "Te daré un tour adecuado pronto. Bienvenida al predio de los Jorg, señorita Walker".
Ella sonríe, y la visión de ello hace que algo se mueva profundamente dentro de mí.
Oh, te daré un tour, desde luego, el tour de tu vida.

Capítulo ocho

José

Salgo del edificio principal y me clave en el aire fresco y abierto del patio de la finca, mis botas crujean suavemente contra el camino de grava. Delante de mí, veo a Adriel y a Danae desaparecer en los jardines. Su cabello rojo brilla bajo la luz del sol y camina con un cierto aire de calma, una marcada diferencia con la ira que irradiaba de ella después de su conversación con Silas.

Al menos alguien la hace sentir bien recibida. Adriel tiene esa habilidad peculiar de encantar a cualquiera, de hacer que se sientan como si fueran el centro de su mundo. Es un contraste marcado con la actitud fría y a menudo cortante de Silas. Es bueno que esté viendo otro lado de la familia.

Me doy la vuelta hacia la casa, mis pensamientos se demoran brevemente en ella. La forma en que se lleva. Es alta, elegante, y llama la atención sin intentarlo es algo que no esperaba. Y la forma en que Silas le habló antes, bueno, no es mi lugar juzgar, pero no fue amable.

Cuando regreso a la oficina, Silas está en su escritorio, mamando un whisky como si fuera lo único que le permite mantenerse en pie. Ni siquiera levanta la vista cuando entro.

"Adriel ha vuelto" anuncio, acercándome.

Eso llama su atención. Levanta la vista. "Oh, ha vuelto temprano. ¿Dónde está?"

"Con la Sra. Walker", respondo. "La está enseñando la finca." Me detengo por un momento, dejando que las palabras se hundan antes

de agregar, "Parece haber tomado un gran interés en ella. Le besó la mano cuando se conocieron."
Durante un breve momento, veo algo. Un destello, un atisbo de emoción, agudo y sin tapujos en la expresión de Silas. ¿Celos? ¿Irritación? Sea lo que sea, desaparece casi tan rápido como apareció, reemplazado por su máscara de indiferencia.
Suelta un suspiro silencioso, revolviendo el líquido ámbar en su copa. "Adriel", murmura. "Todavía encuentra su diversión en los lugares más extraños".
El comentario me hace tensar, pero me callo. No es ningún secreto que a Silas no le gustan los Omega, pero esto se siente particularmente duro, incluso para él.
Asiento brevemente y salgo de la oficina, mordiéndome la lengua para no decir algo.
Afueras, el sol cuelga más bajo en el cielo, proyectando una cálida luz dorada sobre la finca. Veo a Adriel y Danae saliendo de los jardines. Adriel pasea adelante, pareciendo la imagen misma de la encantadora facilidad, mientras Danae camina a su lado, su ira anterior aparentemente olvidada.
Adriel me alcanza primero, dándome una palmada en el hombro con una sonrisa. "Es toda tuya ahora", dice, su tono ligero y juguetón. "No digas que no te ayudé a voltear esa expresión.
Se desvanece sin otra palabra, dejándome con Danae.
Me mira, sus ojos verdes estables. "Gracias", dice suavemente.
"¿Por qué?" pregunto, cayendo al paso a su lado mientras la llevo hacia el ala de invitados.
"Por ser diferente", dice, una pequeña sonrisa jugueteando en sus labios mientras bromea, "Adriel es intenso también, pero

definitivamente los dos son mucho más agradables que Silas. Ahora, si solo me casara con uno de ustedes".
"Silas se calmará", le digo, aunque ni siquiera yo estoy seguro de si lo creo.
Imagina.
Sus palabras se asientan en mi pecho, haciendo que mi mente se extienda con pensamientos que sé que no debería tener pero no puedo evitar perderme.
Desde que salió de ese avión, no he dejado de pensar en la forma en que la luz juega en su cabello, la forma en que su presencia parece llenar el espacio alrededor de ella. Hay una elegancia en ella, una fortaleza que va más allá de su estatura. Está en todo a su alrededor. Está en la forma en que habló de vuelta a Silas, y me está llenando de un impulso de sostenerla, de sujetarla.
Concéntrate.
Aplasto los pensamientos que amenazan con surgir. Tiene suficiente con lo que lidiar. Silas, Adriel, toda esta situación. No necesita que yo le agregue más.
Llegamos a su habitación, y me señalo la puerta. "Las máids se encargarán de cualquier cosa que necesite", digo, retrocediendo un poco.
Ella asiente, su sonrisa suave pero genuina. "Gracias, José."
La veo desaparecer en la habitación antes de darme la vuelta y dirigirme de vuelta a la oficina de Silas. El aire dentro se siente más pesado ahora, el ambiente incluso más serio que antes.
Adriel está allí cuando entro, tumbado casualmente en el sofá con una bebida en mano. El Sr. y la Sra. Jorg están sentados cerca, sus

expresiones afiladas y calculadoras como siempre. Silas se sienta en su escritorio, su rostro inescrutable mientras brinda su whisky.
"Adriel", dice la Sra. Jorg. "No esperaba verte tan pronto."
Adriel sonríe, recostándose con pereza. "Tenía que verlo para creerlo. ¿Cómo lograron convencer a Silas de que eligiera una compañera?"
El Sr. Jorg suspira, su frustración clara. "Convencerlo, no lo convencimos de nada. Él la eligió solo para fastidiarnos."
"Eso es suficiente", dice Silas suavemente, su voz cortando a través de la habitación como una cuchilla.
Pero el Sr. Jorg insiste. "Le dimos una larga lista de coincidencias excelentes, y él elige a un Omega recesivo de medio mundo. Es absurdo."
"Ni siquiera es de Howls Peak", agrega la Sra. Jorg, su voz llena de desprecio, sus palabras dirigidas a Silas. "No está familiarizada con nuestras costumbres. ¿Estás seguro de que incluso pasará por la ceremonia de la Unión?"
Deja su vaso con un clic seco. "Entiendo", dice lentamente, su voz peligrosamente calmada. "Estás tratando de empujarme hacia una de tus parejas preferidas a pesar de haberte dicho que puedo elegir siempre y cuando sea una Omega. ¿Ya no es suficiente para ti?"
Sus padres fruncen el ceño, sabiendo que tiene razón, pero no se rinden.
Silas se levanta, sus movimientos deliberados, y se enfrenta a la mirada de su madre. "Está bien. Pasaré más tiempo con ella y demostraré que somos muy compatibles".
La habitación cae en silencio, el peso de sus palabras suspendido en el aire.

Adriel rompe la atmósfera tensa con una risa, se levanta y se estira. "Ah, los asuntos familiares. Justo como los recuerdo". Hace un gesto despectivo con la mano. "Voy a echar una siesta. Despiértenme si pasa algo interesante".
Y con eso, se va, dejándonos a los demás atrás.
El señor y la señora Jorg intercambian algunas palabras en voz baja antes de irse también, su desaprobación todavía evidente en sus rostros mientras salen.
Me quedo solo con Silas, el zumbido suave de la botella de whisky el único sonido en la habitación.
Es mi oportunidad de decir algo.
"Vas a arrastrarla a esto solo para fastidiarlos", digo finalmente, mi voz baja.
Silas me mira, su expresión fría. "Ella sobrevivirá".
"¿Se lo merece?", insisto. "No es justo usarla para vengarse de ellos y tratarla mal".
Se burla, se recuesta en su silla. "Si necesita a alguien que la trate con amabilidad, eso es lo que estás aquí para hacer".
Frunzo el ceño, pero antes de que pueda responder, agrega: "Y no actúes como si fueras tan superior, Joseph. Sabemos que no eres exactamente amable con tus amantes".
Este comentario me golpea, y siento un destello de algo oscuro que se agita dentro de mí. No está equivocado, pero esto es diferente.
"Eso no es lo mismo", digo con firmeza.
Sé exactamente a lo que se refiere. No soy un amante amable. Me gusta atar a mis parejas. Me encanta la emoción que viene con dominarlos. Me dan escalofríos solo de ver a mi amante atado,

mirándome como presa indefensa mientras los llevo al límite del éxtasis.
Quizás sea por todo el acoso que sufrí cuando era pequeño, y ahora me gusta ser el que está al mando. O quizás no tenga nada que ver con eso. Sea lo que sea, eso no es de lo que estamos hablando ahora, y Silas lo sabe.
Silas levanta una ceja, su sonrisa se profundiza al ver que sus palabras han tocado un poco la fibra sensible. Se levanta su vaso, revolviendo el whisky. "Adriel también está aquí. La tratará bien. Ya sabes lo que pienso sobre las Omegas".
Niego con la cabeza, sabiendo que es mejor no presionarlo más. Silas no es nada si no es testarudo.
Al salir de la oficina, mis pensamientos vuelven a Danae. No se lo merece, nada de esto. Solo puedo esperar que sea lo suficientemente fuerte como para soportar la tormenta que se avecina.

Capítulo Nueve

Danae

Me siento al borde de la lujosa cama, la suave tela del edredón se arruga bajo mi peso mientras entrelazo mis manos en mi regazo. Mis dedos se retuercen inquietos, y mi corazón aún late con fuerza por todo lo que ha sucedido desde que llegué ayer.

Silas Jorg. Mi "pareja". El hombre con el que se supone que debo casarme. El hombre a quien apenas conozco y al que ya siento que desprecio.

La manera en que me miró, la frialdad en sus ojos azules, el filo cortante de sus palabras. Todo se repite en mi mente como un cruel resumen de momentos. —Este será un matrimonio arreglado en todo el sentido de la palabra. No esperes nada más—. Eso fue lo que dijo cuando nos conocimos. Como si yo fuera una molestia trivial. Un error.

Aprieto los labios, sintiendo cómo se tensa mi pecho. Debería haberlo esperado.

—Oh, ¿a quién quiero engañar?— Mi mirada cae sobre la suave alfombra bajo mis pies mientras la amarga realidad me golpea. No sé por qué, pero por un estúpido segundo, me permití soñar que tal vez, solo tal vez, conocería a un hombre que no me miraría como si fuera una Omega defectuosa.

Exhalo con fuerza, pasando una mano por mi cabello. Tiene sentido, ¿no? —Silas Jorg no es un Alpha cualquiera. Es Silas Jorg. Uno de los Alphas más poderosos del mundo. Es todo lo que yo no soy: fuerte, autoritario, respetado. ¿Y yo? Soy la chica no deseada, la Omega que no pudo mantener ni un solo compromiso—.

Es ridículo pensar que alguien como él querría estar con alguien como yo.
También está su hermano. Adriel es diferente. Es amable y encantador, pero detrás de esa sonrisa, no puedo evitar sentir que está muy distante. Es casi como si estuviera jugando conmigo.
—No es que me importaría ser su juguete—.
Me ruborizo al recordar nuestro momento en el jardín. Al principio, pensé que me estaba regañando por la forma en que hablé, porque rebajarme no era propio del nombre de los Jorg. Pero después de aquella línea sobre la rosa, me atreví a imaginar: ¿estaba coqueteando conmigo?
Es indudablemente hermoso. Por tercera vez en un solo día, conocí a un hombre cuya apariencia por sí sola podría dejarme totalmente enamorada. ¿Cuáles son las probabilidades?
—Mortalmente atraída por 3 hombres, sin esperanzas de estar adecuadamente con ninguno—.
No hay manera de que alguno de ellos me quiera. Ni siquiera el hombre que me eligió realmente quiere estar conmigo.
Sacudo la cabeza, con una triste y amarga sonrisa que se dibuja en mis labios. —Bueno—, murmuro para mí misma, —al menos soy consistente—.
Sin embargo, la determinación se endurece en mi pecho. No dejaré que Silas, ni nadie más, me pisotee. Mantendré mi posición, y no le permitiré que me haga emocional. No esta vez. Sé que tengo que hacer que este compromiso funcione. Mis padres no pueden soportar otro fracaso. No después de todo lo que les he hecho pasar con mi lista de compromisos fallidos.
Aún así, no soy un felpudo.

Me pongo de pie y observo la habitación, dejando que mis ojos recorran la decoración. Las paredes están pintadas de un suave beige cremoso, adornadas con intrincados patrones dorados. Los muebles son elegantes y modernos, pero innegablemente caros. Todo grita riqueza, poder y un nivel de sofisticación que está diseñado para intimidar.

Pero no lo hace.

He crecido rodeada de lujo. Mi familia puede que no sea tan rica como los Jorg, pero somos lo suficientemente adinerados. Sin embargo, incluso con toda esta grandiosidad, no puedo quitarme el nudo de inquietud que se retuerce en mi estómago.

Miro mi maleta, ya desempacada ordenadamente por alguna criada invisible. Todo aquí está perfectamente arreglado. Excepto yo.

Decido ducharme, con la esperanza de que el agua lave el estrés del día. El baño es una obra de arte, con encimeras de mármol, accesorios dorados y una ducha de lluvia que se siente como entrar bajo una cascada cálida. Mientras el agua cae sobre mí, dejo escapar un largo suspiro, permitiendo que la tensión en mis hombros se disipe.

Cuando salgo, con la toalla bien envuelta alrededor de mi cuerpo, me siento más ligera. No feliz, pero menos cargada.

Y entonces la puerta se abre de golpe.

—¿Qué demonios? —grito, apretando la toalla contra mí mientras Silas entra en la habitación. Sus ojos se abren de par en par y su mandíbula cae.

—¡Mierda! —maldice, girándose para que su espalda quede frente a mí—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—¿Qué estoy yo haciendo? —grito, mi voz aguda por la indignación —. ¡¿Qué demonios estás haciendo entrando en mi habitación?! ¡Acabo de salir de la ducha!
—Quería decirte que vamos a salir —responde, a la defensiva—. Tenemos que pasar tiempo juntos para demostrarle a mis padres que somos compatibles.
Mi ceño fruncido se profundiza aún más. —Ah, ¿y no se te ocurrió golpear la puerta antes?!
—¡Golpeé! —replica, su voz defensiva—. ¡Golpeé y no respondiste!
—¿Tal vez podrías haber esperado? —grito, mi ira hirviendo—. ¡O no sé, no entrar como un bruto en la habitación de una dama!
Resopla y se da la vuelta para mirarme. —Pensé que me estabas ignorando. O peor, que algo podría haberte pasado. Intentaba ser considerado.
—¿Considerado? —Me río con amargura—. ¿A esto le llamas considerado? ¿Entrar y verme desnuda?
—Por favor, no es nada que no haya visto antes, cálmate —murmura entre dientes.
Sus palabras me golpean como una bofetada. Mi boca se abre de shock y no puedo evitar responder—. ¡Definitivamente nunca me has visto desnuda, imbécil arrogante!
Suspira y se rasca la cabeza, encogiéndose de hombros como si estuviera exagerando, su tono exasperantemente casual—. Solo quería decir que he visto muchos cuerpos desnudos. El tuyo no tiene nada especial.
Doy un paso al frente, la ira corriendo por mis venas como un incendio—. Oh, definitivamente soy especial —replico, mi voz cargada de desafío.

Silas levanta una ceja y suelta una risa baja, casi burlona, que hace que mi sangre hierva—. Sí —me mira de arriba abajo mientras habla —. Claro —termina, como si no estuviera convencido.
Algo en su tono hace que mi pecho se tense de furia—. No sé de qué estás tan orgulloso. Ser promiscuo no significa que seas un buen amante —digo, las palabras salen antes de que pueda detenerlas.
Por primera vez, veo algo romperse en su expresión. Un destello de ira. De orgullo herido. Y me aprovecho de ello.
—Tal vez por eso has tenido tantas —continúo, mi voz afilada—. Porque no sabes cómo satisfacer a una mujer, así que ninguna se quiso quedar.
Sus ojos se oscurecen y da un paso hacia mí, su presencia de repente abrumadora—. Sé cómo satisfacer a las mujeres que valen la pena satisfacer —dice, su voz baja y cortante—. Tal vez tú simplemente no lo eres.
Doy un paso al frente, negándome a retroceder, incluso cuando mi corazón late con fuerza—. Vete al diablo —siseo.
Él cierra la distancia entre nosotros, su aliento caliente sobre mi piel —. Tú también —gruñe.
—Sí —replico, mi voz temblorosa de ira—. Cómo desearías poder hacerlo.
—Si quisiera, lo haría. Simplemente lo haría —dice, su voz fría como el acero, bajando a un susurro.
Es solo entonces cuando me doy cuenta de lo poco que nos separa. Su aliento roza mi piel con cada palabra, y lo odio, odio cómo me atrae como una marea a la que no puedo resistirme. Pero hago que mis palabras sean más afiladas, más venenosas.

—No creo que usted pueda —digo, con la voz baja, cargada de desafío—. De hecho, ¿quiere saber lo que pienso?
Su respiración se acelera, ahora entrecortada, aunque no sé si es por ira o por algo completamente distinto.
—Creo que es demasiado cobarde para...
Ni siquiera termino la frase.
Su mano se lanza a mi cintura, firme, atrayéndome hacia él con una fuerza que no deja espacio para la resistencia. Sus labios chocan contra los míos, y el mundo se desvanece.
Es como si una presa dentro de mí se rompiera, liberando una inundación que no puedo controlar. Me pierdo en ella, me pierdo en él.
El beso es salvaje, frenético, impulsado por la ira y algo más profundo que no quiero nombrar. Sus fuertes manos me atraen aún más mientras mis dedos se enredan en su cabello. Es desordenado y desesperado, y odio cuánto lo deseo.
La toalla se desliza ligeramente, lo suficiente para que mis pezones escapen de debajo de ella. Rozan delicadamente su pecho agitado, y no puedo evitar el gemido que escapa de mis labios y resuena en su boca.
Siento cómo mi cuerpo se crispa, cada nervio en mí anticipando más, deseando más, necesitando más.
Mi lengua se adentra en su boca casi por voluntad propia, y él responde al instante, bailando con la mía en una carrera frenética mientras siento su mano apretar mi trasero. La pura posesividad de ese gesto hace que mis rodillas tiemblen ligeramente.
Parece interminable, como si el tiempo mismo se hubiera detenido. Y entonces, tan repentinamente como comenzó, termina.

Nos separamos, ambos sin aliento, nuestras miradas clavadas en un silencio aturdido.

—¿Qué demonios fue eso? —susurro, con una voz apenas audible.

Silas parece tan sorprendido como yo me siento. Sus labios se separan ligeramente, pero no sale ninguna palabra. Finalmente, da un paso atrás, pasando una mano por su despeinado cabello.

—Vístete —murmura, con la voz ronca—. Encuéntrame en el coche.

Se da la vuelta y se marcha, cerrando la puerta tras él con un suave clic.

Me quedo allí, todavía jadeando, con el corazón acelerado como si acabara de correr un maratón. Mis dedos rozan mis labios, que aún hormiguean por el beso.

¿Qué demonios acaba de pasar?

La pregunta resuena en mi mente, pero no encuentro una respuesta. Lo único que sé es que lo besé... y quise hacerlo.

¿Por qué?

No tengo una razón. Lo único que tengo es el calor que persiste en mi pecho y la exasperante revelación de que estoy loca, innegablemente atraída por Silas Jorg.

Y lo odio.

Capítulo Diez

Silas

Entro en mi oficina como una tormenta, cerrando la puerta detrás de mí con tanta fuerza que las paredes tiemblan. Mi pecho sube y baja, jadeante, pero no por el esfuerzo. Por algo más. Algo que ni siquiera quiero pensar, mucho menos nombrar.

Cruzo la habitación en largas zancadas llenas de ira y agarro la jarra de whisky del bar de la esquina. Sin delicadeza, sin deliberación, solo un vaso lleno y tragado de un solo trago. La quemazón en mi garganta es aguda, casi satisfactoria, pero no ahoga el ruido en mi cabeza.

¿Por qué lo hice?

Agarro el borde del escritorio, mis nudillos se ponen blancos. ¿Por qué demonios la besé?

Mi reflejo en la ventana de vidrio me devuelve la mirada, un recordatorio burlón de mi incapacidad para controlarme. Mis labios aún hormiguean, la sensación de su boca suave presionada contra la mía se niega a desvanecerse. Y lo peor, lo absolutamente peor es que me gustó.

Mis dedos se contraen, y paso una mano por mi cabello, tirando de los mechones en frustración. "No", mascullo en voz alta, como si decirlo lo hiciera cierto. "No fue nada".

Quiero culpar a las feromonas. Esa sería la respuesta lógica. La respuesta segura. Excepto que no hubo ninguna. Ningún aumento de señales Omega, ninguna trampa biológica para atraparme. Fue solo ella.

Mis manos se convierten en puños sobre el escritorio. ¿Estoy atraído por una Omega?
No me permito responder. No puedo. ¿Qué estoy haciendo? Sé cómo termina si sigo por este camino. Ha sido una regla no darle una segunda mirada a las Omegas. Ha sido fácil también... hasta ahora.
Lleno otro vaso de whisky pero no lo bebo. Miro el líquido ámbar, las profundidades giratorias reflejando la turbulencia dentro de mí.
Después de un largo momento, golpeo el vaso y salgo.
Cuando regreso a su habitación, ella está vestida y esperando, su postura rígida, su expresión inescrutable. Lleva un vestido sencillo, modesto pero elegante, y por un momento fugaz, me pregunto qué sería si sonriera.
El silencio en el coche es sofocante, aunque nunca lo admitiría en voz alta. Agarro el volante con más fuerza de la necesaria como si aferrarlo lo suficientemente fuerte podría calmar la guerra que estoy luchando contra los recuerdos de ese maldito beso que se repite una y otra vez en mi cabeza. Sus labios, cálidos e insistentes contra los míos. El sabor de ella. La forma en que se presionó contra mí.
Detente.
La miro por el rabillo del ojo. Está mirando por la ventana, su rostro calmado, casi sereno. Es irritante cómo se ve compuesta, como si nada de esto la hubiera afectado.
Cuando llegamos al restaurante, uno de los establecimientos más preciados de mi familia, soy recibido con la acostumbrada fanfarria. El personal prácticamente se desvive por servirnos, pero apenas lo noto. Mi atención está dividida, atrapada entre la conversación que necesito tener y la distracción enloquecedora que está sentada frente a mí.

Pedimos, y en el momento en que el camarero desaparece, rompo el silencio.
"La ceremonia de la Unión", digo abruptamente, mi tono tan afilado como una navaja. "¿Sabes qué implica aquí en Howls Peak?"
Inclina ligeramente la cabeza, sus ojos verdes perforando un agujero en mí. "No. Ilústrame".
Me inclino hacia adelante, apoyando mis antebrazos en la mesa. "Parte de ella implica escalar una montaña juntos. Es físicamente exigente, y se supone que simboliza resistencia. Compatibilidad". Dejo que la palabra cuelgue en el aire. "Más te vale estar lista para ello".
Asiente con la cabeza, su expresión inmutable. "Lo manejaré".
Su calma me irrita. Quiero alguna clase de reacción. Algo. En cambio, bebe un sorbo de agua, completamente impasible. Y eso despierta algo en mí. Ese impulso enloquecedor de agarrarla, besarla, desafiarla a que cruce esa compostura perfecta.
"Mis padres no creen que lo lograrás", agrego, mi voz fría. "De hecho, esperan que no lo hagas. Quieren que esta unión fracase para que pueda elegir a alguien más".
Su mirada se agudiza, pero no se ve sorprendida. "Entonces tendremos que actuar como si todo estuviera bien entre nosotros", dice simplemente. "Por el bien de nuestros padres. A mis padres realmente les gustaría que esto funcionara. Por ellos, intentaré hacer de esta unión algo, aunque no me gustes".
Sus palabras me cortan más de lo que espero. No hay calor, no hay vacilación, solo una aceptación desapegada. No me gusta. Ha dejado claro que no me gusta. Y por alguna razón, eso hace que mi pecho se tensione.

"No me gustas", digo, mi voz baja. "Y sin embargo me besaste".
Sus labios se curvan en una leve sonrisa sin humor. "Fue un momento de lapsus de juicio".
Me burlo, inclinándome hacia atrás en mi silla. La familiar repulsión surge en mí. Por supuesto, fue un lapsus de juicio. Es una Omega, después de todo. "Sí, bueno, así son siempre las Omegas", digo con una voz cortante. "Perdiéndose completamente".
Arquea una ceja, su compostura tan inquebrantable como siempre. "¿Ah?", dice su tono ligero pero cargado de acero. "Entonces quizás tú también seas una Omega, dada la forma en que te perdiste tan mal y hambrientamente en el beso también".
Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Nunca he tenido a una Omega que me hable de esa manera antes. Nadie se atreve. Pero la forma en que lo dice, calmada, confiada, completamente controlada, envía un chorro de calor a través de mí que odio admitir, incluso si solo es para mí mismo.
Aprieto los dientes, mi voz baja. "Tenía demasiado que beber", empiezo. "No te besaré con la cabeza clara".
Se burla, inclinándose ligeramente hacia adelante. "Eres un besador terrible de todos modos".
Siento que mis muelas chirrían, y me inclino hacia adelante también, el espacio entre nosotros cargado. "No parecías pensar eso en ese momento".
"Tenía un largo vuelo. El jet lag hace cosas extrañas a las personas", replica su voz suave pero puntiaguda.
Antes de que pueda responder, una voz familiar corta el aire.
"Hola, chicos".

Miro hacia arriba para ver a Adriel, su sonrisa casual tan relajada como siempre. Se desliza hasta nuestra mesa, las manos metidas en los bolsillos.
—Qué casualidad encontrarlos a los dos aquí—, dice, con un tono juguetón. —Estaba moviéndome por aquí y ahora me encuentro con la pareja más atractiva de Howls Peak, en una noche romántica, nada menos.
Estoy a punto de hablar cuando mi teléfono vibra. Miro la pantalla... un mensaje urgente de la oficina. Por supuesto. Un delegado de una gran corporación que colabora con la fundación Jorg acaba de llegar. Es lo suficientemente importante como para requerir mi atención. Y no es que no necesite ya un poco de espacio para aclarar mi cabeza con Danae poniéndome al límite de maneras que no puedo comprender.
—Qué suerte—, murmuro, levantándome abruptamente. Me vuelvo hacia Adriel. —Estás aquí en el momento justo. Tengo que ocuparme de algo en la oficina. ¿Te importaría entretenerla mientras estoy fuera?
—Con placer—, responde, su respuesta viniendo casi demasiado rápido, casi demasiado emocionada.
La voz de Danae sigue, es suave, casi divertida. —Oh, qué suerte. Adriel es mucho más encantador y hace mucha mejor compañía de todos modos.
Sus palabras me duelen más de lo que deberían. Mis ojos se estrechan, y por un segundo, considero decir algo hiriente. Pero no lo hago. Solo me burlo, agarrando mi abrigo.
Joseph ya me dijo que Adriel está enamorado de ella. No me importa. No es nada nuevo que hermanos compartan esposa. Las

unidades familiares son normales en todo el mundo, aunque eso suele ser más normal para los dominantes y los recesivos tienen suerte de conseguir un solo compañero.
También sé que Adriel es más encantador que yo. Él es un coqueto por una razón. No me importa. O mejor dicho, no debería importarme, pero veo cómo ella se relaja visiblemente, y veo la sonrisa en su rostro... una expresión que nunca me ha dirigido a mí.
—Disfruten su noche—, digo, mi voz llena de sarcasmo.
Me marcho, pero la tensión en mi pecho persiste. Odio cómo sus palabras también persisten.
¿Alguna vez sonreirá hacia mí de la misma manera?
Miro hacia atrás mientras Adriel se desliza fácilmente en el asiento que acabo de dejar.
Joder.

Capítulo Once

Adriel

Veo a Silas salir del restaurante con los hombros erguidos. Reconocería esa fuerza extra en su paso en cualquier lugar, su molestia irradiando de él como una tormenta que se avecina en el horizonte. El hecho de que los golpes de Danae le hayan afectado tanto es más divertido de lo que debería. Casi tan divertido como la "coincidencia" que me trajo aquí.

Simplemente moviendo mi trasero. Me sacudo la cabeza con una sonrisa pintada en mi cara.

No es una coincidencia que esté aquí. Sabía exactamente dónde estarían esta noche. Información como esa es fácil de obtener. Quiero decir, es Silas Jorg. Mi hermano tendría que moverse un millón de millas antes de llegar a un lugar donde la gente no sepa quién es. No planeaba entrometerme, pero cuando escuché que cenarían aquí, no pude resistir. Algo sobre verlos juntos, ver a Silas en una cita a cenar con una Omega, era太tentador.

Y, ¡qué espectáculo me dieron! Verlos discutir, luchando por encajar como el aceite y el agua, la tensión chisporroteando entre ellos como un cable vivo. Era divertido y fascinante al mismo tiempo. No pude evitarlo; me tuve que involucrar.

Me acomodo en la silla que Silas desocupó, le sonrío a Danae con mi sonrisa más desarmante. Ella me mira, sus ojos verdes entrecerrados ligeramente como si intentara descubrir cuál es mi ángulo.

—Usted es una mujer muy interesante, señorita Danae, —inicio, mi tono ligero, juguetón—. Aunque no pude evitar notar que usted y mi

querido hermano tienen una pequeña pelea. No quiero entrometerme, pero ¿hay problemas en el paraíso? "
Su suspiro es largo, y capturo la forma en que sus hombros caen ligeramente, como si estuviera bajando la guardia por un instante. "Bueno", dice, su voz teñida de exasperación, "su hermano es muy difícil de llevarse bien".
Se río, me reclino en mi silla y le doy un guiño juguetón. "¿A diferencia de mí?"
Sus mejillas se coloran ligeramente, y la imagen me emociona más de lo que tiene derecho a hacerlo. Inmediatamente, ella rueda sus ojos, intentando cubrir su reacción, y responde, "Usted es amigable, y es encantador. Le doy eso. Pero yo sé mejor que confiar en chicos como usted".
"¿Chicos como yo?" repito, fingiendo shock mientras presiono una mano en mi pecho. "¿Y qué exactamente significa eso?"
Ella levanta una ceja, sus labios se tuerzen en una sonrisa sabia. "Significa que usted es un zorro".
Me grito, me inclino hacia adelante como si sus palabras me hubieran herido mortalmente. "Señorita, esa es una acusación difamatoria. Me hará saber que muy en serio soy un lobo".
Su risa resuena, clara y genuina, y es un sonido que quiero envasar y guardar. Hay algo intoxicante en la forma en que sus ojos verdes se iluminan cuando sonríe, y por un momento, es como si me perdiera en ellos.
Hago sonar mis dedos, en parte para señalar al camarero, en parte para devolverme a la realidad. El camarero llega en unos pocos pasos. "Una botella de nuestro vino tinto más fino", digo

suavemente. "Algo apropiado para una mujer como la señorita Danae aquí".
Ella se sonroja de nuevo, y esta vez no rueda sus ojos. Cuando llega el vino, lo vierto para los dos, observando la forma en que sostiene su copa delicadamente, sus labios rozando el borde mientras toma un sorbo.
¡Joder! Me pregunto qué pueden hacer esos labios en otras cosas. Es un espectáculo hipnotizante, y casi deseo haberlo podido grabar y reproducirlo nuevamente.
El silencio entre nosotros se extiende, y me doy cuenta de que he estado mirando. Ella también se da cuenta, aclarando su garganta antes de romper el silencio, su voz curiosa.
"No he notado a nadie usando sus feromonas desde que llegué a Howls Peak", dice, revolviendo su vino en su copa. "Ni siquiera Silas".
Me encojo de hombros, recostándome en mi silla. "Para esa parte, Silas no es exactamente fanático de usar sus feromonas. Le gusta mantenerlo al mínimo. Además, es una tradición aquí. Una parte especial de la ceremonia de la Unión. Ese es el momento en que las almas gemelas revelan sus feromonas una vez entre sí".
Ella asiente con la cabeza, su expresión pensativa. Pero los pensamientos que suscita su pregunta dentro de mí toman un giro un poco travieso. Me inclino hacia adelante, sonriendo. No puedo evitarlo. "Pero si desea un gusto de las mías, estaría más que dispuesto a mostrárselas".
Me mira entonces, y su expresión cambia. Hay una seriedad en su mirada que me quita el aliento. Es cautivadora, la forma en que mantiene su mirada, completamente sin inmutarse.

"¿Por qué coquetea conmigo, Adriel", pregunta, su tono suave pero firme, "cuando sabe que debo ser la pareja de su hermano?"
Me encojo de hombros, sonriendo. No voy a dejar que este momento se vuelva pesado. "Bueno, estoy muy versado en el libro de normas", digo, fingiendo pasar las páginas de un libro imaginario en mis manos.
Sus mejillas se tiñen de un tono más rosa, y muerde su labio, intentando contener una sonrisa. "Los hombres como usted nunca son serios", dice, sacudiendo su cabeza. "Yo sé cuándo veo a un jugador".
Me río, el sonido sale cálido y genuino, incluso para mí. Me inclino más cerca de ella, apoyando mis codos en la mesa. "Admito que disfruto un poco de diversión", digo honestamente. "Y no había pensado mucho en tener una pareja hasta ahora. Pero no juego con cosas serias. No debería ser tan difícil creerme".
Ella no responde, pero hay una mirada diferente en sus ojos ahora. Algo como la incertidumbre, la curiosidad, quizás incluso el interés.
Terminamos nuestra comida y el vino, y me paro, moviéndome a su lado de la mesa. Retiro su silla, ofreciéndole mi mano. "¿Puedo?" pregunto, extendiendo mi brazo.
Se ríe suavemente pero coloca su mano sobre mi brazo, permitiéndome guiarla fuera del restaurante. Hay una calidez que siento burbujear dentro de mí mientras caminamos, brazo con brazo, y no puedo evitar saborearla.
Una vez que estamos en el coche, le ordeno a mi conductor que nos lleve de regreso a la finca. Danae y yo nos sentamos en la parte trasera, las luces de la ciudad proyectando sombras fugaces en su

rostro. Me doy vuelta hacia ella, y hay un destello de oportunidad en la forma en que me mira.
Es hora de lanzar mi jugada.
—Quise decir lo que dije— le digo, mi voz baja. —Estoy interesado en ti, Danae. Y quiero cortejarte... junto a mi hermano.
Sus ojos se abren de par en par, y parpadea rápidamente, claramente atónita por mi confesión. —¿Me estás pidiendo que elija entre ti y tu hermano, Adriel?
Me acerco, apartando un mechón de cabello de su rostro, mis dedos acariciando su piel. —¿Quién dijo nada sobre elegir? —musito.
Antes de que pueda responder, me inclino hacia ella, cerrando la distancia entre nosotros. Mis labios encuentran los suyos, y el mundo a nuestro alrededor se esfuma. Su beso es cálido, suave y completamente absorbente. Siento que mi pulso se acelera, el calor de su cuerpo tan cerca de mí enciende una oleada intensa en mi interior, haciendo que me endurezca, tieso.
Y se vuelve aún peor cuando su lengua se enfrenta a la mía. Se mueve como si estuviera masajeando mi boca mientras sus manos descansan ligeramente sobre mi pecho.
Joder... Quiero a esta mujer.

Capítulo Doce

José

El aire fresco de la mañana pasa a mi lado mientras corro, mis patas golpean suavemente contra la tierra húmeda de la finca. El mundo se siente vivo a mi alrededor, el rocío se aferra a la hierba, el olor tenue del pino llena el aire y el cielo cambia de negro a un tenue rubor del amanecer. Esto es libertad, pura e incondicional. Mi forma de lobo se regocija en ello, cada músculo de mi cuerpo vibrando con energía a medida que corro más rápido, más fuerte.

No hay mejor manera de despejar mi mente que esto. Puedo dejar ir de todo. Mis deberes, mis pensamientos, incluso mi nombre. Por este momento fugaz, soy solo un lobo, corriendo a través del silencio previo al amanecer, abrazando la simplicidad de la existencia.

Pero entonces, siento algo.

La sensación es sutil al principio, como un hormigueo en la parte posterior de mi cuello. Mis instintos lupinos se avivan, más agudos que cualquier sentido humano podría esperar. Reduzco mi ritmo, mis orejas se estremecen, mis ojos escanean los alrededores.

Estoy siendo observado.

No se siente hostil, pero está allí, innegable. Me detengo, levanto mi hocico para oler el aire, y mi mirada se dirige hacia arriba.

Allí, en uno de los balcones de la finca, está Danae.

Su silueta está enmarcada por el suave resplandor de la luz de la luna, su figura delicada pero imponente frente al fondo de la mansión. Me saluda con la mano, un movimiento pequeño e inseguro, y yo inclino la cabeza, tratando de entender.

¿Por qué está despierta a esta hora? El pensamiento atraviesa mi mente de lobo, aguzándose en una preocupación humana. Son casi las 4 a.m. ¿Necesita algo? ¿Está bien?
Sin dudarlo, corro detrás de un árbol cercano donde he escondido mi ropa. Cambiar a mi forma humana es algo natural para mí, pero aún así, el proceso nunca deja de asombrarme ... el murmullo del cambio, la breve desorientación mientras los huesos se reacomodan y el pelo desaparece. Me visto rápido, me pongo la camiseta y los pantalones, y salgo de nuevo al espacio abierto.
Ella sigue mirándome.
Le devuelvo el saludo, pero incluso desde esta distancia, puedo ver algo en su expresión ... algo callado y pesado. Una tristeza que se aferra a ella como una sombra. Me hace sentir un giro en el pecho, y sé que no puedo dejarlo solo.
Levanta la mano, haciéndome un gesto para que suba.
No dudo.
El ascenso al balcón es rápido, mis pasos silentes mientras subo las escaleras. Cuando llego a su lado, la vista de ella me deja paralizado.
Está sentada en una silla, envuelta en un camisón casi transparente, su delicada tela no haciendo nada para ocultar la firme curva de sus pechos. La luz de la luna resalta sobre su piel, pintándola con un suave plata, y por un momento, puedo quedarme allí, aturdido por la belleza de ella.
Me sacudo eso, enfocándome en la mirada en sus ojos en lugar de la irresistible atracción que tiene sobre mí. "¿Estás bien?" pregunto con suavidad. "¿Qué te tiene despierta tan temprano?"

Suspira, su mirada se desplaza hacia el horizonte. "Tengo muchas cosas en la mente," dice en voz baja.
Es obvio que sí. La fuerza en sus hombros, la ligera arruga en su ceño ... todo habla de una mujer que carga demasiado. "Puedes hablar conmigo," le digo, mi voz firme. "Sea lo que sea lo que te esté molestando, estoy aquí."
Durante un momento, permanece en silencio. Luego exhala suavemente, su aliento se vuelve visible en el aire frío. "Mi familia llega este fin de semana," dice. "Para la ceremonia de la Unión. Y todo aquí es tan ... diferente. En casa, estas cosas son sencillas. Pero aquí? Aquí, tengo que escalar una montaña solo para demostrar mi valía."
Su voz tiembla ligeramente, y eso despierta algo protector en mí. Quiero decirle que todo saldrá bien, que es más fuerte de lo que ella piensa, pero me callo, permitiéndole hablar.
"Y luego está Silas," continúa, su voz ganando un borde frustrado. "No lo entiendo. Me confunde. En un momento, es el hombre más exasperante que he conocido. Y al siguiente..." Se detiene, sacudiendo la cabeza. "Al siguiente, estamos besándonos como animales."
Mis cejas se levantan al escuchar eso. ¿Silas la besó?
Ella no parece notar mi reacción, perdida en sus propios pensamientos. "Es enloquecedor," dice. "Quiero golpearlo en la cara y besarle al mismo tiempo. Y luego... está Adriel."
Su tono se suaviza al pronunciar su nombre, y siento un pellizco de algo que no sé ni qué llamar.
"Adriel me hace sentir cosas que nunca he sentido antes," admite. "Y ahora él dice que quiere cortejarme."

Me quedo con la boca abierta, sorprendido. "¿Él te pidió cortejarte?"
Asiente con la cabeza, mordisqueando su labio. "Sí. Al principio pensé que quería que eligiera entre él y Silas. Pero ahora creo... creo que quiere que esté con los dos."
Tiene sentido. Entre nosotros, no sería inusual que los hermanos compartieran la misma pareja. De hecho, fortalecería el vínculo entre las familias.
"No creo que esté en serio," dice ella. "Adriel parece el tipo de hombre que disfruta de pasárselo bien. De jugar juegos."
Sacudo la cabeza firmemente. "Sí, Adriel disfruta de su parte de diversión. Pero nunca de esta manera. No iría tan lejos si no estuviera en serio."
Guarda silencio, y yo también.
Pero mis ojos. Mis condenados ojos. Se desplazan a pesar mío, posándose en la forma en que la tela del camisón se aferra a su cuerpo. Sus pechos están casi desnudos frente a mí. Parecen brillar bajo la luz de la luna. La visión envía un flujo enloquecedor a través de mí, y me está costando todo mi fuerza de voluntad para luchar contra este intenso deseo.
"¿Por qué un hombre como Adriel querría tener algo que ver conmigo?" pregunta de repente, rompiendo el silencio. "Es tan guapo, tan encantador. Puede tener a quien quiera. ¿Por qué yo?"
Lamo mis labios, apartando la mirada de ella.
¡Ay, puedo pensar en varias razones obvias!
Pero un sentimiento de culpa se me sube.
—Vamos, José. La pobre señora ya tiene suficiente en su plato como para que tú le sumes que apenas puedes contenerme al mero verla.

—Eres una mujer hermosa, Danae —le digo en su lugar. —Puedo entender el deseo del maestro Adriel. Eres elegante, sofisticada y...
Ella me corta. —Y defectuosa. Por ser una Omega recesiva.
Sus palabras me golpean. Hay algo crudo en la forma en que lo dice, y eso despierta una ira inesperada en mí, no hacia ella, sino hacia el hecho de que se vea a sí misma de esta manera.
—Yo también soy recesivo —le digo, mi tono más afilado de lo que pretendía. —Y no creo que eso me haga defectuoso.
Ella parpadea, claramente sorprendida por la defensividad en mi voz.
—Oh —dice rápidamente, su voz suavizándose. —Lo siento, José. No quise decir que tú eres defectuoso.
—Entonces no lo digas de ti misma —le respondo.
Ella me mira, sus ojos verdes amplios y sinceros. La sinceridad en su mirada me mantiene cautivo, y la atracción que he estado luchando solo crece más fuerte.
El momento se estira, pesado y cargado. Puedo sentir cómo mi corazón late más rápido, así que me fuerzo a romper el hechizo. Limpiando mi garganta, miro hacia otro lado. —Deberías entrar —le digo suavemente. —Hace demasiado frío aquí afuera. No estás acostumbrada a este tipo de frío.
Ella me sonríe, una sonrisa suave y agradecida que me duele en el pecho. —Eres un hombre muy considerado, José —dice.
Ella se da la vuelta para entrar, pero luego...
Su pie se atasca en el borde de la alfombra, y ella tropieza. Mi corazón salta a mi garganta, y antes de que incluso me dé cuenta de que me estoy moviendo, me lanzo hacia adelante, atrapándola justo antes de que caiga.

Ella aterriza en mis brazos, su cuerpo apretado contra el mío. Su calor se filtra en mí, su perfume llena mis sentidos, y puedo sentir el latido rápido de su corazón en mi pecho. Pero joder, no es solo eso. Es su piel, suave y tierna en mis manos. Es el visible escalofrío de su cuerpo al aterrizar en mí. Casi puedo verlo todo a través del vestido que lleva puesto. Sus areolas invitantes, sus muslos gruesos. Todo esto envía olas de pensamientos intrusivos a través de mi frágil mente a la mera vista de ella.

Es la primera vez que la toco desde que nos dimos la mano cuando ella bajó de su avión. Mi lobo se agita, inquieto y deseoso, y tengo que tragar saliva para mantenerme en control.

—Torpe de mí —dice con una risa nerviosa, alejándose.

La ayudo a estabilizarse, mis manos demorándose un poco más de lo que deberían. —Ten cuidado —murmuro, mi voz más áspera de lo que pretendía.

Ella me gibtas, deslizando una sonrisa más hacia mí antes de desaparecer en su habitación.

Me quedo allí durante un momento, el fantasma de su toque todavía acechando en mi piel. Cuando finalmente regreso a mis propios cuartos, cierro la puerta detrás de mí, apoyándome en ella mientras mi respiración sale rápida e inestable.

¡Dios mío! Nunca había querido follar a una mujer tanto en mi vida. Ella es la prometida de mi jefe. La prometida de mi mejor amigo. Sin embargo, no puedo controlarme.

Su ser entero me arroja de cabeza en un éxtasis de necesidad, y mientras me apoyo en la puerta, mi mano se desliza automáticamente en mis pantalones.

¡Joder!

Ya está goteando precum de mi polla. Eso es lo mal que la deseo. Eso es lo que ella me hace.
Me quito los pantalones frenéticamente, mi mano acariciando suavemente mi bulto endurecido, aliviando el dolor que se ha acumulado en él.
La forma en que ella se para, la elegancia que parece acompañar todo lo que hace, esos ojos verdes perfectos. Todo esto me hace querer atarla.
Quiero verla atada, inmóvil. Sus brazos asegurados en su lugar mientras ella me mira bajar hacia ella y meter mi lengua lo más profundo que pueda dentro de ella.
Quiero escuchar esa voz suave y melodiosa, la que siempre suena tan controlada y educada, rogarme que no pare. Quiero que maldiga, grite, suplique y pida cada pulgada de mí mientras la penetro.
Quiero que lo haga.
¡Ahhh!
Me exploto. Mi cuerpo se sacude mientras el semen sale de mí y se derrama en el suelo. Mi respiración queda atrapada.
Quiero a Danae. La necesito.

Capítulo Trece

Danae

Los terrenos ceremoniales son impresionantes, pero no puedo apreciarlos. No completamente. El gran espacio al pie de la montaña está decorado con farolillos y banderolas coloridas, y los sirvientes vestidos con uniformes impecables se mueven con gracia, ofreciendo refrigerios a los invitados sentados. Todo parece perfecto, pero me siento como una intrusa en mi propia ceremonia de unión. La montaña se yergue sobre nosotros, su cumbre escarpada oculta por la niebla. Un recordatorio silencioso de lo que nos espera.

Me acerco a mis padres, que están sentados en la primera fila. Mi padre levanta la vista cuando me acerco, sus ojos marrones cálidos arrugados de afecto. Me acaricia la cabeza suavemente, de la manera en que siempre lo hacía cuando era una niña, y siento una punzada de nostalgia tan honda que casi me derriba.

"¿Cómo van las cosas, querida?" pregunta mi madre, su voz serena pero inquisidora. Su mirada penetrante parece atravesar mi fachada. Forcejeo una sonrisa, aunque se siente frágil.

"Todo está bien", respondo con ligereza, esperando que me crea. ¿Cómo puedo decírselo? Que Silas me confunde, me frustra y, enfurecedoramente, hace que mi corazón late con más fuerza. Que Joseph me envía un calor amistoso que desearía fuera algo más que amistoso. Que Adriel, mi futuro hermano, me hace sentir como si fuera la única chica en el mundo. ¿Cómo puedo decirle a mi madre que estoy entrando en esta unión con más dudas que nunca en mi vida?

Mi padre gruñe, satisfecho, pero mi madre estrecha ligeramente los ojos. Sé que puede percibir que estoy reteniendo algo, pero afortunadamente, no presiona más.
Me disculpo y me dirijo hacia mis hermanos, que están reunidos cerca del borde del área de asientos. Su presencia es como un vaso de agua fresca para mis nervios encendidos. Jerome, siempre el más ruidoso, me ve primero. Se rompe en una sonrisa amplia. "¡Bien, mira quién va a ser la novia más nueva del mundo!"
Los demás se ríen y se unen a las bromas. Mathis, nuestro mayor, sacude la cabeza ante sus payasadas y da un paso adelante, su expresión seria. "¿Estás bien, hermanita? No pareces tú misma."
Titubeo, pero finalmente admito: "Ha sido un desafío. Extraño casa. Extraño a todos ustedes."
Mathis me aprieta el hombro, su presencia constante estabilizándome. "Estarás bien. Eres más fuerte de lo que crees."
"Sí", agrega Jerome con un guiño. "Además, estás a punto de casarte con un Alpha fenomenal. ¿Qué no hay que gustar?"
Damien y Constantine se unen a las bromas juguetonas, aliviando un poco la presión que se había acumulado en mí. Robin, mi hermano menor, da un paso adelante y me abraza con fuerza. "También te extraño", susurro. "Pero harás grandes cosas. Siempre lo haces."
Su apoyo levanta mi ánimo, incluso si es solo un poco. Pero entonces llega la familia Jorg, y la atmósfera se vuelve loca.
Adriel es el primero en captar mi mirada. Camina con esa sonrisa insoportable, dándome un guiño juguetón que hace que mi estómago se revuelva. No respondo, pero no puedo evitar una pequeña sonrisa que tira de mis labios.

Más miembros de la familia Jorg siguen, su llegada formal e imponente. Los mayordomos hacen presentaciones, pero es imposible no notar la manera en que intercambian miradas, sutiles pero penetrantes. Cuando los padres de Silas llegan, la brusquedad en su tono es inconfundible. Son educados, sí, pero está claro que no están emocionados con esta unión.

Siento un nudo en la garganta.

Piensan que no soy lo suficientemente buena. Porque soy solo una Omega recesiva de otra ciudad. ¿Quién puede culparlos?

La voz del sacerdote corta mis pensamientos espirales, anunciando que la ceremonia está a punto de comenzar. Mi corazón late con fuerza mientras llama a Silas y a mí para que cambiemos a nuestras lobas y nos acerquemos.

Cambiar a mi forma de loba siempre es una sensación extraña, como quitarme una piel y ponerme en otra. Mis sentidos se agudizan de inmediato, y soy consciente de todas las miradas que me rodean mientras mis padres me conducen hacia adelante. Silas ya está allí, su forma de lobo impresionante y poderosa, y no puedo evitar notar cómo su pelaje oscuro y elegante brilla a la luz del sol.

Cuando el sacerdote nos dice que liberemos nuestros feromonas, titubeo durante una fracción de segundo. Pero luego lo libero, y en el momento en que ambos feromonas están en el aire, es como si el mundo se inclinara en su eje.

No puedo creerlo.

Una coincidencia perfecta.

La felicidad es abrumadora, se vuelan chispas, y la euforia de una coincidencia perfecta es inconfundiblemente consumida por nuestras lobas. Mi loba mueve la cola y salta de emoción, y para mi sorpresa,

la loba de Silas reproduce el gesto. No puedo creerlo. Tampoco, al parecer, la multitud. Se escuchan susurros en la audiencia, y la voz del sacerdote retumba: "Parece que tenemos una coincidencia perfecta).
La loba de Silas me empuja suavemente, y comenzamos el ascenso por la montaña.
El ascenso es brutal.
El terreno es empinado e irregular, las rocas resbalosas por una ligera bruma que se aferra al aire. Mi loba no está acostumbrada a este tipo de entorno, pero me esfuerzo por mantener el ritmo con Silas, que se mueve con gracia fácil.
Cuando llegamos a la mitad del camino, él cambia a su forma humana. Me mencionó que lo haríamos cuando me explicó los detalles de la ceremonia hace unos días. Iremos hasta la mitad como lobas pero tendremos que ascender el resto del camino con nuestras manos desnudas. Sigo su ejemplo, cambiando también, aunque me toma un momento estabilizarme.
Y entonces me golpea... está completamente desnudo.
Trato de no mirar, pero es imposible no notar la pura fuerza en sus hombros anchos, las líneas definidas de su torso. Mi rostro arde.
Por el momento más breve, veo una mirada intensa lavar su rostro cuando me mira. Es tan masculina y tan cruda que mi aliento se atasca. Pero la sacude justo antes de que se prolongue lo suficiente como para decir algo.
Se aclaró la garganta y dijo: "Voy a buscar las ropas ceremoniales."
Se volvió de espaldas a mí, caminando hacia donde supongo que están las ropas ceremoniales. Pero ahora mis ojos han perdido todo control. Caen en su figura incontenible mente.

La vista casi me hace babear. Su espalda es robusta y muscular, y puedo sentir casi mis dedos deslizándose sobre ella. Sus cuádriceps y glúteos son firmes, espesos, los músculos rotos que rebotan con cada paso.
Me vuelvo justo a tiempo cuando toma algunas ropas cerca y se vuelve, caminando hacia mí.
Me entrega una tira de tela que apenas califica como ropa, y rápidamente me la envuelvo alrededor, haciendo mi mejor esfuerzo por cubrir lo poco que puedo. Él también se viste, aunque el taparrabos hace poco para ocultar su físico.
Odio que sea tan jodidamente atractivo. Odio que esté teniendo un efecto en mí.
Y no es solo eso.
Todavía puedo sentir sus feromonas latentes, y por Dios, me está costando todo no reaccionar. El olor a madera rígida envía una oleada de deseo que me da la urgencia de apretar mis caderas alrededor de él.
Y cuando lo miro, noto eso. A través de la tela delgada, se forma un bulto. Es claro que mis feromonas le han hecho un número también, pero él lo reprime rápidamente.
"Va a llover pronto", dice, su voz cortante. "Vamos. Tenemos que seguir adelante".
La subida se vuelve más empinada, las rocas más afiladas, y la lluvia comienza a gotear. Mis dedos duelen, mis brazos tiemblan y mis respiraciones llegan en jadeos cortos.
Silas, escalando hacia adelante, se detiene y mira hacia atrás.
"¡Vamos! ¡Mantén el ritmo! ¿Por qué estás tan atrás?"
Aprieto los dientes. "¡Estoy intentándolo!"

Él sacude la cabeza. "Estaría en la cima ya si no me estuvieras retrasando. ¡Apúrate antes de que la lluvia empeore!"
¡Oh, jódete!
La irritación estalla, y le grito de vuelta, "¿Qué clase de ceremonia es esta, de todos modos? ¡Esto es ridículo! Arcaico! ¡Completamente innecesario!"
Él ni siquiera se vuelve. "Puedes seguir quejándote, o puedes escalar".
Su tono despectivo solo alimenta mi frustración. "¿Qué se supone que esto prueba? ¿Que puedo escalar una montaña? ¿Cómo me hace una mejor pareja?"
Él finalmente se vuelve hacia mí, su expresión ilegible. "Es tradición. Si no te gusta, quizás deberías haberse quedado en tu ciudad".
Las palabras duelen, pero sigo adelante. Cuando llegamos a la cima, estoy mojada por la lluvia, exhausta y apenas puedo pararme. Silas apenas me echa un vistazo antes de tirar la bolsa al suelo rocoso y caminar hacia la cueva. Él apenas está sin aliento, su zancada tan confiada y esfuerza como si hubiéramos tomado un paseo relajante. Yo, por otro lado, me desplomo sobre mi espalda, jadeando, mis dedos doloridos por la escalada y mis piernas temblando. La lluvia comienza a caer sin cesar, y puedo sentir que me está empapando a través de la delgada tela ceremonial que llevamos puesta.
"Levántate", llama Silas sobre su hombro, su tono plano, casi aburrido. "Tenemos que encender los fuegos ceremoniales en la cueva. Nuestras familias verán los fuegos desde abajo, y entonces sabrán que hemos aprobado la prueba".
Rolo los ojos, murmurando para mí misma, "Por supuesto que sí". Pero me empujo hacia arriba, tambaleándome ligeramente mientras

encuentro mi equilibrio. Lo sigo dentro de la cueva, mis dientes castañeando como el repentino refugio de la lluvia proporciona poco consuelo contra el frío que ha penetrado en mis huesos.
Silas se agacha cerca de un pozo de fuego que encontramos dentro de la cueva, sacando una yesca y un pequeño paquete de madera seca de la bolsa. Sus movimientos son rápidos, eficientes y desquiciantemente tranquilos.
Golpea la yesca hasta que las chispas saltan a la vida. Las llamas se apoderan, lamiendo el aire húmedo de la cueva, y él me pasa la yesca sin decir una palabra. La tomo, mis dedos rozando los suyos brevemente antes de encender el segundo pozo. Los fuegos se encienden, su calor empujando hacia atrás el frío que se aferra a las paredes de piedra.
Durante un momento, dejo que mis ojos se detengan en las llamas. Pero su voz rompe la quietud mientras saca carne seca y dos botellas de agua de su mochila. Me da algo de cada una antes de sentarse, su mirada fija en mí.
"Tradiciones como esta han mantenido a mi pueblo fuerte durante generaciones", dice, su tono casi condescendiente. "Es por eso que tenemos tantos Alfas y Omegas fuertes. Así que quizás pienses dos veces antes de empezar a llamarlo innecesario".
La forma en que habla como si siempre tuviera la última palabra. Me irrita tanto.
"¿Oh, realmente?", estallo, mi voz elevándose. "Entonces, ¿por qué los Alfa y Omega más fuertes de mi ciudad no están aquí? ¡Incluso el Lobo Blanco es de mi ciudad!"
Él se burla, su tono goteando con condescendencia. "Tener feromonas fuertes y ser físicamente fuerte no es lo mismo".

Las palabras aterrizan, odiosas como siempre pero tolerables. Es lo que dice a continuación lo que hace que mi sangre se encienda.
"Quiero decir, tú lo sabrías. Eres tan grande y fuerte que todos los Omegas en tu ciudad tenían que enviarte aquí para encontrar una pareja".
Mi respiración se detiene. Durante un segundo, estoy demasiado aturdida para responder. Luego la ira toma el control.
Sin pensar, le lanzo un puñado de carne. Él se agacha justo a tiempo, pero la sorpresa en sus ojos es clara.
"¿Danae, qué demonios?!", grita, su voz resonando en las paredes de la cueva.
Ya estoy de pie, la ira pura propulsándome hacia adelante. "¡Eres un jodido cabrón!", grito, sacudiendo mi brazo hacia él.
Pero él atrapa mi muñeca, su agarre firme, casi magullante. Sus ojos se clavan en los míos, una tormenta hirviendo en sus profundidades.
"Sí", sacude. "Soy el único jodido cabrón que te aceptó".
Mi pecho se eleva mientras mi corazón late en mis oídos. Nunca he sentido esta ira antes en mi vida entera, y eso es algo, considerando el tipo de hombres que he encontrado.
No sé si es la ira o mi cuerpo defendiéndome con mi mano todavía firmemente en su agarre, pero mis feromonas surgen, completamente en reflejo. Llenan el aire entre nosotros, y puedo ver sus ojos parpadear rápidamente, claramente sorprendido.
Cuando se estabiliza, él es... diferente. Sus músculos están más tensos que antes, su cuerpo parece haberse vuelto más musculoso en un instante, sus venas saliendo a la vista.
Su agarre en mi muñeca se vuelve más fuerte, pero es diferente. Ya no es defensivo. Es más posesivo, enviando ese dichoso dolor

lujurioso a través de mí. Odio cómo todavía puedo sentirme de esta manera, incluso con lo irritante que es.
Y luego, como un animal suelto, me atrae hacia él.
Nuestros labios chocan en un beso que es salvaje, bestial y lleno de toda la ira que he contenido. Es desordenado y duro, los dientes chocando, las respiraciones entrelazadas, y en este momento, no me importa nada más.

Capítulo Catorce

Silas

Esto debe ser una especie de broma retorcida. Ni los mejores comediantes podrían inventar algo tan ridículo. Es como si el universo mismo, o quizás la propia diosa luna, hubiera decidido reírse a mi costa.

Encontrar a tu pareja perfecta como lobo es raro, casi imposiblemente raro. La mayoría nunca lo hace. Sin embargo, aquí estoy, sosteniéndola entre mis brazos, todo por haber tomado una decisión impulsiva para desafiar a mis padres por atosigarme. Esa decisión, que debió haber sido insignificante, me llevó hasta ella.

Esta Omega proveniente de otra ciudad.

¿Una Omega? ¿Mi pareja perfecta?

Me reiría si esto no me enfureciera tanto.

Casi tan enfurecido como la forma en que sus feromonas me están afectando. Lo odio. Odio cómo están desgarrando mis defensas, dejándome en carne viva, expuesto y desesperado. Me están convirtiendo en una especie de animal enloquecido, algo que no puedo controlar.

Y lo peor de todo... Normalmente las Omegas me disgustan. Sus feromonas son olores empalagosos y nauseabundos que no puedo soportar tener cerca. ¿Pero las suyas? Las suyas son diferentes. Son una calma apaciguadora a la locura dentro de mí, suavizando los bordes de mi rabia de una manera que solo me hace sentir más trastornado. Más desesperado.

Nunca he deseado nada ni a nadie como a ella en mi vida.

Y no sé qué hacer con eso.

Todo lo que sé es que en este momento, con sus alientos sofocándose profundamente en mi boca, no quiero nada más que saborear cada centímetro de su carne.
El frenético beso casi me hace tropezar. Su cálido cuerpo proporciona un agradable contraste con el crudo frío en esta cueva. He estado sintiendo mi pene palpitar toda la noche, desde que sus feromonas me golpearon. Y lo he estado evitando, intentando concentrarme en la escalada. Pero ahora ya no me importa, y la firme protuberancia envía un dolor a través de mí mientras se presiona contra su piel.
Ella se da cuenta y se retira del beso, sus enloquecedoramente hermosos ojos verdes me miran con rabia, su rostro una mezcla de esa ira ardiente y algo que solo puedo describir como un deseo crudo. Baja el trozo de tela que cubre mi cintura y agarra mi pene, y me cabrea lo mucho que me estremecí con su toque. Ella me acaricia, enviando espasmos de placer a través de mí.
—¿Te gusta eso, eh? —Ladra apretando los dientes—. ¡Idiota de mierda!
No puedo creer que casi digo que sí. La realización de que la palabra estuvo a punto de salir de mis labios me muerde, y me alegro de haberla contenido.
Bajo mi mano y le agarro el trasero, le quito la tela que la cubre, mi agarre en su trasero la hace gemir.
Joder. Es tan suave.
La giro y hundo mis dientes en su cuello. —¡Oh, joder! —Las paredes de la cueva hacen eco de sus gemidos.
Aparece una pequeña mancha rojiza donde mis dientes se hunden y la lamo, pasando mi lengua por todo su cuello. Ella se estremece,

moviendo sus caderas y empujando su trasero contra mí, el suave peso presionando contra mi pene, y eso solo me incita aún más. Mis manos deambulan, casi con mente propia, quitándole la pequeña tela que cubre sus tiernos pechos. Cuando los aprieto, la forma en que se sienten casi me hace aullar. Mi mano apenas puede abarcarlos. El tamaño, la suavidad, no puedo evitar el gemido que escapa de mí.

—Idiota de mierda. Esto es lo que te gusta. Esto es lo que quieres —gime. Es como si sus palabras fueran combustible para mis ya furiosas llamas.

En un movimiento fluido, le doy una nalgada, el sonido hace eco fuertemente, y la empujo para que se incline y se arquee contra la pared de la cueva. Empujo mi pene dentro de ella por detrás, y su empapada y húmeda intimidad me dice que yo no soy el único que se está volviendo loco aquí.

—¡Sí, esto es lo que quiero, perra de mierda! —Aullo—. ¡Y sé que tú también lo quieres jodidamente!

—¡Oh, joder! ¡Sí! —Dice, pero suena apagado. Demasiado apagado para mí en este momento. Quiero oírla decirlo. Necesito oírla decirlo. Tiro de su cabello, arqueándola aún más mientras mi embestida entra con toda mi ferocidad.

—¡Dilo! —Grito.

—Oh, joder, Silas. Síííí, joder —gime, esta vez es más alto, pero no son las palabras que quiero escuchar. Vuelvo a tirar más fuerte, mi palma abofeteando de nuevo su trasero, dejando una marca rojiza, mis caderas moviéndose más rápido.

—¡He dicho que lo digas! ¡Dime que esto es lo que quieres...!

Ella me corta antes de que pueda terminar. —Sí. ¿Es eso lo que quieres oír? Perro caliente... Fóllame, Silas. Quiero que me folles.
Las palabras. Esas jodidas palabras, la crudeza de ellas. Casi exploto dentro de ella justo ahí.
La embisto como si la odiara. El sonido de sus suaves cachetes resonando por toda esta cueva hueca. Estoy dispuesto a apostar que ninguna pareja que haya realizado este ritual ha follado así antes.
—Odio lo jodidamente bien que se siente. Se siente tan malditamente bien —gime. Hay una admisión en su voz que es casi satisfactoria.
—Odio lo mucho que he querido follarte —respondo. Y lo digo en serio. Odio lo necesitado que estoy de ella, cuánto la deseo. Quiero decir que son las feromonas, pero sé que no es solo eso. Quiero culpar a esta tela ceremonial. Sé que la ceremonia está diseñada para que una pareja se envuelva tanto en el deseo al ver al otro casi desnudo y tener la adrenalina de la escalada corriendo por ellos, pero sé que es más que eso. Y eso me asusta admitirlo.
Justo en ese momento, ella empuja sus caderas, haciéndome retroceder hasta que salgo de ella. Sus gemidos se convierten en un lío incomprensible de balbuceos mientras cae de rodillas, sus piernas visiblemente temblorosas. La visión me satisface más de lo que esperaba, y no puedo evitar la sonrisa que se pinta en mi rostro.
—Parece que este idiota acaba de hacerte correrte —digo, la sonrisa convirtiéndose en una sonrisa completa.
Se levanta, volviéndose hacia mí. —¡Cállate! —Escupe, ese fuego regresando a sus ojos, y me empuja. Me dejo caer y ella toma mi pene, colocándolo debajo de ella, y rebota sobre mí.

Sus ojos se giran hacia atrás y sus manos suben a la parte posterior de su cabeza mientras se retuerce sobre mí. —¡Oh, mierda! ¡Esto se siente tan jodidamente bien! —Grita.
La visión de ella así, salvaje e indomable, rompe todas las barreras de restricción que tengo.
Me obligo a levantarme, la levanto mientras me pongo de pie y la coloco en el suelo. Mis ojos se clavan en los suyos y empujo dentro de ella de nuevo con aún más fervor que antes.
—Eres un perro. Un jodido perro caliente. ¡Fóllame!
—¡Perra de mierda!
No lo entiendo, pero cuanto más habla, cuanto más insultantes son sus palabras, más la deseo. Más quiero embestirla hasta la oblivión. La mirada en sus ojos, una mezcla de puro deseo y algo parecido al asco y la ira, refleja mis sentimientos en este momento. Y eso solo me envía a la sobreactuación.
—Eres un maldito bastardo —dice, mirándome fijamente con expresión vacía. Esta vez, hay algo en la forma en que lo dice que me congela, y hago una pausa, sintiendo una chispa, una necesidad de responder mordazmente.
—Oh, sí. Bueno, debes gustar mucho de follar bastardos con la forma en que tu coño está apretando mi polla.
Se muerde el labio. No puedo discernir lo que significa la expresión en su rostro. Pero antes de que piense más en ello, su mano se agita y su palma conecta con mi cara.
—Bastardo —repite de nuevo. Mis caderas se mueven casi por su propia voluntad, sus palabras me envían a un frenesí salvaje de follar.
—Fóllame. ¡Maldito bastardo!

Casi estoy sin aliento, pero no me detengo. No puedo detenerme. Me hundo en ella, cada embestida sintiéndose como una venganza por esa bofetada. Una y otra vez...

—Oh, joder. Me vas a hacer correrme.

Es como si recuperara una nueva vida solo con escuchar eso. La inmovilizo con todo lo que tengo, bloqueando sus rodillas contra mis hombros, asegurándome de que sus piernas estén bien abiertas, y entonces martillo dentro de ella.

¿Quiere un perro? Le daré uno.

Su rostro se contorsiona en un placer absoluto, sus ojos completamente blancos mientras sus pupilas desaparecen debajo de sus párpados.

La visión de ella así, completamente destrozada por su orgasmo, me empuja a mi propio límite. Mi lobo burbujea justo debajo de la superficie, ansiándola, queriendo tomar el control... Siento mi nudo comenzar a hincharse, mis glándulas llenas. Solo un empujón fuerte... y estaría dentro de ella hasta el fondo, nudo y todo. Me está costando todo de mí no anudarla aquí mismo. Apenas logro detenerme.

Esta mujer es peligrosa.

Capítulo Quince

Adriel

¿Quién lo hubiera pensado? Silas, que preferiría tragarse un vidrio antes de pasar más de unos minutos hablando con una omega, ha encontrado a su pareja perfecta. El pensamiento es tan absurdo que me hace reír por lo bajo, lo que me valió una mirada curiosa de la pareja de ancianos que se encontraba cerca. Disimulo mi diversión con un sorbo de vino y vuelvo mi atención hacia la montaña, cuya cumbre está envuelta en niebla mientras los lobos de Danae y Silas comienzan a ascender.

Los feromonas de su vínculo todavía perduran en mis sentidos, una sensación fantasmal que no puedo sacudir, especialmente la suya. Me golpeó de manera diferente a lo que podría haber anticipado... tranquilizante y emocionante. Había una profundidad en su olor que no puedo dejar de pensar, como si hubiera desbloqueado algo en mí que no me había dado cuenta de que me faltaba.

Me muevo entre la multitud, el zumbido de la conversación y la risa llena el aire mientras la gente disfruta del festival al pie de la montaña. El olor a carnes asadas y vino dulce es casi suficiente para distraerme, pero mis pensamientos vuelven a Danae. Su lobo parecía decidido antes de que comenzaran a ascender, pero esta montaña no es indulgente. El clima no ayuda; las nubes se están espesando, embarazadas de la promesa de lluvia.

Junto a la mesa de bebidas, veo a Damien, uno de los hermanos de Danae que me fue presentado como nuestros familiares se reunieron antes de que comenzara la ceremonia. Sostiene una botella de vino,

la más fina de nuestra ciudad, una especialidad de Howl's Peak, y a juzgar por el brillo en sus ojos, no es su primera botella.
"¿Disfrutando del vino, veo," digo con una sonrisa mientras me acerco.
Damien mira hacia arriba, riendo mientras levanta la botella. "Esto es increíble. Verdaderamente. Creo que es mi tercera botella o tal vez la cuarta. He perdido la cuenta."
"Cuidado," lo advierto, vertiendo un trago para mí. "Esta cosa te acecha. Antes de que te des cuenta, estarás intentando escalar esa montaña tú mismo."
Estalla en una risa cálida, genuina, que me hace sonreír. "Si este es el vino que se bebe aquí, tal vez tenga que mudarme."
"Eres bienvenido en cualquier momento después de la ceremonia," respondo. "Puedes tener todo el vino que quieras. Pero creo que tendríamos que construir una segunda viña solo para mantener el ritmo contigo."
Damien sonríe, pero luego su expresión se suaviza. Mira hacia la montaña, la alegría en sus ojos se desvanece ligeramente. "Solo espero que Danae lo logre," dice en voz baja. "Ha pasado por tanto. Esta es su oportunidad de finalmente ser parte de algo bueno."
Sus palabras me detienen en seco. "¿Qué quieres decir?" pregunto, manteniendo mi tono neutral.
Damien suspira, su agarre en la botella se tensa. "Es una omega recesiva. En nuestro hogar, eso no significa nada más que rechazo y burla. Es más alta que la mayoría de las omegas en nuestra ciudad, y eso... bueno, digamos que los hombres de allí no les gustan ser eclipsados de ninguna manera." Sacude la cabeza, un destello de ira cruzando su rostro. "Ha soportado tanto dolor, tantos rechazos.

Nunca se queja, sin embargo. Sigue adelante. Estamos todos muy orgullosos de ella, ¿sabes? Solo queremos que sea feliz."
Sus palabras, escuchar sobre lo que ha soportado, despierta una punzada de simpatía en mí, una tensión en mi pecho que no puedo explicar del todo. Danae, ridiculizada? Rechazada? No suma. La mujer que he llegado a conocer no parece débil ni rota. Se porta con una quietud desafiante como si desafiara al mundo a seguir dudando de ella.
Antes de que pueda responder, otra voz corta el momento.
"¡Damien, ahí estás!"
Jerome, el hermano más cercano en edad a Danae, se acerca con una sonrisa exasperada. Agarra el hombro de Damien, sacudiéndolo ligeramente. "Vamos, hombre, estás avergonzando a la familia. ¿Estás en, qué, botella cinco ahora?"
Damien lo aleja, riendo. "Tres. Tal vez cuatro."
"Y contando," Jerome bromea, arrastrándolo un paso hacia atrás.
Mathis, el hermano mayor, sigue de cerca, su expresión apologetica.
"Adriel, lo siento si mis hermanos han sido... demasiado."
"Está bien," lo aseguro con una pequeña sonrisa. "Damien solo está disfrutando de la hospitalidad de nuestra ciudad. Además, nuestro vino tiene una forma de acecharlo. Dulce, suave... te engancha antes de que te des cuenta." Miro a Damien, mi tono suavizándose. "Está preocupado por su hermana."
Mathis asiente, una tensión leve en su mandíbula. "Todos lo estamos," admite.
Atrapo el destello de inquietud en sus ojos mientras mira hacia la montaña, y se refleja en la expresión de Jerome. "¿Estás preocupado por la escalada?" pregunto suavemente.

Jerome suspira, rascando la parte posterior de su cuello. "Es solo... es una maldita montaña. Y Danae... es fuerte, pero..."
"El clima está cambiando," termina Mathis, su voz tensa.
Miro hacia el cielo. La llovizna ha comenzado, suave pero persistente, y el aire se siente más pesado con cada minuto que pasa. "Entiendo sus preocupaciones," digo después de un momento. "Pero este ritual ha sido parte de nuestra tradición durante generaciones. No está destinado a romper a la gente... está destinado a revelar su fuerza. Desde lo poco que he visto de Danae, diría que tiene lo que se necesita."
Ambos asienten, aunque su preocupación no desaparece del todo.
El mayordomo se acerca entonces, inclinándose educadamente mientras se dirige a la multitud. "Señoras y señores, la lluvia está aumentando. Por favor, diríjanse hacia el salón."
Los invitados comienzan a dirigirse hacia el gran edificio al pie de la montaña. Dentro, el aire vibra con la conversación, una mezcla de emoción y escepticismo sobre la escalada de Danae.
Mientras camino por el salón, fragmentos de conversación llegan a mis oídos.
"No lo logrará," murmura una mujer a su compañera.
"Es una outsider," dice alguien más con desdén. "No pertenece aquí."
"Demasiado débil," se burla otra voz. "¿Qué pensaba la diosa luna?"
Mi mandíbula se tensa. Nunca me ha importado mucho el chisme de mi familia extendida, pero esta noche, me molesta como nunca antes. No tienen idea de quién es Danae. No tienen idea de su fuerza, y sin embargo, la juzgan como si la hubieran conocido durante años.

Entonces la escucho... la voz de mi tía, goteando desprecio.
—"Esa chica es un error. Fracasaría tal como todos esperamos, no es de aquí, no es lo suficientemente fuerte. Y Silas, ¿qué desperdicio de vínculo?"
Me detengo en seco, la sangre rugiendo en mis oídos. Girando sobre mi talón, camino hacia ella y su grupo de primos aduladores.
—"¿Dudas de la sabiduría de la diosa luna?" pregunto, mi voz cortando sus murmullos.
Ella se encoge, pero se recupera rápidamente, levantando la barbilla. "Soy realista, Adriel. Esa chica no..."
—"Hmm, corrígeme si me equivoco, pero ¿no falló tu hija en la primera intentona de subir?" la interrumpo bruscamente. "Nacida y criada aquí en Howl's Peak, con todas las ventajas, y sin embargo no pudo llegar a la cima en su primer intento. Tal vez deberíamos todos practicar un poco de humildad antes de emitir juicios. ¿No crees?"
La sala queda en silencio, y me doy la vuelta sin esperar respuesta, mi pecho jadeando con ira contenida.
La voz del sacerdote resuena en el salón justo entonces, sonando con autoridad, "¡Se han encendido las hogueras!"
La sala estalla en un bullicio emocionado, los invitados corriendo hacia las ventanas gigantes que dan a la montaña. Se pasan binóculos y telescopios mientras todos se apresuran a ver la prueba.
Me quedo aparte, observando el frenesí desde la distancia. Un destello de orgullo se inflama en mi pecho al escuchar a alguien confirmarlo: dos llamas ardiendo brillantemente en la cima. Es la prueba de que ambos llegaron a la cima, como requiere el ritual.
Lo hizo. Realmente lo hizo.

Pero el alivio que siento no dura mucho. Mientras me alejo de la multitud, mis pensamientos bullen.
¿Por qué me importa tanto? ¿Por qué escuchar a esas personas desgarrarla me enfureció más de lo que debería?
Es extraño.
Sé que es hermosa. Demonios, casi insoportablemente hermosa. Y no puedo negar que hay esta atracción magnética que hace que sea difícil pensar con claridad cuando estoy cerca de ella, una atracción salvaje e inexplicable que me deja aturdido.
Pero este sentimiento —esta protección— es algo que nunca he experimentado antes. Es diferente. Inusual. Sin embargo, es tan crudo, tan poderoso, que es imposible ignorarlo.
En el momento en que mi tía habló en su contra, ese tono despectivo goteando desdén, lo sentí surgir en mí. Ese fuego. Ese impulso de defenderla, de enfrentarme a cualquiera que se atreviera a disminuirla, incluso si eso significaba enfrentarme a toda mi familia extendida. La convicción no estaba solo en mi cabeza —estaba en mi vientre, tan profundamente arraigada que parecía primitiva.
Me alcanzo y froto la parte posterior de mi cuello, mis dedos rozando la tensión que se ha acumulado allí. Hay una leve frustración burbujeando debajo de la superficie, no porque esté enojado, sino porque no puedo darle sentido.
Esta emoción me tiene completamente a su merced, y es tan enloquecedora como es innegable.
Tal vez esté más involucrado de lo que pensaba.
Incluso ahora, el recuerdo de su perfume perdura, negándose a desvanecerse.

Capítulo Dieciséis

José

El aire está fresco con el rocío de la mañana mientras los terrenos ceremoniales se llenan una vez más. Los invitados charlan emocionados, sus voces se entrelazan como el zumbido de una colmena que despierta. Me encuentro entre ellos, mirando hacia arriba al perfil irregular de la montaña mientras Silas y Danae descienden. Un alivio me invade, una chispa de orgullo se enciende en mi pecho.

Lo logró.

No dudé que Silas llegaría a la cima, es Silas, después de todo. Pero Danae, ¿ella es aún más increíble de lo que imaginé? Vi su determinación cuando llegó, el fuego silencioso en sus ojos, pero esto es algo completamente diferente. No solo aprobó la prueba, la conquistó.

Cuando llegan abajo, los asistentes se apresuran hacia ellos con fardos de ropa, ofreciéndoles algo más modesto que los paños de lo que habían bajado. Desaparecen detrás de una pequeña tienda, y no puedo evitar sonreír. La ascensión simbólica siempre tiene una forma de revolver las cosas en las parejas, y por la forma en que Silas y Danae se miraron entre sí antes de desaparecer detrás de la tienda, está claro que no son inmunes.

Cuando reaparecen, completamente vestidos, se unen al sacerdote en la plataforma. La multitud estalla en aplausos mientras el sacerdote levanta los brazos.

"Hoy," anuncia, su voz resonando sobre los terrenos, "celebramos a Silas Jorg y Danae Walker, una pareja perfecta hecha por la diosa de

la luna. ¡Que se sepa... ahora están comprometidos!"
Los aplausos son ensordecedores. Incluso algunos miembros de la familia Jorg que habían estado susurrando sus dudas sobre Danae parecen haberse dejado llevar por el momento, aplaudiendo y gritando como si siempre la hubieran apoyado. Aunque la mayoría de ellos todavía parecen poco entusiastas.
Mi atención se dirige a la pareja recién comprometida. Hay una extraña sensación de incomodidad entre ellos, sutil pero muy evidente. Silas evita su mirada después de cada mirada, y Danae se sonroja cada vez que sus ojos se encuentran. Ya puedo decir que algo sucedió en esa cueva. La mirada en sus rostros no es muy diferente a la que he visto en parejas antes de que el ritual vuelva a golpear. Escalando esa montaña casi desnudos, confiando en nada más que en ellos mismos y en la atracción de sus feromonas, siempre hace su magia.
Pero hay algo más en sus expresiones, más que solo deseo. Hay frustración allí, también. Ira, incluso. Parecen dos personas que desesperadamente quieren desgarrarse mutuamente, ya sea por pasión o irritación, eso es anyone's guess.
La diosa tiene un sentido del humor, eso es seguro.
La fiesta comienza poco después de la ceremonia. La música llena el aire, mezclándose con el tintineo de vasos y la risa de los hermanos de Danae. Damien, Jerome y Mathis son particularmente jubilosos, dándose palmadas en la espalda y pasándose bebidas como si fuera su último día en la tierra.
Pero a medida que la celebración aumenta, noto que Silas se escabulle. Se mueve calladamente, serpentando entre la multitud hasta que desaparece hacia la finca.

Vacilo por un momento, luego lo sigo.
La puerta del despacho de Silas está entreabierta cuando llego, y me detengo fuera, escuchando. Dentro, hay el sonido de líquido vertiéndose en un vaso.
No, no es un vaso. Oigo tragos. Miro hacia adentro justo cuando Silas inclina la botella de whiskey hacia atrás, bebiendo directamente de ella.
La visión me duele. Me duele verlo así, tan atado a su propia cabeza que no puede pensar con claridad.
Entro. "Hola, ¿todo está bien?"
No me mira. Solo sacude la cabeza y coloca la botella con un golpe pesado. "¿Cómo demonios puede estar todo bien cuando estoy siendo llevado por feromonas?"
Ahí está.
"¿Qué quieres decir?" pregunto, aunque ya sé.
Suelta una risa amarga. "Odio esto. Odio que esté tan atraído hacia ella. No quiero estar. Es solo físico, José. Tiene que ser. Sus feromonas están jugando con mi cabeza, y no puedo..."
"Aquí vamos otra vez," murmuro para mis adentros.
"¿Qué?" lanza, mirándome con dureza.
Suspiro, avanzando más en la habitación. "Está bien, Silas, te voy a decir esto no como tu empleado sino como tu mejor amigo. Creo que le gustas. Creo que realmente le gustas. Y necesitas dejar de hacer excusas."
Se burla, mirando hacia otro lado, pero sigo adelante.
"Esto no es solo sobre feromonas. Esto es tú. Estás sintiendo algo por alguien. Por una Omega, y te está asustando."

Está callado por un largo momento, mirando el escritorio como si contuviera las respuestas a todo. Luego me mira, y por primera vez en años, veo eso: una grieta en su armadura. Es casi incómodo verlo así, pero necesita aceptar sus emociones.
"Sé que esto es difícil de admitir," digo suavemente. "Pero ella es tu pareja perfecta. Todos lo vimos en la ceremonia. Y sé que lo sentiste."
Su mandíbula se tensa.
"No la rechaces por tu pasado," añado, manteniendo la voz baja. Sé que odia a las Omegas, ¿cómo no lo haría después de lo que pasó con esa Omega hace años? No lo digo en voz alta, pero sé que recibe el mensaje que trato de transmitir.
Silas asiente lentamente, pero su expresión es inescrutable.
El silencio se estira, y comienzo a sentir que nuestras palabras realmente están calando.
Pero justo entonces, me pregunta, "¿Por qué te importa tanto, José?"
La pregunta me pilla desprevenido.
"La has estado defendiendo desde que llegó," continúa, su tono casi casual. "¿Por qué?"
"Yo... no creo que haya hecho nada para merecer ser tratada mal," digo, las palabras saliendo de mí un poco más rápido de lo que me gustaría.
Pero puedo decir que Silas no se lo cree. Levanta una ceja, una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. "Te conozco desde hace mucho tiempo, José, y puedo decir que es mucho más que eso."

Abro la boca para hablar, pero un maldito tartamudeo de la nada me aflige. Me aclaro la garganta, sacudiendo la cabeza. "No tengo idea de qué estás hablando."
Se ríe, una risa baja y sabia que me hace querer golpearlo. "Te gusta."
"No, no me gusta." Ese maldito tartamudeo vuelve a aparecer, y es peor esta vez porque estoy seguro de que mi rostro me traiciona.
"Te gusta," dice, recostándose en su silla con una sonrisa irritantemente segura. "Admítelo."
¿Es tan obvio?
Un suspiro se me escapa mientras me paso la mano por la cabeza.
—Claro. Sí, me gusta. ¿Ahora estás contento?—
Silas se ríe, tomándose otro trago de whiskey. —Debe ser alguien especial si tiene tanto a mi hermano como a mi mejor amigo locos por ella.—
Aprieto la mandíbula para no sonreír. —Es alguien especial, sin duda — murmuro.
Silas inclina la cabeza, estudiándome con una mirada que no puedo descifrar. —¿Quieres formar parte de una familia unida entonces?—
¿Espera, qué?
La pregunta me deja atónito. Mis ojos parpadean frenéticamente.
—¿Qué?—
Él se encoge de hombros como si esto fuera la conversación más casual del mundo. —Hemos sido amigos toda la vida, Joseph. Si tienes sentimientos por ella, no veo por qué no podemos compartirla.—
Exhalo bruscamente, obligándome a sacudir la cabeza. —¿Es esto algún tipo de broma?—

Él sonríe, tomándose otro sorbo. —¿Por qué no?—
—Eres un verdadero capullo por bromear sobre cosas así— le digo, rodando los ojos.
Pero sus palabras resuenan en mí. No puedo negarlo, y sé que él también lo sabe. Una familia unida. El pensamiento me produce un escalofrío, una especie de esperanza que no puedo fingir que no está ahí.
—No se trata de lo que yo quiero— logro decir finalmente. —Ella tendría que quererlo también. Y no me gusta de esa manera.—
Silas se ríe, con un brillo de conocimiento en sus ojos. —Creo que te gusta lo suficiente—
Sus palabras cuelgan en el aire. Me he quedado sin respuestas. Quiero restarles importancia, desestimar esta conversación entera como ridícula.
Pero no puedo. Porque en lo profundo, no puedo evitar preguntarme.
_¿Y SI?_

Capítulo Diecisiete

Danae

El rugido de los motores del avión llena el aire mientras me paro en la pista, mi familia reunida a mi alrededor para despedirse.
Jerome me abraza con fuerza, sosteniéndome durante un momento antes de retroceder con su sonrisa habitual. Mathis es el siguiente, su abrazo firme y reconfortante como siempre. El entusiasmo de Damien rompe la atmósfera agridulce mientras me rodea con sus brazos y me dice: "Dile a Adriel que prepare la bodega. ¡Voy a regresar por todo el vino!"
Me río a pesar del nudo en la garganta. Uno a uno, saludan y suben al avión, dejándome con mis padres.
Mi madre me cubre la cara con su mano, sus ojos brillantes de orgullo. "Volveremos antes de que te des cuenta, querida. Una vez que terminen los preparativos de la boda, todos volveremos", me asegura, su voz suave pero firme. Mi padre asiente, una sonrisa iluminando su rostro mientras me da un golpecito en el hombro. "Te has hecho un gran trabajo, Danae."
Y así, se van, subiendo la escalera del avión. Me retrocedo mientras los motores rugen y el avión comienza a moverse lentamente hacia la pista de despegue.
Debería sentirme nada más que feliz. Finalmente logré algo que me había eludido durante tanto tiempo. Finalmente hice que mis padres se sintieran orgullosos de mí al encontrar una pareja, una pareja perfecta, para ser exactos. Pero mientras el avión despega, un dolor de nostalgia se asienta en mi pecho. Mi familia siempre ha sido mi

ancla, y verlos partir es una visión que no creo que me acostumbre nunca.
La bocina del coche me devuelve al presente. Joseph espera junto a la puerta del pasajero, una pequeña sonrisa de comprensión en su rostro. Me deslizo en el asiento mientras él sostiene la puerta abierta, cerrándola una vez que me siento y dirigiéndose hacia el asiento del conductor. El interior cálido del coche es un contraste marcado con el frío ventoso del exterior.
El silencio se extiende mientras arranca el coche y nos aleja, el avión todavía visible en la distancia, ascendiendo cada vez más hacia el cielo. La voz de Joseph rompe el silencio, baja y medida. "Puedo decir que ya extrañas a tu familia. Todos parecen muy unidos."
Lo miro. Es un poco sorprendente lo fácil que es para él leerme. "Los extraño. Nunca he estado lejos de ellos durante tanto tiempo", admito, mi mirada vagando de nuevo hacia la ventana.
"Es hermoso ver, realmente", dice, su voz suave pero sincera. "Tú y tus hermanos y padres como eso. Es conmovedor."
Hay algo en la forma en que habla que me pone instantáneamente a gusto. Su presencia es calmante y acogedora, como una promesa no dicha de seguridad. Es como hablar con un viejo amigo. Un viejo amigo muy atractivo...
"Siempre han estado allí para mí", digo, mi tono cálido. "Sobre todo con todo lo que pasé en mi ciudad natal."
No responde de inmediato. Puedo decir que está pensándolo, sopesando sus palabras antes de hablar. Cuando lo hace, su voz es suave, casi titubeante. "Si te sientes cómoda compartiendo... ¿qué pasó en tu ciudad natal?"

Se vuelve para mirarme un momento, sus ojos abandonando la carretera apenas el tiempo suficiente para encontrarse con los míos antes de volver a enfocarse.
Normalmente, este sería el punto en el que me defiendo o cambio de tema. Lo he hecho cien veces antes... cerrando la puerta antes de que alguien se acerque demasiado. Pero con él, es diferente. Su presencia me hace salir algo de mí, algo sin guardias y honesto, como si hubiera abierto una ventana que no sabía que estaba allí.
"Todos mis hermanos son Alfas fuertes", digo, una débil sonrisa tirando de mis labios. "Y luego estoy yo... el recesivo."
Joseph me dirige una mirada, su ceño fruncido en curiosidad.
"En mi ciudad, ser una Omega recesiva, y si a eso le sumas que soy bastante alta en comparación con las chicas allí, digamos que no es exactamente deseable. Me rechazaron tantas veces por eso."
Las palabras se sienten pesadas, sacadas de un lugar que trato de no visitar a menudo. "Pero mi familia nunca me trató como si fuera menos. Mis padres nunca me resentieron por no asegurar una pareja. Y mis hermanos, siempre han sido protectores, solidarios."
Me detengo, un destello de gratitud aliviando el dolor en mi pecho. "No es algo que todo recesivo pueda decir."
Joseph asiente, sus manos firmes en el volante. "Me alegra que los tengas", dice, su voz sincera. "Escuchar cómo te trataron, suena injusto. Horrible, incluso. Saber que tu familia te apoyó hace que sea un poco más fácil de escuchar."
Sus palabras se asientan sobre mí como una manta, cálida y reconfortante. Durante un momento, no respondo, atrapada en el silencio reconfortante de su presencia. Luego, la curiosidad se

apodera de mí. "¿Y tú?" le pregunto, volviéndome hacia él. "¿Cómo fue tu infancia?"
Sus rasgos se vuelven serios, pero solo brevemente, como si estuviera sopesando cuánto compartir. "Perdí a mis padres cuando era un niño", dice simplemente. "No tengo hermanos. La única familia que tengo ahora son los Jorgs."
La admisión tira de algo profundo dentro de mí. Lo observo cuidadosamente mientras continúa. "Era solo un niño huérfano flaco en ese entonces, siempre siendo acosado. Hasta que Silas intervino."
Sus labios se curvan en una débil sonrisa al recordarlo, pero no puedo dejar de repetir sus palabras en mi cabeza. ¿Niño flaco? Es casi imposible imaginarse a este hombre alto, guapo y absolutamente musculado como algo menos de lo que es ahora.
Antes de que pueda detenerme, las palabras se escapan, mis labios moviéndose más rápido que mi cerebro. "Definitivamente no eres un niño flaco ahora", digo, mi voz bajando, casi involuntariamente.
La risa de Joseph es baja, cálida y, para mi sorpresa, tímida. "Gracias", dice, mirándome con un destello de diversión. "Es agradable saber que hay alguien que piensa que soy atractivo."
Las palabras me pillan desprevenida, y siento que el calor sube a mis mejillas.
No hay forma de que nadie te haya dicho lo guapo que eres.
Y luego mi curiosidad se apodera de mí de nuevo, "Estoy segura de que tienes muchos admiradores. ¿Hay alguien en tu vida?"
Se ríe suavemente, sacudiendo la cabeza. "No. Nadie."
No sé por qué, o tal vez sí pero no puedo admitirlo, pero una ola de alivio me invade al escuchar que no hay nadie en su vida. Pero

ahora, estoy volviéndome una gata con tanta curiosidad. "¿Por qué no?"
Se encoge de hombros, una sonrisa irónica jugueteando en sus labios. —Demasiado ocupado con el trabajo. Silas me mantiene lo suficientemente ocupado como para que apenas tenga tiempo para nada más.— Hace una pausa, riendo suavemente, casi para sí mismo. —A veces, bromea que acabaré en una unidad familiar con él.—
Sus palabras me golpean como un choque, mi mente corriendo para darles sentido. Un rubor asciende por mi cuello, y vuelvo mi rostro hacia la ventana, esperando que él no se dé cuenta.
La voz de Joseph me devuelve. —Estoy seguro de que está bromeando la mitad del tiempo—, dice, su tono ligero, pero hay un atisbo de algo más allí... algo que no dice exactamente.
No respondo, mis pensamientos demasiado confusos para formar palabras coherentes. Pero la idea persiste.
¿Podría Joseph sentir la misma atracción que yo? ¿Podría verme como algo más que solo la pareja de Silas? Más que alguien destinado a su jefe y amigo?
El viaje se prolonga, el silencio un crudo contraste con el ruido en mi cabeza, mi mente volando con todas las posibilidades.
Y aunque no tengo las respuestas, hay una cosa que no puedo negar. No soy inmune al encanto de Joseph.
Y honestamente, espero que él tampoco sea inmune a mí.

Capítulo Dieciocho

Silas

El motor del coche zumaba suavemente mientras aferraba el volante, Danae sentada en silencio en el asiento de pasajero a mi lado. La miro brevemente. Okay, quizás un poco más que brevemente intentando enfocarme en la carretera pero fallando miserablemente. Desde que la ceremonia nos marcó como pareja comprometida, he tenido que pasar más tiempo con ella. Tiempo que pensé que sería tedioso. Tiempo, he llegado a darme cuenta, es peligroso.

Me está gustando, y eso me enfurece.

Hay algo en la forma en que se sienta, tan refinada y relajada, que me atrae como un imán. Odio cómo está empezando a ocupar mis pensamientos cuando ni siquiera está tratando. Mis dedos se tensan en el volante mientras mis ojos se dirigen hacia ella de nuevo. Ella se vuelve hacia mí durante un segundo, pero su mirada se desvía rápidamente hacia la ventana.

Ella está molesta conmigo, como siempre. Puedo sentirlo. Y sin embargo, en lugar de ser rechazado por ello, estoy aún más atraído. ¿Qué pasa conmigo?

El vestido que lleva no ayuda. Elegante y refinado, se ajusta a su figura lo suficiente como para recordarme lo impresionante que es cuando sus ropas están fuera. Me contengo un gemido. Me odio por notarlo. Ella es hermosa, sí, pero no debería estar pensando en ella de esta manera. No lo quiero.

Pero lo hago.

El coche se detiene en el lugar de la reunión. Una estructura de vidrio majestuosa con una sala de juntas lujosa esperando dentro. Los asociados de negocios ya están sentados cuando entramos, su charla muere cuando Danae y yo nos dirigimos a la cabeza de la mesa.

Puedo sentir sus ojos en ella. Notan las mismas cosas que yo: su gracia, su belleza, la forma en que se lleva a sí misma sin esfuerzo. Me hace que mi pecho se tense con algo que se siente alarmantemente como orgullo, aunque lo aparto a un lado. Ella se sienta a mi lado, calmada y compuesta, y es como si estuviera tratando de no parecer un tonto a su lado.

Comienza la reunión y los asociados presentan su propuesta... una oferta risible de cinco millones por un terreno. Casi me río mientras reviso la documentación. Esto es ridículo. Estoy a punto de expresar mi desdén cuando Danae me supera.

"Caballeros," dice, su tono firme pero político, "Me temo que esta oferta es muy inferior a lo que podemos aceptar."

La sala cae en silencio. Mis ojos se dirigen hacia ella, mi sorpresa me supera. Los asociados murmuran entre ellos antes de que uno de ellos hable, claramente sin esperar que ella interviniera. "La propiedad no es de particular importancia para la familia Jorg," dice. "Nuestra oferta es justa."

Danae no pierde el ritmo. "Independientemente de su utilidad para la familia, es una propiedad de la familia Jorg. No es sólo un terreno. Es propiedad de una familia conocida por su prestigio... un nombre que vale su peso en oro. Cuando paga por la propiedad, ustedes también pagan por su historia."

¿Qué desgracia? Ella es muy hábil en esto.

Me esfuerzo por contener la sonrisa que tira de mis labios. Ella está maneja esto mucho mejor de lo que esperaba, mejor de lo que hubiera imaginado. Ella está dirigiendo la sala, y joder, estoy disfrutando cada segundo de ello.

Los asociados intercambian miradas incómodas antes de que uno de ellos se vuelva hacia mí. "¿Puede el Sr. Jorg decirnos sus pensamientos sobre esto?"

Me inclino hacia atrás en mi silla, fingiendo indiferencia incluso cuando mi pecho se hincha de orgullo. "La dama, que pronto será la Sra. Jorg, expresa exactamente mis pensamientos."

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. La Sra. Jorg... Joder. ¿Acabo de decir eso?

La sala zumba con susurros, un murmullo bajo e incómodo que se propaga como ondas en el agua. Los ojos bailan entre uno y otro... algunos son amplios de confusión, otros entornan ligeramente en leve molestia.

Veo a Danae. Su cara es invariable, una máscara de perfecta estoicismo. Ella se sienta inmóvil, compuesta, como si el resultado de este intercambio nunca hubiera estado en cuestión.

Finalmente, uno de los asociados carraspea. "Reanudaremos y regresaremos con una oferta mejorada," dice, su voz llevando una nota de resignación, los hombros encogidos ligeramente.

Danae sonríe, su expresión fría y confiada. "Eso será estupendo," dice, su tono tan pulido como su apariencia.

Al salir de la sala de juntas, no puedo dejar de repetir la forma en que se manejó. Su compostura, su habilidad para los negocios, es emocionante. Más emocionante de lo que quiero admitir.

Nos acercamos al coche y carraspeo, intentando ignorar la extraña emoción que me recorre. "Eso estuvo bien," digo a regañadientes. "Usted hizo un buen trabajo allí. Me impresionó."
Ella se vuelve hacia mí y, por un momento fugaz, veo gratitud en sus ojos. Pero luego se burla, sus rasgos relajándose en esa irritante calma de ella. "Por supuesto, hice un buen trabajo. ¿Pensaste que no sabía lo que estaba haciendo?"
¿Por qué la respuesta de ella es tan malditamente atractiva? Eso es lo que obtengo al elogiarla," digo, intentando mantener mi voz lo más pareja posible.
Ella se ríe irónicamente. "Ah, así que sí sabes cómo dar elogios."
"Bueno, quizás daré más elogios si me impresionas más a menudo," digo, mordiendo.
Ella sacude la cabeza, compuesta como siempre. "No sabrías lo qué es impresionante aunque te golpeara en la cara."
Ella me está volviendo loco...
"¿Por qué no puedes simplemente aceptar el elogio como una persona normal?" le espeto, mi frustración se desliza en mi tono.
"Quizás porque no fue un elogio," replica ella, sus palabras afiladas. "Fue una afirmación de hecho."
"Una afirmación de hecho?" repito, mi voz elevándose con una mezcla de molestia y diversión. ¿Has hecho algo como esto antes?"
"¡Ah! Ahí está," dice, su ritmo acelerándose mientras camina hacia el coche. "No pensaste que podría hacerlo, ¿verdad?"
"Eso no es lo que estoy diciendo," gimo, echando mis manos hacia arriba en exasperación.
"Oh, realmente? Porque suena exactamente como si eso es lo que quisiste decir."

—¿Al decirte que lo hiciste bien allí? —le respondo, moviendo la cabeza. —Wow. Quizás necesites trabajar en esas habilidades de comprensión.
Al llegar al coche, suspira y dice: —Eres un verdadero puñado serio estar cerca de ti.
No puedo evitarlo en este momento. —No parecía que fuera así cuando estuviste conmigo en la cueva.
Sus mejillas se enrojecen profundamente y tengo que contener la risa. Pero luego me sorprende de nuevo.
—Mira —dice, su voz firme a pesar del rubor que tiene en las mejillas—. No voy a dejarme controlar de manera irracional por tus feromonas y esta alocada atracción que siento por ti. Solo porque creo que eres increíblemente atractivo no significa que voy a fingir que no eres un imbécil y que no odio todo sobre tu comportamiento.
Sus palabras me golpean en el mejor sentido posible. Cierra la puerta del coche con fuerza, dejándome allí, atónito.
¿Por qué me encanta cuando me habla así?
Cuando finalmente me deslizo en el asiento del conductor, el silencio es ensordecedor. Está sentada con los brazos cruzados, mirando por la ventana, y solo puedo pensar en lo que acaba de decir.
Estoy perdiendo la cabeza aquí. No puedo evitarlo. La deseo.
Su voz corta mis pensamientos mientras conduzco. —Quiero ver más de la ciudad antes de volver.
Mi corazón late fuerte. Necesito espacio. Necesito alejarme de ella antes de hacer algo imprudente. Muevo la cabeza, manteniendo mi tono tan frío como puedo. —Te llevaré a casa. Joseph o Adriel pueden mostrarte la ciudad.

Pero incluso mientras lo digo, sé la verdad. Maldición. Me estoy enamorando de ella muy mal. Necesito aclarar mi cabeza.
El coche vuelve a quedar en silencio, la atmósfera espesa y sofocante. Me fuerzo a no mirarla, intentando enfocarme en la carretera, pero solo puedo pensar en ella. Su fuego, su desafío, su belleza, todo me está volviendo loco. Y lo peor de todo es que no quiero que pare.

Capítulo Diecinueve

Adriel

La finca entera está particularmente tranquila hoy mientras paseo por sus exuberantes jardines, el aire fresco rozando mi piel. Es un momento de paz, algo raro para alguien como yo, que suele saltar de un set de películas taquilleras a otro. Pero mi soledad no dura mucho. El coche de Silas rugiendo al cruzar los portones, su sonido reverberando por todo el terreno.

Me giro hacia el ruido, mi curiosidad despertada. Mientras el coche se detiene, me acerco con paso tranquilo, mi rostro adoptando una sonrisa relajada. Silas sale del asiento del conductor, e inmediatamente, sé que algo no está bien. Su usual calma, su actitud impasible, está ausente. En su lugar, parece... tenso, distraído, casi nervioso.

—¿Todo bien? —pregunto, aunque ya puedo ver que no lo está.

Silas no responde de inmediato. Camina hacia mí con determinación, extendiendo las llaves delhe. —Ella quiere ver la ciudad —dice bruscamente—. Necesito aclarar mi mente.

Y así, sin más, pasa de largo junto a mí, alejándose sin siquiera mirar atrás.

Lo observo ir. Verlo así es un poco desconcertante, pero en ese momento, las piezas comienzan a encajar en mi mente. Danae. Solo ella podría estar haciéndole esto. Sacudo la cabeza, una sonrisa de complicidad formándose en mi rostro. Está en negación. Le está costando adaptarse al hecho de que se está enamorando.

Vuelvo mi atención al coche, llegando a él en unos pocos pasos rápidos. Abro la puerta del conductor y me deslizo en el asiento.

Danae está sentada allí, su expresión una mezcla de curiosidad y leve fastidio. Su cabello rojo enmarca su rostro de manera hermosa, y no puedo evitar esbozar una amplia sonrisa mientras tomo el volante.

—Bueno, señorita —digo, mi tono juguetón—, parece que me han encargado mostrarte todas las maravillas que Howls Peak tiene para ofrecer. Créeme cuando te digo... tienes al mejor guía turístico de la ciudad.

Ella arquea una ceja, pero luego sus labios se curvan y sonríe, una expresión genuina que ilumina todo su rostro. Es una reacción que me llena de una extraña sensación de alegría.

—¿Siempre hablas como un caballero de alguna novela medieval? —bromea.

—Solo cuando la ocasión lo requiere —respondo, guiñándole un ojo mientras enciendo el motor y nos alejamos de la finca.

La ciudad está llena de actividad, pero conduzco hacia uno de mis lugares favoritos: un pequeño y acogedor diner escondido en el corazón de Howls Peak. El aroma de carne asada y especias flota en el aire al entrar.

—¿Qué es este lugar? —pregunta Danae, mirando alrededor con interés.

—La mejor comida local que encontrarás en cualquier lado —digo, guiándola hacia una mesa—. Estás a punto de experimentar la magia de la barbacoa de Howls Peak.

Cuando llega la comida, observo cómo da su primer bocado al bistec a la barbacoa. Sus ojos se abren de par en par, llenos de deleite, y deja escapar un pequeño sonido involuntario de aprobación.

—¡Esto es increíble! —exclama, mirándome como si le hubiera presentado un tesoro escondido.
Me río. —Te lo dije. Esto era uno de mis placeres favoritos de niño. Después de la cena, la llevo a un parque que tiene estatuas de algunas de las figuras más destacadas de Howls Peak. Caminamos por los senderos de adoquines, y me detengo frente a una estatua que tiene un significado personal para mí.
—Este es mi tatarabuelo —digo, señalando la figura de piedra—. Luchó en la Gran Guerra hace más de un siglo y jugó un papel crucial para asegurar la supervivencia de esta ciudad durante sus momentos más difíciles.
Danae inclina la cabeza, estudiando la estatua con una mirada de asombro. —Eso es increíble. Tu familia tiene una historia tan rica.
Su apreciación me trae una alegría inesperada. Es raro que alguien fuera de la familia Jorg comprenda realmente lo que significa este legado.
Pasamos unos minutos más en el parque. Pero mi anticipación ya está creciendo por el siguiente lugar. El lugar que realmente quiero mostrarle.
Finalmente, la llevo al lugar que más he deseado compartir: un pequeño parque apartado en las afueras de la ciudad. Al salir del coche, Danae mira a su alrededor, curiosa.
—¿Qué hay aquí? —pregunta, siguiéndome.
Me llevo un dedo a los labios. —No arruinemos la sorpresa.
La guío hacia un columpio, donde me agacho y aparto algunos escombros para revelar una trampilla escondida. Con un rápido tirón, abro la entrada a un túnel secreto.

—Esto —digo, señalando el túnel— es parte de la historia de Howls Peak. Hace siglos, durante la Gran Guerra entre humanos y hombres lobo, mis ancestros usaron este túnel para esconderse de los ataques humanos. Lleva años abandonado, principalmente porque ahora los humanos no creen que los hombres lobo existan. Nadie caza lo que no cree que existe. Pero era uno de mis lugares favoritos cuando era adolescente. Mi escape favorito.
Los ojos de Danae se abren, es tan adorable. Parece una niña a la que le están contando un cuento folclórico. —Eso es increíble. Y un poco escalofriante —dice.
—A mí me gusta. Hace un par de años, compré el terreno —digo, mirando de nuevo el túnel—... y lo convertí en mi propio paraíso personal. Vamos, no puedo esperar para mostrártelo.
Empiezo a desabotonarme la camisa, y su ceja se eleva ligeramente, un destello de curiosidad cruza su rostro. —¿Qué estás haciendo? —pregunta, con un tono entre divertido e intrigado.
No puedo evitar soltar una risa baja. —Vamos a necesitar estar en nuestra forma de lobo para atravesar ese túnel. No cabremos en forma humana.
Sus ojos se quedan en mí un momento más, con algo juguetón en ellos, y siento un torrente de travesura asentarse en mi pecho. —Está bien, Princesa. Me daré la vuelta —digo con un tono de burla en mi voz.
—No mires —responde con una sonrisa burlona.
Me río, sacudo la cabeza y me doy la vuelta hacia ella. Mientras me quito la ropa, la doblo cuidadosamente junto a la entrada del túnel, asegurándome de que todo esté bien guardado. La escucho hacer lo

mismo, el suave crujido de la tela indica que ella está siguiendo mi ejemplo.
Me transformo de inmediato, pasando sin esfuerzo a mi forma de lobo. Danae duda por un breve momento antes de transformarse también. Avanzamos por el estrecho túnel.
No tardamos mucho en llegar al otro lado, y me transformo de nuevo al instante, ella sigue mi ejemplo.
Definitivamente hay muchas cosas que notar en este lugar, sobre todo el manantial de aguas termales que fluye aquí y todos los accesorios que he colocado a lo largo de los años, pero lo que más me llama la atención en cuanto recupero la compostura es ella.
Está desnuda.
La visión es algo que no puedo comparar con nada. Estoy tan absorto en ella que ni siquiera presto atención a mi propia desnudez.
Su cuerpo parece haber sido creado específicamente para probar mi autocontrol, un autocontrol que ahora se desvanece rápidamente.
Su cabello rojo cae sobre sus esbeltos hombros, enmarcando su rostro de manera aún más hermosa. Es como si la ropa hubiera impedido apreciar lo perfecto que es.
Sus ojos verdes brillan como joyas, y sus mejillas se tiñen de un suave rosa.
Sus delicados brazos descansan sueltos sobre sus caderas anchas.
Sus curvas son como migas de pan para mis ojos, guiándolos hasta que caen sobre el pequeño y bien cuidado vello justo encima de su centro.
Sus senos son inmaculados. Gruesos, llenos, pero con una firmeza que los hace perfectos. Sus areolas rodean perfectamente sus

pezones rosados y puntiagudos de una manera que casi me hace salivar.
Trago con dificultad.
—Por la luna, Diosa, definitivamente no fuiste hecha para llevar ropa —las palabras salen de mí como si estuviera hechizado.
Sus mejillas se encienden de un rojo intenso y cruza los brazos sobre su pecho. —¿Tienes ropa aquí?
Yo sonrío con malicia. —Desafortunadamente, no. Pero nos las arreglaremos.
Ella resopla, una especie de resignación cruza su rostro y amenaza con excitarme. Pero entonces su expresión cambia mientras observa su entorno por primera vez.
La veo mirar hacia el manantial de aguas termales, que brilla bajo la luz tenue. Luego hacia la bodega de vinos, el refrigerador e incluso el proyector.
—Te lo dije. Lo convertí en mi propio paraíso personal —digo, incapaz de ocultar el orgullo en mi voz.
Me dirijo hacia la bodega, recojo un poco de vino y tomo algunos bocadillos de la nevera. —Venir aquí a ver películas siempre es una de mis cosas favoritas —digo.
—¡Oh, eso es perfecto! —comienza ella, con la voz llena de emoción —. Me encantaría ver una de tus películas.
Sus palabras me toman por sorpresa. Trago con fuerza, sintiendo un destello de nerviosismo recorriéndome. La actuación siempre ha sido mi pasión, pero nadie en mi familia se lo toma en serio. Ninguno de ellos ha visto mis películas, y la idea de compartir esta parte de mí con ella me hace sentir extrañamente vulnerable.

Aun así, asiento. —De acuerdo —digo, manteniendo la voz firme—. Hagámoslo.

Pongo una de mis actuaciones favoritas en el proyector y la llevo al manantial, sirviéndole una copa de vino mientras la película comienza.

Mientras la película transcurre, no puedo evitar lanzar miradas furtivas a Danae, buscando alguna pista de su reacción. Mi corazón late más rápido con cada escena, con cada línea.

¿Y si no le gusta? ¿Y si piensa que soy un chiste?

Cuando los créditos aparecen, ella se vuelve hacia mí, sus ojos brillando. —Adriel —dice, con la voz llena de asombro—, esto fue brillante. Eres increíble. Eres un actor increíble.

Me río, aunque suena más callado de lo que pretendía, casi tímido, lo cual no es para nada como yo. Eso solo la hace insistir.

—El personaje —dice, inclinándose más cerca, su emoción desbordándose—. Era como si te transformaras por completo. Estabas tan vulnerable, especialmente en esas escenas de llanto. Y ese acento... Madre mía, tienes que enseñarme cómo hacerlo. Fue impecable.

Sus palabras. Escucharlas, ver cómo su rostro se ilumina, toca algo profundamente dentro de mí. Alivio. Gratitud. Algo más. Es una mezcla extraña de emociones, todas enredadas, como ese sentimiento que no sabías que te faltaba hasta que te golpea. Nunca he tenido a nadie que me importe hablar de mi trabajo de esta manera. Nunca alguien me ha mirado así.

Ella inclina la cabeza, captando la expresión pensativa en mi rostro. Su voz se suaviza, un empujón gentil en la quietud. —¿Estás bien?

Respire hondo. —Es que, desde que era niño, mis padres querían que siguiera los pasos de Silas, que formara parte del negocio familiar. Pero la actuación siempre ha sido mi sueño. Mi pasión. Y ninguno de ellos lo ha tomado en serio. Ninguno de ellos ha visto siquiera mis películas. Así que escucharte decir que soy bueno... significa más de lo que puedo expresar con palabras.

Ella se acerca más, su mano encontrando la mía bajo el agua. —Eres un actor increíble —dice suavemente—. Y es tan inspirador que hayas seguido tus sueños, incluso cuando no fue fácil.

Escucharla decir eso, en la forma en que lo dice, me calienta más de lo que el agua del manantial jamás podría. Mis dedos aprietan el espacio entre los suyos con más fuerza.

Lo suficiente como para que ella me mire, y yo también la miro a ella. Nuestras miradas parecen quedar atrapadas la una en la otra.

—Danae —digo con un suspiro, sintiéndome atraer hacia ella aún más.

—Adriel —responde con la voz más suave que he escuchado. Puedo sentir cómo mi pulso se acelera bajo el agua. La atracción hacia ella es casi incontrolable ahora.

Me inclino lentamente, sin apartar la mirada del hechizo que sus ojos verdes han lanzado sobre mí.

—Adriel —vuelve a llamarme. Su voz es dulce, vacilante.

Pero no se aleja. Mis labios rozan los suyos con delicadeza. Toma su labio inferior lentamente.

Pero entonces se aparta de repente, su rostro se ruboriza incluso mientras intenta contenerse. Sus hermosos ojos verdes permanecen en mí, y puedo ver la lucha interna que libra. Quizás está librando la

misma batalla que yo, una batalla que ya he perdido, la batalla contra esta necesidad de ella.
—¿Esto...? ¿Deberíamos...? —intenta hablar, pero mi deseo es demasiado grande.
—Danae, te necesito —digo, con la voz ronca por el deseo.
La beso de nuevo, y esta vez no hay retroceso. Su mano se desliza hacia mi nuca, empujando mis labios con más fuerza contra los suyos.
Muevo mi mano hacia la fuente termal, y se desliza sin esfuerzo hacia otra fuente caliente, la suya. Aquella en la que he querido sumergirme desde el momento en que la vi.
Muevo mis dedos alrededor de su entrada, y ella gime en mi boca. Verla así es tan emocionante, y quiero ver más. Introduzco mi dedo en ella, y ella separa sus labios del beso, dejando escapar un suave gemido.
—Oh, diablos.
Muevo mis labios hacia su oído, susurrando mientras la dedeo: —¿Tienes idea de cuánto tiempo he querido hacer esto?
Ella muerde su labio inferior cuando vuelvo a mirarla, y esa imagen me enciende aún más.
Saco mi dedo de ella, llevándolo a mi boca y probando cada gota de su néctar que la fuente no ha lavado de mi mano.
Pero no es suficiente, ni de lejos suficiente para saciar el hambre que me consume en este momento. Necesito saborearla, devorarla.
Su rostro sigue enrojecido por la anticipación, pero se dibuja una leve confusión cuando comienzo a inhalar lentamente, llenando mis pulmones.

Le guiño un ojo antes de sumergirme en la fuente, completamente bajo el agua y ahora atrapado entre sus muslos.
El manjar que busco está tan caliente como esta fuente, y la acaricio suavemente con mi lengua. No tardo en dejarme llevar por la desesperación, y la lamo, sujetando sus caderas firmemente en su lugar.
Puedo sentirla temblar, su cuerpo reaccionando a las sensaciones que le provoco, y eso me emociona, incitándome a hacer más.
Introduzco mi lengua en su coño, sintiendo sus paredes tiernas.
Me falta el aliento, pero no me detengo. Dejo que la necesidad por ella me consuma por completo. Ella es la única fuente de aire que tengo ahora mientras mi boca se mueve frenéticamente, saboreando sus jugos.
Estoy pegado a ella ahora. Mi boca se aferra a su núcleo como una sanguijuela desesperada a su presa. La succiono como si fuera lo único que me mantiene con vida, sus dulces jugos el único líquido que pruebo, el único aire que respiro.
Mi nariz roza su palpitante clítoris carnoso, y siento que se me eriza la piel al escuchar sus gemidos ahogados, incluso estando sumergido en el manantial.
Ella se estremece en mis brazos, su cuerpo estalla en un temblor febril, y yo salgo a la superficie para tomar aire. Los gemidos que salen de sus labios chocan en mis oídos al elevar la cabeza sobre el agua, y la visión de ella, completamente envuelta en placer, me hace sentir como si acabara de ganar un premio.
—Adriel —dice, su voz sale entrecortada, enviando anticipación a través de mí.

Ella se mueve ahora, empujándose sobre mí y envolviendo sus piernas alrededor de mi cuerpo.
No dudo. Danae tiene una forma de destrozar mi paciencia y compostura. Me clavo en ella, la sensación hace que ambos gemimos con fuerza.
Mi mano encuentra su trasero, y lo agarro, acercándola aún más a mí mientras la penetro.
Su cabello vuela hacia atrás mientras su cabeza se mueve en un frenesí, y la emoción que me provoca es intensa. Ella siempre es tan serena. Verla así me lleva al límite de mi cordura.
—¡Esto es una locura! Tu polla se siente tan bien dentro de mí. — dice, sus ojos vidriosos al mirarme.
—Nunca quiero parar, Danae. —Mi voz es ronca, casi irreconocible incluso para mí— No quiero dejar de follarte nunca.
Ella se muerde el labio de nuevo, y eso me vuelve loco. Empujo más fuerte, más rápido. Ella me responde con la misma intensidad, lanzando sus caderas hacia mí como si estuviera poseída por el mismo espíritu de lujuria que me consume. Su cuerpo tiembla, acercándose cada vez más a un placer casi demoledor.

Capítulo Veinte

Joseph

Los jardines de la finca están en silencio, salvo por el débil susurro de las hojas en la brisa matutina temprana. Mis patas presionan la tierra húmeda mientras doy otra carrera, el aire fresco golpea mi pelaje. El mundo está en silencio, bañado en la suave luz plateada de la luna. Son las 4 am. Sólo yo, la noche y la interminable extensión de tierra que rodea la finca.

Sin embargo, una vez más, esa sensación se cuela.

Me están observando.

Me detengo en seco, mis orejas se ponen erectas, escaneando las sombras. Mi mirada se dirige hacia la terraza donde he sentido su presencia antes, pero esta vez está vacía. Bajo la cabeza, escaneando los jardines, y allí está...parada no muy lejos de mí. Danae.

Es una visión, su camisón nocturno se adhiere a ella en la tenue luz de la luna. Incluso desde aquí, puedo ver el suave movimiento de su pelo en el viento y la manera en que sus brazos se envuelven alrededor de sí misma para calentarse. Nodice una palabra, simplemente me mira.

Mi respiración se corta, y durante un momento, estoy paralizado. Pero el instinto se apodera de mí, y me acerco al árbol donde he escondido mi ropa. Me transformo de nuevo en un humano, la transformación es fluida y familiar. Me visto con rapidez, corriendo la mano por mi cabello para compostarme.

Cuando salgo a la vista, sus ojos se encuentran con los míos, y algo se mueve en mí. Esa misma atracción familiar. Ese mismo dolor que

he estado luchando desde el momento en que la conocí.
"¿No podías dormir?" pregunto, mi voz es estable a pesar de la tormenta dentro de mí.
Ella niega con la cabeza, una pequeña sonrisa cansada juguetea en sus labios. "Tenía mucho en la mente. Pensé que saldría a tomar un poco de aire. Tal vez incluso unirme a ti."
Levanto una ceja. "¿Unirte a mí? ¿En una carrera?"
Ella se encoge de hombros, el movimiento es tan casual, tan suyo. "¿Por qué no?"
Doy un paso hacia ella, tragando el calor que sube por mi pecho. "¿Quieres hablar sobre lo que tienes en la mente?"
Ella exhala lentamente, sus ojos se suavizan. "Siempre eres tan fácil de conversar, Joseph."
Las palabras causan una sensación de alegría que se despliega dentro de mí. Me gusta que pueda confiar en mí. Pero hay una pesadez en su voz, algo vulnerable. Hago un gesto hacia un banco cercano, y nos sentamos, el silencio entre nosotros se extiende durante un momento antes de que ella hable de nuevo.
"Las cosas han sido complicadas con Silas y Adriel," dice, su voz apenas audible. "Estoy atrapada en todos estos fuertes sentimientos, y no sé cómo manejarlo."
Asiento, manteniendo mi expresión en blanco, pero las palabras me cortan de todos modos. No hay duda de que las cosas han cambiado de manera física entre ella y Silas, como con Adriel. Está escrito en la forma en que los mira. Y no puedo sacudirme la sensación de que estoy en el exterior, perdiéndome algo que nunca podré ser parte. Aprieto los puños, la tensión de la contención es familiar ahora.

He estado conteniéndome tanto. Pero cada vez que la veo, solo se vuelve más difícil.
Ella continúa, su tono se vuelve más suave. "Creo que finalmente estoy empezando a establecerme. Conocí más de la ciudad con Adriel, y es un lugar tan hermoso. Está creciendo en mí. Pero..." Ella vacila, sus manos juguetean en su regazo.
"¿Pero qué?" pregunto, inclinándome ligeramente hacia adelante.
Ella suspira. "Simplemente me siento nerviosa. Como si algo fuera a suceder, y todo se vendría abajo. Así es como las cosas suelen ser conmigo. Todavía no tengo ni idea de lo que Adriel ve en mí. Y Silas..." Ella muerde el labio, su voz tiembla ligeramente. "A veces siento que si no fuéramos una pareja perfecta, él ya habría cancelado esto hace tiempo."
Sus palabras envían una oleada de ira a través de mí, caliente y envolvente.
¿Cómo no puede verlo? ¿Cómo alguien tan elegante, tan perfecta, puede ser tan insegura de sí misma?
"Eres mucho más de lo que crees," quiero gritar.
Pero no lo hago. Todavía no.
Ella mira hacia abajo, sus dedos retuercen la tela de su vestido. "No lo sé. Sé lo que soy. Y honestamente, me preocupa que Adriel y Silas todavía no hayan entendido esto. Y cuando lo hagan, será la historia de siempre de rechazo para mí."
Ya no puedo contenerlo más. Las palabras estallan de mí, mi voz es más aguda de lo que pretendí. "Danae...detente. Deja de hablar de ti misma de esa manera."
Ella mira hacia arriba, sorprendida, sus ojos muy abiertos.

Me pongo de pie, paseando frente a ella, la ira y la frustración se desbordan en oleadas. "Eres hermosa. Por el amor de Dios, eres tan hermosa. La forma en que te llevas a ti misma...es majestuosa. Como una reina en todos los sentidos de la palabra." Mi respiración se corta, mi voz tiembla mientras lucho por estabilizarme.
"Pero no es solo eso," sigo, mi frustración sangrando en cada palabra. "Eres valiente. Eres capaz. Viniste a nuestra ciudad, Danae. Enfrentaste cada duda que la gente te arrojó, y luego subiste esa montaña y completaste el ritual. Un solo intento, y lo lograste. ¿Tienes idea de cuántos Omegas de aquí no podrían hacer lo mismo? Pero tú, lo hiciste parecer fácil. Esa es la persona que eres."
Me detengo y me vuelvo para enfrentarla completamente, la intensidad en mi voz aumenta. "Debes empezar a verlo. Realmente verlo, cuán asombrosa eres. Ese es el motivo por el que Adriel te quiere. Ese es el motivo por el que Silas te quiere. Y no tienes idea."
Me detengo, mi garganta se estrecha, pero las palabras llegan de todos modos. "No tienes idea de cuán deseable eres. Te deseo tanto que duele."
El silencio que sigue es ensordecedor. Puedo sentir sus ojos sobre mí, su sorpresa es palpable. Mi respiración es pesada, mi pecho sube y baja mientras luchó por recuperar el control.
Me doy la vuelta, corriendo la mano por mi cabeza. "Deberías dormir un poco más," digo, mi voz ahora más suave, más estable. "Te llevaré de regreso a tu habitación."
El camino de regreso es tenso. El aire entre nosotros se siente como si estuviera constriñendo mis pulmones. Mi mente es un torbellino de emociones. Alivio de haber dicho finalmente lo que he estado

conteniendo y vergüenza de que todo haya salido tan crudo, tan sin filtro.
Cuando llegamos a su puerta, ella se detiene, su mano descansa sobre el marco. Me doy la vuelta para irme, pero su voz me detiene. "Joseph..."
Me quedo congelado, dándome la vuelta para enfrentarla.
Ella se acerca, sus ojos buscando los míos. "¿Realmente querías decir todo lo que dijiste?"
Mantengo su mirada, la intensidad del momento presionando hacia abajo sobre mí. "Con cada fibra de mi ser," respondo, mi voz inmutable.
Ella no se mueve durante un momento, su expresión es inescrutable. Luego, suavemente, dice, "Muéstramelo."
Mis ojos se abren tanto que parece que podrían caerse de sus órbitas. Mi corazón se detiene por un momento, dejándome congelado mientras sus palabras me golpean como un huracán, sacudiendo todo dentro de mí y sumiéndome en el caos. Me quedo allí, mirándola fijamente.
—Joseph... Su voz me devuelve la vida, suave y estable, anclándome de una manera en que no estaba preparado. Esos ojos, sus ojos perfectamente verdes, expresan una mirada que solo puedo describir como nostalgia, cruda y convincente.
Mi mente se desborda. La he deseado desde el mismo momento en que la vi por primera vez. Pero ahora, con ella de pie aquí diciendo esto, no sé qué hacer. Ni siquiera sé si lo dice en serio, si realmente lo dice en serio.
—¿Estás segura? La pregunta brota de mí en un tartamudeo ronco, cada palabra raspando contra mi garganta.

Ella sacude la cabeza lentamente, su mirada fija en la mía. —No sé qué es estar segura, Joseph —dice, su voz suave pero tan firme que es casi una confesión—. Todo lo que sé es... me siento segura cuando estoy cerca de ti. Desde el momento en que nos conocimos. Y no puedo negar esta atracción que siento cuando estoy cerca de ti. Todo lo que me decías, puedo decirte lo mismo de ti.

Mis pies se mueven antes de que haya tomado cualquier decisión para acortar la distancia. El mundo se desenfoca cuando doy un paso hacia ella, tan cerca ahora que puedo sentir el calor de su aliento contra mi piel.

Me detengo. Solo me quedo allí, paralizado por la tormenta dentro de mí. Cada parte de mí la desea, la necesita, pero tenerla tan cerca me sumerge en una niebla que no puedo sacudir.

Su voz cae a un susurro, apenas más alta que el aliento que exhala. —¿Me vas a besar, Joseph?

Las palabras encienden algo profundo dentro de mí. No pienso. No vacilo. Cierro el espacio entre nosotros, y cuando mis labios se encuentran con los suyos, el resto del mundo desaparece. El beso es eléctrico, todo el deseo derramándose en un momento incontrolable. Cierro la puerta detrás de nosotros, el sonido resonando en el silencioso pasillo.

Ahora nada más importa. Solo ella. Solo nosotros.

Solo este momento que no he dejado de pensar y desear desde el mismo segundo que la vi bajar de ese avión.

Su lengua explora mi boca, buscando. Y mi polla se endurece instantáneamente. Esta vez no lo contengo, no tengo que hacerlo. Ella también ha estado pensando en esto.

Está en la forma en que me besa, en la forma en que envía su lengua a mi boca, en la forma en que sus manos se aferran a mi cabeza. Es tan necesaria, tan llena de deseo.
Mis manos recorren su vestido. Se desliza fácilmente y enseguida, y luego me alejo del beso. Quiero mirarla. Quiero beberme la visión.
Y joder... qué visión es.
Su cuerpo parece esculpido pulgada a pulgada por la diosa de la luna. Sus caderas se curvan hacia afuera, igualando sus gruesos muslos a la perfección.
Se mantienen apretados entre sí por lo gruesos que son, enmarcando su centro de una forma tan locamente tentadora imaginable.
Sus mejillas están rosadas, sus labios brillan con la mezcla de nuestro beso apasionado, su respiración hace que su pecho suba y baje de una manera que me llama.
Sus tetas son absolutamente perfectas. Llenas y rosadas en la nipple. Avanzo lentamente, sosteniéndola quieta mientras coloco mi mano alrededor de su cuello y doy un suave toquecito con la lengua en su pezón.
Si su respiración era pesada antes, toma aún más peso ahora. Cada toque de mi lengua parece hacer que aspire el aire con más rapidez y dureza.
Sus manos se apresuran, empujando mi cabeza, intentando hacerme aumentar el ritmo.
Ah no, tú no. Voy a saborear esto.
La alzo del suelo en un solo movimiento ágil, sosteniéndola en mis brazos. Su aliento me acaricia el pecho mientras la llevo y la acuesto

en la cama. Me mira, casi con expectación, cuando la acuesto, pero me doy media vuelta y me alejo hacia las cortinas.
—Joseph. —Llama mi nombre con un tartamudeo.
No respondo. No puedo pensar en decir nada ahora. Todo lo que puedo pensar es en este deseo insaciable de verla atada, verla encadenada.
Saco los lazos de la cortina, acercándome a ella en unos pocos pasos una vez que tengo todo lo que necesito. Su rostro está bañado en curiosidad y necesidad.
—Quiero ver cómo te ves cuando estás atada, nena —digo, y mi voz sale más profunda de lo que nunca la he escuchado.
Escarbo sus límites, brazos y piernas extendidos y la ato a los bordes de la cama. —¿Has hecho esto antes? —pregunta apenas termino el último nudo, una cautelosa emoción en su tono. Solo le ofrezco una sonrisa, retrocediendo para admirar mi obra.
La visión de ella así... es emocionante. Aquí yace esta mujer que camina con tanta seguridad, tanto control. Y ahora la tengo aquí, atada, encadenada para que haga con ella lo que quiera.
Me inclino, plantando mi cara entre sus muslos. Coloco mi lengua en uno, sintiendo que se estremece cuando lamo sus muslos interiores todo el camino hasta su ingle.
Puedo ver su coño pulsando, saltando, llamándome. Pero aún no. Quiero saborear cada minuto de esto.
—Joseph. Por favor —su voz se quiebra, casi desesperadamente.
Pero no lo hace con la desesperación suficiente para mí. Todavía no. Sigo lamiendo sus muslos, lamiendo el interior de su ingle, flotando justo sobre su coño.
—Joseph, te necesito. Por favor —dice.

—Pídela.
—Te lo estoy pidiendo, Joseph. Por favor...
Eso es todo lo que necesito.
Comienzo lentamente, plantando un suave beso en su clítoris que ahora está tan hinchado que parece que va a explotar. Su fluido se adhiere a mis labios cuando me alejo, y hace que mi polla duelan con más dureza.
Y entonces me sumerjo.
Su coño está tan húmedo, su líquido se derrama en mi boca al instante. Escucho sus manos que se debaten contra las ataduras improvisadas, tratando de agarrar algo. Pero no puede. Está sujeto muy fuerte.
Hago que mi lengua vibre en su clítoris necesitado, hinchado. Introduzco mi lengua en su coño, enrollándolo en el interior, frotando mi lengua contra la pared de las paredes.
—Oh, joder. Joseph. Joder.
Me doy cuenta de que se tensa. Sé lo que eso significa, y justo entonces, me detengo, levantando mis ojos para mirarla.
Está respirando como si acabara de correr un maratón, pero sus ojos brillan con desesperación. Su forma entera se retuerce y se contorsiona contra las ataduras mientras se balancea en el borde del éxtasis.
—Por favor. Por favor —dice.
Dejo que el momento hierva, disfrutando de cada parte de verla reducida a este nivel de necesidad. De alguna manera siento que es una forma de compensación por hacerme desearla tanto.
Me sumerjo de nuevo, llevándola al límite con mi lengua. Se tensa de nuevo, y justo antes de explotar, me detengo una vez más.

Esta vez hay lágrimas en sus ojos.
Bueno.
—Josef, necesito esto. Necesito esto ahora. Por favor—.
—¿Quieres que te haga correr?—
—Sí. Sí—, dice, asintiendo frenéticamente.
—Entonces pídeme.
Las lágrimas ya corren. —Por favor, hazme correr, Josef. Necesito que me hagas correr ahora—.
Bueno.
Me inclino sobre ella una vez más y beso su coño. Pero no va a correr con mi lengua, eso es para llevarla al límite. La empujaré desde el filo del éxtasis con mi polla.
La libero de mis pantalones y la coloco justo en su entrada. Y justo entonces, me doy cuenta.
Sus feromonas.
Las está liberando sin control. Su rostro se ve mucho más enrojecido ahora. El efecto es intoxicante, y estoy perdiendo la compostura que tengo, perdiendo mi capacidad para jugar.
—Creo que mi calor está empezando. No debería ser por otros dos semanas. Pero tal vez conocer a mi pareja perfecta ha hecho que comience a...
Probablemente tenga razón. Dado que ha estado expuesta a las feromonas de Silas recientemente, tiene sentido. Encontrar a una pareja perfecta puede hacer que el calor de una Omega venga antes de lo que debería.
La mirada en su rostro y sus feromonas tienen un efecto diferente al de señalar el comienzo de su calor...
...el efecto de despojarme de mis sentidos.

La penetro rabiosamente, mi polla dura deslizándose en su coño con la mayor facilidad. No puedo pensar, no puedo comprender. Solo quiero estar con ella, desmontarla aquí mientras está atada en esta cama.
La follo como un hombre poseído porque, en este momento, eso es todo lo que soy, todo lo que me ha convertido en ella.
La habitación se llena con los sonidos de su coño húmedo atrapando cada golpe que doy. El sonido en sí es suficiente para llevarme a mi límite.
Pero no solo es eso. La voz dulce de Danae resuena por la habitación. Sus gemidos me impulsan, llevándome cada vez más cerca de mi cima.
Es hermosa de esta manera. Sus senos hermosos y llenos se balancean y se bambolean con cada empujón. Sus brazos luchan desesperadamente con las ataduras, sus ojos envueltos en necesidad mientras sus piernas se extienden ampliamente, acogiéndome con cada movimiento de mis caderas.
—He querido esto durante mucho tiempo—. Mi voz es un gemido ronco.
Danae muerde su labio inferior, sus ojos verdes brillando mientras asiente con la cabeza, su voz jadeante. —Lo mismo.
Combustible para mi fuego de follaje.
Mi polla golpea con todo lo que tengo. Quiero ser uno con ella. Quiero vivir dentro de ella.
—Quiero sentirme así para siempre—, digo. Y lo digo en serio. No puedo prescindir de esto, de ella. Necesito esto por el resto de mi vida.

Sus labios se mueven; puedo decir que va a hablar, y mis oídos están con anticipación.
Pero justo entonces, escucho que la puerta se abre.

Capítulo Veintiuno

Silas

Me revuelvo y tuerzo, las sábanas enredadas a mi alrededor como trampas, como si la cama misma quisiera retenerme de escapar de mis pensamientos. Por más que lo intento, no puedo sacudirme su imagen de la mente.

Danae. Su cara, esos ojos verdes inquisitivos, la suave curva de su forma, no me abandonan. Es desesperante.

El reloj parpadea las 4:30 a.m. Le lanzo una mirada fulminante como si fuera el culpable. Una noche entera malgastada, otra hora perdida en esta insoportable inquietud.

¿Por qué no puedo dejar de pensar en ella? ¿Por qué ella... esta Omega ocupa cada rincón de mi mente? He luchado contra esto con todo lo que tengo, pero parece como luchar contra un incendio forestal con un balde de agua. Cuanto más empujo, más brillan las llamas.

Mi pecho se tensa. "No...no puedo negarlo más", susurro a la oscuridad, las palabras saliendo de mí, crudas y desnudas. "Está ahí. Es real."

Me siento, la decisión tomada antes de que pueda cuestionarla. Tengo que hablar con ella. Tal vez si digo en voz alta, tal vez si la enfrento, pueda hacer sentido de estos sentimientos. Saco las piernas de la cama, mis movimientos silenciosos y cuidadosos. Lo último que necesito es despertar a alguien más.

Cierro la puerta suavemente detrás de mí y entro en el pasillo iluminado tenuemente. Mi pulso se acelera ligeramente a medida

que me acerco a su habitación, cada paso sintiéndose más pesado que el último. Pero entonces...
"Bueno, ¿quién se mueve como un ladrón en la noche?"
La voz casi me hace saltar. Me giro, mi pulso subiendo, solo para ver a Adriel recostado condescendientemente en el marco de la puerta de la cocina, una sonrisa juguetona en sus labios. Está sosteniendo un plato, probablemente un refrigerio que sacó del refrigerador, y sus ojos azules brillan con picardía.
"Adriel", digo, exhalando bruscamente. "¿Qué haces despierto?"
Se encoge de hombros, tomando un bocado de lo que hay en su plato. "Podrías preguntarme lo mismo, hermano." Mastica pensativamente, sus ojos moviéndose adelante, mirando en la dirección hacia la que yo estaba caminando. Puedo decir que él descubre que yo iba hacia la habitación de Danae porque se vuelve hacia mí y sonríe. "Es divertido cómo te estás moviendo sigilosamente en tu propia casa para llegar a la habitación de tu prometida."
Siento un rubor de vergüenza subir por mi cuello. "No estaba merodeando", murmuro.
"Seguro, seguro", me provoca, agitando su tenedor hacia mí. "Porque siempre te paseas por aquí como si fueras un fantasma. Reconoce la verdad, Silas... estás muy mal por ella."
"Adriel..."
"No, no, escucha", dice, poniendo su plato en el mostrador, su sonrisa desvaneciéndose en algo más serio. "¿No crees que es hora de dejar de fingir? Estás enamorándote de ella. Está escrito por toda tu cara. Demonios, ha sido obvio durante un tiempo ahora."

Sus palabras me golpean como un martillo, y por un momento, no puedo responder.
"Te has pasado tanto tiempo odiando a las Omegas", continúa, su tono más suave ahora. "Pero Danae no es cualquier Omega, ¿verdad? Es tu pareja perfecta, Silas. Tal vez es hora de dejar de luchar en su contra y dejar que sientas lo que ya sientes."
Asiento lentamente, la verdad asentándose pesadamente sobre mis hombros. Puedo sentir que Adriel me mira, y cuando lo miro, su sonrisa vuelve a aparecer. Sé que él quiere lo mejor, pero está disfrutando demasiado al verme tan atraído por ella. Y no soy el único que ella tiene en su lista aquí.
"¿Y tú, Adriel?" pregunto, un desafío filtrándose en mi voz. "No creo que yo sea el único con algo que aceptar aquí. Has estado huyendo de casa durante años. Y ahora, de repente, estás de vuelta. No parece que tengas prisa por irte. Me pregunto por qué."
Adriel se ríe, sus hombros sacudiendo mientras se inclina contra el mostrador. "Demonios, al menos yo no lo estoy negando. No estoy huyendo de lo que siento."
Bufeo. "No me sorprende. Siempre has sido así. Nunca capaz de comprometerte. Todos pensamos que nunca te establecerías." Mi tono se vuelve afilado. "Así que supongo que no es una sorpresa que no puedas encontrar a tu propia pareja y quieras compartir la mía."
Durante un momento, el aire entre nosotros está lleno de tensión. Como dos forajidos en un duelo mientras la cara de Adriel se vuelve dura.
Pero entonces estalla en risa, el sonido fuerte y sin cuidado. A pesar de mí mismo, siento que mis labios se curvan en una sonrisa.

Diablos. Hemos pasado mucho tiempo sin hacer esto.
Cuando éramos más jóvenes, siempre nos provocabámos de esta manera. Adriel era el rebelde, siempre huyendo para vivir con los humanos, mientras que yo me quedaba atrás, el hijo obediente. En ese entonces, siempre me burlaba de él sobre cómo nunca podría encontrar a su propia pareja y que eventualmente tendría que estar en una unidad familiar conmigo. En algún momento, nos distanciamos. Él está en la ciudad, y yo, sepultado en responsabilidades. Pero ahora, con esta broma, se siente como antiguamente.
La ironía no me pasa desapercibida. Pensar que Danae podría ser la razón por la cual mi hermano y yo volvemos a encontrar terreno común.
Me doy la vuelta hacia su puerta, mi resolución endureciéndose. Adriel me sigue, la curiosidad evidente en sus pasos. Pero al acercarnos, me congelo.
Un sonido. Faint pero inconfundible.
Mi estómago se desploma al escucharlo.
¿Son gemidos lo que escucho?
La voz de Danae, suave y jadeante. Pero no está sola.
Adriel se tensa a mi lado, su sonrisa desvaneciéndose. "¿Qué diablos?" murmura.
Entonces su olor me golpea, dulce y abrumador, llenando el aire como una droga. Mi cuerpo reacciona instantáneamente, una necesidad primitiva surgiendo en mí.
"¿Está en celo?" dice Adriel, su voz teñida con la misma urgencia que recorre mi cuerpo. Es claro que sus feromonas lo están golpeando con fuerza también.

La palabra me envía un escalofrío, recuerdos destellando como un relámpago. Un yo más joven, una Omega desesperada, un momento que dejó cicatrices que pensé que había enterrado.
No. Ella no...
El pensamiento de Danae, vulnerable y en celo, arrojándose a alguien al azar alimenta una oleada de ira que no puedo contener.
Sin pensar, empujo la puerta.
La escena ante mí me deja helado.
Danae está en la cama, sus muñecas atadas, su cuerpo retorciéndose. Y Joseph, mi mejor amigo, salta de la cama y permanece congelado mientras yo entro, sus ojos ensanchados por la sorpresa.
Silencio estira entre nosotros, grueso y asfixiante.
"Silas", susurra Danae, su voz temblando, sus ojos fijos en los míos.
Mi ira vacila, la confusión toma su lugar. Joseph? Algo sobre él hace que la rabia dentro de mí disminuya. Pero no puedo dejar de pensar si ella solo está haciendo esto en un frenesí incontrolado.
¿Acaso lo agarró solamente por el calor?
Las feromonas en la habitación crecen en intensidad, envolviéndome, atraéndome hacia ella. Siento que mi propio cuerpo responde, el vínculo entre nosotros, seguramente el atractivo de un emparejamiento perfecto, apretándose como una soga.
Adriel se coloca detrás de mí, su mirada recorriendo la escena. "Oh, joder", dice, su voz baja. "Esto es caliente."
Le lanzo una mirada afilada, pero sus palabras apenas me llegan. Mi atención se centra enteramente en ella... en Danae, quien me mira con desesperación en sus ojos.
"Silas", suplica, su voz quebrada. "Te necesito..."

Mi corazón palpita en mi pecho, el sonido ensordecedor en mis oídos. Es tan jodidamente sexy, atada, desnuda, vulnerable, llamándome desesperadamente de una manera que no puedo ignorar.

Me doy vuelta hacia la puerta y la cierro con un clic decidido. Mirando a Adriel y Joseph, digo, mi voz baja y firme, "Vamos a hacer que se sienta bien juntos."

Capítulo Veintidós

Danae

Mi corazón truena en mi pecho, golpeando con tanta fuerza contra mi caja torácica que casi tengo miedo de que pueda explotar. La visión de ellos todos. Silas, Adriel y Joseph, parados aquí y mirándome como si fuera una comida caliente que no pueden esperar para devorar, me deja sin aliento de emoción.

Los ojos azules de Silas toman un borde más oscuro e intenso mientras cruza la habitación y se dirige directamente hacia mí. Se detiene justo frente a mí, y juro que si mis brazos no estuvieran atados a esta cama, me lanzaría hacia él. Su mano acaricia mi rostro, su dedo recorriendo mis labios.

—¿Joseph? —llama, con una autoridad estable en su voz—,...come su coño.

No sé qué me excita más: la forma en que Joseph se dirige hacia mí con una sonrisa en su rostro o la forma en que Silas le dice que lo haga. Pero mi deseo está hirviendo ahora.

—Oh, joder, eso se siente tan... —trato de hablar mientras Joseph entierra su lengua en mí de nuevo, pero mis gritos son tragados por Silas, quien me planta un beso hambriento en los labios. Grito hacia él y lo lamo. Mi lengua es la única parte de mí que puedo mover ahora, y la muevo con todo lo que tengo.

Silas se retira, su voz baja, casi aterradoramente baja. —¿Te gusta cuando él come tu coño, eh, perra?

Quiero golpearlo. Quiero morderlo. Pero todo lo que puedo hacer es morder mi labio y asentir. Lo quiero. Todo él.

Veo a Adriel, y ya ha arrojado sus pantalones a un lado, la visión de su erección solo profundizando mi excitación. Está a punto de contener su propia excitación, su mano moviéndose sobre su erección con una intensidad sensual.
Me ve mirándolo, y me guiña el ojo, muy al estilo Adriel. —Eres tan jodidamente sexy así.
Quiero responder, pero entonces me golpea. Una ola de placer que me destruye por completo. Los sonidos que salen de mí no tienen sentido. Mis brazos y piernas tiemblan furiosamente, liberando mi brazo derecho de las ataduras.
Joseph se levanta de entre mis piernas, lamiendo mis jugos en sus labios, una sonrisa en su rostro. —Sabes tan bien.
Silas se levanta justo entonces, desvistiéndose en un latido. Para cuando me recupero del orgasmo descomunal que Joseph me acaba de dar, Silas está suspendido sobre mí, su erección rozando mi coño aún palpitante.
—Vas a ser una buena perrita y tomar cada pulgada de mi polla ahora, —dice, su voz áspera.
Y por primera vez, quiero rendirme completamente a Silas. Quiero que me tome. —Sí, —respondo.
Se deja caer, el largo de su erección hundiéndose en mí, y siento que mis ojos se vuelven hacia atrás en mi cabeza.
Sus embestidas son firmes, poderosas, llenas de pasión, y una especie de rabia que envía mariposas a través de mi vientre.
—Maldita sea, eso es tan jodidamente sexy, —dice Adriel, acercándose. Tomo su erección en mi boca. Joseph no está lejos, y envuelvo mi mano alrededor de su erección, acariciándola con la compostura que puedo reunir.

Silas me embiste con más fervor que antes, y cuando lo miro, veo que él también está perdido, igual que yo. Estoy tan perdida que le pido. —Atrápame, baby. Por favor... jódeme, —las palabras me dejan.

Y lo hace.

Sus músculos se tensan, envuelve su mano alrededor de mi cuello y lo aprieta tan fuerte que baila en la línea entre sexy y peligroso. Estalla en mí, su erección manteniéndonos unidos. Nuestros jadeos salen en jadeos desiguales mientras nuestros ojos permanecen pegados el uno al otro.

Es un momento de éxtasis.

Su erección se desvanece, y él se desliza fuera de mí, caminando hacia un lado. Pero justo entonces, Adriel cae en su lugar, esa sonrisa encantadora típica en su rostro.

—Hola, Ángel, —dice, brillando hacia mí—, no voy a perderme este pedazo de cielo.

Casi me río. Estoy segura de que lo habría hecho si no fuera por mi boca que farfulla un gemido mientras su erección se desliza en mí justo cuando habla. Planta besos casi adoradores en mi cuello mientras me toma.

Joseph se mueve hacia mi boca, y estiro mi lengua, lamiendo su erección antes de tomarla toda en mi boca. Las embestidas de Adriel son firmes y lentas, enviando sacudidas de placer a través de mí. Pronto, está en su punto máximo.

—Voy a correrme, —dice, y trata de retirarse, pero me envuelvo alrededor de él. Estoy cerca también, y necesito esto ahora.

—Oh, mierda. Joder. —Grita. Mis caderas se mueven casi por su propia voluntad. Me froto contra él una y otra vez hasta que exploto.

Él explota justo entonces. Su erección se hincha dentro de mí mientras se desploma sobre mí, casi sin aliento.
Cuando vuelve a su forma, se revuelve. Y Joseph no vacila.
—He estado queriendo hacer esto toda la noche, —dice, y sé que lo quiere. Sus ojos están tan necesitados, tan llenos de deseo. No puedo creer que este hombre hermoso me quiera tanto.
Pero lo hace, y es evidente en cómo me toma.
Joseph me folla como si fuera la última chica que él va a follar, y honestamente, espero que lo sea. Sus embestidas llegan en profundas, rápidas, apasionadas golpes. Sus gemidos resonan por toda la habitación mientras se pierde en mí.
Y pronto, él también está allí.
—Este coño se siente tan jodidamente bien, —aúlla mientras su erección se amplía, arraigándolo en su lugar.
—Lo sé, y recién estamos empezando, —agrega la voz de Silas.
Las horas pasan en una niebla de orgasmo. Estamos en ello todo el día, y ni siquiera estoy segura de cuándo me duermo, mi cuerpo temblando de un día completo de placer.
Cuando me despierto, veo el suave resplandor de la luz de la luna filtrándose a través de las cortinas. El calor de dos cuerpos apretados contra mí es reconfortante, incluso. Los recuerdos del día vienen inundando de regreso.
Todo se siente surrealista, como un sueño febril del que no puedo despertar. Como si me picara, me despertaría de esto. Mis mejillas se ruborizan mientras recuerdo la intensidad de todo.
No puedo creerlo. Estos tres hombres absolutamente encantadores me devoraron por completo. Y ellos querían. Todos parecían tener un hambre voraz por ello. Fue apasionado, feroz, y yo estaba en el

centro de todo. No puedo nombrar la emoción que surge en mí, pero es una especie de alegría que nunca había sentido antes.
Y la forma en que me nudaron? Incluso recordarlo me hace estremecer.
Ni en mis sueños más salvajes habría imaginado que mi primer nudo sería así.
La forma en que se veían, desesperados, completamente perdidos.
La forma en que sus nudos se sentían dentro de mí. Fue increíble.
Me vuelvo para mirar el reloj sobre la mesita de noche. 3:00 a.m. La habitación está en silencio, salvo por el sonido de la respiración profunda y pareja. Joseph se encuentra a mi izquierda, su brazo colgado con descuido sobre mi cintura. Adriel está a mi derecha, su cara enterrada en la almohada, su cabello un desorden de ondas.
Pero el espacio al lado de Adriel, donde debería estar Silas, está vacío.
Un sentimiento de inquietud surge en mí. Mi mirada se dirige hacia el balcón, y allí está. Silas se encuentra de pie, silueteado contra la noche. La brisa juguetea con su cabello mientras mira hacia la oscuridad. Algo en la línea rígida de sus hombros me produce un sentimiento de preocupación.
¿Por qué no está aquí?
Me deslizo fuera de la cama con la mayor cautela posible, cuidando de no despertar a los demás. Mis pies descalzos no hacen ningún ruido en el suelo frío mientras me acerco a las puertas de vidrio. Con cada paso, mi emoción y mis nervios luchan en mi interior. El día que compartimos fue inesperado... abrumador y hermoso. Pero ahora, frente a la forma distante de Silas, la duda se cuela.

—Hola,—digo suavemente, mi voz apenas audible mientras me asomo al balcón.
Él se vuelve ligeramente. —Hola,—responde, pero su tono es distante, frío.
Me forma un nudo en la garganta. Éste no es el Silas de antes, el que me miraba con deseo y anhelo sin restricciones. Éste es alguien completamente distinto, encerrado detrás de un muro impenetrable.
—Parece que mi calor empezó temprano,—digo, intentando llenar el silencio, intentando alcanzarlo. Mi risa es torpe, nerviosa.
No responde, sus ojos fijos en las estrellas.
Mis dedos se entrelazan mientras avanzo. —Qué día,—murmuro, intentando encontrar algo de ligereza. —Me pareció increíble. Casi no puedo creerlo. Si alguien me hubiera dicho que compartiría algo así con mi pareja perfecta, su hermano y su mejor amigo, me habría reído.
Todavía no hay respuesta. El silencio ahora es ensordecedor, y el peso de su inmovilidad pesa sobre mí.
—Silas,—intento, mi voz temblando ligeramente.— ¿Está... está todo bien?
Se vuelve a mirarme, y la frialdad en sus ojos me hiere profundamente. —Está bien, ¿no?—dice, su voz afilada.— Todos juntos. Me alegra que lo hayas disfrutado. Al menos nunca te faltará placer en nuestro matrimonio. Siempre tendrás a ellos para llamar cuando te empiece el calor.
Sus palabras me duelen tanto que podrían ser una bofetada en la cara. Me congelé, mi respiración atrapada en la garganta.
¿Realmente acaba de decir eso?

—Silas,—susurro, mi voz quebrándose.— ¿Hice algo malo? ¿Por qué me hablas de esa manera? ¿Me... me odias tanto?—Mi garganta se tensa, y las lágrimas pican en las esquinas de mis ojos.— ¿Significó algo lo que acaba de ocurrir para ti?

Durante un momento, apenas un momento fugaz, creo ver algo que se quiebra en su expresión. ¿Arrepentimiento? ¿Dolor? Se desvanece antes de que pueda estar segura. Se vuelve alejándose de mí, y mi corazón se despedaza aún más con cada segundo de silencio que pasa.

—Silas, por favor,—le suplico, mi voz apenas sosteniéndose.— Habla conmigo.

No lo hace. En cambio, da un paso hacia el borde del balcón, y antes de que pueda reaccionar, salta.

—¡Silas!—grito, corriendo hacia adelante.

Mi respiración se detiene mientras lo veo cambiar a medio caer, su forma convirtiéndose en la figura poderosa y elegante de su lobo. Aterriza con gracia, apenas haciendo ruido, y se aleja hacia el bosque sin siquiera una mirada atrás.

Ahora las lágrimas corren por mis mejillas.

¿Qué hice mal?

Capítulo Veintitrés

Adriel

Me despierto con el suave susurro del movimiento y veo a Danae deslizándose fuera de la cama, su silueta enmarcada por el tenue resplandor de la luz de la luna. Mi corazón se estremece al verla... su belleza, su fuerza, incluso la timidez que persiste en su postura a pesar de todo lo que hemos compartido. Ella es extraordinaria de maneras que no puedo expresar con palabras.

Al lado mío, Joseph se mueve. Sus ojos se abren, y nuestras miradas se encuentran en silencio. Ambos escuchamos que ella se fue. Sin embargo, ninguno de los dos se mueve, como si por algún acuerdo no dicho para dejarle su espacio. Pero luego escuchamos el bajo murmullo de voces.

Silas.

Me esfuerzo por escuchar, capturando el borde fresco en la voz de mi hermano. Es como un cuchillo, incluso desde aquí. Miro a Joseph, su ceño fruncido mientras las palabras lo llevan sobre: "Al menos nunca carecerás de placer en nuestro matrimonio. Siempre tendrás a ellos para llamar cuando comience tu calor."

¿Qué demonios está haciendo?

Joseph suspira suavemente. "De nuevo está siendo un idiota".

Me aprieto la mandíbula, la ira burbujeando bajo la superficie. Silas puede ser difícil. Puede ser enojante... pero esto, después de todo lo que ha pasado entre ellos, entre todos nosotros...

Cuando Danae vuelve a entrar, sus lágrimas capturan la luz, y se siente como si algo dentro de mí se rompiera. No puedo simplemente quedarme aquí y verla romperse.

"Danae", digo suavemente, sentándome. Ella se queda quieta por un momento como si fuera sorprendida por la guardia, pero ya estoy alcanzando hacia ella. Joseph es rápido en seguir, sentándose y jalándola suavemente entre nosotros.
Ella se derrumba en nosotros, sus quietos sollozos amortiguados contra mi hombro. Mi mano encuentra su rostro, suavemente limpiando las lágrimas de sus mejillas. La visión de su dolor me hace sentir dolores de maneras que no comprendo completamente.
"¿Por qué me odia tanto?"
El sonido de su voz, la visión de ella de esta manera. Es angustiante. Me parte el corazón en dos.
La voz de Joseph es calmada, tranquilizadora. "Silas no te odia. De hecho, es todo lo contrario", dice, su mano frotando círculos suaves en su espalda. "Eso es por lo que es tan difícil para él manejar".
Suspiro, sintiendo que mi garganta se tensa con la emoción mientras comienzo a hablar. "Algo pasó cuando Silas era más joven", comienzo, mi voz baja, tratando de encontrar las palabras correctas. "Él tuvo una experiencia muy mala con una Omega, y lo marcó. No es que te odie, Danae. Él ha odiado a las Omegas durante tanto tiempo, y ahora está enamorándose de una. Creo que eso es lo que lo está destrozando."
Ella se estremece, mirándome con esos ojos húmedos de lágrimas de color verde claro. Es una mirada que me quita el aliento.
El dolor en mí es solo demasiado insoportable ahora. No puedo verla de esta manera.
"Eh, ahora..." digo, mi voz aún más suave mientras la acerco más a mí, "Me duele verte de esta manera".

Su cabeza descansa en mi pecho mientras acunaré su cabeza con mi mano. Joseph acaricia su mano mientras se sienta cerca de nosotros.
El sentimiento de que ella se apoye en mí de esta manera, estimula algo dentro de mí. Esa misma protección se apoderó de mí ese día cuando escuché a los miembros de mi familia decir cosas despectivas sobre ella mientras subía hacia la montaña.
Es un sentimiento tan fuerte que no puedo evitar querer arreglar esto.
Levanto su barbilla, mirando sus ojos. "Salgamos. ¿Qué tal una película otra vez?" digo, tratando de sonar más alegre.
Ella asiente con la cabeza, estremecida, y la visión es casi insoportablemente encantadora.
"Esta vez, aseguraré que sea uno de mis peores espectáculos para poder hacerte reír".
Ella se ríe levemente, y la visión de su sonrisa es todo para mí en este momento. Para verla sonreír, incluso por un momento, y saber que yo causé eso. Me llena de calor.
Me aferro a la imagen de esa sonrisa mientras el mediodía se acerca. Su rostro es tímido en todo el viaje en automóvil. Es difícil para mí no decir nada, pero en este momento el silencio es tal vez lo que ella necesita. Le permito sumergirse en el silencio mientras avanzamos a través de los bulliciosos lugares de la ciudad.
Cuando llegamos a la fuente de aguas termales, siento una cálida sensación que se esparce en mí mientras observo su expresión iluminarse. Y verla me hace simplemente... feliz.
Ya está cambiando, su forma de lobo dirigiéndose hacia el túnel con una mirada juguetona hacia mí. Me río, cambiando para seguirle. El

calor de la fuente de aguas termales nos recibe, y nos acomodamos fácilmente, deslizándonos de nuevo a nuestras formas humanas. Este lugar se siente como si fuera nuestro ahora. Es dónde venimos a escapar, a sólo ser.
Saco una de mis películas favoritas, y nos acomodamos para ver, la inquietud de hace un par de horas desvaneciéndose lentamente. Cada vez que ella se ríe de algo de la película, encuentro que me río también, como si su alegría fuera algo que no puedo evitar reflejar. Comemos mientras vemos, nuestra conversación ligera y fácil. Por un rato, todo parece normal. Simples.
Pero cuando termina la película, me doy cuenta que ella me mira nerviosamente, sus manos tocándose nerviosamente en su regazo. "¿Qué hay en tu mente?" pregunto, recostándome hacia atrás en la roca lisa detrás de mí.
Ella vacila, mordiéndose el labio antes de preguntar finalmente, "¿Fue... fue malo?"
Me quedo atónito, atrapado por sorpresa y confusión. "¿Fue malo qué?"
Sus mejillas se ruborizan profundamente, y mira hacia otro lado, su voz apenas por encima de un susurro. "Nosotros estando juntos así. El sexo. ¿Fue malo?"
Estoy atónito por un momento, su vulnerabilidad tomándome completamente por sorpresa. Ella mira hacia cualquier lugar excepto hacia mí, y es la cosa más encantadora que he visto.
"Danae", digo suavemente, alcanzando su mano. "Fue fenomenal. Ambas veces que hemos estado juntos han sido fenomenales para mí".

Ella me mira entonces, una pequeña sonrisa tirando de las comisuras de sus labios. Es hermoso verla de esta manera, y me hace que mi corazón se parte de la mejor manera.
Tomo una respiración profunda, la gravedad de mis próximas palabras pesadas en mi pecho. Pero no puedo aguantar más.
"Danae", comienzo, mi voz firme pero cargada de emoción. "No quiero que esos momentos sean la última vez que esté contigo así".
Sus ojos se abren, sorpresa destellando en su rostro.
"Si me aceptaras", continúo, mi agarre en su mano tensándose ligeramente, "Quiero estar en una unidad familiar contigo".
Ella me mira fijamente, sus labios se abren como si fueran a hablar, pero no salen palabras.
Sigo adelante, las palabras brotan de mí ahora. —Sabes, cuando era niño, Silas y yo solíamos bromear sobre cómo un día me uniría a su unidad familiar. Era una broma divertida. Pero ahora... — Me detengo, mi garganta se estrecha. —Ahora quiero estar contigo, Danae. Eres la mujer más increíble que he conocido. Contigo, me siento más visto que nunca con nadie más. Es en cómo quieres ver mis películas... es en todo lo que eres. Si me aceptaras, quiero estar en tu unidad familiar.—
Sus ojos se llenan de algo que no puedo nombrar... ¿alegría? ¿Incredulidad? ¿Ambas cosas? Asiente lentamente, una pequeña y hermosa sonrisa se forma en su rostro.
La emoción burbujea dentro de mí, amenazando con desbordarse. No puedo evitar sonreír, mi pecho se hincha con una esperanza infantil.
A medida que cae la noche y nos preparamos para regresar a casa, una certeza se apodera de mí. Una especie de claridad cristalizada.

Ahora más que nunca, sé que quiero a esta mujer en mi vida, y sé que haré cualquier cosa para que suceda.
Sea lo que sea lo que decida Silas, me importa poco. Danae hace que mi corazón lata más rápido y con más fuerza que nunca, y ya sea en una unidad familiar o como mi pareja, haré que se quede en mi vida.

Capítulo Veinticuatro

José

Caminé por el pasillo hacia la oficina de Silas, mis botas golpeando suavemente contra el suelo. Pero los pensamientos que corrían por mi mente eran cualquier cosa menos suaves. Mi mente era una tormenta de imágenes, destellos de la noche anterior girando por mi cabeza. Danae, el sonido de sus gemidos, el calor de su cuerpo, la forma en que nos miró a cada uno con partes iguales de confianza y anhelo...era perfecto. No, más que perfecto. Era todo lo que no sabía que quería.

Y luego Silas lo arruinó.

Adriel la ha llevado a salir para animarla. Me alegra por eso. No merece sentarse y dolerse por la frialdad de Silas. Pero no cambia el hecho de que lo que hizo esta mañana fue inaceptable. Aprieto los dientes, mi ira hirviendo justo debajo de la superficie. Esto ha durado demasiado. Él necesita arreglarlo, y necesita arreglarlo ahora.

La puerta de la oficina de Silas se cierne ante mí, y me acerco mientras alcanzo el pomo. Pero cuando la empujo, me siento un poco desconcertado por la presencia de otros en el espacio.

Silas no está solo.

Sus padres, el señor y la señora Jorg, están sentados frente a él, sus posturas relajadas, sus voces cálidas con risas. Me congelo por un momento, sin saber si debo interrumpir, pero la señora Jorg me ve y me hace un gesto para que me acerque con su habitual brillantez.

"Oh, José, ¡qué bueno verte!", dice, su sonrisa amplia y acogedora.

Asiento con la cabeza educadamente y entro, apoyándome casualmente contra la pared. Se siente mal interrumpir, pero ya estoy aquí, y no puedo exactamente retroceder ahora.
Su conversación continúa, y no puedo evitar escuchar, especialmente cuando se vuelve claro para mí que están hablando de Danae.
"Ha sido maravillosa", dice la señora Jorg, su voz teñida de risa. "Tengo que decir, no vi esto venir".
Me pongo rígido, mi atención aguzándose.
"También tuve mis dudas", admite el señor Jorg, su tono pensativo. "Naturalmente, con ella siendo recesiva y de otra ciudad. Pero manejó la prueba en la ceremonia de manera maravillosa".
"Y no es solo que ella sea la que finalmente ha conseguido que nuestro Silas elija a su Omega", añade la señora Jorg, su sonrisa burlona. "También ha traído de vuelta a Adriel. Se puede oler su perfume en ese chico en todas partes a donde va ahora". Se ríe de nuevo, claramente encantada.
Miro a Silas, pero su expresión sigue siendo inescrutable, su mirada fija en su escritorio.
"Y también a él", dice el señor Jorg de repente, señalándome. "Su perfume es igual de espeso en él". Se ríe, sacudiendo la cabeza. "Sé que los chicos solían hacer todo juntos, pero pensar incluso en esto, es conmovedor".
Mi rostro se sonroja, y mis dedos se mueven incómodos. No sé si sentirme avergonzado o feliz.
El señor Jorg se inclina hacia Silas ligeramente, su tono volviéndose más serio. "Entonces, Silas, ¿quieres hacer de él parte de tu unidad familiar?"

Silas exhala bruscamente, claramente irritado. "Mamá, papá, eso es suficiente. Están siendo un poco demasiado curiosos".
La señora Jorg se ríe, sin molestarse por su tono. "¿Cómo no podemos ser?"
Silas se reclina en su silla, su rostro una expresión de exasperación suave. "Hay mucho trabajo en mi plato hoy. Estoy seguro de que ambos tienen cosas que hacer también".
"Está bien, los dejaremos trabajar", dice el señor Jorg, poniéndose de pie.
La señora Jorg también se levanta, su sonrisa tan brillante como siempre.
Me adelanto y abro la puerta para ellos. El señor Jorg me da un golpe en el hombro al pasar, y la señora Jorg me lanza una mirada que es igual partes de saber y traviesa.
La mirada sabia en sus caras me envía una vergüenza que no he sentido desde que era adolescente. Pero entonces, algo sobre el hecho de que sea obvio que Danae y yo compartimos un vínculo hace que una especie de alegría brille en mi interior.
Aunque ciertamente no puedo quedarme en eso ahora. No con lo que necesito decirle a Silas, no con cómo necesito decírselo.
La puerta se cierra detrás de ellos, dejando un silencio pesado en su estela. Ahora solo estamos Silas y yo. Él no se ha movido de su silla, sus codos apoyados en el escritorio, sus manos sueltas. Su expresión es tan estoica como siempre, pero sus ojos...me delatan. Sabe por qué estoy aquí, y sabe que esta conversación no va a ser fácil.
Doy unos pasos deliberados hacia adelante, cerrando el espacio entre nosotros hasta que estoy parado a solo unas pulgadas de distancia. Todavía, él no me mira. Su mirada sigue fija en la ventana,

la luz que se filtra, haciendo que la tensión en su mandíbula sea aún más obvia.
Inhalo profundamente, forzando la tormenta dentro de mí a algo manejable. Necesito mantener la calma, aunque la ira todavía esté allí, la ira por la forma en que habló con Danae, la ira por dejar que su propio dolor dictara sus acciones, y sobre todo, la ira por cómo está lastimando a ella y a sí mismo en el proceso.
"¿Sabes que ella lloró después de que te fuiste esta mañana?" Mi voz corta a través de la quietud, afilada pero estable.
Su nariz se estremece ante mis palabras, la más pequeña grieta en su exterior por lo demás impenetrable. Veo la forma en que se tensan sus hombros, la forma en que se tensa su mandíbula aún más, pero su mirada no se aleja de la ventana. Es como si estuviera decidido a no enfrentarme, o a la verdad que estoy forzando en la habitación.
Aprieto los puños a mis lados, mi voz elevándose ligeramente. "No he venido aquí para hablar contigo como tu empleado, Silas. Estoy aquí como amigo. Un hermano. Y te lo diré de manera directa y llana: la forma en que hablaste con Danae esta mañana después de todo lo que sucedió anoche fue absolutamente estúpida".
Su cabeza se vuelve hacia mí entonces, sus ojos bloqueando los míos. Hay una ceja fruncida en su rostro, pero no es la furia que he llegado a conocer de él a lo largo de los años. Es algo más, algo que no puedo colocar exactamente. ¿Arrepentimiento? ¿Confusión? ¿Una mezcla de ambas? Lo que sea, no me detiene.
"Sé lo que pasaste cuando eras niño", digo, mi voz bajando, estable pero firme. "Sé que fue traumático. Sé que moldeó la forma en que ves el mundo. La forma en que ves a los Omegas".

Se estremece ante la palabra, su mirada alejándose de la mía. Mira hacia la ventana de nuevo, su postura rígida, como si el vidrio pueda protegerlo del peso de lo que estoy diciendo. Pero sigo adelante, mi voz inmutable.

—Pero ¡por el amor de Dios, Silas! Tienes a tu pareja perfecta justo delante de ti. Ahí mismo. Y vas a dejar que tu pasado te haga tirar todo por la borda. ¿En serio?

El silencio se estira, pesado y oprimente. No dice una palabra, ni siquiera me mira. Sus ojos siguen pegados a la ventana, su perfil esculpido en piedra.

Pero lo veo—el más mínimo parpadeo en su expresión, la menor grieta en la armadura que se ha construido a su alrededor. Tal vez no responda, pero sé que mis palabras han dado en el blanco. Si hará algo al respecto... bueno, eso ya depende de él.

Me doy la vuelta hacia la puerta, mi mano agarrando el pomo. Pero algo me detiene, un pensamiento que se niega a ser ignorado. Me doy la vuelta hacia él, mi voz más suave pero no menos firme. "Y su calor, Silas... Empezó después de que estuviéramos juntos. No antes. Ella no es algún animal sin mente que es arrastrado por feromonas."

Por un momento, su expresión cambia, apenas un poco. Hay un parpadeo de algo en sus ojos, algo que parece duda o alivio.

Pero no espero una respuesta.

Salgo, dejando que la puerta se cierre detrás de mí con un clic suave.

La ira sigue ahí, ardiendo bajo en mi pecho. Pero hay algo más ahora también. Esperanza. Esperanza de que mis palabras hayan llegado a él. Esperanza de que finalmente dejará de huir de lo que está justo delante de él.

Capítulo Veinticinco

Silas

Las horas pasan lentamente después de que Joseph se va de mi oficina. Sus palabras resuenan en mi mente, cortando más profundamente de lo que deseo. Tienes que hablar con ella. Tienes que arreglar esto. Maldito, tiene razón.

Miro los papeles esparcidos sobre mi escritorio, pero las palabras se confunden, sin sentido. Mi enfoque no está en el trabajo. Está en ella. Danae. Y la forma en que se veía esta mañana. Estaba herida, con lágrimas en los ojos. No puedo sacármelo de la cabeza. No puedo dejar de odiarme por hacerle eso.

Me froto las sienes, inclinándome hacia atrás en mi silla. He pasado mucho tiempo manteniendo a la gente a distancia, especialmente a las Omegas. Dejar que alguien se acerque se siente como abrir una herida que he luchado durante años para cerrar. Pero Danae...ella es diferente. Pasó por todas mis defensas antes de que me diera cuenta.

Maldita sea. Me importa mucho.

He estado furioso conmigo mismo por sentirme de esta manera, por dejar que ella me importara tanto. Pero tal vez, solo tal vez, es hora de dejar de luchar contra ello.

La noche cae, las sombras se extienden a través de mi oficina. Miro por la ventana y veo el coche de Adriel entrando en la finca. Mi corazón salta. Ella ha vuelto. La miro mientras Danae sale del coche, su risa flotando suavemente a través del cristal.

Este es el momento. Tengo que hablar con ella.

Me pongo de pie abruptamente, alisando mi camisa. Mis manos están sudorosas, y mi pulso late con rapidez. Odio cómo se siente esto, pero no puedo ignorarlo más. Tomo una respiración profunda, murmurando para mí mismo, "Tengo que hacer esto ahora".
Mis pasos resuenan por el pasillo mientras bajo las escaleras. El aire fresco de la noche me recibe cuando salgo. Allí están. Danae y Adriel caminando hacia la entrada. Ella sonríe a algo que él dijo, su rostro iluminado de una manera que me duele el pecho.
Pero entonces sus ojos se posan en mí, y la sonrisa desaparece.
La mirada cautelosa que me lanza se siente como un pinchazo en mi piel. Trago saliva, forzándome a seguir caminando.
"Danae", digo, mi voz más baja de lo que pretendía. "¿Podemos hablar?"
Ella titubea, su expresión inescrutable. El silencio se estira, y siento que el suelo podría tragarme entero. Lo intento de nuevo, mi voz más firme esta vez. "Por favor. Necesito hablar contigo".
Adriel mira entre nosotros primero, luego su mirada se posa en mí. Me da un golpecito en el hombro, su toque reconfortante, y me da un pequeño asentimiento de cabeza antes de alejarse. Le doy las gracias en silencio por entender.
Ahora solo somos nosotros.
"Caminemos", digo, señalando hacia los jardines. "Por favor".
Ella no responde de inmediato, pero luego asiente con la cabeza, sus movimientos vacilantes. Llevo la delantera, la grava crujiendo bajo nuestros pies. El aire está cargado del aroma de las flores, pero poco hace para calmar la tormenta en mi pecho.
La miro, su rostro inescrutable, y me fuerzo a comenzar. "Danae, yo...". Las palabras se atroran en mi garganta, pero sigo adelante.

"Lo siento mucho. No solo por la forma en que te hablé esta mañana ni por las cosas que dije. Lo siento por la forma en que te he tratado desde que llegaste aquí. He sido cruel, y no merecías nada de eso".
Ella se detiene, sus ojos abriéndose de sorpresa. La sorpresa en su rostro tuerce algo dentro de mí, pero sé que no puedo detenerme ahora.
"La verdad es", sigo, mi voz áspera, "me he desquitado contigo por algo que no tuviste nada que ver. Algo que he llevado dentro durante años, casi toda mi vida. Pero es hora de superarlo. Quiero superarlo. Pero necesito contarte sobre ello".
Ella me mira con intensidad ahora, sus ojos buscando los míos. No dice nada, pero la forma en que escucha...como si realmente quisiera entender, me da el coraje de seguir adelante.
"Hay una tradición en mi familia", comienzo, mi mirada cayendo en el camino frente a nosotros. "Al igual que en la mayoría de las familias aquí en Howls Peak. El jefe Alfa de la familia siempre tiene un mayordomo. Este mayordomo sirve al Alfa hasta que hay un nuevo jefe Alfa. El vínculo que forman es significativo".
Me detengo, mi garganta apretándose. "Cuando era más joven, el hombre que iba a ser mi mayordomo era Bernard. Era el hijo del mayordomo de mi padre y diez años mayor que yo. Pero no solo era un mayordomo para mí. Era mi amigo. Un hermano mayor, en todo lo que importaba".
La miro, y ella asiente ligeramente, animándome a seguir.
"Pero ese vínculo se rompió. Sucedió cuando tenía quince años".
Y mientras hablo, el recuerdo vuelve, vívido y claro, y de repente, estoy allí de nuevo.
Tengo quince años.

Sudo. Me tiembla. Mi piel se siente como si estuviera en llamas, mi cuerpo temblando mientras los síntomas de mi primera cópula se abren camino a través de mí. Mis feromonas se filtran incontrolablemente a pesar de mis mejores esfuerzos. Esto es algo completamente nuevo para mí.

Nada de lo que he leído sobre cópulas o lo que me han enseñado podría haberme preparado para esto. Nos dijeron cómo cambiaría nuestro cuerpo, pero nadie explicó esta extraña urgencia... Mi cuerpo se siente extraño. Me siento inquieto, necesitado de maneras que no tengo ni las palabras para. Me siento impulsado, empujado a actuar, a moverme, pero no sé qué es lo que esta urgencia me pide. Mi cuerpo está tenso, y mi miembro se hincha duro contra mis pantalones, enviando una sensación extraña a través de mí. Mi mente está nublada, mis pensamientos resbalando entre mis dedos. Luego la puerta se abre con un crujido, y la aprehensión me invade. Hay algo extraño en el aire ahora. No entiendo qué es.

"Silas", dice una voz familiar suavemente. Miro hacia arriba y veo a Madeline, la prometida Omega de Bernard, entrando en la habitación. Lleva una bandeja con té, sus movimientos gráciles y tranquilos. "Pensé que podrías necesitar un té".

Deja la bandeja en la mesa de noche y se acerca. Pero a medida que lo hace, sus movimientos se ralentizan.

Sus ojos se velan, y veo que sus fosas nasales se dilatan ligeramente. Una perla de sudor se forma en su sien, y entonces me mira con una intensidad que hace que mi estómago se retuerza.

—¿Madeline? —pregunto, mi voz ronca y temblorosa. —¿Qué pasa?

Madeline no responde. En cambio, da otro paso hacia mí, y siento una ola de algo primitivo... algo poderoso que surge dentro de mí.

Un fiero deseo, pero no sé qué hacer con él. Es exactamente como decían que sería en todas las enseñanzas en clase, pero lo que es aterrador es que parece estar afectando a Madeline.
—Has crecido tanto —murmura, su voz entrecortada. —Tan fuerte. Eres un hombre ahora.
Mi corazón late con fuerza contra mis costillas, el miedo surgiendo dentro de mí. —Madeline, ¿qué estás haciendo? Por favor, para.
—Relájate —susurra, su voz casi hipnótica. —¿No sientes eso? Esa urgencia burbujeando justo debajo de tu piel?
—Esto no está bien —tartamudeo, mi voz quebrándose. —Me siento extraño...
Se acerca más, su mano se dirige hacia los botones de su blusa. El pánico me invade.
—¿Qué estás haciendo? —grito, mi voz rompiéndose. —¡Para!
No me escucha. Toma mi mano y la presiona contra su pecho, su piel cálida bajo mi palma.
Me aparto de su mano, aterrado. —No, ¡esto no está bien!
Me empuja y tropiezo hacia atrás en la cama. Mi mente se vuelve loca, mi cuerpo temblando de confusión y miedo. Se sube encima de mí, el olor de sus feromonas abrumando mis sentidos.
Y entonces la puerta se abre de golpe.
—¿Qué demonios? La voz de Bernard retumba por la habitación.
Madeline es arrancada de mí tan rápido que apenas registro lo que está pasando. Bernard tiene las garras fuera, su cara es una máscara de furia mientras la lanza al suelo.
Me pongo de pie, mi corazón martillando en mi pecho. —Bernard... yo... yo intenté detenerla.

Pero cuando se vuelve hacia mí, sus ojos están llenos de una ira tan intensa que hace que su rostro sea casi irreconocible.
Antes de que cualquiera de los dos pueda decir otra palabra, mi padre irrumpe en la habitación. Sus ojos se ensanchan mientras toma en cuenta la escena.
—Oh Dios mío. Has iniciado tu primer celo —dice, su voz sombría.
—Tus feromonas son demasiado fuertes —dice, ladrando órdenes a Bernard. —Saca a todos los Omega de la propiedad ahora. Y consigue supresores.
El recuerdo se desvanece, y estoy de vuelta en el presente. Pero el dolor de ello sigue presionando sobre mi pecho.
Miro a Danae, su expresión es una mezcla de shock y simpatía. —Lo último que recuerdo de ese día —digo en voz baja— fue la forma en que Bernard me miró. La furia en sus ojos.
—Eso es horrible —susurra, su voz llena de emoción.
Asiento, suspirando profundamente. —Bernard entendió que no era mi culpa. Pero a veces, la comprensión no cambia cómo te sientes. Nunca más pudo mirar a Madeline de la misma manera. Eventualmente, le pidió a mi padre que lo liberara de su deber. Y así, desapareció. Perdí a un amigo. Un hermano.
—Esa es la ira que he llevado dentro durante tanto tiempo —continúo, mi voz espesa con todo lo que he contenido durante tanto tiempo. —Cada Omega que he conocido desde entonces, veo en sus ojos a ella. Cada vez que se acercan a mí, solo veo la misma mirada que tenía en sus ojos ese día. Esa mirada enloquecida, solo siendo controlada por las feromonas. La odié. La odié tanto. Inhala profundamente, mi enfoque firmemente en Danae mientras

continúo. —Y me la he tomado contigo, aunque no te la merecías. Lo siento, Danae. De verdad.

Capítulo Veintiséis

Danae

El aire en el jardín se siente tan diferente ahora, menos vibrante y más solemne después de la confesión de Silas. El sol poniente baña su rostro con un suave rojo, pero no puede suavizar la cruda emoción grabada en sus facciones.

Su vulnerabilidad es impactante. Es un lado de él que nunca esperé ver o que incluso sabía que existía. Me parte el corazón verlo así, escuchar el sonido de su voz, baja y entristecida, mientras relata el dolor de su primer celo. No puedo creer que haya cargado algo tan devastador durante tanto tiempo solo. Y ahora, lo está compartiendo conmigo.

—Lamento mucho que hayas pasado por eso, Silas —digo, manteniendo mi voz suave, con el corazón encogido al pensar en el niño que debió haber sido... asustado, avergonzado y confundido—. Y que lo hayas cargado durante tanto tiempo.

Él me mira, sus ojos profundos y sinceros.

—Lamento haberte llamado idiota —agrego, con la voz titubeando ligeramente—. No tenía idea de que tenías tanto dolor. Lo siento mucho.

Lo siento.

A veces esa palabra simplemente no se siente lo suficientemente fuerte. No parece adecuada. Ahí está Silas, un hombre, pero al mirarlo a los ojos, es como si estuviera junto a ese niño lastimado que perdió a un amigo y a un hermano por algo que no fue su culpa. De repente, siento una ola de culpa por las peleas que hemos tenido. Extiendo la mano y tomo la suya. Su piel está cálida, y

espero que mi tacto sea tan reconfortante como pretendo que sea.
—Ahora entiendo por qué actuaste como lo hiciste.
Silas niega con la cabeza, su agarre en mi mano se tensa. —No. No tenía derecho a tratarte así. Y me odio por ello —Su voz es baja pero firme, llena de una convicción que hace que mi corazón se acelere—. No quiero hacerte eso nunca más, Danae. No quiero pelear contigo nunca más.
Hace una pausa, y el silencio se extiende entre nosotros. Cuando vuelve a hablar, su tono es más suave, casi esperanzado. —Creo que podemos hacer que esto funcione. Quiero que tengamos un buen matrimonio... un matrimonio amistoso. Uno en el que no estemos constantemente peleando.
Sus palabras me reconfortan de una manera que casi me sorprende. Hay una esperanza que florece en mi pecho, algo frágil que se siente emocionante.
Pero debajo de esa esperanza hay algo más. Una leve punzada de decepción que no puedo quitarme de encima. No dijo que me ama. Una parte de mí desea que lo hiciera. Que pudiera mirarme y ver más que solo la posibilidad de una amistad.
Casi duele que no lo haga. Pero entonces tengo que recordar todo lo que ha pasado y lo difícil que esto debe ser para él.
Debería estar agradecida por este momento, por su disculpa, por su esfuerzo. Después de todo, debería estar contenta si pudiéramos tener un matrimonio amistoso. Eso es suficiente, ¿no?
—No quiero pelear contigo nunca más, Silas —digo, con la voz firme a pesar del torbellino de emociones dentro de mí.
Él sonríe entonces, una sonrisa pequeña pero genuina que tira de algo profundo dentro de mí. Y por un momento, de pie allí bajo el

sol poniente con su mano en la mía, se siente como si hubiéramos dado el primer paso hacia algo mejor.

Regresamos a la casa en silencio, la tensión entre nosotros disminuyendo con cada paso. El tiempo pasa, las horas se difuminan mientras el atardecer se desvanece en la noche. Pero el sueño me elude.

Me quedo despierta en mi habitación, mirando al techo mientras las palabras de Silas se repiten en mi mente. Su confesión, su disculpa, la emoción en sus ojos... todo permanece, pesado e inquebrantable. No puedo dejar de pensar en lo traumático que debió ser su primer celo y en lo profundamente que lo marcó. ¿Cómo alguien puede pasar por eso y aún encontrar la fuerza para abrirse, aunque sea un poco?

Era solo un niño—un niño que llegó a admirar a alguien a quien consideraba como un hermano. Perder esa conexión, que le fuera arrebatada por fuerzas fuera de su control, haría que cualquiera levantara muros alrededor de su corazón.

Mi teléfono vibra, sacándome de la espiral de mis pensamientos. Miro la pantalla y ver el nombre de Leila parpadeando allí me trae una ola de consuelo, suave y constante, como un bálsamo para el dolor en mi pecho.

Sin dudar, deslizo para contestar.

—Hola, Danae —dice, su voz cálida y familiar. Solo escucharla me hace sonreír, una sensación de alivio invade mi ser—. ¿Cómo te va?

—Leila —digo, su nombre sale como un suspiro que no sabía que estaba reteniendo. Mi voz es suave, pero la emoción que se esconde debajo me traiciona—. Dios, qué bien me hace escucharte ahora mismo.

—Ay, ¿qué pasa? —pregunta, la preocupación tiñendo sus palabras —. Cuéntame todo.
Me río levemente, un sonido que se siente extraño después de la pesadez del día. —¿Por dónde empiezo? La ceremonia de unión ocurrió. Fue intensa.
—¡Dios mío, realmente lo hiciste? —exclama—. Necesito detalles. ¿Fue hermosa? ¿Dramática? ¿Alguien se opuso en el último minuto?
Me río de nuevo, esta vez con más libertad. —Ninguna objeción, pero definitivamente fue dramática. Escalé una montaña, Leila.
Hay un momento de silencio antes de que responda, su tono incrédulo. —Espera. ¿Escalaste una montaña? ¿Tú?
—Sí, yo —digo, rodando los ojos aunque ella no pueda verme—. Era parte de la ceremonia. Algo sobre demostrar mi dedicación o algo así.
—¿Demostrar tu dedicación? —dice, el asombro evidente en su voz, y no puedo evitar reír.
—Algo por el estilo —admito—. Pero no se trata solo de Silas. Se trata de cómo hacen las cosas aquí, las tradiciones, todo. Es mucho.
Hablamos por un rato, y nuestra conversación es fácil y familiar. Pero eventualmente, el tema se dirige a Silas, a la conversación que tuvimos en el jardín, como sabía que pasaría.
—Honestamente, Silas es complicado —digo, mi voz suavizándose—. Desde el momento en que llegué aquí, pensé que me odiaba. Era tan frío, tan distante. Pero ahora, ahora estoy aprendiendo la verdad. Lo lastimaron gravemente hace años, y eso lo ha moldeado de maneras que no entendía antes.
Leila murmura pensativamente. —Entonces, ¿crees que las cosas serán diferentes ahora?

—Creo que podrían ser —digo, la esperanza entretejiéndose en mis palabras—. Se disculpó, Leila. Y no solo por cómo me trató, sino por cómo el dolor que ha estado cargando lo hizo verme. Fue conmovedor. No lo esperaba.
—Bueno, me alegra que estés feliz —dice, su voz cálida—. Tú y Silas serán geniales. Especialmente porque son una pareja perfecta. No puedo esperar para ir a la boda.
Sus palabras me hacen pausar, un pensamiento que ronda en mi mente. Dudó por un momento antes de volver a hablar, mi voz más baja esta vez. —No sé... tal vez cuando ocurra, podría ser más que dos personas casándose.
Hay una inhalación brusca al otro lado de la línea, seguida de un chillido de emoción. —¡Danae! ¡Cuéntame! ¡Dime todo!
Me río, el sonido brotando a pesar de mí. —¡Vale, vale! Hay mucho por desempacar.
—Empieza por lo básico —dice, con un tono juguetón pero insistente —. ¿Quién es el afortunado alguien más?
—Bueno —comienzo, mordiéndome el labio—. Está Joseph, el mejor amigo de Silas. Es amable, protector, siempre está pendiente de mí. Y luego está Adriel, el hermano de Silas. Es intenso, pero de una manera que te hace sentir visto, ¿sabes? Ya ha pedido formar una unidad familiar conmigo.
—Espera, ¿qué? —prácticamente grita Leila—. Danae, ¿me estás diciendo que tienes a tres hombres interesados en ti?
Vuelvo a reír, mis mejillas se sonrojan aunque estoy sola en mi habitación. —No es así. Es complicado.
Hay un momento de silencio, el tipo que se siente cargado de pensamientos. Casi puedo imaginarla ahora, con las cejas

ligeramente fruncidas mientras reflexiona sobre mis palabras. Luego, su voz vuelve a filtrarse por el teléfono, cálida y firme.
—Sí. Creo que tengo una idea de cómo se siente eso.
Algo en escucharla decir eso hace que mi pecho se sienta un poco más ligero. No son solo sus palabras; es la comprensión detrás de ellas. No estoy segura de cómo llamarlo, pero saber que ella lo entiende marca la diferencia. Y si hay alguien que realmente lo entiende, es Leila.
—Es solo que… —mi voz tiembla, gruesa de vulnerabilidad— espero ser lo suficientemente buena para ellos, Leila.
Su respuesta es inmediata, como si hubiera estado esperando que lo dijera. —Lo eres, Danae —dice, con un tono firme pero increíblemente suave—. Tienes que saberlo. Mereces todo el amor que estás recibiendo. Acéptalo.
Suspiró, el sonido teñido de duda. Quiero aferrarme a sus palabras, creerlas, pero la incertidumbre persiste como una sombra que no puedo sacudir. Se siente surrealista pasar de ser completamente indeseada a tener a tres hombres, hombres que podrían tener a quien quisieran, suspirando por mí.
—¿Alguna vez te sentiste así? —pregunto en voz baja—. ¿Con tus parejas?
—Oh, sí —dice Leila sin vacilar, su honestidad reconfortante y alentadora—. He estado ahí. Incluso hablé contigo sobre ello, ¿recuerdas?
Sus palabras tiran de un recuerdo, una llamada telefónica de lo que parece otra vida. Me golpea de repente, un recuerdo vívido de ella luchando con las mismas dudas en las que me estoy ahogando ahora.

—Te entiendo, Danae —dice de nuevo, su voz llena de sinceridad—. Sé lo que es querer ser digna del amor que estás recibiendo. Querer ser perfecta para ellos. Pero déjame decirte esto: están contigo porque te aman, exactamente como eres. No tienes que demostrar nada. Solo tienes que dejar que lo creas.

Hace una pausa, dejando que sus palabras calen antes de continuar, su voz suavizándose. —Estar con mis parejas—Henry, Ryan y Luke—ha sido la experiencia más bella de mi vida. Y me hace tan feliz saber que estás al borde de encontrar ese mismo tipo de felicidad. Confía en ti, Danae. Y confía en los sentimientos que ellos tienen por ti.

Sus palabras perduran mucho después de que termina nuestra llamada, los eventos del día asentándose sobre mí una vez más. Mientras me recuesto en mi cama, mirando al techo, no puedo evitar preguntarme si Leila tiene razón. Tal vez pueda tenerlo todo. Pero por ahora, tomaré las cosas paso a paso.

Capítulo Veintisiete

Adriel

La semana pasada ha sido una de las mejores que puedo recordar. Es como si toda la casa respirara con más facilidad, esa tensión constante que parecía siempre estar presente en la atmósfera se ha disipado finalmente.

Silas ha estado más ligero, para decirlo simplemente. Hay una calma en él ahora, una que no me hace sentir que tengo que hacer bromas para que se relaje. Danae también ha estado sonriendo más, y hasta Joseph parece haberse suavizado. Es extraño cómo pueden cambiar las cosas rápidamente.

Bebo mi café mientras me dirijo hacia el despacho de Silas, una sonrisa débil jugando en mis labios.

Abro la puerta del despacho de Silas y los encuentro a todos esperando. Silas está sentado detrás de su escritorio, con la misma expresión estoica de siempre, pero con una cierta relajación en sus hombros. Danae está sentada en el borde de una silla con un brillo curioso en sus ojos, y Joseph está apoyado casualmente contra la pared. Sus brazos están cruzados, pero su expresión es relajada.

"Lo siento por hacerlos esperar un poco", digo, entrando con esa sonrisa clásica de Adriel. "El café de esta casa no se va a terminar solo, ¿sabes?"

La sonrisa de Danae ilumina su rostro, e incluso los labios de Silas se curvan ligeramente hacia arriba.

Esto es adorable.

"¿Qué es lo que querías decirnos que requirió que nos reunieramos todos aquí?" pregunta Silas, su tono medido pero genuinamente

curioso.
"Bueno, mi hermano mayor que siempre está pensativo", comienzo, apoyándome en el escritorio para efecto dramático. "Ahora que todos estamos en buenos términos, creo que es hora de que salgamos de esta burbuja. Hemos estado encerrados en esta finca durante tanto tiempo que podríamos convertirnos en parte del mobiliario."
Danae se ríe, un sonido suave y melódico que me hace sonreír más. Joseph también se ríe, y hasta Silas deja escapar una breve risa baja.
No puedo evitar saborear el momento. Si en algún momento me aburro de actuar, podría considerar una carrera en la comedia, dada la facilidad con que logro hacerlos reír. Especialmente a Silas... es raro ver a mi hermano tan relajado.
"De acuerdo", dice Silas, su expresión volviéndose pensativa. "¿Dónde sugieres que vayamos?"
"Bueno..." Dejo que la palabra se prolongue, permitiendo que la tensión se construya durante un segundo. "Tengo una sesión de fotos para un anuncio en la ciudad. Es para la marca de moda Zayara y ha sido programada durante un tiempo, pero honestamente, no me siento como ir solo. Así que consideren esto un 'día de llevar a la familia al trabajo' para mí."
Hay un destello de diversión en los ojos de Silas, pero es el ligero ablandamiento de su postura lo que captura mi atención. "Además", agrego, mi tono volviéndose más serio, "Quiero que vean cómo es mi vida."
Silas asiente lentamente, un raro momento de comprensión que pasa entre nosotros. Joseph asiente con la cabeza en señal de

acuerdo, y cuando miro a Danae, su sonrisa es contagiosa. "No puedo esperar", dice brillantemente.
El viaje a la ciudad es suave, el zumbido del coche se mezcla con los murmullos suaves de conversación.
Mis ojos se desplazan alrededor de todos ellos mientras conduzco, Silas en el asiento del pasajero delantero y Joseph y Danae sentados en la parte trasera, notando la mezcla de curiosidad y anticipación en sus rostros. Se siente bien, tenerlos aquí conmigo. Como si finalmente estuviera compartiendo una parte de mí mismo que siempre se ha sentido separada del resto de la familia.
A medida que nos acercamos a la ciudad, los carteles comienzan a aparecer. Mi rostro me devuelve la mirada desde varios de ellos.
No voy a fingir que no se siente bien. Apenas puedo contener la sonrisa que se forma en mis rasgos mientras echo un vistazo a Danae y capturo la sorpresa en su expresión, sus ojos se ensanchan ligeramente antes de que una sonrisa se extienda por su rostro.
"¿Es eso tú?" pregunta, inclinándose hacia la ventana para obtener una mejor vista.
"Culpable", digo, mi sonrisa ensanchándose.
Silas asiente con aprobación, un pequeño pero significativo gesto que hace que mi pecho se tense. No es frecuente que reciba ese tipo de reconocimiento de él. Incluso Joseph parece impresionado, aunque lo oculta bien detrás de su calma habitual.
Llegamos al estudio, y en el momento en que salimos del coche, somos recibidos por un enjambre de fans. Las cámaras destellan, las voces gritan mi nombre, y puedo sentir la emoción que vibra en el aire. Destello mi sonrisa más encantadora, posando para algunas

selfies y firmado autógrafos mientras trato de mantener a la multitud a raya.
En el rabillo del ojo, capturo las expresiones en los rostros de Silas, Danae y Joseph... shock, incredulidad y tal vez un destello de diversión. Me río para mis adentros.
No están acostumbrados a este lado de mi mundo.
"Adriel", grita el director mientras nos dirigimos hacia dentro, su rostro iluminándose al verme. "¡Estás aquí! ¡Fantástico! Comencemos". Luego sus ojos se posan en mis acompañantes, y su mandíbula prácticamente cae. "¿Son estos tus invitados?"
"Sí", digo casualmente, aunque ya estoy preparándome para lo que viene a continuación.
"Son impresionantes", dice, todavía mirándolos. "Tienen que unirse a nosotros para la sesión de fotos de hoy. Solo unas pocas tomas. Todos parecen hechos a la medida para algunos de los nuevos diseños de Zayara".
Las mejillas de Danae se ruborizan, y puedo decir que está tanto halagada como sorprendida. "Será divertido", digo rápidamente, tratando de desviar. "Pero son solo invitados hoy".
Para mi sorpresa, Silas habla. "No, hagámoslo".
Parpadeo, volviéndome hacia él. "¿Estás hablando en serio?"
Se encoge de hombros, una pequeña sonrisa tirando de sus labios. "No veo por qué no".
El director parece como si la Navidad hubiera llegado temprano, y siento un arrebato de emoción.
Esto va a ser interesante.
"¡Muy bien entonces!" dice el director, aplaudiendo sus manos como si hubiera acertado con un tesoro. Su energía es contagiosa,

zumbando alrededor de la habitación mientras se vuelve hacia el equipo de maquillaje y vestuario reunido en un lado. "Hazlos lucir glamorosos. Comenzaremos con Adriel y la hermosa dama... prepárenlos primero".

No puedo evitar reírme al ver al equipo entrar en acción, prácticamente abalanzándose hacia nosotros. Todo es tan rápido, tan perfectamente caótico. Estoy sonriendo cuando veo a Silas siendo escoltado por un equipo de artistas y costumbristas, sus brazos cargados de polvos, pinceles y paletas. La idea de Silas, el señor Estático, sentado quieto mientras le aplican y mezclan maquillaje en su cara me produce una especie de humor loco que apenas puedo contener.

Pero mientras me dirijo hacia mi propio camerino, echo un vistazo y veo a Danae. Está sonriendo, siguiendo el juego con todo el alboroto y la emoción, pero hay algo en su expresión—un destello de nerviosismo apenas oculto bajo la superficie. Es pequeño, tan sutil, pero lo veo, y me queda conmigo mientras me dejan trabajar en mí.

El maquillaje no lleva mucho tiempo—solo unos minutos de pinchar, aplicar y mezclar, y me pongo el traje con facilidad. Antes de que me dé cuenta, estoy de pie en el escenario, esperando. Y la espera no dura mucho porque entonces ella sale.

En el momento en que Danae sale al escenario, mi mandíbula casi golpea el suelo. Mi cerebro se queda en blanco. Durante un segundo, solo puedo mirar.

Han peinado su cabello hacia arriba en un moño alto y elegante que enmarca su rostro perfectamente. Hace que sus rasgos se destaquen—sus ojos, sus pómulos, sus labios—todo simplemente resalta. Y, dios mío, el traje que le han puesto se adapta a su cuerpo

como un guante. Está en uno de sus nuevos tops cortos que cuelgan exóticamente altos, mostrando su vientre tonificado, y el par de jeans diseñados con roturas se ajustan a su cuerpo como si fueran hechos a medida para sus curvas. Es ridículo lo bien que se ve.
Para cuando logro recuperarme, ella está justo frente a mí en el escenario.
—"Adriel", dice suavemente, y hay una pequeña sonrisa jugando en sus labios. Ella sabe. Puede ver lo atónito que estoy, y claramente disfruta de ello.
—"Danae, mi dios". Su nombre sale de mi boca como una oración mientras alcanzo su mano, jalándola un poco más cerca sin pensarlo. Su piel se siente suave contra la mía.
—"¡Excelente!", grita el director desde algún lugar detrás de las cegadoras luces del escenario. Su voz corta el momento, arrastrándome de vuelta a la realidad. "¡Esa es la energía que quiero, chicos! ¡Sigan así!"
El fotógrafo se acerca, la cámara ya haciendo clic, y comienza a dar instrucciones. Me muevo automáticamente, cayendo en el ritmo, pero entonces noto algo—un ligero temblor en la mano de Danae. Es tan sutil que casi lo pierdo, pero está allí. Un pequeño, apenas perceptible temblor en sus dedos.
—"Cariño", digo, mi voz lo suficientemente baja como para que solo ella pueda escucharme.
Al principio, no responde. Sus ojos están fijos en el fotógrafo como si estuviera decidida a seguir cada instrucción al pie de la letra. Pero entonces, después de un momento, se vuelve hacia mí. Sus ojos grandes me miran, y hay algo tan dulce, tan conmovedor en la

forma en que me mira como si no estuviera segura de que realmente le esté hablando.
—"¿Estás un poco nerviosa?", pregunto, manteniendo mi tono ligero y fácil.
Ella traga saliva, sus labios se abren ligeramente antes de asentir. "Uh-huh", murmura.
—"No te preocupes", digo, jalándola un poco más cerca, lo suficiente como para que sienta mi presencia. Su cuerpo se presiona contra el mío, y por un momento, se siente como si fuéramos las únicas dos personas en la habitación. "Estoy justo aquí contigo".
En algún lugar de fondo, escucho la voz del director gritando órdenes, probablemente al fotógrafo. "¡Espero que estén capturando esto!"
Danae suelta una suave risa, el sonido alivia un poco la tensión en sus hombros. Toma la oportunidad de inclinarme, mis labios rozando su oreja. "La única razón por la que no te estoy besando en este momento es para no arruinar tu maquillaje", susurro, mi voz baja y juguetona.
Ella aprieta mi mano en respuesta. Es como si se estuviera anclando, encontrando algo de estabilidad en mí. Y no puedo resistir más—presiono un rápido beso en su cuello, solo un toque ligero, pero suficiente para hacer que se estremezca. Cuando me enderezo, vuelvo a mirarla, permitiéndome tomarla completamente.
—"¿Mejor?", pregunto, mi voz suave.
Ella asiente, sonriendo ahora, la nerviosidad desapareciendo de su rostro. Juntos, nos volvemos hacia el fotógrafo, cayendo en las poses como él nos instruye. La guío a través de ellas, manteniéndola cerca, asegurándome de que sepa que estoy allí.

Finalmente, veo a Joseph y Silas subiendo al escenario. Los trajes son perfectos. Silas está en uno de los nuevos trajes de ropa informal elegante, una camisa blanca impecable que muestra su figura y un par de pantalones ajustados. Joseph está en un traje de estilo de calle, jeans locos y un sudadero verde brillante. Tengo que darle crédito a Zayara. Ciertamente cubren todo rango y estilo con sus diseños.

Las horas se confunden en un torbellino de luces, cámaras y poses interminables. Silas, Danae y Joseph se adaptan sorprendentemente bien a la cámara, su gracia natural y sus rasgos llamativos haciéndolos favoritos instantáneos del equipo.

Joseph, siempre el perfeccionista, toma todo esto en serio, ajustando sus ángulos y pidiendo retroalimentación entre tomas. Silas, por otro lado, sorprende a todos... incluyéndome a mí. Es un natural frente a la cámara, su intensidad habitual traduciéndose en una presencia magnética que es imposible de ignorar.

—"¿Estás seguro de que no has hecho esto antes?", le pregunta el director, medio en broma pero claramente impresionado.

—"No", dice Silas simplemente, pero hay un destello de diversión en su tono.

Los veo a todos con una mezcla de orgullo y asombro. Verlos aquí, en mi mundo, compartiendo esta experiencia conmigo... es más de lo que nunca esperé.

Para cuando el director finalmente grita "¡Y corten!", estamos todos exhaustos. Silas estira sus brazos, su habitual estoicismo dando paso a un raro momento de relajación. Danae se desploma en un sofá cercano, su risa suave pero genuina. Joseph se apoya en una pared, su expresión es de satisfacción tranquila.

—"Me retracto de todo lo que he pensado sobre modelos", dice Danae, su voz juguetona pero sincera. "Este trabajo no es tan fácil como parece".
—"Ni de cerca", está de acuerdo Joseph. "Posar durante horas es un trabajo duro".
Silas asiente, su mirada encontrándose con la mía. "Has ganado tu lugar aquí, Adriel. Esto no es solo un hobby... es un trabajo real. Y eres bueno en ello".
Sus palabras me golpean en partes de mí que no había sentido en años, una oleada de realización y alegría inunda mi pecho. Durante tanto tiempo, he sentido que mi trabajo era algo separado de la familia, algo que no entendían del todo. Pero escuchar a Silas reconocerlo de esta manera...significa todo.
—Gracias—, digo, mi voz más suave de lo habitual. —Eso significa mucho para mí.
Mientras nos apelotonamos de nuevo en el coche, las luces de la ciudad brillando a nuestro alrededor, no puedo evitar sonreír para mis adentros. Compartir esta parte de mi vida con ellos, ver su sorpresa, su respeto. Es un sentimiento que guardaré durante mucho tiempo.

Capítulo Veintiocho

Joseph

La luz matutina inunda las altas ventanas de la casa de la ciudad de Adriel, proyectando un suave resplandor sobre el elegante y moderno comedor. Estoy sentado a la mesa del desayuno con los demás, y el tintineo de la cubertería y el murmullo de la conversación ligera llenan el espacio.

Mientras tomo mi café, mis pensamientos regresan al día anterior. Ver a Adriel en su elemento fue increíble. Siempre supe que era bueno en lo que hace, pero verlo trabajar, la forma en que llamaba la atención con facilidad, la forma en que se desenvolvía bajo los reflectores, me dio un nuevo nivel de aprecio por él.

También se hizo evidente que su trabajo no es para débiles.

No basta con tener talento; se necesita una enorme cantidad de habilidad, experiencia y determinación para hacer lo que él hace. Solo estar allí frente a la cámara,姿势 tras پاورپوینتión, fue agotador, y yo solo lo hice de manera casual, solo por un día. No puedo imaginar tener que hacerlo una y otra vez. Y aún más, no puedo ni empezar a imaginar cómo es en los días en que tiene que actuar, para encarnar un personaje completamente, con la cámara rodando y toda la tripulación observando cada uno de sus movimientos.

Dios sabe que me desmoronaría al instante bajo esa clase de presión. El pensamiento de performar, de ponerse allí, con tantos ojos sobre uno, me tensa el pecho solo de pensarlo. Prefiero quedarme detrás de mi escritorio.

Pero más que nada, lo que más destaca fue lo mucho que significó para él que estuviéramos allí. No fue solo otro día de trabajo para él;

era personal. Tenemos allí, compartir su mundo, incluso por unas pocas horas, significó todo. Se podía ver en la manera en que su cara se iluminaba cada vez que capturaba nuestros ojos, en la forma en que su energía parecía doblarse apenas sabía que éramos parte de ello. No es solo su trabajo; es su pasión. Y por un día, nosotros fuimos parte de ello también.

Miro alrededor de la mesa, a Silas con su habitual compostura, a Danae que suavemente se ríe de algo que Adriel acaba de decir, y a Adriel mismo, quien prácticamente brilla. Me siento tan afortunado. Agradecido. Esto no es solo una familia... es un hogar. Y yo soy parte de él.

La conversación es fácil y ligera. Danae le da envidia a Adriel sobre su colección de café excesivamente elegante que le mostró antes, y Silas escucha, una débil sonrisa en sus labios. Es raro verlo tan relajado. Adriel responde con una explicación muy quejumbrosa sobre cómo sus opciones de café son una forma de arte, y no puedo evitar reír.

De repente, Silas se vuelve hacia mí. "Verifica el correo electrónico de la oficina", dice. "Esperemos que no nos extrañen demasiado."

"Lo hago". Saco mi teléfono, sonriendo mientras desplazo por mis correos electrónicos. Todo parece bien. Nada urgente, no hay incendios que apagar.

Pero justo cuando comienzo a relajarme, una notificación aparece. Es de un sitio de noticias. Mi pulgar se detiene sobre ella un momento antes de abrirla. Y luego la veo.

Mi corazón casi se detiene. El titular es audaz e imposible de perderse:

"Sensacional cuarteto a punto de arrasar el mundo."

Debajo, hay fotos de nosotros del día anterior... entrando en el estudio, riendo, luciendo, bueno, deslumbrantes, si me permito decir.
Mi respiración se atasca en la garganta.
¿Qué demonios?
Parpadeo rápidamente, intentando darle sentido a todo. "No puede ser", murmuró bajo mi respiración.
"¿Qué es?", pregunta Silas, sus ojos agudos entrecerrados mientras captura la mirada en mi rostro.
No puedo ni pensar en las palabras adecuadas para decir.
Simplemente giro mi teléfono hacia él. Él se inclina, su ceño frunciéndose mientras lee el titular. Danae se acerca, sus ojos se ensanchan mientras absorbe las imágenes y las palabras debajo de ellas.
"¿Es real?", susurra, su voz teñida de incredulidad.
Antes de que pueda responder, la risa de Adriel corta el momento. Está en el teléfono, sonriendo de oreja a oreja. "¿De verdad? Ya publicaron el anuncio?", dice, su voz rebosante de emoción.
"Adriel", digo, gestionando para que mire. "Creo que es más que solo el anuncio."
Termina su llamada y se acerca, mirando mi teléfono. Su sonrisa solo se amplía. "Oh, wow. Estás tendiendo. Todos están hablando sobre los misteriosos y hermosos desconocidos."
Danae jadea suavemente. "¿Tendiendo? ¿Nosotros? ¿Por qué?"
Adriel se encoge de hombros, su tono ligero pero su expresión orgullosa. "Cuando personas tan apuestas como nosotros salen en pantallas, tiende a atraer la atención."
Siento una mezcla extraña de emociones... excitación, vergüenza, confusión. Nunca he sido el centro de atención de esta manera, y no

estoy seguro de cómo sentir al respecto.
Silas, siempre el pragmático, pregunta, "¿Cómo está sucediendo esto tan rápido?"
"Bienvenidos al mundo de la fama", replica Adriel suavemente. "Un chispazo, y de repente todos están observando."
Justo entonces, su teléfono vuelve a sonar. Él mira la pantalla, sonriendo. "Espera, chicos. Es mi agente."
Vemos como contesta la llamada, su rostro iluminándose casi de inmediato. "¿No? ¡Imposible! Espera, te voy a poner en altavoz. Ellos van a querer escuchar esto",dice, su emoción desbordando. Presiona un botón y coloca el teléfono en la mesa.
La voz del agente zumba a través del teléfono, con una emoción sin aliento. "Hola a todos. No van a creer esto. Esas fotos de ustedes... han ido viral. ¡Como, de la noche a la mañana viral! Las redes sociales están en modo de respuesta para intentar averiguar quiénes son todos ustedes. Zayara ya decidió lanzar la campaña antes de lo previsto debido a la cantidad de atención que están recibiendo. Y aquí está el puntal: los medios están todas las manos sobre esto. Algunos de ellos incluso quieren que Adriel, y uno de ustedes, aparezcan en su programa de entrevistas de hoy."
Las palabras caen como una onda expansiva, la habitación sumiéndose en un repentino y cargado silencio mientras todos intentamos procesar lo que acabamos de escuchar. Lancé una mirada a Silas, que está sentado rígido e inescrutable, como si estuviera tallado en piedra. Junto a él, Danae tiene los ojos muy abiertos, sus labios ligeramente separados como si no supiera si reír o entrar en pánico. ¿Y yo? Estoy en algún lugar entre el regocijo y la incredulidad, luchando por asimilar todo esto.

Adriel termina la llamada con un clic seco y satisfecho, reclinándose en su silla como si hubiera ganado la lotería. Su sonrisa es afilada, un destello de emoción centellea en sus ojos. "Bueno, superstrellas", dice, arrastrando las palabras mientras su mirada se desliza sobre nosotros, "¿qué dicen? ¿Quién viene conmigo a la entrevista?"
Nadie responde de inmediato. El silencio se estira, no incómodo, pero cargado. Puedo sentir cuánto esto significa para él, cuánto quiere que uno de nosotros comparta este momento. Y honestamente, todos sabemos quién debería ser. Quiero decir, venga - este es su momento, pero también es de ellos. Adriel y Silas. Dos hermanos entrando juntos en la luz de los focos. La idea prácticamente se escribe sola.
Silas se reclina en su asiento, los brazos cruzados sobre su pecho. Hay una sonrisa que tira de la comisura de su boca, una de esas raras que te dice que ya ha tomado una decisión. "Haremos la entrevista juntos, hermano", dice, su voz calma pero segura, como si nunca hubiera habido otra opción.
La mirada en el rostro de Adriel... es algo más. Orgullo, emoción... tal vez incluso un poco de alivio. Sea lo que sea, es cálido. Puedes sentirlo irradiando de él como una ola. Durante un segundo, simplemente asiente, como si estuviera dejando que todo se hunda. Luego aplaude sus manos. "Perfecto", dice, poniéndose de pie y sacudiendo sus jeans como si estuviera listo para conquistar el mundo.
Se vuelve hacia mí, su sonrisa suavizándose en algo más juguetón. "Tú y Danae", dice, asintiendo entre nosotros. "Deberían ir a explorar la ciudad. Estirar las piernas, tal vez visitar algunas tiendas. Hacer un día de ello".

Lanzo una mirada a Danae y siento un golpe de emoción que me recorre. "Claro", digo, intentando mantener mi voz casual aunque mi pecho sienta como si estuviera zumbando con anticipación.
Danae sonríe ante mí, sus ojos iluminándose con algo que no puedo ubicar pero ya amo. "Me voy a preparar", dice, su voz suave pero teñida de emoción mientras se pone de pie. Hay algo gracioso en la forma en que se mueve como si estuviera deslizándose en lugar de caminar. Me lanza una última mirada antes de salir, y siento que una sonrisa tira de mis labios.
Adriel y Silas ya están profundamente en algún tipo de planificación, sus voces un zumbido bajo en el fondo. Pero ¿yo? todavía estoy viendo la figura que se aleja de Danae, el pensamiento de pasar el día con ella provocando una emoción silenciosa en mi pecho.
El viaje hasta el centro comercial es cómodamente tranquilo y llegamos en pocos minutos.
La ciudad zumba con vida mientras Danae y yo entramos al centro comercial. Ella brilla, su emoción es contagiosa mientras revolotea de tienda en tienda, probándose de todo, desde elegantes vestidos hasta chaquetas casuales. La sigo, cargando bolsas y riendo sus poses exageradas en los espejos.
"Eres hermosa", digo en un momento, queriendo decir cada palabra. Ella sonríe, girando ante mí. "Casi tan hermosa como tú", dice, riendo, y su risa burbujea como música.
Seguimos caminando, dejando que el zumbido del bullicioso centro comercial llene el espacio entre nosotros. Hay algo reconfortante en el ritmo de la gente que pasa - el murmullo bajo, el clic de los pasos, las ocasionales explosiones de risa. No es un silencio incómodo; es cómodo. Ella está un paso por delante, su cabello atrapa la luz

fluorescente mientras se mueve. No digo nada porque no necesito hacerlo. Simplemente verla, estar cerca de ella, es suficiente para mí.
Entonces, algo llama mi atención, atrayendo mi enfoque como un imán. Una tienda. Lencería. No solo la clase delicada - este lugar es descaradamente audaz, vendiendo todo tipo de trajes audaces, sensuales y... cosas más로. Pero no es la tienda en sí lo que me detiene en seco. Es una pieza en particular, un conjunto candente, rojísimo, ajustado perfectamente en un maniquí. El traje es provocativo, intrincado, casi atrevido. Y en el momento en que lo veo, mi cerebro hace una cosa: lo pone en ella.
Es como si esta cosa hubiera sido hecha para Danae - confeccionada teniéndola en mente, hasta el último detalle de encaje. Estoy cimentado en el lugar, simplemente mirando.
Ella está unos pasos por delante y no lo nota al principio, pero luego se da la vuelta, sus cejas frunciéndose mientras se da cuenta de que no estoy a su lado. Su mirada pasa de mí al maniquí, y cuando capta dónde están fijos mis ojos, algo cambia en su expresión. Sus mejillas florecen con un cálido, suave rosa, y sus labios se aprietan como si intentara no sonreír.
No puedo evitarlo - una sonrisa tira de la comisura de mi boca mientras miro sus ojos. Travesura. Está escrita en mí, y no me preocupo por ocultarla. "Te verías tan bien con eso", digo.
El rubor se profundiza, inundando su rostro ahora, y sacude la cabeza casi de inmediato, sus manos viniendo como si necesitara físicamente empujar la idea lejos. "Nunca podría tomarme en serio llevando eso", dice, su tono atropellado pero aún teñido de risa.

¿Qué? Ella no puede ser seria. ¿Cómo no puede verlo? Es tan obvio que duele. Es impresionante -de manera implacable, locamente hermosa- y la idea de que no se dé cuenta de eso se siente casi ofensiva.

Sin pensar, mis pies se mueven por sí solos. En dos zancadas, estoy a su lado, mi mano atrapando su brazo. "Vamos", digo, la sonrisa extendiéndose ahora, juguetona pero insistente. "Vamos a probarlo".

"Joseph...", suspira, su tono medio reprendido, medio riendo, mientras la dirijo hacia la entrada. Su voz tiene ese timbre ligero, juguetón, casi chillón, y solo me anima más.

"Esto lo haremos", digo firmemente, sosteniendo la puerta abierta. Ella suelta un suspiro, uno de esos suspiros exasperados-pero-no-realmente, y sé que está cediendo incluso antes de que entre. Una sonrisa pequeña, sabedora, juega en sus labios, y por un momento, atrapo un destello de curiosidad en sus ojos.

Esto va a ser divertido.

La campana sobre la puerta tintinea suavemente mientras entramos en la tienda, el aire dentro cálido y ligeramente perfumado con algo floral. Es más tranquilo aquí, un contraste marcado con el zumbido del centro comercial fuera. Estanterías de lencería en todos los colores imaginables cubren las paredes, algunas audaces y fogosas, otras suaves y delicadas. Y sin embargo, mis ojos van directamente a la pieza, la que me detuvo en seco.

Danae se queda atrás, con los brazos cruzados, una mirada divertida pero escéptica en su rostro. Cree que estoy jugando, puedo decir. Pero no lo estoy. Me acerco al mostrador donde una mujer de unos treinta y cinco años, con una sonrisa cálida y gafas perched en la nariz, me saluda.

"Disculpe," digo, inclinando la cabeza hacia el maniquí. "¿Tiene ese conjunto rojo allí en su talla?" Miro hacia atrás a Danae, que observa todo el intercambio con creciente incredulidad.
La sonrisa de la mujer se amplía sabiendo que su mirada se desliza hacia Danae y vuelve a mí. "Oh, absolutamente," dice, moviéndose alrededor del mostrador. "Lo traeré para usted. ¿Qué talla estamos pensando?"
Danae se atraganta detrás de mí. "Joseph, ¡no voy a probar esto!"
Le hago un gesto con la mano, sonriendo mientras le doy a la vendedora un tamaño aproximado. Danae gime, murmurando algo bajo su respiración. Un minuto después, la mujer me entrega una bolsa con el conjunto cuidadosamente doblado en el interior y me hace un gesto hacia los probadores en la parte de atrás.
"Joseph-" Danae comienza de nuevo, pero la interrumpo con una mirada.
"Simplemente pruébatelo," digo, ofreciéndole la bolsa. "Si te gusta, nos quedaremos aquí, no es gran cosa."
Sus labios se presionan como si estuviera luchando contra todos sus instintos para discutir. Pero luego suspira, arrebata la bolsa de mi mano y se dirige hacia el probador. Observo su figura que se aleja, mi sonrisa se amplía.
Estoy apoyado contra la pared fuera del probador, deslizando distraídamente en mi teléfono cuando su voz llama suavemente, "Joseph?"
Miro hacia arriba, mi corazón salta. "¿Sí?"
"Entra por un segundo."
No vacilo. El probador es pequeño, solo hay espacio para el espejo, un pequeño banco y ella de pie en el medio. Lleva un suave albornoz

blanco atado a la cintura, sus pies desnudos asomando debajo del dobladillo.
Cierro la puerta detrás de mí, el ligero clic del cerrojo fuerte en el pequeño espacio. "¿Bien?" pregunto, apoyándome casualmente contra la pared, aunque mi pulso es cualquier cosa menos casual. "¿Vas a mostrármelo, o-"
Desata el albornoz, dejándolo caer abierto, y luego lo desliza sobre sus hombros.
El tiempo se detiene.
Sabía que iba a quedar bien, por supuesto que lo sabía, pero esto, esto es algo completamente diferente. El encaje rojo la abraza en todos los lugares adecuados, delicadas tiras que se cruzan sobre su piel suave, la tela que insinúa apenas mientras deja poco a la imaginación. Está sonrojándose, sus manos se contraen como si no supiera qué hacer con ellas, y la mirada tímida en su rostro solo hace que todo sea aún más atractivo.
"Dios mío, Danae," suspiro, mi voz baja e irregular. "Tienes un aspecto..." Me detengo, las palabras escapan de mí porque nada parece suficientemente bueno.
Ella se vuelve sobre sus pies, una suave risa escapa de sus labios. "Deja de mirarme así."
"No puedo evitarlo," digo, acercándome sin darme cuenta. Mi mano roza su brazo, y luego la atraigo hacia mí, mis labios encuentran los suyos. El beso comienza lentamente, como si estuviera tratando de saborear el momento, pero no se queda así. Se profundiza rápidamente, mis manos descansan en su cintura, luego se deslizan hacia arriba por su espalda, atrayéndola hacia mí.

Ella responde del mismo modo, sus manos se deslizan hacia arriba hasta mis hombros, sus dedos se curvan en la tela de mi camisa. Durante un momento, solo somos nosotros, no el centro comercial, no la tienda, no la realidad. Solo su calor, su aroma, los suaves ruidos que hace contra mis labios.

Pero luego se aleja, riendo suavemente, su frente descansa contra la mía. "Joseph," murmura, su voz ligera y juguetona. "Estamos en una tienda."

Gimo, rozando mi pulgar contra su mejilla. "Tienes razón. Pero, Danae..." Sonrío, mis labios rozan los suyos una última vez, "no puedo esperar para recoger esto más tarde."

Sus mejillas se sonrojan de nuevo, pero sonríe, sacudiendo la cabeza mientras se ata el albornoz de nuevo.

Salimos de la tienda, el conjunto rojo ahora cuidadosamente metido en una bolsa de compras en mi mano. El centro comercial parece más brillante de alguna manera, o tal vez soy yo. Danae camina a mi lado, su brazo rozando el mío, y está en silencio, su expresión pensativa.

Finalmente, mira hacia mí, sus ojos buscando mi rostro. "¿De verdad te gustó la forma en que se veía?"

Me detengo, girándome para enfrentarla completamente. "Más que cualquier mirada que haya visto en mi vida."

Ella sonríe suavemente, y no puedo evitarlo. Mi mano busca la suya, mis dedos se curvan alrededor de la suya mientras la atraigo suavemente hacia mí.

Mi voz baja, baja y cargada de un calor que no puedo ocultar. "Tenemos que ir a casa. Rápido. Porque no puedo dejar de pensar

en recoger donde lo dejamos en el probador." Las palabras se deslizan en un susurro apagado, cargado de intención.

Capítulo Veintinueve

Danae

Han pasado alrededor de dos semanas desde ese viaje a la ciudad. Ver cómo vive Adriel me hizo sentir como si estuviera entrando en un pedacito de su mundo que él no muestra a cualquiera. Y tener a Silas allí? Eso pareció importarle a Adriel de maneras que no necesitaba decir en voz alta. Se sintió real. Importante. Como uno de esos momentos que recuerdas y te das cuenta de que cambió algo, aunque no puedas expresarlo con palabras.

Desde entonces, las cosas han sido maravillosas. Esa es la única palabra para describirlo. He pasado más tiempo con los chicos – a veces uno a uno, otras veces todos juntos, riendo, hablando, simplemente existiendo en esta conexión hermosa que hemos construido. Cada día se siente como si se estuviera agregando una nueva capa a algo sólido e inquebrantable.

Esta noche, sin embargo, es una de esas noches individuales. Solo estoy yo y Silas. No estaba exactamente emocionado de asistir a esta gala – nunca lo está con este tipo de eventos. Estoy empezando a darme cuenta de que a Silas no le gustan mucho las salidas, especialmente las formales y llamativas donde todos hacen un espectáculo. Pero esta? Esta es importante.

Es el cumpleaños de un asociado muy influyente de los negocios de la familia Jorg.

Los candelabros brillantes encima proyectan una luz suave y dorada en el gran salón de baile, pintando la habitación con un resplandor etéreo. La risa y el suave tintineo de las copas de cristal se entrelazan con la sinfonía de música clásica interpretada por el

cuarteto de cuerdas cerca del escenario. Todo es tan familiar, este mundo de lujo, de sonrisas cuidadosamente curadas y el peso de las expectativas.

Pero esta noche es diferente.

Respiro profundamente, el olor a perfume caro y rosas frescas se mezcla con el musgo casi imperceptible de la presencia de mi pareja a mi lado. Mi mirada se desplaza hacia Silas. De pie en su traje negro ajustado, cada detalle de su apariencia es tan impecable. El corte afilado de su mandíbula, la confianza silenciosa en su postura, la fuerza tranquila con que se mueve... este hombre me quita el aliento.

Es mi pareja. Mi pareja perfecta. Mía.

Y nunca ha parecido más perfecto que ahora, su presencia es imponente pero reconfortante, como un ancla en este mar de trajes elegantes y vestidos sin espalda.

He asistido a muchas galas antes. Demasiadas para contar. Pero ninguna ha sentido como esta. Ninguna me ha hecho sentir tan completa.

Mientras Silas me guía a través de la multitud, su mano posada ligeramente pero con firmeza en mi espalda baja, una calidez tranquila brota en mi pecho. Me presenta a algunos de los invitados. Magnates de los negocios, élites políticas, personas cuyos nombres es improbable que recuerde.

Cada vez, me presenta como su prometida, y cada vez que dice la palabra, mi corazón se inflama. Hay un orgullo en su voz, un sentido de propiedad, pero también respeto. No es solo una etiqueta; es una declaración.

Atrapo un reflejo de nosotros en uno de los altos espejos que adornan las paredes. Silas, siempre compuesto, su expresión inescrutable pero cautivadora. Y yo, la omega retraída que se atrevió a ser más, de pie a su lado en un vestido esmeralda fluido que se adhiere a mi figura de la manera justa.
Juntos, nos vemos perfectos. Es divertido cómo pasan estas cosas, cómo la diosa de la luna lleva cosas como esta a suceder. Todas las peleas y discusiones, todas las veces que Silas y yo hemos estado en la garganta del otro, y sin embargo, la imagen de nosotros de pie uno al lado del otro de esta manera es una combinación perfecta.
Se inclina hacia abajo, sus labios rozan suavemente mi sien, y es como si una descarga eléctrica corriera directamente a través de mí, haciendo que los pelos de la nuca se me ericen. Su voz es más baja, íntima, como si estuviera compartiendo algún secreto destinado solo a mí. "Necesito usar el baño de caballeros," murmura, y el suave gruñido de sus palabras envía un escalofrío directo por mi columna. No es un escalofrío frío. Es el que te hace sentir cálido y sin peso al mismo tiempo, como si tu cuerpo estuviera súbitamente hiperconsciente de cada sensación.
"Estaré de vuelta en un momento," agrega, retrocediendo lo suficiente para que sus ojos se encuentren con los míos.
"Oh..." La palabra se escapa. Es un poco sin aliento, un poco suave, y de inmediato odio cómo suena, como si fuera una enamorada ebria que no sabe cómo manejar a su hombre que se aleja durante dos minutos. Pero la verdad es que lo voy a extrañar, aunque sea solo por un momento. Es extraño, irracional incluso, pero ya siento la ausencia de su presencia.

Me gusta que esté parado aquí conmigo. Me gusta cómo su voz cae cuando se inclina cerca, como si fuera un lenguaje privado que solo nosotros entendemos. Y cuando su cuerpo roza el mío, no es solo físico; es como si se estuviera incrustando en mi piel.

Parece que encuentra esto adorable porque sus labios se crispan en una sonrisa conocedora. No es una sonrisa burlona. Es algo más suave, como si estuviera divertido pero halagado por lo transparente que soy. Se mueve más cerca, y de repente, estoy apretada contra él, mi cuerpo apretado contra el calor sólido y casi abrumador de su pecho. Es mareante. El calor irradia entre nosotros, inundando mi cabeza con tantos pensamientos que no puedo aferrar a uno el tiempo suficiente para procesarlo.

Y luego lo siento. Bajo y sólido contra mí. Mis mejillas arden, y mi respiración se quiebra de una manera que me hace sentir embarazosamente obvia. No hay manera de que él no sepa lo que me está haciendo. Mi cerebro está atrapado en un bucle ahora, y casi estoy babeando con la simple idea de más.

Inclina la cabeza de nuevo, sus labios están tan cerca de mi oreja que puedo sentir el calor de su aliento, y es como si todo lo demás en la habitación desapareciera. Ahora solo somos nosotros, envueltos en esta burbuja de tensión que parece imposiblemente frágil. Su voz es aún más baja esta vez, casi un gruñido, y cada palabra aterriza como una chispa en la yesca seca. "Odio no poder llevarte conmigo allí."

Durante un segundo descarado, realmente considero la posibilidad. El pensamiento destella en mi mente como un rayo, rápido y fugaz pero lo suficientemente brillante como para dejar una impresión. Me lo imagino: siguiéndolo al baño de hombres, deslizándome en uno

de esos pequeños e incómodos cubículos, y dejándolo que me desmonte como si la decencia y las buenas maneras no existieran. Mi pulso late al simple atrevimiento de eso. Pero la realidad me saca de ahí antes de que pueda caer demasiado por ese hueco. En su lugar, muerdo mi labio inferior, lo suficientemente fuerte como para aterrarme, y fuerzo a ese pensamiento a quedarse justo donde pertenece – en el reino de las fantasías imposibles.

Me besa la mejilla, suave pero persistente como si estuviera tratando de dejar un pedazo de sí mismo detrás para retenerme. El calor de sus labios se extiende por mi piel, y juro que se siente como si mi cara estuviera en llamas. Antes de que pueda decir o hacer algo, ya ha dado la vuelta, su mano deslizándose entre las mías mientras se dirige hacia los baños.

Lo veo irse, mis ojos pegados a su figura que se aleja mientras se mueve a través del mar de invitados elegantemente vestidos. La luz tenue refleja su traje a medida, y aunque esté en medio de una multitud, él se destaca. Hay algo en la forma en que se mueve—con confianza, con propósito, como si el mundo se flexionara un poco para hacerle espacio.

Y luego desaparece, tragado por la multitud, y me quedo allí parada, mi pecho ajustado y mi cabeza mareada. Inhalar profundamente, tratando de recobrar la compostura, pero no sirve de nada. Los pensamientos traviesos que él despertó siguen zumbando en mi mente, persistentes y vívidos, y sé que voy a necesitar más que una respiración profunda para sacudirlos.

Justo cuando creo haber recuperado algo de compostura, una voz llama.

"Así que esto es lo que Silas Jorg terminó aceptando".

La voz es afilada, gélida, y chorrea desdén. Me vuelvo, sobresaltada, y me encuentro con una mujer detrás de mí. Es hermosa de una manera que siente forzada, demasiado intencional... fingida. Tiene el cabello perfectamente peinado, y el vestido parece diseñado para hacer sentir a los demás inferiores. Su maquillaje es pesado, y puedo ver solo mirándola que pasó horas aplicando capas de maquillaje para obtener este look.
Pero sus ojos. Son la cosa más real en su apariencia. El desprecio puro en sus ojos no puede ser forjado ni imitado. En sus ojos, veo odio puro.
—No puedo creerlo— sigue diciendo, su voz cortando el aire. "De todas las mujeres, él te eligió a ti. Algunos Omega recesivo que ni siquiera es de aquí".
Sus palabras me parecen una aguja hundiéndose en mí. Siento el calor de la vergüenza subiendo por mi cuello.
Okay... Respira Danae...
Miro a mi alrededor, esperando escapar de la conversación, pero antes de que pueda alejarme, su mano sale disparada y me agarra del brazo.
"Suélta mi brazo", le digo, mi voz firme a pesar del temblor que siento por dentro.
Ella se ríe, un sonido cruel, burlón. "Eres aún más débil de lo que pensaba. Es un milagro que hayas podido pasar la prueba y subir la montaña. Pero sigues siendo un Omega recesivo. No sé en qué estaba pensando Silas al rechazarme tantas veces solo para aceptar algo tan insignificante como tú".
Algo tan insignificante como tú.

Sus palabras me parecen un hierro ardiente presionado contra mi carne. Siento un nudo en mi garganta, y mis ojos brillan ligeramente.
Trato de alejarme, pero su agarre se tensa.
Los ojos comienzan a dirigirse hacia nosotros, y parece que todo el salón se vuelve completamente silencioso mientras observa cómo lucho por sacar mi brazo de su mano implacable.
La humillación es abrumadora. Quiero desaparecer, fundirme en el suelo y escapar de su mirada desdeñosa.
Tiro de mi brazo con fuerza, liberándolo de su mano. No tengo ni idea cuál es el problema de esta mujer, pero no voy a quedarme aquí y dejar que me domine.
Pero justo entonces, como si se diera cuenta de que no va a poder amedrentarme con palabras o fuerza física, cambia su línea de ataque.
Atrapo el ligero oscurecimiento de su rostro mientras comienza a liberar sus feromonas hacia mí. La maldita cosa me golpea como una ola... fuerte y sofocante. Mi cuerpo reacciona al instante, el calor pasando a través de mí como un fuego que no puedo controlar.
Libero mis propias feromonas en defensa, pero es inútil. Las suyas me superan con facilidad, y siento que mis rodillas se doblan. El salón se desdibuja a mi alrededor mientras caigo, la intensidad del calor haciendo girar mi visión.
Esto es lo que más odio ser recesivo. No puedo defenderme.
La saliva se acumula en mi boca, y lucho por tragarla de nuevo, negándole el placer de verme completamente deshecha. Vuelve a reír, el sonido desagradable, triunfante.
"Eres patética", dice con desprecio. "¿Intentando ser desafiante, eh?

Sus feromonas se intensifican, y siento que mi cuerpo tiembla sin control.
Mi orgullo, mi dignidad... todo se desliza lejos de la fuerza de su ataque. Odio esto. Odio sentirme débil, sentirme impotente.
" ¡Karen! ¡Aléjate de ella!"
La voz familiar retumba en el salón, pero resuena con una profundidad y furia que nunca antes había escuchado. La alivio me inunda mientras lo veo caminar hacia nosotros, sus ojos ardiendo de ira.
No pierde un segundo. Sus feromonas se escapan de él, cortando las de Karen como una espada. Al instante, la opresiva calor se levanta de mí. La sonrisa triunfal de Karen desaparece mientras su cuerpo reacciona a la dominancia de Silas. Se derrumba de rodillas, su faz confiada quebrándose mientras se convierte en una masa temblorosa, babeante.
Gritos de sorpresa se extienden por la multitud a medida que se desarrolla la escena, los susurros creciendo más fuerte con cada segundo que pasa. Silas se yergue sobre ella, su expresión fría, su presencia autoritaria.
El momento se estira. Es como si el tiempo se detuviera durante un momento. Silas tiene una mirada de desprecio mucho más allá de cualquier cosa que haya visto antes. Su pecho sube y baja, ojos llenos de ira mientras mira hacia abajo su figura gimiendo.
Karen rasca sus pies, su voz desesperada y suplicante. "Silas, por favor. Te necesito. Lo..." El resto de sus palabras es un confuso amasijo de calor, la visión del cual envía una extraña mezcla de emoción y algo como el miedo a través de mí. Las feromonas de

Silas son inmensamente poderosas, y hasta ahora, mientras él dirige las energías hacia Karen, está teniendo un efecto en mí también.
"Basta" , lanza, apartando su pie de su mano.
Se vuelve hacia mí, su expresión suavizándose mientras extiende su mano. Sin vacilar, alcancé la suya, y me levanta a mis pies. Su toque es tranquilizador, estabilizándome después del caos.
"Vamos a salir de aquí", murmura, su voz baja, suave. Simplemente asiento, incapaz de encontrar mi voz.
El paseo hasta casa es excruciente. Mi cuerpo arde. El calor que fluye a través de mí es casi demasiado para soportar. Trato de concentrarme en el escenario que pasa, pero todo en lo que puedo pensar es en Silas... cómo se puso de pie por mí, cómo puso a Karen en su lugar sin vacilar, cómo increíblemente poderoso se veía.
Al llegar al estado, apenas me sostengo. Silas estaciona el auto y se vuelve hacia mí. Sus ojos son tan sexys, tan intensos. No dice nada, pero yo sé que puede verlo... el deseo que me consume, la necesidad que se ha vuelto imposible de ocultar.
"Te deseo", susurro, mi voz temblando. "Te deseo ahora".
Su respuesta es inmediata. Me atrae hacia él, sus labios capturando los míos en un beso fiero, hambriento, todo consumidor.
Mis feromonas se están desbordando sin control ahora. Y sé que están teniendo un efecto en él porque me atrae hacia sí con más fuerza, mi cuerpo se mueve casi por completo fuera de mi asiento y hacia el espacio entre su asiento y el mío.
Mis manos vuelan sobre él frenéticamente, y debo ser más fuerte de lo que creo porque le arranco la camisa de dentro del esmoquin.
Él interrumpe el beso, su expresión divertida, —Alguien es una chica fogosa esta noche—.

No puedo hablar. No puedo pensar. Alcanzo su bragueta, desabrochándola en un movimiento casi desesperado. Su erección se yergue, dura y venosa ante mis ojos.
Ahora...Ahora puedo dejar que me babe...
Me sumerjo de inmediato, tomándolo todo hasta que lo siento en mi garganta. —Oh, joder...— grita mientras me empuja la cabeza hacia abajo, haciéndome quedarme allí. Mis ojos comienzan a llorar por la intensidad de todo.
Pero no puedo resistir... No puedo jugar durante mucho tiempo. Lo necesito ahora.
Me subo encima de él, tratando de subir mi vestido para tomar lo que quiero... lo que desesperadamente necesito.
Él está claramente tan impaciente como yo. Porque mientras lucho con el vestido, él lo agarra y lo rasga en dos con un solo movimiento. Grito.
No vacila, ni siquiera por un momento. Mis bragas se deslizan hacia un lado con facilidad, y él se hunde en mí, tirándome hacia abajo mientras su erección se clava en mí.
—Urrg...Joder— grito. Mis manos se desploman, golpeando la ventana de vidrio, buscando cualquier tipo de apoyo mientras Silas se empuja hacia arriba, follándome.
Por un momento, me doy cuenta de lo desnuda que estoy. Mi vestido está en jirones. —¿Qué... qué si alguien nos ve?— logro preguntar.
—No me importa un carajo. Eres mía... mi Omega... mi puta jodida...—.
Oh, Dios...Silas...

La forma en que me habla... La posesividad en su voz. Quiero ser su puta. Quiero ser propiedad suya.
Me toma como si fuera suya, como si estuviera marcada con su nombre. Pierdo mi necesidad de ser discreta. Gimo libremente... en voz alta.
—He querido rasgar ese vestido todo el noche, cariño—, dice.
Casi deseo poder decir algo a cambio. Pero no puedo. Mi boca se abre, y nada de lo que sale de ella tiene sentido.
Y entonces va más rápido, más fuerte. Miro su rostro en una mueca salvaje y furiosa.
Y entonces estoy allí.
—¡Oh! ¡Joder! ¡Silas!—.

Capítulo Treinta

Silas

Parece que el universo está haciendo todo lo posible por irritarme últimamente. Ayer fue esa maldita mujer, Karen. Simplemente no pudo resistirse a probar su locura con Danae, como si fuera culpa de Danae ser una mujer sosa y sin personalidad con la que nunca podría tener nada que ver, incluso si fuera la última mujer sobre la tierra.

Me alegra haberle dado una dosis de su propia medicina. Pero parece que el drama de la gala me ha seguido hasta mi oficina. Mis padres están aquí ahora, hablando sin parar sobre cómo he atraído una atención no deseada hacia Danae al defenderla.

El aire en mi oficina parece cerrarse sobre mí, denso... jodidamente sofocante. Y eso a pesar de que tengo la ventana completamente abierta detrás de mí. Casi aceptaría cualquier cosa en este momento, el olor de la ciudad, el olor del alcohol. Demonios, incluso me conformaría con distraerme con el olor de un maldito tubo de escape en este momento.

En su lugar, el intenso aroma del cuero viejo de los sillones y el leve rastro del perfume de mi padre dominan la habitación, envolviéndome como una soga, obligándome a concentrarme en la conversación en curso.

Estoy sentado detrás de mi escritorio, con los codos apoyados en su superficie fresca mientras mis dedos presionan mis sienes. Un dolor sordo se ha arraigado allí, haciéndose más fuerte con cada palabra que sale de la boca de mis padres. Sus voces se mezclan, agudas e insistentes, cada palabra como una aguja pinchando mi paciencia.

—Es el tema del que todos hablan ahora, Silas —dice mi madre, con ese tono que usa cuando realmente quiere que le preste atención. Sus labios están apretados, las líneas finas alrededor de su boca más pronunciadas de lo habitual. Está sentada al borde de uno de los sillones frente a mí, su postura rígida, las manos fuertemente entrelazadas en su regazo.
—Todos están hablando de ella. De ti —sus ojos color avellana, agudos y evaluadores, me miran fijamente, como si quisieran que entendiera la gravedad de sus palabras—. Algunos la elogian, sí, pero hay otros. —Deja la frase en el aire, su voz se desvanece, pero el significado es tan claro como la frustración en su expresión tensa. Los otros están destrozando a Danae. Y, honestamente, gracias a Dios por su bienestar que no lo he escuchado de primera mano.
Me recuesto en mi silla, dejando que mi cabeza descanse sobre el suave cuero mientras exhalo un aliento fuerte. —Todo esto es por la gala —murmuro, con voz baja y cortante. Incluso decir la palabra se siente como arrastrar vidrio por mi garganta. Esa noche es una nube tormentosa que se ha quedado más tiempo del debido, y mi irritación está burbujeando más cerca de la superficie con cada segundo que paso hablando y pensando en ello.
Mi padre, que hasta ahora ha estado callado, se aclara la garganta. Su tono profundo y mesurado corta el aire de la oficina como un bisturí. —Sobre eso —comienza, sus palabras deliberadas, su mirada firme. Mi padre tiene una manera de mirarte que hace que te sientas bajo un microscopio. Sus ojos grises son penetrantes, del mismo color que la sal que se cuela en su pelo de otro modo oscuro—. La familia de Karen ha solicitado formalmente una disculpa por lo sucedido en la gala.

Las palabras flotan en el aire por un momento, como esperando que las procese. Luego, antes de que pueda contenerme, una risa amarga escapa de mis labios, aguda y sin humor. —¿Una disculpa? —repito, inclinándome hacia adelante en mi silla—. Tienes que estar bromeando. No hay forma alguna de que me disculpe con ella. —Mi tono es incrédulo, mi voz sube ligeramente. Miro a mis padres, buscando alguna señal de que esto es una broma, pero sus rostros solemnes me dicen lo contrario.

—Ella fue la que comenzó —digo, mi voz se endurece mientras mi irritación se convierte en ira—. Usó sus feromonas sobre Danae primero. ¿Todos estamos olvidando convenientemente eso?

La mirada de mi madre vacila, sus labios se aprietan como si intentara contener una respuesta. Ahora parece incómoda, sus manos se tensan en su regazo. Mi padre, sin embargo, no se inmuta. Responde a mi mirada con la misma expresión calmada y firme de siempre, el tipo que te hace sentir que discutir con él es una pérdida de aliento.

—No importa quién lo haya iniciado, Silas —dice, con un tono mesurado, como si le estuviera explicando algo obvio a un niño terco —. Sabes cómo funcionan estas cosas. La familia de Karen es importante, casi tanto como la nuestra. El hecho de que hayas usado tus feromonas sobre ella, y además en un lugar público, es una ofensa grave a sus ojos. No van a dejar esto pasar.

Mi mandíbula se tensa, y puedo sentir los músculos de mis hombros contraerse por la presión. Las palabras de mi padre son lógicas, claro, pero no por eso son más fáciles de digerir. Que la familia de Karen distorsione la narrativa para pintarla como la víctima no solo es exasperante, sino predecible. Ella atacó a Danae e intentó

humillarla delante de todos, y yo intervine para protegerla. Y, de alguna manera, soy yo quien está siendo arrastrado a una patética disculpa.
—Lo están aprovechando —continúa mi padre, con una voz firme pero tranquila, como si me estuviera preparando para una negociación de negocios—. Lo están usando para tomar el control de la situación, para forzar tu mano.
Dejo escapar otro bufido, reclinándome en la silla mientras cruzo los brazos sobre el pecho.
Por supuesto que lo están.
Es la misma táctica que usaron hace unos dos años para intentar impulsar la idea de un matrimonio entre su hija y yo, aprovechando su prominencia en la ciudad. Esto solo parece un intento barato de venganza por haberlos rechazado en aquel entonces.
Antes de que pueda expresar la retahíla de argumentos que se acumulan en mi garganta, mi padre se inclina hacia adelante, apoyando sus antebrazos sobre sus rodillas. Su expresión se endurece, y sus ojos grises se clavan en los míos con una intensidad que me obliga a enderezarme en la silla. —Pero —dice, bajando ligeramente la voz— hay una manera de resolver esto. Una manera de ponerle fin a todo sin ceder a sus demandas.
Levanto una ceja, sintiendo cómo la curiosidad crece dentro de mí.
—¿Y cuál es esa manera?
Sus siguientes palabras parecen salir de la nada. —Comienza los preparativos para tu boda.
Mi primera reacción es de shock. Parpadeo, la tensión en mis hombros cediendo momentáneamente ante la incredulidad. —¿La boda? —repito, con una voz casi temblorosa mientras intento

procesar el cambio en la conversación. Es como si de repente hubiéramos salido de nuestro rumbo hacia un territorio desconocido.
—Sí —dice mi padre, con un tono inquebrantable—. Ahora mismo, la familia de Karen se siente con el derecho de exigir una disculpa porque Danae no es oficialmente parte de nuestra familia. Todavía no. Pero una vez que ustedes dos estén casados, todo cambia. Cualquier insulto hacia ella se convierte en un insulto hacia nosotros. En ese momento, pierden su ventaja.
Las palabras se van asimilando lentamente, cada una encajando como piezas de un rompecabezas que no sabía que estaba armando. La lógica es sólida, típica de mi padre, pero no es solo el aspecto estratégico lo que se arraiga en mi mente. Es la idea de casarme con Danae.
El pensamiento despierta algo en mí, algo inesperado y casi sorprendente en su intensidad. Siempre he visto el matrimonio como una obligación lejana, algo que haría eventualmente por deber más que por deseo. Pero ahora, la imagen de Danae —con su cabello cayendo por su espalda, sus ojos verdes ardiendo con esa llama silenciosa que me vuelve loco— a mi lado como mi esposa se siente bien.
Más que bien.
Puedo sentir cómo las comisuras de mis labios se elevan, una leve sonrisa dibujándose en mi rostro mientras la idea se afianza. Ya no se trata solo de quitar a mis padres de encima.
No. Casarme ahora se siente como algo que quiero hacer por mí. Por ella. Por nosotros.
—Estoy de acuerdo —digo finalmente, con una voz firme mientras sostengo la mirada de mi padre. Las palabras suenan naturales,

como si hubieran estado esperando ser pronunciadas todo este tiempo—. Comenzaré los preparativos para la boda.
Mi madre exhala audiblemente, un suspiro suave de alivio que capto incluso cuando su expresión se ablanda. No dice nada, pero la leve tensión en sus hombros se disipa. Mi padre asiente con un gesto breve, su aprobación sutil pero inconfundible.
Pero sus reacciones apenas registran en mi mente. Mis pensamientos ya están a mil kilómetros de distancia, corriendo hacia adelante mientras imagino lo que está por venir.
Danae de blanco, sus ojos fijos en los míos mientras intercambiamos votos. Su mano en la mía, firme y segura, mientras enfrentamos el mundo juntos.
La idea me llena de un sentido de propósito, una certeza que atraviesa la frustración y la irritación que aún perduran, como la luz del sol que rompe entre las nubes de tormenta.
Esto no es solo una solución al lío con la familia de Karen. Es el comienzo de algo más grande. Algo real. Algo que nunca en un millón de años hubiera esperado desear con tanta intensidad como ahora.
Me voy a casar con Danae. Mi compañera perfecta. Mi Omega. Y, maldición, estoy emocionado por ello.

Capítulo Treinta y Uno

Adriel

El aire de la boutique es cálido y fragante, llevando una mezcla sutil de cedro y tejido recién planchado. El murmullo de la conversación se mezcla con el débil zumbido de la música clásica que proviene de altavoces ocultos, creando un ambiente de lujo pero sin pretensiones. Estoy de pie en una pequeña plataforma cerca del centro de la habitación, los brazos ligeramente estirados mientras el sastre trabaja, sus manos hábiles ajustando la cinta métrica a través de mi pecho. El suave corte de las tijeras y el delicado ruido del tizón contra la tela puntuales el ritmo tranquilo y casi meditativo de la boutique.

Al otro lado de la habitación, Silas se encuentra cerca de una percha de trajes de novio, su expresión pensativa mientras desliza perchas a lo largo de la barra de metal con deliberación lenta. Sus anchos hombros están ligeramente encorvados, su ceja fruncida de una manera que sugiere tanto concentración como frustración leve.

—"¿Qué te parece este?" pregunta, su voz cortando la tranquilidad. Sostiene un traje de smoking negro con bordado de plata que traza a lo largo de las solapas en un patrón elegante y sobrio. La luz resalta en el bordado, haciéndolo brillar suavemente.

Echo un vistazo y frunzo el ceño, bajando los brazos mientras el sastre se aleja momentáneamente. "Finalmente", digo con gravedad fingida, cruzando los brazos, "mi impecable sentido de la moda está siendo apreciado".

Silas se ríe suavemente, sacudiendo la cabeza mientras coloca el traje sobre su antebrazo. "Impecable. No nos llevemos a la

exageración. Diría que es adecuado".
A pesar de la broma, hay una débil sonrisa tirando de sus labios, y por un breve momento, la leve frustración que pesaba sobre sus hombros parece aliviar. Es un espectáculo que hace que mi ánimo se eleve, ver a Silas aquí nervioso por elegir un traje para la boda. Es un momento casi adorable.
El momento se estrella cuando algo- o más bien, alguien-fuera de la ventana atrae mi atención. Un agudo golpe de reconocimiento me atraviesa, y mi buen humor desaparece como la niebla bajo el sol caliente.
Karen. Su cabello rubio distintivo, peinado a la perfección, brilla bajo la luz apagada de la tarde nublada. Avanza por la calle con su aire habitual de superioridad, su abrigo con corte especial ondeando ligeramente detrás de ella.
"Silas", murmuro, empujándolo con el codo. "¿No es Karen?"
Sigue mi mirada, y su expresión cambia por completo. Sus hombros se tensan, su mandíbula se tensa y la débil sonrisa que llevaba desaparece por completo. "Es ella", confirma, su voz cayendo en un tono bajo y peligroso. Su mano se cierra alrededor del gancho que todavía está sosteniendo, el metal crujiendo ligeramente bajo la presión.
"La Omega que intentó humillar a Danae en el gala", continúa, su voz afilada y cortante.
Su ira es palpable, pero se ve templada por la satisfacción a medida que agrega, "Se sintió bien ponerla en su lugar esa noche. No tenía derecho a ir después de Danae así".
Mis labios se curvan en una sonrisa que es igual de perversa y desafiante. "No sé si confío en ti para manejar a alguien como ella,

hermano. Tal vez debería ir a saludarla".
Silas alza una ceja, su boca curvándose en una sonrisa cautelosa. "Adriel", dice, su tono a la vez divertido y exasperado, "sabes tan bien como yo que si haces algo, mamá y papá tendrán tu cabeza".
Me encojo de hombros, ya bajando de la plataforma. "¿Cuándo me ha detenido eso?"
Se ríe suavemente, sacudiendo la cabeza mientras avanzo hacia la puerta. "No hagas nada que yo no haría. En realidad, corrígeme- no hagas nada de lo que yo haría, tampoco".
El aire frío me muerde la piel en el momento en que salgo afuera, afilado y tonificante contra el calor de la boutique. Veo a Karen doblando una esquina, el taconeo de sus zapatos audible en la vereda, incluso desde la distancia. Entra en una tienda de joyería, y la sigo, manteniendo un ritmo pausado como si fuera un cliente más.
La tienda es pequeña pero lujosa, con vitrinas brillantes que cubren las paredes y el aroma del madera pulida y perfume caro flotando en el aire. Karen está en el mostrador, inclinándose ligeramente mientras examina una bandeja de collares de diamantes. No me ve al principio, pero en cuanto me acerco, sus ojos caen sobre mí.
Su expresión cambia por completo en un instante, el ángulo altanero de la barbilla cediendo a una sonrisa amplia y casi depredadora. "¿Adriel? ¿Adriel Jorg?" exclama, su voz más aguda de lo normal, goteando de una dulzura forzada.
Avanza hacia mí, sus caderas balanceándose en arcos exagerados, sus tacones diseñados chocando suavemente contra el suelo de mármol. Su sonrisa es amplia, oído a oído, sus dientes imposiblemente blancos, y puedo decir que cree que está irradiando

encanto. Para mí, no es más que una máscara fina, frágil y enteramente poco convincente.
"Es tan bueno verte", continúa, su voz elevándose. "Casi nunca estás en la ciudad. Empecé a pensar que te había olvidado de todos nosotros, poca gente.
Antes de que pueda responder, coloca una mano en mi pecho, sus uñas manicuradas tocando suavemente la tela de mi camisa. El gesto es presuntuoso y enteramente desagradable, y una ola de aversión ronda por mí.
"Espero", agrega, bajando la voz y mordiéndose el labio en lo que ella seguramente cree que es un gesto seductor, "que ahora que estás aquí, podamos conocernos mejor".
¿Está... coqueteando conmigo?
El pensamiento es tan absurdo, tan patéticamente ridículo, que no puedo evitar la débil sonrisa que se desliza en mi rostro. Inclinando la cabeza ligeramente, permito que un latido de silencio se extienda entre nosotros antes de responder. "Oh, ya sé mucho sobre ti, Karen", digo, mi voz tan suave como el interior de seda de las vitrinas de joyas que nos rodean.
En un segundo, su sonrisa vacila, pero ella se recupera rápidamente, su cara volviendo a esa compostura practicada que viste. Sus ojos brillan, si bien no puedo decir si es confianza o desesperación brillando allí.
"Esperemos que sean cosas buenas", dice, acercándose más. Su perfume me envuelve como una serpiente.
"Oh, las mejores cosas", respondo, dejando que el humor del momento se deslice en mi tono. Es casi gracioso lo cerca que está de mí ahora- casi porque la proximidad está haciendo que mi piel

piquique. Está invadiendo mi espacio como si pensara que este es su momento para brillar.
"De hecho", continúo, permitiendo que mi sonrisa asome, "has estado siendo la comidilla de la ciudad últimamente. Oí que causaste un pequeño drama en el gala recientemente".
Su reacción es inmediata. Se aleja como si la hubiera abofeteado, su cara una extraña mezcla de ira enrojecida y fugaz vergüenza. Pero Karen, siendo Karen, se recupera rápidamente. Endereza la postura, la barbilla se inclina hacia arriba apenas, e inhala profundamente como preparándose para la batalla. "Lo que hizo tu hermano fue grosero e inaceptable", estalla. Su voz goteaba de una arrogancia tan afilada que podría cortarme con ella.
La visión de ella de esta manera me divierte y siento una burbuja de risa que sube en mi interior, amenazando con desbordarse. Me la contengo apenas, porque la situación es ya lo suficientemente absurda sin que me dé un ataque de histeria. "Bueno", digo, retrocediendo con indiferencia, "podríamos discutir que lo que hiciste fue grosero e inaceptable".
Ella se burla, el sonido es agudo y despectivo. "Por supuesto, defiendes a tu hermano".
Ahora es mi turno de acercarme, cerrando la distancia que ella acaba de poner entre nosotros. Mi voz baja, cargada de un desprecio que no me molesto en ocultar. "No solo mi hermano", digo, las palabras deliberadas, cargadas de significado. "Mi mujer, también".
Sus ojos se ensanchan al escuchar esto, la comprensión despunta en ella lentamente, y luego su rostro se tuerce en algo feo, algo furioso. "Los chicos Jorg deben haber perdido la cabeza", escupe, su voz

temblando de incredulidad. "Ambos eligiendo a esa cosa débil sobre una Omega como yo".
Las palabras me golpean como uñas en una pizarra, irritantes, enfurecedoras. "Su nombre es Danae", digo, mi voz firme y fría. "Y no es débil".
Los ojos de Karen parpadean, pero no la dejo interrumpir. "Es fuerte", sigo, mis palabras llegando más rápido ahora, más afiladas. "Fuerte como para dejar su hogar, su ciudad y venir aquí a enfrentar nuestras tradiciones, nuestros rituales, sin pestañear. Y pasó, Karen. Pasó sin un solo tropiezo. ¿Y tú? Tú no pudiste durar cinco minutos sin romper una uña o llorar para llamar la atención. Y no nos molestemos en hablar de cómo ha tenido que lidiar con zorras desesperadas y delirantes como tú".
Ella jadea, el sonido agudo e indignado, pero no he terminado. "Es una mujer con verdadero carácter, lo que es más de lo que puedo decir de ti. Has estado babeando detrás de cada Alpha de alto perfil que has podido acercarte, arrojándote a ellos, solo para ser rechazada una y otra vez. Es patético, Karen. Eres patética".
"¿Cómo te atreves?" grita, su voz lo suficientemente alta como para hacer girar cabezas. Alrededor de nosotros, la tienda de joyería cae en un silencio incómodo, los demás clientes y empleados congelados, sin saber dónde mirar.
Me acerco, mi voz baja. "Danae es más mujer de lo que tú llegarás a ser", digo, cada palabra medida. "Esa es la razón por la que tiene mi corazón. Esa es la razón por la que tiene el corazón de mi hermano. Y si tratas de hacer la misma jugada que hiciste en la gala de nuevo... lo que Silas hizo se sentirá como una picadura de pulga en comparación con lo que haré".

Sus ojos se ensanchan, vidriosos de lágrimas no derramadas, y por un momento, creo que podría realmente romperse. Pero no espero para ver. Mantengo su mirada durante un latido más, asegurándome de que mis palabras se hundan, luego sonrío mientras doblo la cintura y salgo de la tienda. Déjala que se cocine. Déjala que piense en esto. Porque esto... esto es la última vez que voy a malgastar mi aliento con Karen.

Cuando regreso a la boutique, Silas se apoya en el mostrador, con una mirada de saber en su rostro. "La madre y el padre te van a matar", comenta, su tono ligero pero teñido de diversión.

Me encojo de hombros, sonriendo mientras ajusto mis puños. "Déjalos que lo intenten".

El viaje de regreso a la finca está lleno de banter ligero, Silas sacudiendo la cabeza y riendo mientras le cuento el pobre espectáculo de Karen. "Eres increíble", dice, su tono exasperado pero afectuoso.

"Por supuesto que lo soy", respondo suavemente. "Alguien tiene que mantener las cosas interesantes".

Cuando llegamos al acceso de la finca, el momento de ligereza termina abruptamente. El segundo en que salgo del auto, escucho la voz de mi madre, aguda y acusadora. "¡Adriel Jorg!"

Me doy vuelta para verla marchando hacia mí, su rostro una máscara de furia, con mi padre siguiendo de cerca. Me pongo la sonrisa más encantadora. "Querida madre", digo, extendiendo los brazos. "¿Qué parece ser el problema?"

"¡No juegues conmigo!" chasquea. "Acabamos de recibir una llamada de la familia Kross exigiendo una disculpa. ¿Qué le dijiste a esa chica?"

"Oh, no mucho", respondo, mi tono alegre. "Solo algunas verdades duras".
Mi padre se adelanta, su expresión severa. "Adriel, sabes que ese comportamiento es inaceptable. Debes enviar una disculpa de inmediato".
Me cruzo de brazos, mi mandíbula apretada. "Con todo el respeto, padre, solo estaba defendiendo a Danae. Al igual que Silas hizo".
"Silas tiene derecho a defenderla", contrapone. "Ella es su compañera. Parte de su familia. Tú, por otro lado..."
"Pienso ser parte de su familia", corto, mi voz firme e inquebrantable.
Mis padres intercambian una mirada, momentáneamente atrapados fuera de guardia. La voz de mi madre se suaviza. "¿...vas a casarte?"
Asiento, una sonrisa genuina tirando de mis labios. "Si ella me lo permite, sí".
Madre y padre intercambian una mirada, sus rostros una mezcla de confusión y curiosidad cautelosa. Casi es divertido, la forma en que sus emociones se sientan tan claramente entre ellos: alivio y alegría de que me esté estableciendo, enredados con un destello de desaprobación parental por mi reciente comportamiento. Están complacidos, pero no están listos para dejarme libre por lo que le dije a Karen.
Me cruzo de brazos con suavidad, dejando que mis hombros se relajen. Ya conozco mi postura y es sólida. "Si soy parte de una familia con Danae", comienzo, mi tono calmado, "eso la hace mi familia. Y no tengo que disculparme por defender a un miembro de mi familia, ¿verdad, padre?"

La mirada de padre se encuentra con la mía, sus cejas ceñudas mientras considera mis palabras. No se apresura a responder, pero puedo ver los engranajes girando detrás de su expresión medida.
"Sí", dice finalmente, arrastrando la palabra. "Técnicamente".
"Entonces no me disculparé con Karen", digo, una pequeña sonrisa casi ingenua jugando en mis labios.
Madre exhala bruscamente, ya sea por frustración o incredulidad. No puedo decidir exactamente. Los ojos de padre se entrecierran justo lo suficiente como para hacerme preguntar si está buscando una discusión. Pero no hay una, no una que aguantaría, de cualquier manera.
El aire se siente quieto por un momento, como si ambos estuvieran esperando que agregue algo. Pero me quedo en silencio.
Padre es el primero en romper el silencio. "No deberías haber acosado a esa joven, Adriel". Su voz lleva la severidad de una regañina, pero hay una notable suavidad ahora.
"No la acosé, padre", respondo, manteniendo mi voz medida. "Solo usé un par de palabras".
Madre exhala, un ligero movimiento de cabeza mientras encuentra su voz de nuevo. "Sabes que estas cosas causan problemas, Adriel. Deberías haberla dejado en paz".
Asiento lentamente, entendiendo a lo que se refiere, pero no hay remordimiento en mi mente. Sé muy bien que cosas así agitan el estanque, llaman la atención. Pero encendería mil fuegos si eso significara pararme por Danae.
La expresión de mi padre se suaviza aún más, las líneas de preocupación en su rostro se alisan a medida que se acerca a mí. — Hablando en voz baja, menos de censura y más de entendimiento—.

"Así que, Adriel... ¿Estás realmente decidido a formar una unidad familiar con ella? ¿Con tu hermano?"
Mantengo su mirada, sin titubear, porque la respuesta es tan clara como el aire que estoy respirando. "Lo estoy, padre."
Su rostro se transforma, una sonrisa se extiende por él —cálida, orgullosa—. Posa una mano en mi hombro, su agarre firme.
Mi madre se acerca ahora, su reserva anterior reemplazada por algo más brillante, más radiante. "¿Y Joseph?" pregunta, sus ojos iluminados. "¿También formará parte de esta unidad?"
No puedo evitar sonreír ante su entusiasmo. "Sí, madre."
Ella se lleva una mano al pecho, sus ojos brillan con emoción. "Ustedes tres chicos unidos de esta manera..." Su voz vacila ligeramente, pero la recupera, su sonrisa crece más amplia. "Es hermoso."
Sus palabras flotan en el aire. No es solo una aprobación, es una bendición. Y mientras estoy allí, mirándolos a ambos, me doy cuenta de que este momento marca algo más. Un comienzo.
Más tarde esa noche, me encuentro de pie afuera de la habitación de Danae. Llamo suavemente antes de entrar. Ella está sentada en su cama, su postura relajada, pero sus ojos están lejanos. Ella alza la vista cuando entro, ofreciéndome una pequeña sonrisa de bienvenida.
Me acerco, me siento en el borde de la cama. "Escuché lo que pasó en la gala", digo suavemente. "Lo siento que hayas tenido que pasar por eso."
Ella sacude la cabeza, su sonrisa se vuelve nostálgica. "No importa. No me siento mal por eso."

Sus palabras me pillan desprevenido, y alzo una ceja. Ella continúa, su voz reflexiva. "En mi ciudad, nunca me trataron así. Pero eso es porque siempre estaba con Leila Kaye."

El nombre me sacude algo en la memoria. Sé quién es. Leila Kaye... la Omega con feromonas tan poderosas que una vez se consideró insuperable, hasta la aparición del Lobo Blanco.

Danae sigue, su tono casual pero teñido de tristeza. "Nadie se metía conmigo porque sabían que Leila me convertiría en un desastre babeante si me miraban mal. Esta fue la primera vez que alguien intentó acosarme. Pero está bien. Estoy acostumbrada a que la gente no me agrade."

Sus palabras me golpean como un golpe en el pecho. Extiendo la mano, tomo la suya. "Danae", digo, mi voz baja pero firme. "Ahora tienes a nosotros. A mí, a Silas, a Joseph. Te protegeremos. Prometo, nadie te lastimará nunca más."

Ella encuentra mi mirada, su rostro brilla con gratitud. "Gracias", susurra.

En ese momento, sé con absoluta certeza que mis palabras son más que una simple promesa. Son un voto. Haría cualquier cosa para mantenerla a salvo. Cualquier cosa.

Capítulo Treinta y Dos

José

La oficina es un torbellino de actividad incesante, una cacofonía abrumadora de teléfonos que suenan, papeles que se arrugan y pasos apresurados. El olor a café se mezcla con el leve toque metálico del tinte de una impresora cercana. Mi escritorio, un campo de batalla de archivos abiertos, notas dispersas y bolígrafos medio vacíos, soporta el peso de esta caótica actividad. Sin embargo, a pesar del torbellino que me rodea, mantengo un control férreo sobre mi compostura, sujetando el teléfono con una mano y presionando mis dedos contra mi sien con la otra, intentando alejar el comienzo de un dolor de cabeza.

"Sí, señor Gilmore", digo, manteniendo un tono medido y profesional, aunque mi paciencia se desgasta con cada segundo que pasa. "La suite está reservada y he asegurado personalmente que cumpla con sus expectativas. La familia Jorg no escatima gastos, especialmente para una ocasión de esta magnitud".

El señor Gilmore se queja sobre sus requisitos específicos — ropa de cama extra, una botella de champán importado, un tipo específico de almohada — y yo respondo con precisión automática, mi enfoque ya desplazándose hacia la siguiente tarea. Esta semana ha sido una prueba interminable de logística, una maratón agotadora de coordinar arreglos de viaje, finalizar listas de invitados y asegurar la ejecución sin problemas de lo que promete ser el evento más grandioso del año: la boda. Sin embargo, debajo del estrés creciente hay una emoción indiscutible, un zumbido silencioso de entusiasmo que me impulsa hacia adelante.

La llamada termina y exhalo bruscamente, mirando el reloj. No hay descanso para los agotados. Toco mi teléfono de nuevo, esta vez marcando el número de los padres de Danae. La línea apenas suena antes de que la voz de su madre responda, cálida y efusiva.
"¡Señor Cane! ¡Qué gusto oír de usted!", dice, su tono rebosante de anticipación.
Me sorprende sonriendo a pesar de mi agotamiento. "Buenas noches, señora Walker. Quería confirmar sus arreglos de viaje. La boda es solo dentro de dos semanas y hemos hecho todos los preparativos necesarios para su llegada".
Su risa es ligera y genuina, el tipo de sonido que podría levantar incluso los corazones más pesados. "¡Oh, estamos tan emocionados! La felicidad de Danae es todo para nosotros. Esta boda... es como un sueño hecho realidad".
Sus palabras resuenan, tocando una cuerda profunda dentro de mí. Logro una respuesta educada antes de terminar la llamada, pero el peso de su sinceridad permanece.
Dos semanas. En solo catorce días, Danae se convertirá oficialmente en parte de la familia Jorg. El pensamiento me llena de una extraña mezcla de orgullo y incredulidad. Por todos los planes meticulosos, las hojas de cálculo y las noches sin dormir, esto no es solo un evento — es una unión, una fusión de vidas y legados.
Empujo mi silla hacia atrás y me pongo de pie, estirando mis músculos tensos. La oficina se siente sofocante, las paredes presionando hacia adentro como las páginas de un calendario demasiado lleno.
Necesito un momento para respirar, para escapar del peso abrumador de mis responsabilidades. Al salir al pasillo, el zumbido

apagado de la actividad dentro de la finca me saluda. Las criadas se mueven en silencio, limpiando fijaciones ornamentales mientras el eco distante de pasos resuena desde los pisos superiores.
Me dirijo hacia la cocina, buscando refugio en su calidez silenciosa, pero mis pasos se detienen cuando una figura familiar emerge de un pasillo adyacente. Danae.
Ella me ve y su sonrisa florece, suave y genuina, como los primeros rayos de sol que atraviesan un cielo nublado. Es una sonrisa que tiene la capacidad de desarmarme incluso en los días más ajetreados. Durante un momento, el caos de mi día se desvanece, reemplazado por una sensación de calma que solo su presencia parece traer.
"José", me saluda, su voz cálida y llena de preocupación. "Ha estado trabajando tan duro. ¿Está aguantando?"
Me río, pasando una mano por mi cabello en un gesto de derrota fingida. "Creo que he envejecido una década esta semana sola, pero estoy sobreviviendo. La verdadera pregunta es, ¿cómo está aguantando? La boda prácticamente está llamando a la puerta".
Ella exhala suavemente, su sonrisa ensanchándose. "Estoy feliz", dice simplemente, su voz teñida de una sinceridad casi melancólica. "Nunca pensé que estaría aquí, casándome con una familia como esta. Significa todo para mí — hacer que mis padres se sientan orgullosos, encontrar un lugar donde realmente pertenezco".
Sus palabras son como una melodía suave, hermosa pero inquietante. Debería sentirme gratificado por su felicidad, pero hay algo en su tono que me hace vacilar. Una corriente sutil de deber, de expectativa que despierta una inquietud que no puedo nombrar.
Hacer que mis padres se sientan orgullosos.

La frase se repite en mi mente como una estrofa inquietante. ¿Es eso lo que esto significa para ella? ¿Un cumplimiento de obligaciones? ¿Un capítulo en un libro escrito por alguien más? Estudio su rostro, buscando cualquier rastro de duda o vacilación, pero solo encuentro sinceridad. Sin embargo, el pensamiento me roe, un susurro persistente en la parte posterior de mi mente. Quiero preguntarle, profundizar en sus sentimientos, pero el momento se rompe con el insistente zumbido de mi teléfono. Miro la pantalla, irritación centelleando en mis facciones mientras respondo, "José Cane".

"Señor Cane, soy la casa de seguridad", la voz al otro lado de la línea me informa. "La primera ola de invitados ha llegado".

Suspiro, mi atención volviendo a la realidad. "Entendido. Estaré allí en breve".

Me doy la vuelta hacia Danae, ofreciéndole una sonrisa apologetic. "El deber llama. La familia extendida está empezando a llegar".

Ella asiente, su mirada firme y comprensiva. "Vaya. Están esperándolo".

El gran vestíbulo de la finca es un enjambre de actividad, el aire vibrando con la energía de los invitados que llegan. El equipaje es transportado por el personal y el murmullo de parientes lejanos llena el espacio. Pongo una sonrisa educada, saludando a cada recién llegado con la calidez práctica de un anfitrión consumado, pero mis pensamientos permanecen ligados a Danae.

Para cuando salgo afuera para un momento de respiro, el sol ha desaparecido por debajo del horizonte, pintando el cielo en tonos de índigo profundo. El aire fresco de la tarde es un bálsamo bienvenido contra mis pensamientos calenturientos. Me apoyo en la

balaustrada, mirando hacia los terrenos de la finca, y dejo que mi mente vague.
Las palabras de Danae resuenan en el silencio tranquilo.
Hacer que mis padres se sientan orgullosos.
No puedo sacudir la sensación de que hay más detrás de esas palabras, capas de emoción que no ha compartido. Pienso en su sonrisa, tan radiante y desprotegida, pero teñida de una fragilidad que me inquieta.
Espero que realmente esté feliz. Espero que esto no sea solo sobre el deber para ella.

Capítulo Treinta y Tres

Danae

El silencio de mi habitación se rompe con la risa de Leila. Es tan contagiosa que me encuentro riendo solo al escucharla. Su voz es tan brillante y vivaz como la he escuchado alguna vez, y me llena el corazón de calor saber lo sinceramente emocionada que está por mí. Literalmente irradia de cada palabra que pronuncia cuando cruza por el teléfono.

Estoy estirada en mi cama, mirando el techo, dejando que sus palabras me envuelvan.

—"No puedo creerlo, Danae", dice, su tono lleno de excitación adolescente. "¡Te vas a casar! Como la boda de cuento de hadas que siempre has soñado. ¡Esto va a suceder!"

Mi sonrisa es tan amplia que me duele la cara, las comisuras de mis labios se mueven hacia arriba de forma incontrolable. "Lo sé, Leila. Todavía me siento como si estuviera soñando. Dentro de dos semanas... tendré tres hombres a quienes llamaría maridos".

— "Nah", se burla. "Siempre serás mi Danae primero".

—"Siempre", digo, y la palabra corta lleva más significado del que transmite. Mi mente se aferra a una profunda gratitud, por Leila, por nuestra amistad. Estoy más allá de agradecida de poder compartir este momento con ella, la única amiga que he tenido toda mi vida que ha estado conmigo y me ha defendido a través de todo lo que he superado.

—"No puedo esperar para ver cómo te verás en tu vestido de novia", su voz vuelve, tomando un extremo adicional de emoción.

Me río suavemente, el calor burbujeando en mi pecho. "Espero no tener que preocuparme por meter una barriga de bebé en el vestido, como tú. Me quedaría ajustada como un guante".
Barriga de bebé.
Lo dice ligeramente, la palabra simplemente pasando en la mezcla de todo lo que dijo, pero se arraiga en mi mente al instante, haciéndome consciente.
Tomé un analgésico para un pequeño dolor de cabeza hace dos días. Además, he estado comiendo mucho más de lo normal.
Normalmente solo como comidas, pero en los últimos días, me he encontrado a mí misma merodeando, tanto que incluso he ido a la cocina para conseguir algunos snacks.
Luego está el hecho de que no he sido exactamente la persona más cuidadosa últimamente. Maldición, tampoco lo han sido los chicos.
Los recuerdos de las miradas en sus caras mientras me anudaban hacen que mis cosas internas se estremezcan, pero más allá del destello de necesidad que el pensamiento me provoca, hay otro pensamiento. Uno más serio.
No hemos estado usando ninguna protección.
Me siento erguida, la sangre drenando de mi rostro. "Uh, Leila, te llamaré en un segundo, ¿ok?"
— "¿Qué? ¿Por qué?" Su voz está llena de curiosidad.
—"Necesito... necesito comprobar algo. Te llamaré luego."
Cuelgo antes de que pueda hacer otra pregunta, mis manos temblando ligeramente.
Necesito saber, y necesito saber ahora.
Hay una sola manera de saber.

Salgo de mi habitación y llamo a una de las criadas. Ella da un paso hacia mí en un latido. "¿Puedes conseguirme una prueba de embarazo? Por favor. Rápido".
La criada me mira, sorprendida, pero asiente y se apresura. Cada segundo que está ausente se siente como una eternidad.
Cuando regresa, me entrega el kit sin decir palabra, sus ojos curiosos pero educados. Farfullo un rápido "gracias" y me retiro al baño, cerrando la puerta detrás de mí.
La prueba se siente como si tardara para siempre. Me siento en el borde de la bañera, mirando la pequeña varita en el mostrador. Mi corazón late, cada latido un tambor ensordecedor en mis oídos.
Entonces aparece.
Dos líneas.
Embarazada.
—"Ay, caramba", susurro, mi mano volando hacia mi boca. Mi pecho se tensa mientras mis emociones se desbordan en una tormenta caótica.
¿Voy a ser mamá?
La ola de emociones contradictorias que me golpea es diferente a cualquier cosa que haya experimentado. Hay miedo en ella, un tipo de reconocimiento de la seriedad de esta situación. También hay emoción, un arrebato que no puedo sacudir que me hace casi atolondrada. Hay ansiedad. Es todo tan abrumador.
Estoy embarazada.
El pensamiento me aterra, pero también me hace hinchar el corazón. Me imagino la mirada en la cara de Joseph cuando se lo diga. Me imagino las manos de Adriel en mi barriga. La naturaleza tranquila y protectora de Silas se vuelve aún más feroz.

Necesito decírselo.
Salgo corriendo del baño, la prueba aún aferrada en mi mano. Mis pasos son rápidos mientras me dirijo hacia la oficina de Silas, pero cuando llego, la habitación está vacía.
—"¿Dónde está?" murmuro para mí misma.
Una de las criadas pasa por ahí, y la detengo. "¿Sabe dónde está Silas?"
Se detiene. "Hay una reunión en el salón cerca. El señor Silas y el señor Adriel están allí junto con todos los demás miembros de la familia que han llegado a la finca, Señorita".
Asiento, murmurando mi agradecimiento, y me dirijo hacia el salón. Mis pasos eco en el corredor, y mientras me acerco, escucho voces. Son bajas al principio, luego más claras mientras me acerco a la puerta ligeramente abierta.
—"... ensuciar nuestra piscina genética", dice un hombre mayor, su voz llena de desdén. "Nuestros antepasados trabajaron incansablemente para mantener nuestra línea de sangre pura, fuerte. Y ahora, mira dónde estamos".
Me congelo justo afuera de la puerta, mi respiración atrapada.
—"Silas podría haber tenido lo mejor, lo más fuerte de los Omegas", continúa el hombre. "Pero en vez de eso, eligió... algo Recessivo. ¿Sabemos siquiera si es capaz de parir? Y la vergüenza. Si hubiera elegido una pareja adecuada, tal vez no habría sido humillada en la gala por otro Omega... un Omega mejor, por cierto".
Mis ojos parpadean rápidamente. Las palabras me cortan como cuchillos, cambiando mi estado de ánimo completamente. Mi garganta se tensa mientras escucho murmuros de acuerdo que recorren la habitación.

Puedo escuchar cada una de sus voces, y está claro para mí que lo que el hablante acaba de decir no es impopular. Es doloroso pensar que detrás de esta puerta hay una habitación llena de suegros que me ven como una mancha en su nombre. Un borrón. Un defecto.
Pero hay una débil parte de esperanza en mí que se niega a morir. Silas está dentro, y Adriel también. Ellos me conocen. Se preocupan por mí. Me defenderán, estoy segura de esto.
Me acerco la oreja a la puerta con más fuerza, esperando escuchar sus voces. Esperando escucharlos retorcer, discordar, decirle a todos en esa habitación que no me conocen y que soy más que simplemente el desperdicio de tiempo que me han desechado.
Los segundos transcurren...
Pero no hay nada.
Ni una sola palabra.
Aprieto mis oídos con más fuerza contra la puerta de madera, como si estuviera obligando a que algo, cualquier cosa, llegara a mis oídos. Pero nada sale.
—¿También creen que soy una mancha en su nombre?
El silencio me despedaza.
Se me llenan los ojos de lágrimas y ya no puedo más. Me doy la vuelta y corro, mi corazón se hace pedazos con cada paso.
Irumpo en la habitación, luchando por contener mis sollozos. Las palabras repican una y otra vez en mi cabeza.
—Mancha en el grupo sanguíneo.
—Cosaaltungslowsemiproduct.
No puedo quedarme aquí. No puedo respirar aquí.
No sé por qué me permití creer, ni por un segundo, que un cuento de hadas podía ser real. Que alguien como yo podía pertenecer a

una historia en la que el amor lo conquista todo.
Están en esa habitación. Silas y Adriel. Lo sé. Sin embargo, cuando llegó el momento, cuando se necesitaban palabras, no hubo nada. Silencio aplastante, ensordecedor.
Ninguno de ellos habló. Ni para defenderme. Ni para defender lo que hemos construido, o lo que pensaba que estábamos construyendo. Porque en el fondo, están de acuerdo.
—Quizás Joseph también.
El pensamiento me atraviesa como una cuchilla. Joseph, con toda su fuerza silenciosa y la forma en que me mira como si significara algo. Quizás eso también fue una mentira. Quizás he estado mintiendo todo este tiempo.
El dolor me golpea con la fuerza de una ola, arrastrándome hacia abajo, tragándome entera. Jadeo buscando aire, pero no hay nada, solo esta verdad sofocante. Nunca podré ser lo suficientemente buena para ellos. No importa lo que haya hecho, no importa cuánto me haya esforzado por demostrar mi valía, siempre seré la outsider. La mancha en su nombre familiar.
Y ahora, estoy cargando con su hijo.
Mi mano tiembla mientras mi mano roza mi estómago, la realidad pesa más que nunca. Este niño es parte de ellos, parte de su legado, y sin embargo, no soy nada. Menos que nada. Una marca de desgracia en sus ojos.
Pensé que el amor podría ser suficiente. Pensé que podía ser suficiente. Pero los cuentos de hadas no son reales, y no sé qué hacer ahora.
Arrojo mi maleta, sollozando mientras empujo ropa adentro. Cojo cualquier cosa que puedo alcanzar, sin importarme si está empacada

con pulcritud.
Cojo mi teléfono y llamo a Leila.
—¿Danae? - me contesta de inmediato. Estoy perdiendo la batalla de tratar de aferrarme a algún trozo de compostura porque, antes de que pueda decir algo, pregunta. —¿Qué pasa?
—Necesito irme - tartamudeo. —Necesito venir a casa. ¡Ahora!
—Espera, ¿qué pasó? ¡Háblame!
—No puedo - sollozo. —Simplemente necesito salir de aquí. Quiero venir a casa. ¡Ahora!
Leila está callada por un momento. Luego, su voz se suaviza. Ella me conoce lo suficientemente bien como para saber que estoy en una crisis al pedirle esto. —Está bien. Ve al aeropuerto. Dirígete a la sección de aviones privados. Ryan tendrá listo un avión para ti, sin importar qué. Simplemente respira, ¿de acuerdo?
Asiento, aunque no puede verme. —Gracias.
Cuelgo, cojo mis maletas y salgo corriendo de la habitación. El aire afuera se siente frío en mi cara manchada de lágrimas mientras le hago una señal al chofer que se encuentra cerca de la entrada.
—Llévame al aeropuerto - le exijo, mi voz quebrada.
El chofer se ve sorprendido, pero justo antes de que pueda responder, Joseph sale de las sombras.
—¿Danae? - llama, su voz llena de preocupación. —¿Qué pasa? ¿Estás bien?
Lo miro, mi visión borrosa por las lágrimas. —Todo esto fue un error - musito. —Necesito irme.
—¿Irte? - da un paso hacia mí, su ceño fruncido. —¿A dónde? ¿Por qué? ¿Qué pasó?
—Por favor, Joseph - suplico. —Simplemente déjame ir.

—Danae - dice con suavidad, extendiendo la mano como si intentara calmarme. —Háblame. ¿Qué pasa? ¿Alguien...
—Por favor - lo interrumpo, mi voz quebrada. —Te lo suplico. Simplemente déjame ir.
La cara de Joseph se desploma, sus hombros se encorvan. Después de un momento, asiente con la cabeza hacia el chofer, dándole su permiso en silencio.
Me subo al auto, y mientras se aleja de la finca, siento una mezcla de alivio y desesperación.
En el aeropuerto privado, un avión espera en la pista. El piloto se acerca mientras salgo del auto.
—Señorita Danae - dice, tocando su gorra. —Este vuelo fue arreglado cortesía del señor Ryan Wills. Sin embargo, el clima se está deteriorando rápidamente. Será extremadamente peligroso volar, especialmente cerca de las montañas.
Mi corazón se hunde. —¿Hay alguna posibilidad de que podamos llegar?
El piloto duda, claramente incómodo. —Si despegamos rápidamente, podría ser que nos adelantemos a la tormenta.
—Entonces vámonos - digo con firmeza. —Por favor. Ahora.
Asiente, sintiendo la urgencia en mi voz, y me escolta hasta el avión. El despegue es más brusco de lo habitual, cada golpe, cada sacudida se siente amplificada, pero finalmente despegamos. Durante un breve momento de esperanza, mientras el avión sube más y más alto, parece que podríamos escapar del abrazo de la tormenta.
Pero momentos después, justo cuando estabilizamos, el avión tiembla, un leve temblor al principio, como una advertencia. La turbulencia llega en oleadas, cada golpe es más fuerte que el

anterior. Mi estómago se subleva y miro el signo de abrocharse el cinturón de seguridad, brillando persistentemente, una orden silenciosa de quedarme quieta.
Una caída brusca hace que mi respiración se quede en el aire, la sensación de ingravidez deja mi corazón latiendo con fuerza. La turbulencia se intensifica, el ruido de los compartimientos superiores y el chirrido del marco del avión pone mis nervios en alerta roja.
La voz del piloto sale por el intercomunicador, calmada pero tensa.
—Señorita, por favor, abroche su cinturón de seguridad y quédese sentada. Estoy haciendo lo mejor que puedo para sacarnos de aquí. Manténgase calmada.
Las palabras están destinadas a tranquilizar, pero el temblor persistente del avión dice lo contrario. Otro golpe, esta vez más fuerte, sacude la cabina. Mis dedos se clavan en los brazos del asiento como si aferrarme pudiera algún modo anclar mi seguridad. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, cada latido es una súplica frenética.
Y entonces sucede, un golpe tan violento se siente como si el avión estuviera siendo jalado por una mano invisible. No puedo evitar el grito que escapa de mí, crudo y aterrorizado. Mis manos se aferran a los brazos del asiento con más fuerza, nudillos blancos, como si aferrarme pudiera de alguna manera anclar mi seguridad. Mi corazón palpitaba en mi pecho, cada latido una súplica frenética.
La tormenta sigue desatada fuera, los relámpagos destellan esporádicamente, iluminando las densas y turbulentas nubes.
—Oh no. No.
Las luces parpadean.
Y luego...

iBum.

Capítulo Treinta y Cuatro

Silas

El pasillo se siente como una prisión, sus paredes grandiosas y su techo abovedado se cierran alrededor de mí. El aire, espeso con el olor acre de humo de cigarro y el tenue olor a barniz de cuero, me pega en la garganta.

Estoy sentado rígidamente, mis dedos aferrados a los bordes de la silla con tanta fuerza que puedo sentir como el madera cruje bajo mi tacto. Mis uñas se clavan en la superficie bruñida, un testimonio implacable de mi esfuerzo por mantener la calma.

Sin embargo, las palabras de mi familia hacen que eso sea casi imposible.

"Recesivo."

"No es uno de nosotros."

"Ha mancillado nuestra sangre."

Cada insulto cae como una azotaina en mi piel, cada sílaba otro clavo martillado en el ataúd de mi contención. Mi mandíbula se aprieta, los músculos de mi cara se duelen del esfuerzo que hace falta para mantenerme callado. Mis dientes se aprietan, el tenue crujido reverbera en mis oídos. En algún lugar de mi pecho, un gruñido comienza a crecer, bajo y peligroso, como el lejano retumbo de un trueno antes de una tormenta.

Pero mantengo mi cabeza inclinada. No por vergüenza—nunca eso—sino para contener la furia que hierve dentro de mí. Si miro a alguno de ellos, si veo sus caras suficientes y venenosas, sé que estallaré.

Adriel se sienta a mi lado, una tormenta en sí mismo. El aire alrededor de él chisporrotea con una energía reprimida, el tipo que

advierte de algo que está a punto de romperse. Puedo sentir su tensión irradiando de él, una fuerza palpable que coincide con la mía. Sus manos descansan en la mesa, pero sus dedos se agitan, sus uñas se extienden ligeramente, traicionando su control.
Cuando lo miro, nuestros ojos se encuentran durante un segundo. En ese momento, veo todo lo que estoy sintiendo reflejado en su mirada. Ira. Asco. Una protección incondicional. Sus labios están apretados en una línea delgada e inflexible, sus fosas nasales se abren ligeramente con cada respiración controlada. No necesita decir una palabra. Sé lo que está pensando: Estos necios no tienen idea de quién están hablando. No la conocen. No merecen siquiera pronunciar su nombre.
Y luego Nicholas, mi tío, sella su destino.
Inclinándose hacia adelante, habla con esa santurronería insufrible que siempre tienen los mayores cuando ofrecen consejos no solicitados. Su voz gotea desprecio, cada palabra aguzada para cortar profundamente. "Es vergonzoso, Silas. Tú, el más poderoso macho de Howls Peak, rebajándote a...eso. Una Recesiva que no es ni siquiera de los nuestros, ni siquiera de nuestra tierra. ¿Puede ella siquiera tenerte crías? ¿O perderás años con ella, solo para darte cuenta de que es estéril? Has deshonrado nuestra sangre."
El salón se queda en silencio.
Sus palabras cuelgan en el aire, una nube tóxica que me quita la respiración.
La silla raspa contra el suelo bruñido mientras me levanto, mi cuerpo se mueve antes de que mi mente pueda reaccionar. El mundo se ralentiza, y luego estalla.
Esto se acabó.

Un momento, soy humano; al siguiente, mi lobo toma el control. Mis huesos se retuercen y crujen, el pelaje brota de mi piel, y mi visión se vuelve más aguda a medida que me consumo la transformación. Me lanzo sobre la mesa con una gracia animal, mis garras resbalan contra la madera bruñida.
Nicholas apenas tiene tiempo de reaccionar.
Estoy sobre él.
Las últimas palabras que salieron de sus labios me envían a una frenética locura.
Mis mandíbulas se cierran en su hombro, la fuerza de mi mordedura me envía ondas de choque por la mandíbula. La sangre inunda mi boca, cálida y metálica, mientras su grito destroza el tenso silencio. Se retuerce, sus manos arañan el suelo mientras intenta alejarse. Fútil. Mis dientes se hunden más, cortando la carne y aplastando el hueso con un satisfactorio crujido.
"¡Silas!" alguien grita, pero su voz es distante, amortiguada por el latido de sangre en mis oídos.
Las sillas raspaban y chocaban mientras los demás se levantaban de sus asientos, sus movimientos frenéticos. Oigo gruñidos-bajos, notas de advertencia de aquellos que son demasiado necios para quedarse sentados. Algunos se transforman parcialmente, sus formas grotescas quimeras de hombre y lobo, listos para intervenir.
Los partiré a todos en dos si hace falta.
Pero entonces, Adriel da un paso adelante.
Incluso en su transformación parcial, es una fuerza con la que hay que contender. Sus garras se extienden completamente, destellando a la luz débil, y sus ojos azules arden con una ira que silencia al salón. Se planta entre mí y la multitud que se acerca, sus hombros

cuadrados y su gruñido bajo, resonante. "Me atrevo a desafiar a cualquiera de ustedes a intentarlo," grazna, su voz un desafío, una promesa de violencia.
El salón se congela.
Suelto a Nicholas con un último gruñido, la sangre gotea de mis colmillos mientras me alejo. Mi respiración es pesada, jadeante, cada exhale es una caliente bocanada de ira. El dolor de la transformación de vuelta a la forma humana apenas registra. Desnudo e inflexible, me paro sobre él, mi pecho subiendo y bajando agitado mientras lo miro con desprecio.
Nicholas se aferra a su hombro mutilado, su rostro contorsionado de agonía. Sus labios tiemblan, pero no sale ninguna palabra.
"Con tu edad," digo con frialdad, mi voz cortando el salón como una hoja, "eso debería llevar alrededor de una semana en sanar. Vivirás. Pero si vuelves a hablar de mi pareja como eso de nuevo, te quitaré la cabeza."
Dirijo mi mirada al resto del salón, mis ojos se encienden en los suyos. El miedo parpadea en sus expresiones—ojos ensanchados, mandíbulas apretadas, hombros tensos. Algunos se apartan, incapaces de sostener mi mirada. Otros sostienen mi mirada, pero con temor en lugar de desafío.
"Dejen que esto les sirva de lección," gruño, mi voz un amenaza que gruñe. "Si alguien---cualquiera---desprecia a Danae como eso de nuevo, el hombro de Nicholas parecerá un arañazo en comparación con lo que les haré a ustedes."
Silencio.
Es ensordecedor.

Y entonces llega la comprensión, repentina y que me consume por completo. Me quita la respiración, dejándome momentáneamente estupefacto.
Estoy enamorado de ella.
Escucharlos hablar de ella de esa forma, ver las expresiones en sus caras mientras la denigraban, fue demasiado. No pude soportarlo.
Y ahora sé que estoy enamorado. No hay duda al respecto. Nadie me hace tan protector como ella. Por nadie más estaría aquí, dispuesto a ir a la guerra con mi propia carne y sangre. Pero lo haré por ella, una y otra vez, y sin pensarlo dos veces.
El pensamiento es un rayo, electrizante e ineludible. Me hace retorcer el estómago y me duele el corazón en igual medida. Esto no es solo rabia. Esto no es solo orgullo o una necesidad de proteger a mi pareja. Esto es amor - crudo, sin filtros y aterrador.
Sin decir una palabra más, me doy la vuelta y salgo del salón. Todo lo que puedo pensar es en la necesidad de verla. De mirar a sus ojos y sentir la piel cálida de su mano contra la mía.
Mis movimientos son bruscos, llenos de propósito. Adriel me sigue de cerca, sus pasos resonando con los míos.
—Ponte algo de ropa, calentacabezas—, me dice, lanzándome una bata.
La atrapo y le lanzo una mirada fulminante, poniéndomela rápidamente. —Tú también estabas tan enojado como yo—.
Sonríe, aunque sus ojos aún brillan con ira. —Sí, pero yo no mutilé a nadie... todavía—.
Subimos las escaleras rápidamente. Cada paso me parece una eternidad, la urgencia arañando mi pecho. Finalmente, llegamos a su habitación.

Abro la puerta y me detengo en seco.
Está vacía.
La cama está perfectamente hecha, sin tocar. El armario está entreabierto, con la mitad de sus contenidos desaparecidos. Su maleta ha desaparecido.
El pánico sube por mi garganta como bilis.
—¿Qué demonios?—, murmuro, mi voz apenas audible.
Adriel se mueve hacia mí, su mirada afilada tomando en cuenta cada detalle de la habitación. —Parece que se fue con prisas—, dice, su tono bajo pero sombrío.
Las palabras cuelgan en el aire. Mi pulso se acelera y mis pensamientos se desbordan.
¿Por qué se habría ido? ¿Alguien dijo algo?
Una voz detrás de nosotros nos hace girar.
—Se ha ido—.
Joseph está en la puerta, su rostro pálido, su calma habitual hecha trizas.
—¿Se ha ido?—, repito, la palabra extraña y equivocada en mi boca.
—La vi salir—, explica, su voz temblando. —Estaba alterada. Intenté detenerla, pero me rogó que la dejara ir. No pude decir que no. El conductor la llevó al aeropuerto—.
—¿El aeropuerto?—, Adriel pregunta, su incredulidad reflejando la mía.
El mundo se inclina. Apenas puedo respirar, el pánico ahora una tormenta desatada en mi pecho. Sin pensarlo, salgo al balcón, el aire frío mordiendo mi piel.
El cielo está oscuro, las nubes espesas y revoloteando ominosamente. El viento aúlla, llevando el olor de una tormenta que

se avecina. Mis manos agarran la barandilla con fuerza mientras mi mente se desborda.
¿Fui demasiado duro? ¿La empujé hacia afuera?
La ira que sentí antes ahora me parece mal colocada, sin sentido. Una culpa corrosiva se instala en su lugar, arañando mis entrañas.
—Silas—, la voz de Adriel me devuelve, y me doy la vuelta para verlo a él y a Joseph de pie en la puerta.
Vuelvo adentro, la urgencia en mis movimientos igualando el caos en mi mente. —¡Maldita sea, Joseph!—, le grito, mi voz áspera. —¡No deberías haberla dejado ir! ¡El tiempo... es horrible!—.
Joseph tartamudea, sus manos levantadas defensivamente. —No sabía qué hacer. Ella... ella me rogó que la dejara ir. No pude detenerla—.
Antes de que pueda responder, una doncella se acerca con cautela, sus ojos revoloteando nerviosamente entre los tres.
—Señor Silas—, comienza, su voz temblando ligeramente, —la señora Danae me pidió que le trajera un kit de prueba de embarazo más temprano. No sé si esto es de alguna importancia, pero...—
Embarazada.
La palabra me golpea como un tren de carga.
Adriel y Joseph intercambian miradas de sorpresa, pero no puedo enfocarme en ellos. Mi mente está girando, repasando cada momento de los últimos días, cada interacción con Danae.
Está embarazada.
Y está allí afuera, en algún lugar, en medio de una tormenta.
Y en algún lugar allí afuera, Danae está sola.

Capítulo Treinta y Cinco

Adriel

Las palabras de la criada cuelgan en el aire, convirtiendo la habitación entera en un vacío sofocante.

Embarazada.

Mi mente tropieza con la palabra como un disco rayado. El shock y la magnitud del asunto me golpean, amenazando con arrastrarme bajo la superficie.

No puedo pensar recto. El mundo que me rodea se vuelve borroso. Es casi gracioso cómo, en un instante, el mundo puede parecer un lugar completamente diferente: hace sólo unos momentos estaba listo para burlarme de Danae. Listo para hacerla reír. Entré en esta habitación esperando que ella estuviera allí, vibrante como siempre, tal vez enrollando los ojos ante una de mis bromas. Pero ella no estaba.

La sonrisa que llevaba cuando entré desapareció, cediendo paso a un sentimiento tan espantoso que no tengo ni siquiera un nombre para él. A medida que se aclaró que algo andaba mal. Nunca me había sentido tan alarmado antes, y no soy el único.

La forma en que Silas se puso tenso en cuanto se dio cuenta de que sus ropas habían desaparecido. Cómo la cara de Joseph se hundió cuando nos dijo que había salido. El dolor hueco de pánico se había asentado en mi pecho, pero ¿ahora? Sabiendo que podría estar embarazada de un niño... un niño que podría ser de cualquiera de nosotros. El dolor se ha convertido en una necesidad afilada de actuar.

—Tenemos que hacer algo— digo, mi voz rompiendo el silencio espeso.
Silas ya se mueve. Se vuelve hacia Joseph, su tono imperativo. —Llama al aeropuerto. Tenemos que detenerla para que no se vaya. Algo no está bien. No saldría corriendo solo porque está embarazada.—
Joseph asiente con rapidez, sacando su teléfono. Por un segundo fugaz, hay una mirada de esperanza en su rostro, como si esta llamada sola arreglará todo. Pero no puedo compartir esa esperanza. No todavía.
La habitación se siente como una bomba de relojería mientras Joseph marca. Los segundos se estiran insoportablemente hasta que alguien contesta en el otro extremo.
—Hola, soy Joseph Cane— dice, su voz firme pero apretada. —Estoy llamando sobre un vuelo privado programado para la Sra. Danae Walker.—
Me acerco, esforzándome por escuchar la respuesta, pero todo lo que oigo es estática amortiguada. Lo que sí veo es la expresión de Joseph desmoronarse.
—Por favor— pide Joseph, su tono creciendo en desesperación. —Esto es importante. El clima es terrible. Nunca deberían haber sido aprobados para partir.—
La expresión en la cara de Joseph me dice todo lo que necesito saber. Mi pecho se tensa. Sin pensar, me lancé hacia adelante, arrancando el teléfono de su mano.
—Soy Adriel Jorg— ladro en el altavoz. —¿Cuál es el estatus de ese vuelo?—

Hay una breve pausa antes de que una voz plana y profesional responda. —Lo siento, señor, pero el vuelo ya ha despegado. ¿Quiere...—

No dejo que terminen. Mi pulgar pulsa el botón para terminar la llamada, la rabia hirviendo dentro de mí demasiado caliente para contenerla. Muerdo mi respiración, —Tenemos que hacer algo. Tenemos que.—

Silas agarra mi brazo, estabilizándome con una mirada afilada. —Vamos allí ahora. Tienen que aterrizar ese avión.—

—O abordaremos el nuestro y vamos detrás de ella— digo, mi voz afilada y llena de urgencia.

No desperdiciamos otro segundo. Joseph ya está corriendo hacia el coche, y Silas y yo estamos justo detrás de él. La tormenta fuera ha empeorado, la lluvia raspa contra el parabrisas mientras nos apresuramos por la carretera. El viento aulla, azotando el coche como si intentara detenernos para que no llegáramos a ella.

—Más rápido— ladro, mis puños apretados contra mis rodillas.

Joseph no responde, pero el coche se lanza hacia adelante cuando presiona el pedal del gas.

El aeropuerto se alza frente a nosotros, las luces brillantes borrosas por las láminas de lluvia. Nos detenemos bruscamente, los neumáticos deslizándose ligeramente en el pavimento húmedo, y nos salimos del coche antes de que se detenga completamente. Dentro, la claridad estéril del terminal siente aguda contra la anarquía fuera. Un joven detrás del mostrador mira hacia arriba, asombrado, mientras nos abalanzamos hacia él.

—Tenemos que hablar con alguien en la torre de control— digo, mi voz como un latigazo.

El joven tartamudea, sus ojos amplios fluctuando entre nosotros. —Lo siento, pero eso no es posible.—
—Imposible— interrumpe Silas, su voz baja y peligrosa. —Esto es vida o muerte.—
—Danae Walker— gruño, inclinándome más cerca al mostrador. —Tenemos que contactar su vuelo. Ahora.—
Antes de que el hombre pueda responder, otra figura se acerca. Él es mayor, su cara demacrada y pálida. Susurra algo al joven, quien asiente con rapidez y retrocede.
El recién llegado nos mira, vacilando. Hay algo en sus ojos que envía un escalofrío por mi espalda.
—Lo siento— dice en voz baja, su voz apenas trasladada sobre el zumbido del terminal. —Pero ha habido un mensaje de mayday desde ese vuelo.—
Las palabras me golpean como un golpe físico.
El hombre asiente sombríamente. —Reportaron turbulencia severa. Estamos intentando establecer contacto ahora, pero…—
No oigo el resto. Mis oídos están repicando y mi visión se está estrechando a un punto. Silas agarra mi hombro, su agarre lo suficientemente firme para afianzarme.
—Adriel— dice con brusquedad, obligándome a mirar su mirada. —No nos damos por vencidos. Ella está allí afuera y vamos a encontrarla. ¿Lo escuchas?—
Asiento tontamente, las palabras de mi hermano ofreciendo una delgada línea de vida. Pero en mi corazón, el pánico todavía está arañando en mí.
Danae, aguanta. Por favor, aguanta.

El hombre del aeropuerto vacila de nuevo, claramente abrumado por la fuerza de nuestra presencia. —La torre de control está haciendo todo lo posible. Pero tememos que pudo haber... un choque. Nuestros esfuerzos para comunicarnos con el capitán no han sido exitosos, y perdimos su señal de radar.—

¡Un choque!?

Siento que mis miembros sujetan a su vez. Mi mente está en estupor. El primer sentimiento de vomitar raspa mi garganta.

—¿Dónde?— exige Silas. —¿Dónde podría estar ese avión en este momento?—

—Estamos intentando determinar su ubicación— admite el hombre. —Pero la tormenta está interfiriendo con nuestros sistemas. Perdimos su señal de radar justo en las afueras de Howl's Peak. Poco después del despegue, cerca de las montañas. Esa es la última ubicación que tenemos. Es probable que el avión se estrellara allí.—

Las palabras me sacan el aire.

—Hemos contactado al equipo de búsqueda y rescate— continúa, su tono cortante, como si la eficiencia puede enmascarar la gravedad de la situación. —Un equipo se está preparando para partir hacia la zona.— Hay una breve pausa, el tipo que lleva complicaciones no dichas. Luego agrega, —El helicóptero, desafortunadamente, no puede salir debido al mal tiempo.—

Silas parece estar a punto de destrozar el mostrador con sus manos desnudas, y no estoy lejos de él.

—Vamos nosotros mismos— digo de repente, la decisión cristalizando en mi mente.

El hombre se vuelve hacia mí, su expresión afilada. —Señor, servicios de emergencia—.

—No— lo interrumpo. —No vamos a esperar. La vamos a rastrear—.
Joseph asiente. —Yo los llevaré a los montes—.
El hombre detrás del mostrador luce alarmado. —Ustedes no pueden...—
—Sí podemos, y lo vamos a hacer— ruge Silas, avanzando. —No se pongan en nuestro camino—.
El hombre se encoge, claro que entiende que no va a ganar esta batalla.
Cada segundo se siente como una eternidad. La tormenta afuera es implacable, la lluvia golpeando las ventanas como un latido.
Danae, dondequiera que estés, aguanta. Estamos en camino para ti.

Capítulo Treinta y Seis

José

El volante tiembla bajo mi agarre, aunque no puedo saber si es la vibración del coche o el ritmo inestable de mis propias manos.
Mis nudillos, pálidos y tensos, se presionan contra el cuero negro con una fuerza que parece capaz de aplastar el volante.
El coche vuela por la autopista resbaladiza por la lluvia, el agua golpea contra el parabrisas en una frenética y despiadada locura. Es como si la tormenta misma estuviera tratando de ahogar mis pensamientos, pero solo los agudiza. Cada paso de los limpiaparabrisas limpia el vidrio durante el momento más breve, una ventana fugaz al camino por delante antes de que la lluvia la consuma de nuevo. Cada paso se siente como una cuenta regresiva, los segundos que pasan, arrastrándome más cerca de... ¿qué?
¿Su cuerpo sin vida?
Me ahogo con el pensamiento, una cosa amarga y desgarrada que se aloja en mi pecho.
No. No, no puedo pensar así. No dejaré que piense así.
Mi mandíbula se tensa mientras fuerzo la imagen lejos, pero se aferra a los bordes de mi mente, un espectro oscuro susurrando qué pasaría si...
¿Por qué no la detuve?
La pregunta me atraviesa como unas uñas que arañan carne tierna, desgarrando cada pensamiento racional que trato de convocar. Mi pecho se tensa, constriñendo con cada latido de mi corazón. Las imágenes de ella inundan mi mente, vívidas y despiadadas. El rostro de Danae grabado con dolor y determinación. Sus ojos brillando con

lágrimas que se negó a dejar caer. El temblor en su voz mientras me rogaba que la dejara ir. La veo tan claramente ahora como la vi entonces, de pie en el borde de partir. Mi estómago se retuerce al recordar el leve movimiento de cabeza, el permiso tácito que le di. La dejé ir.

Y sabía. Algo deep down, sabía que algo no estaba bien. Mis instintos me gritaban que la detuviera, que la volviera a traer, que la sostuviera hasta que el peligro pasara. Pero no lo hice. Solo... la dejé ir.

Si solo…

Mi puño golpea el volante con un golpe sordo y resonante, el cuero apenas amortiguando la fuerza. "Estúpido", gruño a través de mis dientes apretados, la palabra arrancándose de mi garganta como una cosa feral. El sonido es más agudo, más fuerte de lo que pretendía, cortando a través de la cacofonía de la tormenta.

Desde el rincón de mi ojo, veo a Adriel moverse en el asiento del pasajero. Me mira con una expresión pesada de preocupación, pero no habla. Quizás sepa que no hay nada que pueda decir que haría esto mejor. O quizás esté tan perdido como yo.

"José." La voz de Silas se desliza desde el asiento trasero, tranquila y firme pero tejida con ese enfoque incansable que siempre lleva. Es el tipo de voz que requiere atención, incluso en el caos.

"Concentrate. La encontraremos."

Aprieto los dientes, mi mandíbula dolorida del esfuerzo. "Estoy bien", digo con aspereza, las palabras saliendo más frías de lo que pretendía. Es una mentira y una mala mentira, pero me aferro a ella como una cuerda de salvavidas. Si me dejo romper ahora, si doy

rienda suelta al miedo que araña mis entrañas, la perderé. Y eso no es una opción.
En el espejo retrovisor, veo el rostro de Silas. Sus rasgos son fuertes, tallados en una máscara de resolución. Pero sus ojos traicionan su pensamiento. Están estrechados, enfocados, pero hay algo más allí - una chispa de comprensión. Sabe lo que estoy sintiendo. Maldición, probablemente lo esté sintiendo él también. Pero siempre ha sido mejor para mantenerse unido cuando el mundo empezó a venirse abajo.
Me obligo a pensar en Danae. Es fuerte. Más fuerte que la mayoría. Ha enfrentado más en su vida de lo que nadie debería tener que, y siempre sale peleando.
Ella es una superviviente. Me repito esto a mí mismo como una plegaria, apegándome a ella mientras la tormenta sigue adelante. Es una de nosotros - lobo. Es rápida, resistente. Puede aguantar. Tiene que.
La lluvia golpea con más fuerza, implacables capas de agua cayendo del parabrisas. Las luces de freno brillan adelante, señales de tráfico rojas cortando a través de la penumbra mientras el tráfico disminuye a una arrastre. No me ralentizo. Mi pie presiona más fuerte el acelerador, el coche tejiendo peligrosamente entre vehículos.
"José..." La voz de Adriel es aguda, teñida de alarma a medida que mi conducción arriesgada nos envía peligrosamente cerca del borde de la carretera. Su mano vuela hacia el tablero, apoyándose.
Me desvío de la autopista, los neumáticos resbalando a través del lodo y el agua mientras las bocinas aúllan detrás de nosotros. Por un momento, el coche vacila, amenazando con perder tracción, pero los traigo de vuelta a la carretera sin pensarlo dos veces.

"No tenemos tiempo", digo con los dientes apretados, la voz cortada y fría. Ahora no hay lugar para la cautela. No hay lugar para el miedo.
La ciudad se desvanece detrás de nosotros, sus edificios esparcidos tragados por la tormenta. Adelante, la silueta irregular de las montañas se alza, oscura y siniestra. La lluvia disminuye un poco, pero las nubes se agrupan más, más oscuras, revolviéndose como una fuerza maligna. Se siente como si la tormenta misma estuviera viva, arremetiendo contra nosotros, tratando de impedir que la alcanzcamos.
"Mira", dice Adriel de repente, su voz tensa de urgencia. Se inclina hacia adelante, su mano aferrando el tablero mientras señala hacia la ventana.
Mis ojos siguen su gesto, y mi estómago se hunde.
El humo negro se arremolina en el cielo, grueso y amenazante contra el telón de fondo de la tormenta. Se retuerce y se contorsiona como una cosa viva, un oscuro heraldo de destrucción.
"Maldita sea", murmura Silas, su voz baja y pesada.
Un destello de esperanza se enciende en mi pecho, pero se apaga casi de inmediato por el terror. Si ella está allí, está viva. O...
"José, conduce más rápido", dice Silas, su voz afilada de urgencia inusual.
No vacilo. El motor ruge a medida que empujo el coche hasta sus límites, los neumáticos patinando ligeramente en el pavimento resbaladizo. El camino se estrecha a medida que nos acercamos a la base de la montaña, el asfalto cediendo a la grava y el barro. Finalmente, golpeo los frenos, el coche patinando hasta detenerse en el hombro embarrado.

"Vamos a pie desde aquí", digo, mi voz firme a pesar de la tormenta que se desata en mí.
Los tres salimos al caos. El viento desgarra mis ropas, aullando como una bestia salvaje, y la lluvia azota mi piel en capas heladas. El trueno cae sobre nosotros, cada golpe resonando a través de mi pecho como la campana de un reloj. Los relámpagos surcan el cielo, iluminando las afiladas peñas y los peligrosos senderos adelante.
Silas da un paso adelante, su postura rígida, su rostro grabado con determinación sombría. "Sabemos estas montañas mejor que nadie", dice, su voz cortando a través de la tormenta. "Y todos sabemos su olor. Encontremosla."
Asiento con la cabeza, mi garganta está demasiado tensa para formar palabras. De todos modos, no queda nada más que decir.
Sin vacilar, Silas se transforma. Su cuerpo se contorsiona, sus músculos se tensan y sus huesos se reorganizan con una fluidez que es a la vez hermosa y aterradora. La lana brota de su piel, oscura y brillante, y en segundos, el hombre desaparece. En su lugar se erige su lobo —enorme y poderoso, sus ojos azules arden con propósito.
Adriel sigue su ejemplo, su transformación igualmente fluida. El aire a nuestro alrededor parece mutar, cargado con la energía del cambio.
Titubeo durante un brevísimo instante, el peso de la situación presionando sobre mí. Luego me dejo llevar. La transformación llega de forma natural, el instinto toma el control mientras mi forma humana se disuelve. Mis sentidos se agudizan al instante —el mundo explota en detalles vívidos. El olor de la tierra húmeda y el humo llena mi nariz, mezclándose con el regusto eléctrico del ozono. El

rugido de la tormenta se desvanece en un zumbido apagado, eclipsado por el latir de mi corazón.
Nos lanzamos a la carrera, nuestras zarpas golpeando el terreno rocoso con precisión práctica. El olor del humo se vuelve más intenso con cada paso, guiándonos como una señal luminosa. La tierra empapada de lluvia se pega a mi pelaje, el frío se filtra en mi piel, pero apenas lo noto. Mi mente está consumida por un solo pensamiento, una sola y desesperada oración.
Danae, por favor. Por favor, está bien.

Capítulo Treinta y Siete

Danae

El mundo a mi alrededor es un caos de dolor y frío. Mis ojos parecen pesar una tonelada, pero los fuerzo a abrirlos, parpadeando contra la lluvia torrencial y la oscuridad. Todo entra en foco lentamente, y lo que veo me hace contener la respiración.

Restos del avión.

Metal retorcido esparcido por el suelo, chispas de electricidad saliendo de cables rotos.

El avión se estrelló.

Un arrebato de pánico me clawea el pecho, y trato de sentarme, pero un dolor agonizante me recorre. Mi cuello se siente mal...twistado en un ángulo antinatural. Me quedo congelada, temblando, mi respiración entrecortada.

Arregla esto. Necesito arreglarlo ahora.

Con manos temblorosas, alcanzo mi cabeza, el simple tacto me hace gimotear. Me preparo, aprieto la mandíbula, y con un empujón brutal, fuerzo el hueso a volver a su lugar. Un grito desgarrador sale de mi garganta, crudo y poderoso, resonando en la tormenta.

El dolor es cegador, pero lo supero, la adrenalina adormece lo peor. Mi visión se nubla, y por un segundo, creo que me desmayaré. Pero entonces lo siento. El ligero, familiar hormigueo de mi cuerpo recomponiéndose. Mis habilidades de licántropa. Están funcionando, pero el proceso es exquisitamente doloroso.

Miro hacia abajo y veo mi hombro colgando flácido, claramente dislocado. Mi pierna está doblada en un ángulo antinatural, el hueso asomando a través de mi piel. La sangre cubre mis brazos y torso,

rayada con barro y lluvia. Las heridas abiertas me pican, pero sé que ya están cerrándose, la carne recomponiéndose más rápido de lo que cualquier cuerpo humano podría manejar.
Puedes hacer esto, Danae. Vamos, empuja a través de esto.
Aprieto los dientes y agarro mi hombro, jalándolo de vuelta a su lugar. El sonido de la articulación al chasquear me hace subir la bilis, pero no hay tiempo para quedarse en eso. Tomo una respiración profunda, agarrando mi pierna y forzando el hueso a volver a su alineación. Cada nervio en mi cuerpo grita, mi visión se vuelve blanca por la agonía pura.
Otro grito desgarra mi pecho, pero cuando el dolor cede, siento el hueso empezar a soldarse, el músculo y el tejido volviendo a recomponerse. No es perfecto, pero es suficiente. Suficiente para moverme. Suficiente para pararme.
La lluvia me golpea la cara mientras me tambaleo fuera de los restos, el frío mordiendo mi piel. La tormenta es implacable, el viento aullando a través de los árboles, pero no es suficiente para ahogar el sonido que me congela en mis huellas.
Un grito.
Es crudo, torturado, inhumano. Mi cabeza se vuelve hacia el sonido, y lo veo. El piloto. La sección de la cabina del avión está incrustada en un árbol, y él está colgando de ella, atravesado por una rama enorme.
"Oh, Dios mío," susurro, tambaleándome hacia él.
Está forcejeando débilmente, su cuerpo sacudiéndose contra la madera que ha atravesado directamente su abdomen. La sangre brota de la herida, pero su sanación de licántropa sigue intentando cerrarla, la carne sellándose a sí misma solo para ser desgarrada de

nuevo por la rama. Sus gritos son salvajes, primitivos, un sonido que me corta como un cuchillo.
"¡Estoy viniendo!" grito, mi voz apenas audible sobre la tormenta. No responde, sus ojos abiertos de par en par por el dolor.
Cuando llego a la base del árbol, inclino mi cuello para mirarlo. La vista me hace revolver mi estómago, pero me fuerzo a mantener la calma. "Voy a bajarte," le digo, intentando sonar firme. "Solo aguanta."
Suelta otro grito, su cuerpo convulsionando contra la rama.
Escaneo los restos, desesperada por algo...cualquier cosa, que pueda usar. Mis ojos se posan en un trozo de metal dentado, medio enterrado en el barro. Lo desentierro, encogiéndome al sentir cómo me corta las palmas. El dolor es agudo, pero mis heridas se curan casi instantáneamente, la sangre lavada por la lluvia.
Agarrando la cuchilla improvisada, subo el árbol, la corteza húmeda resbaladiza bajo mis manos. Cada músculo en mi cuerpo protesta, pero lo supero, impulsada por la determinación pura.
Cuando lo alcanzo, coloco el metal contra la rama. "Esto va a doler," le advierto, aunque dudo que pueda oírme sobre sus gritos.
Empezó a serruchar la madera, mis brazos ardiendo con el esfuerzo. El metal muerde la rama, pero es lento, demasiado lento.
"Vamos," mascullo entre dientes apretados, mi desesperación aumentando. "¡Vamos!"
La cabeza del piloto se desploma hacia un lado, sus gritos desvaneciéndose en gemidos débiles y dolorosos. "Por favor, duele demasiado. Por favor, solo acaba con mi sufrimiento." Logra decir, apenas audible, pero sus palabras me envían una ráfaga de terror.

"No, no, no," susurro, el pánico arañándome. "¡Quédate conmigo! ¡Solo un poco más!"
Arrojo todo mi peso sobre la cuchilla, el filo dentado finalmente cortando los últimos hilos de la rama. Con un crujido nauseabundo, la madera cede, saliendo de él, y el piloto cae al suelo. Yo también caigo, golpeando el suelo dolorosamente, pero es soportable entre todo lo demás.
Su grito desgarra el aire, su cuerpo temblando violentamente. La sangre brota de la herida, pero presiono mis manos contra ella, intentando detener el flujo.
"Vas a estar bien," le digo, mi voz temblando. "Vas a estar bien."
Sus ojos se abren, y me mira con algo que casi se asemeja a gratitud. "Gracias," raspa, su voz apenas audible.
Y entonces se desmaya.
"¡No!" Lo sacudo, mis manos resbalosas por su sangre. "¡Quédate conmigo! ¡Por favor!"
Presiono mis dedos contra su cuello, buscando un pulso. Es débil, pero está allí.
Un ligero alivio me inunda, estoy agradecida de que todavía esté vivo, pero mi alivio es efímero. El frío se filtra en mis huesos, mi ropa mojada pegada a mi piel. Mi cuerpo tiembla, mis dientes castañeteando incontrolablemente. Y entonces, me golpea...
El bebé.
El pensamiento me golpea como un tren de carga. Presiono una mano sobre mi abdomen, el pánico surgiendo en mi pecho. Acabo de enterarme de que estoy embarazada. Y ahora he hecho algo estúpido como esto. Poniendo en peligro la vida de mi bebé.

Las lágrimas pican en mis ojos, pero las parpadeo para alejarlas, obligándome a enfocarme. El pulso del piloto se debilita cada vez más. Está perdiendo demasiada sangre.
Lo sacudo de nuevo, mi voz se quiebra. —Por favor, no puedes morir. ¡Quédate conmigo!—
Su cabeza cae ligeramente, su rostro pálido y extrañamente inmóvil, y una ola de frío me envuelve en el pánico. Las palabras se desbordan de mí en un torrente, espesas de culpa, la clase que se entierra profundamente y dificulta la respiración. —Lo siento mucho. Lo siento—, susurro. Los sollozos se atascan en mi garganta, mi pecho jadea. —No deberías estar aquí. No deberías…—
Sólo se encuentra en esta posición a causa de mí. Porque no pude esperar. Porque exigí que nos sacara de aquí, incluso cuando la tormenta afuera rugía, incluso cuando las señales estaban allí, gritándome que parara.
Mis manos no pueden dejar de temblar mientras lo sacudo de nuevo, esta vez con más fuerza, como si pudiera forzarlo a volver a la conciencia, a la vida. Las lágrimas corren por mi rostro sin control. —Por favor, te lo ruego—, susurro, mi voz quebrada bajo el peso de mi culpa. —No quería que esto sucediera. No quería que sucediera nada de esto.—
Pero él no responde.
El agotamiento es abrumador ahora, el frío y el dolor me arrastran hacia abajo. Mi visión se vuelve borrosa y me siento desmayar.
No. No todavía. No así.
En un último y desesperado acto, libero mis feromonas al aire. El olor es débil en la tormenta, pero se propaga, extendiéndose por la montaña.

Si alguien me está buscando... esto los llevará hasta aquí. Por favor. Que alguien me esté buscando.

Me desplomo junto al piloto, mi cuerpo demasiado débil para moverse. La lluvia me golpea la cara, mi respiración llega en jadeos prolongados.

La oscuridad se cierra a mi alrededor como si intentara tragarme entera. La tormenta ruge sobre mí, el trueno retumba tan fuerte que se siente como si el cielo mismo se estuviera desintegrando.

Entonces escucho algo, un sonido que corta a través de todo. El aullido de un lobo. Largo, afilado e inconfundible.

Fuerzo mis ojos pesados a abrirse, y a través de la niebla que nubla mi visión, veo a Silas. Su lobo está allí, poderoso y feroz, su pelaje plateado-gris empapado por la lluvia pero brillando como algo salido de un sueño. Vuelve a arrojar la cabeza hacia atrás y aulla de nuevo, esta vez más fuerte.

Y después aparecen dos figuras más. Adriel y Joseph. Sus lobos emergen de las sombras, sus cuerpos elegantes y poderosos, sus movimientos casi too gráciles para ser reales.

Algo se abre en mi pecho. Vinieron a salvarme. Estaba tan segura de que no lo harían. Me había convencido de que no me importaba, de que mi marcha sería mejor para ellos, mejor para todos. Pero ahora, al verlos correr hacia mí, sus patas golpeando contra el suelo húmedo, sé cuán equivocada estaba.

Silas me alcanza primero. Sus ojos azules helados se clavan en los míos, y juro que, incluso en su forma de lobo, hay algo tan crudo, tan dolorosamente humano en esa mirada. Se transforma, el cambio sucede tan rápido que casi parece un borrón. Un segundo, es un lobo; al siguiente, es él, Silas. Su rostro, afilado e intenso,

enmarcado por el cabello empapado por la lluvia. Su expresión está labrada por la preocupación, su mandíbula tensa, y su pecho jadeante mientras se arrodilla a mi lado.
Adriel y Joseph también se transforman, sus formas volviendo a sus formas humanas. El rostro de Adriel es más suave, sus ojos escaneándome con un enfoque casi desesperado. Joseph es todos los ángulos afilados y la tensión, sus cejas oscuras fruncidas, sus manos moviéndose con urgencia. Están allí ambos, rodeándome, su presencia tan sólida que se siente como una barrera contra la tormenta.
Me esfuerzo por enfocarme, trato de mantener mi cabeza sobre la niebla que me arrastra hacia abajo. La mano de alguien se desliza en la mía —fuerte, cálida, estabilizadora—. Otra mano se apoya contra la parte posterior de mi cuello, firme pero suave, como si intentara sostenerme cuando siento que me desintegro. No puedo ni siquiera distinguir quién es quién ya. Todo es un borrón de caras, voces y toques.
Pero lo siento. Los siento. Su preocupación, su miedo, su alivio, todo eso se abalanza sobre mí como la lluvia. Y debajo de todo eso, hay este dolor profundo en mi pecho, un calor que se extiende a través de mí a pesar del frío. Vinieron por mí. No tenían que hacerlo, pero lo hicieron.
Quiero decir algo, decirles que lo siento. Lo siento por haber huido, por pensar que no me amaban, por hacerlos pasar por esto. Las palabras están ahí, arañando su camino hasta la superficie, pero mis labios no cooperan. Temblorosamente tratan de articular, mi respiración entrecortada cuando el esfuerzo por hablar me agota aún más.

—Danae...— La voz de Silas rompe a través, baja y rasposa, llena de un borde de pánico que nunca había escuchado antes en él. Su rostro está tan cerca, sus cejas fruncidas, sus labios presionados en una línea delgada y tensa.

Quiero extenderme hacia él, hacia todos ellos, para hacerlos saber cuánto esto significa para mí. Pero mi cuerpo se está apagando, los bordes de mi visión oscureciéndose, sus caras la última cosa que veo. Silas. Adriel. Joseph. Su preocupación, su miedo, su amor.

Y entonces, me rindo.

Capítulo Treinta y Ocho

Silas

La tormenta es implacable, pero apenas la noto. Mis patas golpean la tierra empapada, salpicando charcos mientras avanzo a toda velocidad. Cada nervio de mi cuerpo está vivo, vibrando con un solo propósito: encontrarla. El lugar del accidente se alza ante mí, envuelto en humo y lluvia, y siento que mi corazón se aprieta dolorosamente en mi pecho.

El olor a sus feromonas es débil pero inconfundible, guiándonos como una línea de vida. Joseph y Adriel están justo detrás de mí, su respiración pesada, sus expresiones tan sombrías como la mía.

Su imagen arde en mi mente, vívida e implacable, con cada golpe de mis patas contra la tierra.

Esa sonrisa suya -suave y graciosa. Su voz, baja y constante, lleva una confianza tranquila que siempre me atrae. Y esa expresión estoica que tiene en su rostro a veces, justo como en la foto del archivo donde puse mis ojos en ella por primera vez.

Si la he visto por última vez, he sentido el calor de su toque, he oído la manera en que su risa suaviza los bordes de todo lo que la rodea - si todo eso se ha ido, arrancado de mí- no sé qué haría. El pensamiento me desgarra, afilado y cruel, haciéndome apretar el pecho con cada zancada.

El miedo es sofocante, pero me impulsa hacia adelante, más rápido, más fuerte.

Entonces la veo.

Está desplomada en el suelo, empapada y apenas moviéndose. Aúllo de inmediato, alertando a Adriel y Joseph. Mis piernas se mueven y

estoy a su lado en segundos. Su piel es pálida, su rostro manchado de sangre y suciedad, pero está respirando. Apenas.
Me convierto instantáneamente en mi forma humana. Adriel y Joseph siguen mi ejemplo. Su nombre resuena en mis labios mientras me apresuro hacia ella.
—Danae, —llamo, mi voz quebrada mientras la acuno en mis brazos. Su cabeza se balancea contra mi pecho, su cuerpo flácido. —No, no, no... por favor, despierta. Por favor.
Joseph y Adriel se arrodillan a mi lado, sus rostros grabados con preocupación. El mundo parece detenerse, el sonido de la tormenta desvaneciéndose mientras la miro.
Está viva. Está herida, pero está viva.
El alivio me golpea como una ola de marea, y una risa estalla de mi pecho, temblorosa y cruda. Joseph me mira, sorprendido durante un momento, y luego también él se ríe. La risa de Adriel sigue, suave pero llena del mismo alivio abrumador.
—Está viva, —digo, mi voz apenas un susurro. Acaricio su cabello, mi pulgar rozando su mejilla. —Está viva.
Joseph se inclina hacia adelante, comprobando el pulso del piloto que yace cerca. —También él está vivo, —dice, su voz teñida de asombro.
Adriel mira entre ellos y sacude la cabeza, un destello de orgullo en sus ojos. —No solo sobrevivió, sino que parece que también salvó su vida.
Mi pecho se aprieta con algo cálido y feroz. Orgullo.
Por supuesto que sí. Esa es Danae.
—Necesitamos llevarlos al hospital, —digo, mi voz estable ahora. —Adriel, agarra al piloto. Joseph, ayúdame con Danae.

Nos movemos rápidamente, llevándolos montaña abajo. La lluvia se desacelera mientras descendemos, la tormenta perdiendo su ferocidad. Ahora hay un silencio, una calma que se asienta sobre nosotros como una manta. La sostengo cerca, su peso en mis brazos a la vez tranquilizador y aterrador. Se siente tan frágil, tan quebradiza, y sin embargo, sobrevivió a algo que habría matado a cualquiera.

Nos ponemos la ropa, está empapada pero a ninguno de nosotros le importa mientras nos metemos en el coche. Adriel conduce, sus manos firmes en el volante, mientras Joseph mantiene una mirada atenta en el piloto en el asiento trasero. Me siento con Danae, su cabeza descansando en mi hombro. Mis dedos rozan su cabello, y siento que se me forma un nudo en la garganta.

Está aquí. Está viva. Y nunca más la dejaré ir.

Llegamos al hospital, y la urgencia se vuelve a disparar. Adriel llama a gritos pidiendo ayuda en cuanto el coche se detiene, y en un momento, los médicos salen corriendo con camillas, llevándose a Danae y al piloto dentro. No quiero soltarla, pero me fuerzo a retroceder, mis manos apretadas en puños a mis costados.

Adriel protesta mientras la llevan lejos. —Tenemos que estar con ella.

—Está bien, —digo, mi voz estable pero espesa de emoción. Pongo una mano en su hombro, dándole un apretón tranquilizador. Él me mira, la tensión en su rostro suavizándose mientras asiente.

Las horas se extienden mientras esperamos. Ninguno de nosotros habla mucho. Luego, finalmente, el médico aparece.

—Está bien, —dice, una nota de incredulidad en su voz. —Es increíble, pero no tiene lesiones graves.

Las palabras me golpean como una inundación. No puedo evitar el jadeo que escapa de mis labios, el alivio es tan abrumador que casi me hace perder el equilibrio. Adriel me da un golpecito en el hombro, su sonrisa encantada regresando a sus rasgos. Joseph suspira, recostándose en su silla con un suave "Gracias a Dios".
Pero luego el médico habla de nuevo. —Sugerimos que se quede aquí unos días al menos. Necesita todo el descanso en cama que pueda obtener. Está embarazada.
Las palabras cuelgan en el aire, hundiéndose lentamente. No es sorprendente, la criada dejándonos saber que Danae había pedido kits de prueba me hizo bastante seguro. Pero oírlo ahora, confirmado por el médico... Se siente más tangible, más real.
—¿Podemos verla? —pregunto, mi voz ronca.
El médico asiente, señalando hacia su habitación.
Cuando entramos, Danae se vuelve hacia nosotros. Se ve tan pequeña, tan vulnerable, y mi corazón duele al verla.
Durante un momento, la habitación está completamente silenciosa. Solo nos quedamos allí y la miramos mientras ella nos mira a nosotros. Pensar que estuve tan cerca de posiblemente nunca volver a verla, el sentimiento que tengo al verla ahora es más allá de cualquier descripción. Su voz finalmente rompe el silencio, suave e insegura, sus ojos amplios buscando respuestas en los nuestros. —¿El piloto...? ¿Se...? ¿Está...?
Adriel se adelanta antes de que pueda terminar, su tono calmado y tranquilizador. —Está bien, —dice suavemente. —El médico dice que va a estar bien.
Su expresión cambia, el alivio lavando su rostro - pero no es la única emoción allí. La culpa parpadea justo debajo de la superficie, como

si se culpara a sí misma por lo que le ha sucedido al piloto.
—Lo siento, —comienza, su voz temblando. —Yo...
Estoy a su lado en un instante, tomando su mano en la mía. —Está bien— digo, manteniendo mi voz suave pero firme. —Está bien—.
Ella traga saliva con dificultad, sus dedos se aprietan alrededor de los míos. —Pensé que no me querías. Escuché tu reunión con tu familia. Las cosas que dijeron... pensé que estabas de acuerdo con ellos—.
Sus palabras me golpean. Eso es lo que la alejó. La memoria aflora... las cosas odiosas que mi tío dijo sobre ella, la rabia que me consumió. ¿Cómo podía pensar que estaba de acuerdo con ellos?
Antes de que pueda hablar, Adriel se adelanta. —No estábamos de acuerdo con nada de eso, Danae. Deberías haber visto lo que Silas le hizo a nuestro tío. Todavía puede tener trozos de su carne entre los dientes mientras hablamos—.
Danae parpadea, sus ojos amplios por la confusión. —¿Qué?
Adriel le guiña el ojo, y una suave risa se escapa de sus labios. El sonido es como un bálsamo para mi alma, aliviando todo el miedo y la ansiedad que ha persistido dentro de mí durante las últimas horas.
El sonido de su risa. La visión de sus ojos verdes iluminándose mientras sonríe. No puedo creer que estuve tan cerca de nunca volver a ver esto.
Y eso me anima, me hace hablar, me hace expresar mi corazón.
—Danae— comienzo, mi voz gruesa por la emoción. —Cuando escuché que te habías ido... no puedo describir la sensación. Fue como si alguien hubiera metido la mano dentro de mí y me hubiera arrancado una parte de mí que ni siquiera sabía que estaba allí. Y

cuando escuché que tu avión se estrelló...— Mi voz se quiebra, el recuerdo es demasiado crudo. —Si algo te hubiera pasado, no sé qué habría hecho. No sé cómo habría seguido adelante—.
Sus ojos están fijos en los míos. Hay algo en su mirada, algo que no puedo poner en palabras, pero que me agarra. No es solo atención; es más profundo que eso. Ella está escuchando. De verdad está escuchando.
Esa mirada, me saca algo de mí, algo que ni siquiera sabía que estaba allí. Como si ella fuera un espejo, reflejando de vuelta todos los sentimientos que he intentado enterrar. Vulnerabilidad. Esperanza. Miedo. Y antes de que pueda detenerme, encuentro que mis palabras se desbordan, crudas y sin filtros, porque sé que no solo me está escuchando. Me está sintiendo.
—Cuando mi familia dijo esas cosas sobre ti, nunca había sentido una rabia como esa antes. Y eso es cuando me di cuenta. De cuánto significas para mí. De cuánto te amo. Te amo, Danae. Te amo más de lo que podría haber imaginado amar a alguien—.
Sus labios se abren, pero antes de que pueda responder, Adriel se adelanta.
—Nunca había tenido tanto miedo en mi vida— dice, su voz inusualmente suave. No hay intento de humor ni de encanto juguetón. Sus palabras salen crudas. —La idea de perderte... me aterrorizó. Pero también me hizo darme cuenta de que estoy enamorado de ti. De verdad lo estoy—.
Joseph habla a continuación, su voz estable pero llena de emoción.
—Si algo te hubiera pasado, nunca me habría perdonado a mí mismo. Estuve pensando... ¿qué pasó si te detuve? ¿Qué pasó si no te dejé ir? Te amo, Danae. Más de lo que he amado a nadie—.

Durante un momento, la habitación cae completamente en silencio. Hablo de nuevo, mi voz firme. —El bebé, sea quien sea el padre, estaremos con usted. Estaremos con usted para siempre—.
Joseph y Adriel asienten, sus expresiones llenas de la misma resolución inquebrantable.
La mirada de Danae se mueve entre cada uno de nosotros, sus ojos brillando como si estuviera luchando para contener las lágrimas. Traga saliva con dificultad, sus labios temblando antes de hablar.
—Pensé que nunca sería suficiente para ustedes tres—. Su voz se quiebra en las palabras, baja e inestable, pero el impacto me golpea.
—Cuando escuché lo que ese hombre dijo sobre mí, y pensé que ustedes estaban de acuerdo...— Su voz se quiebra, y sacude la cabeza, su respiración se corta como si decirlo en voz alta fuera físicamente doloroso. —Me aplastó. Quizás porque, en lo más profundo, una parte de mí creía en él—.
Sus palabras me cortan. La culpa hierve en mi estómago mientras doy un paso adelante, incapaz de quedarme quieto. Sin pensarlo, alargo la mano y tomo la suya, envolviendo la mía alrededor de la suya con firmeza. Su piel se siente fría contra la mía, y quiero que sienta el calor, la fuerza, la certeza absoluta en mi agarre. La sostengo como si tuviera miedo de que se escapara si la soltaba.
—Pero ustedes tres vinieron— continúa, su voz temblando pero con una quietud ahora. Me mira, y hay algo en sus ojos, una mezcla de gratitud, alivio y algo más profundo, algo más profundo. —Me rescataron. Y en el momento en que te vi, mientras me acostaba allí en esos escombros, es una sensación que nunca había sentido antes —.

Sus palabras permanecen en el aire, y no puedo apartar la mirada de ella. Detrás de mí, Adriel y Joseph se acercan. Cada uno alcanza su brazo, sus toques son ligeros pero constantes, como si estuvieran tratando de recordarle que está a salvo ahora.

Adriel es el primero en hablar. —Haremos cualquier cosa para protegerte, Danae. Cualquier cosa—. Sus palabras caen con un peso que me aprieta el pecho, y miro hacia él, viendo la determinación feroz grabada en su rostro.

Joseph, de pie justo a su derecha, exhala profundamente, sus hombros se elevan y caen como si hubiera estado reteniendo algo durante demasiado tiempo. —Ese día...— Su voz es más suave que lo habitual, casi vacilante, y se detiene como si estuviera buscando las palabras correctas. —El día que te pregunté cómo te sentías sobre la boda... no podía dejar de pensar en lo que dijiste—. La mira. —Usaste palabras como deber, Danae. Pero espero...— Se detiene, toma una respiración profunda y se estabiliza. —Espero que esto no sea solo sobre deber para ti. Espero que seas feliz. De verdad feliz—con nosotros—.

La mano de Danae se desliza fuera de la mía, y por un momento, siento la pérdida de su tacto como un dolor. Pero luego ella alcanza a Joseph, toma sus manos en las suyas. Sus dedos se enrollan alrededor de las suyas, apretando con fuerza, y la forma en que lo mira... es como si estuviera tratando de verter cada onza de emoción que no puede expresar en voz alta en esa sola mirada.

—Estoy locamente enamorada de ti— dice, su voz temblando pero segura. Nos mira a cada uno, sus ojos brillando con una intensidad que me clava en su lugar. —De todos ustedes. Es un sentimiento tan fuerte. Casi duele. Los amo—. Se detiene, toma una respiración

entrecortada, y su voz se suaviza, sus palabras llenas de tanta honestidad que me aprieta la garganta. —Alrededor de ustedes tres, me he sentido más segura que nunca. Pero es más que eso. Quiero ser buena para ustedes. Para todos ustedes. Quiero ser una mejor persona debido a ustedes—. Su voz se quiebra, pero sigue adelante, su mirada sin vacilar. —No se trata solo de deber para mí. Nadie me hace más feliz que ustedes—.

Sus palabras me envían un calor por el pecho, a diferencia de cualquier cosa que haya sentido antes.

Esta es la mujer que amo. Esta es mi unidad familiar. Y es perfecta.

Epílogo

Danae

La habitación del bebé es tan tranquila que parece casi sagrada, como si estuviera entrando en un lugar secreto donde el tiempo mismo se ralentiza. Los únicos sonidos son el suave crujir de la mecedora cuando me muevo y la suave respiración de Mia. La habitación huele ligeramente a lavanda por el difusor en la esquina, y el aire es fresco y limpio, llevando apenas una ligera insinuación de la noche. Debería estar dormida —Dios sabe que mañana va a ser un día largo— pero en cambio, me encuentro demorándome aquí, sin poder irme.

A través de la amplia ventana de vidrio, el cielo nocturno se extiende sin fin, salpicado de estrellas que parecen diminutos diamantes esparcidos sobre un paño de terciopelo negro. La luna cuelga baja, llena y brillante, derramando luz plateada sobre todo, haciéndolo parecer suave y mágico. Antes, no solía notar cosas como esta —la forma en que el mundo parece estar vivo en la quietud de la noche —. Pero desde Mia, todo se siente diferente. Más grande. Más pequeño. Más significativo.

Miro a Mia, durmiendo en su cuna, su pequeño pecho subiendo y bajando con cada respiración. Es tan perfecta que casi duele. Sus manos pequeñas están cerradas en suaves puños, y un mechón de su cabello rojizo se eleva obstinadamente, desafiando la gravedad. Es, sin duda, el cabello de Silas. También tiene sus ojos —azules profundos y pensativos, incluso a esta edad—. Pero el resto de ella? Ella es mía. Desde la curva de su pequeña nariz hasta la forma de

sus mejillas, ella es mi reflejo en miniatura, y hace algo en mi corazón cada vez que pienso en ello.
Me inclino hacia adelante, apoyando mis codos en mis rodillas, y simplemente la miro durante un rato. No puedo evitarlo. Hay algo en la forma en que duerme, tan pacífica, como si el mundo se desmoronara en cenizas a su alrededor, y ella todavía soñaría con sus pequeños sueños de bebé. Esto llena mi corazón de este calor que no puedo expresar con palabras, este amor burbujeante que se desborda y se derrama en cada rincón de mi ser.
Mis ojos se desvían hacia la bolsa medio empacada en la esquina de la habitación, y un chispa de anticipación se enciende en mi pecho. Mañana, regresamos a mi ciudad —mi vieja vida—. Parece que ha pasado toda una vida, como si estuviera recordando la historia de otra persona. Cuando me fui, era solo una chica no deseada. ¿Y ahora? Ahora soy la esposa de tres compañeros que me adoran y la madre de la bebé más perfecta del mundo. Es surrealista. Es como algo salido de un sueño, y no puedo esperar para entrar en esa vida que dejé atrás y mostrarles quién me he convertido.
Imagino presentar a Mia a mi familia, ver sus caras cuando la conocen por primera vez. Ella los encantará. Lo sé. ¿Quién no se enamoraría de ella? El pensamiento me hace sonreír, y siento esta fiera orgullo hinchiéndose en mi pecho. Mi bebé. Mi Mia.
Alargo la mano y le doy un suave beso en la frente, inhalando ese dulce y polvoriento olor de bebé que es único de ella. Ella se mueve un poco, su pequeña mano se contrae, pero no se despierta. — Buenas noches, cariño—, susurro, mi voz apenas audible sobre el zumbido de la noche.

Enderezo, echo un vistazo a la habitación del bebé por última vez, tomando en cuenta cada detalle —los animales de peluche alineados ordenadamente en las estanterías, las cortinas de color crema, el resplandor de la luz nocturna en la esquina—. Esta habitación es mi lugar favorito de la casa.

Salgo calladamente, cerrando la puerta detrás de mí, y me dirijo hacia mi habitación. El pasillo se siente más fresco, más oscuro, y me envuelvo con mis brazos mientras camino. La casa está en completo silencio, ese tipo de silencio que solo se produce muy tarde por la noche cuando todos los demás están dormidos.

Estoy sacando una camisa del perchero cuando escucho el suave crujir de la puerta. Mi cabeza se vuelve hacia arriba, y echo un vistazo por encima de mi hombro para ver la cara de Adriel asomándose a la habitación. Está sonriendo, esa sonrisa maliciosa y ladeada que siempre me hace rodar los ojos y derretirme al mismo tiempo.

Me río suavemente, dejo la camisa. —¿Qué estás haciendo escondiéndote por ahí?

Sus palabras, expresadas con tanto calor, hacen que mi pecho se hinche de amor.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre de nuevo, y Silas entra, sus amplios hombros llenan el espacio. Sus ojos azules se encuentran con los míos, ardiendo, y me da esta sonrisa lenta y segura.

Parpadeo ante ellos, atrapada en algún lugar entre la diversión y la anticipación jadeante. —¿En serio? Me río, aunque mi voz sale más temblorosa de lo que pretendo. —¿Qué es esto, alguna especie de emboscada?

Silas se ríe, bajo y profundo, mientras se apoya casualmente en el tocador. —Podrías llamarlo así—, dice, su voz rica en diversión, aunque sus ojos arden con algo mucho menos inocente.
Joseph no dice nada al principio. Simplemente cruza la habitación en unos pocos pasos fáciles y se inclina para presionar un suave beso en la parte superior de mi cabeza. Cuando se aparta, me mira con esos ojos tranquilos y firmes que siempre parecen saber exactamente lo que estoy pensando. —Has estado ocupada—, dice suavemente, su mirada desviándose hacia la maleta. —Pero pensamos que quizás podrías usar una pequeña... distracción.
Mi risa se desvanece en una respiración entrecortada mientras los miro a los tres, de pie allí como un sueño imposiblemente perfecto. Hay un filo en ellos esta noche, un fuego en sus ojos que hace que mi pulso se acelere. Adriel, con su encanto fácil, ocultando algo mucho más peligroso. Silas, con su fuerza rugosa y su dominio silencioso. Y Joseph, estable y equilibrante, pero igual de intenso que los demás.
Me están mirando como si fuera el centro de su universo, y es imposible ignorar la manera en que sus miradas se posan en mí, el calor en sus expresiones. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, la emoción chisporrotea en mí como electricidad.
"Esto es adorable", logro decir, mi voz apenas audible. "Pero tengo mucho que—"
"Shh", Adriel me interrumpe, presionando un dedo sobre sus labios mientras da un paso más cerca. "El empacar puede esperar. Ahora, eres nuestra".
Silas da un paso adelante, y en un instante, estoy rodeada, completamente eclipsada por la mera presencia de los tres. Están

tan cerca ahora, tan cerca, su calor irradiando de ellos en olas que hacen que el aire se sienta cargado. Mi respiración se detiene mientras inclino mi cabeza hacia atrás, mi mirada saltando entre sus caras, cada una tan diferente, pero todas ellas mirándome como si fuera lo único que importa.

Silas se mueve primero, su fuerte brazo rodeando mi cintura con una confianza que me envía un choque. Me atrae hacia él, su marco sólido presionando contra el mío como si me estuviera reclamando de la manera más simple y profunda. Y luego me besa. Es cálido, casi reverente, sus labios suaves pero imperativos, como si estuviera vertiendo todo lo que siente en este único toque.

Mi cuerpo se tensa, no por la vacilación, sino porque es abrumador, el calor, la cercanía, la manera en que mi corazón late en mi pecho como si estuviera tratando de escapar.

Adriel mueve su mano a mi hombro, su toque ligero pero intencionado mientras aparta mi cabello. El aire fresco besa la piel expuesta de mi cuello durante apenas un segundo antes de que su boca la reemplace. Sus labios son calientes e insistentes, el raspado de sus dientes justo lo suficiente como para hacer que mi respiración se quede atascada contra la boca de Silas. Y cuando su lengua trepa por mi cuello, húmeda y juguetona, un escalofrío recorre mi cuerpo, dejándome temblando en sus brazos.

Joseph se acerca a mi lado. Sus dedos rozan mi mandíbula, inclinando mi cabeza ligeramente hacia un lado, y luego replica los movimientos de Adriel con una precisión que me debilita las rodillas. Su boca se presiona contra el otro lado de mi cuello, su lengua arrastrándose lentamente, con propósito, como si estuviera saboreando cada segundo de esto.

Las sensaciones son demasiado, sus labios y manos y calor consumiéndome todo a la vez. Chispas se disparan en mí con cada beso, cada toque, hasta que apenas puedo pensar con claridad. Es como si hubieran coreografiado este momento, como si hubieran estado esperando el momento perfecto para abrumarme completamente.

Durante un breve, fugaz segundo, el pensamiento me divierte, y casi me río. Casi. Pero el sonido muere en mi garganta, reemplazado por un grito agudo mientras sus manos y bocas continúan su asalto a mis sentidos.

Adriel mueve su mano y suavemente deshace mi camisón de dormir, la tela colgando de mí y bajando hasta mis piernas.

"Mira quién no lleva bragas", Adriel susurra en mi oído con esa locura de provocación en su voz. Luego su voz se endurece ligeramente, "Chica traviesa". Me envía tal oleada que solo puedo morderme el labio en respuesta.

Silas se inclina hacia abajo y me levanta del suelo, mis piernas descansando en sus antebrazos, mis senos presionando contra él. Sus labios todavía están plantados en los míos mientras da unos pocos pasos cortos hacia la cama. Me acuesta en ella suavemente, y se retira del beso. Estoy sin aliento mientras mis ojos los beben, estos tres poderosos toros de pie a mi alrededor, mirándome como si fuera un trozo de carne que no pueden esperar para devorar.

Silas y Adriel comienzan a quitarse sus pijamas, pero algo se rompe en Joseph porque claramente no puede aguantar más. Se acerca a mí en la cama, su respiración llegando rápidamente. "Estás tan jodidamente deliciosa", dice, y puedo sentir el calor de su aliento

debajo. Es casi como si no estuviera hablando conmigo. Está hablando con mi coño.
Se sumerge como un hombre que se muere de sed al primer visto del agua. Su lengua acaricia mis labios hinchados, separándolos y chupando mi clítoris. No puedo describir los sonidos que estoy haciendo. Todo lo que sé es que abro mi boca, y salen sonidos.
Silas llega a mi lado ahora, completamente desnudo, y su polla cuelga como si tuviera vida propia. Envuelvo mi mano alrededor de ella, sintiendo el calor que irradia en mi palma, y luego la dejo deslizar en mi boca. Es gruesa, y tengo que estirar los músculos de mi mandíbula hasta su límite para tomarla. Gime al entrar, su mano acariciando suavemente mi cara, y me da una especie de satisfacción verlo de esta manera.
Adriel, ansioso por no perderse, se acerca al otro lado. Mi mano libre encuentra su polla, y la acaricio suavemente. Despego mi boca de Silas y tomo a Adriel, y luego vuelvo a Silas cada pocos segundos. Miro sus ojos, y están ambos tan jodidamente calientes cuando están necesitados de esta manera.
"¡Oh joder!" El grito se escapa de mí mientras Joseph aumenta el ritmo, deslizando su lengua sobre mi clítoris una y otra vez. Sus dedos se han unido al asalto ahora, embistiendo en mí, coincidiendo con el ritmo de su lengua que flaquea. Pierdo el control de mis manos, y vuelan hacia la cama, agarrando las sábanas mientras Joseph me hace llegar al clímax.
"Ahora estás lista", dice Silas con una pequeña sonrisa en su cara. Se aparta de mi lado y cambia de posición con Joseph.
"Siempre me encanta la mirada en tu cara", dice, mirándome directamente a los ojos. "Cuando me meto en ti por primera vez".

Se hunde en mí justo entonces, y se siente como si mis ojos se bloquearan. Mis ojos se mueven de manera descoordinada, mi ojo derecho parpadea, sus pestañas aletean, y siento que mi ojo izquierdo se echa hacia atrás.
"Oh, eso es tan jodidamente caliente", dice Adriel mientras agarra mi pierna, jalándola más ancha. Joseph agarra mi otra pierna, y ahora estoy completamente abierta, completamente a merced de Silas. Pero no quiero piedad. Y afortunadamente, él no me ofrece ninguna. Se estrella contra mí, la habitación se llena con el sonido de sus gemidos. Escapan jadeos de mis labios con cada respiración.
—"Tomas mi polla tan bien. Te ves tan bien cuando te follo". La voz de Silas es un rugido lleno de lujuria. Abro la boca para responder, pero no puedo sacar ninguna palabra antes de que Adriel me meta su polla en la boca. Relajo mi garganta, dejándolo entrar más profundo.
El movimiento de Silas se vuelve más rápido, más frenético. "Tu rostro... Quiero corrérme todo sobre tu rostro". Las palabras lo abandonan en un suspiro necesitado.
Me atrae, a mi deseo de complacerlo. Dejo que la polla de Adriel se deslice fuera de mi boca y encuentro mi voz. "Córrate en mi cara, cariño... Por favor... Quiero toda tu leche".
Es como si mis palabras lo empujaran al borde. Se saca de mí frenéticamente y mueve su cuerpo hacia mi rostro. Saco la lengua mientras él eyacula todo sobre mi rostro, el líquido cálido volando todo sobre mis mejillas y pecho.
La respiración de Silas es entrecortada, y yo me río al verlo. Es tan mono así. Se mueve hacia un lado, y Adriel no pierde el ritmo. Me da la vuelta como si no pesara nada.

Me planta besos a lo largo de mi columna, todo el camino hasta mi cuello, y luego susurra. "Dame tu arco perfecto, cariño". Me encanta cuando me habla así. Levanto las rodillas y doblo mi cintura hasta que estoy en la posición perfecta.
La voz de Adriel viene desde atrás. "Perfecto".
Su polla gruesa rozó mi entrada, jugando conmigo justo mientras Joseph se mueve frente a mí. Su polla está literalmente palpitando, y yo no dudo. Muevo mi lengua a lo largo de sus testículos, haciéndolo gemir mientras los lamo y acaricio su polla.
Y entonces Adriel finalmente decide dejar de jugar. Su miembro firme me penetra, haciendo que mi cuerpo se estremezca mientras el sonido de nuestra piel chocando llena el espacio.
"Eres perfecta". Adriel gime.
"Lo eres". La voz de Silas viene detrás de él.
Otro orgasmo me envuelve, encendiendo mi sentido mientras la oleada de placer me arrastra.
Va a ser una larga noche llena de placer. Siempre lo es cuando ellos están así y cuando estoy así.
Y casi no puedo creer que tendré esto para siempre. Silas, Adriel, Joseph. Ellos son míos. Y yo soy de ellos. Para siempre.Con mi familia, esto es mi felices para siempre.